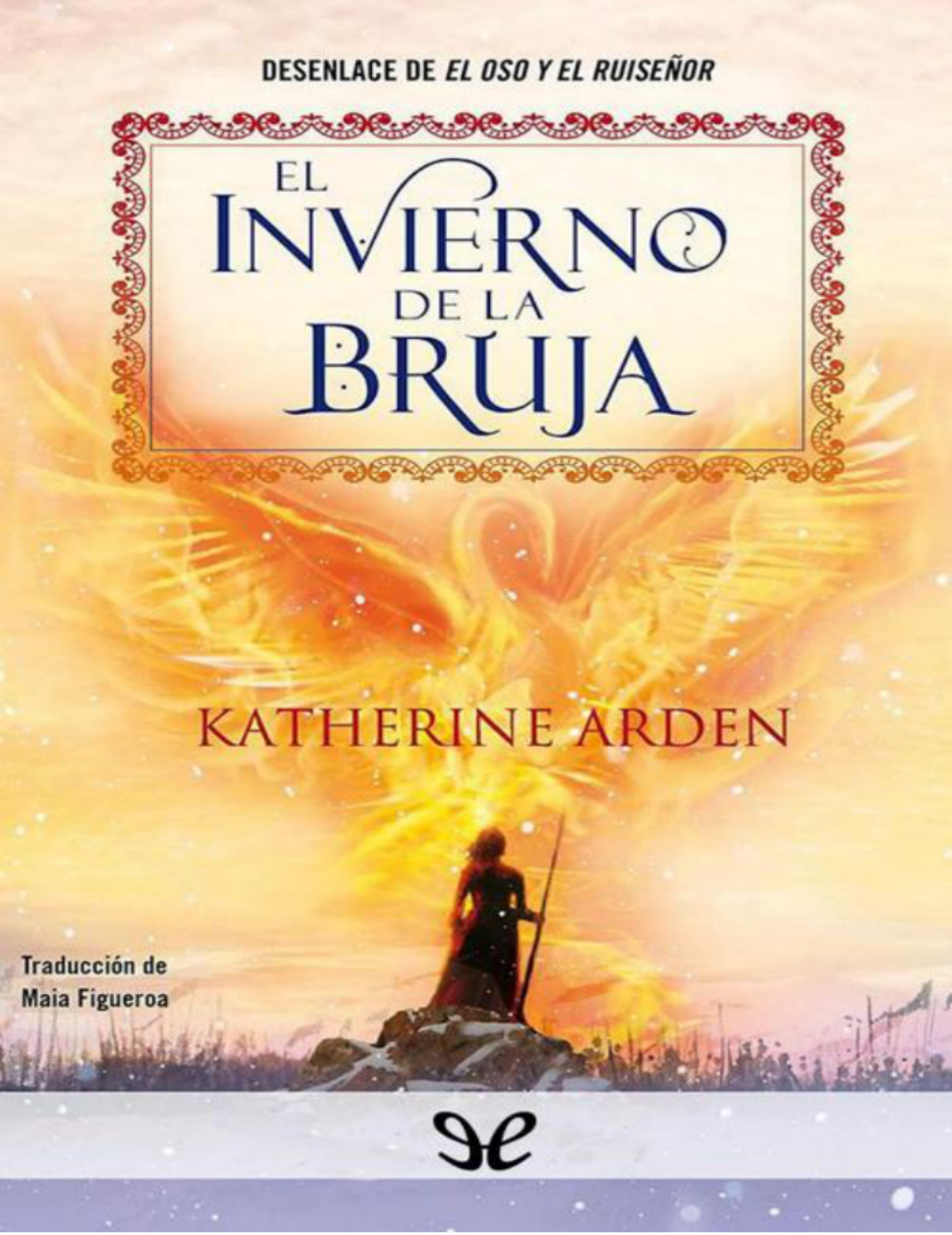
DESENLACE DE *EL OSO Y EL RUISEÑOR*

EL INVIERNO DE LA BRUJA

KATHERINE ARDEN



Traducción de
Maia Figueroa

El fuego ha arrasado Moscú y una turba furiosa busca culpables. Vasia, acusada de brujería, es la candidata perfecta.

El gran príncipe forma alianzas con quienes tal vez lo conduzcan a la guerra y la ruina, mientras que el rey del invierno ve cómo su poder va debilitándose a medida que se acerca el verano. Y entretanto, sobre todos ellos se cierne la sombra de un antiguo demonio.

Para proteger a los suyos y el mundo mágico que atesora, Vasia tendrá que recurrir a la ayuda tanto de amigos como de viejos enemigos. Pero es posible que no pueda salvarlos a todos, ni siquiera a sí misma. Porque, como es bien sabido, la magia enloquece a la gente. Y al cambiar la realidad siempre puedes acabar olvidándote de lo que es real.

Katherine Arden

El invierno de la bruja

Winternight - 03

ePub r1.0
Titivillus 22.04.2023

Título original: *The Winter of the Witch*
Katherine Arden, 2019
Traducción: Maia Figueroa

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1
Aa

Más libros, más libres

10.º Aniversario

epublibre

Leer es placer, aprendizaje, descubrimiento, imaginación y enriquecimiento personal.

KATHERINE ARDEN

EL INVIERNO DE LA BRUJA

Traducción del inglés
Maia Figueroa

A mis hermanos de nacimiento y adopción:
Sterling, R. J., Garret.
Os quiero.

El mar es bello en la oscura tempestad.
El cielo es glorioso, privado de su azul.
Pero créeme: la joven, en la roca,
supera a la ola, al cielo y a la tormenta.

A. S. PUSHKIN:

PRIMERA PARTE

UNO
MARÍA MOREVNA

Era el ocaso de un día de finales del invierno y dos hombres atravesaban el patio de un palacio maltrecho por el fuego. El patio era una extensión de tierra mojada y pisoteada donde se había derretido la nieve. Se les hundían los pies en el barro hasta los tobillos; sin embargo, hablaban con decisión, con las cabezas juntas, y no hacían caso de la humedad. A su espalda había un palacio lleno de muebles rotos y manchas de humo; las pantallas de madera calada de las escaleras se habían hecho pedazos. Ante ellos se hallaban las ruinas chamuscadas de un establo.

—Chelubéi ha desaparecido en mitad del caos —se lamentó el primer hombre—. Estábamos ocupados intentando salvar el pellejo.

Una mancha de hollín le ennegrecía la mejilla y se le habían secado las salpicaduras de sangre en la barba. Un par de surcos de cansancio que parecían las huellas de un pulgar azul le afeaban la tez bajo los ojos grises. Era joven, tenía el pecho ancho y musculoso y la energía mística de los hombres que han sobrepasado la frontera del agotamiento y han entrado en un insomnio absurdo y persistente. Todas las miradas lo seguían por el patio. Era el gran príncipe de Moscú.

—El pellejo y un poco más —dijo el otro, el monje, con humor funesto.

Lo cierto era que, contra todo pronóstico, la ciudad seguía casi

intacta y bajo su control. La noche anterior, un complot había pretendido deponer y asesinar al gran príncipe, aunque eran muy pocos los que lo sabían. La ciudad entera había estado a punto de quedar reducida a cenizas, pero una milagrosa tormenta de nieve los había salvado. Eso sí lo sabía todo el mundo. Un enorme tajo negro partía en dos el corazón de la ciudad, como si por la noche la mano de Dios hubiera caído sobre ella envuelta en llamas ardientes.

—No ha sido suficiente —replicó el gran príncipe—. Aunque nos hayamos salvado, no hemos respondido ante la traición.

A lo largo de ese día tan amargo, el príncipe había tenido palabras de aliento para todos los hombres con los que se había cruzado y órdenes serenas para los que habían reunido a los caballos que habían sobrevivido y retirado las vigas calcinadas del establo. No obstante, el monje, que lo conocía bien, le adivinaba el agotamiento y la rabia que le afloraba bajo la superficie.

—Yo mismo partiré mañana con todo aquello de lo que podamos prescindir —dijo el príncipe—. Encontraremos a los tártaros y los mataremos.

—¿Quieres irte ahora de Moscú, Dmitri Ivánovich? —le preguntó el monje con una pizca de inquietud.

Una noche y un día sin dormir no habían hecho mella en el temperamento de Dmitri.

—¿Piensas recomendar lo contrario, hermano Aleksandr? —le soltó con un tono que sobresaltó a sus sirvientes.

—La ciudad no puede estar sin ti —respondió el monje—. Hay muertos que llorar; hemos perdido graneros y animales y almacenes. Los niños no comen venganza, Dmitri Ivánovich.

El monje había dormido tan poco como el gran príncipe y no era capaz de disimular lo que sentía. Llevaba el brazo izquierdo vendado con lino, puesto que una flecha le había penetrado la carne por debajo del hombro y había salido por el otro lado.

—Los tártaros me han atacado en mi propio palacio después de que yo los acogiera de buena fe —repuso Dmitri sin molestarse en ocultar su ira—. Han conspirado con un usurpador y le han prendido fuego a mi ciudad. ¿Va a quedar todo eso sin vengar, hermano?

En realidad, los tártaros no habían incendiado Moscú. Pero el hermano Aleksandr no se lo dijo. Era mejor olvidar ese error, pues ya no tenía remedio.

El gran príncipe añadió con frialdad:

—¿No es cierto que, en mitad del caos, tu hermana ha dado a luz a un bebé muerto? Un infante real no ha sobrevivido a su alumbramiento, parte de la ciudad ha estado en llamas: la gente

clamará justicia si no lo hacemos nosotros.

—Por mucha sangre que derramemos, el bebé de mi hermana no volverá a la vida —dijo Sasha con un tono más brusco del que pretendía. Tenía muy fresca la pena sin lágrimas de su hermana, mucho peor que los lloros.

Dmitri agarró el puño de su espada.

—¿Ahora pretendes darme lecciones, monje?

Sasha identificó en el tono del príncipe la brecha que se había abierto entre ellos, que había cicatrizado, pero no estaba curada.

—No —contestó Sasha.

Con mucho esfuerzo, Dmitri soltó las serpientes enroscadas de la empuñadura de la espada.

—¿Cómo piensas encontrar a los tártaros de Chelubéi? —le preguntó Sasha, que intentaba razonar con él—. Ya los perseguimos en una ocasión y cabalgamos dos semanas sin verlos ni una sola vez, a pesar de que era pleno invierno, cuando es imposible no dejar rastro en la nieve.

—Y al final dimos con ellos —dijo Dmitri, y entornó sus ojos grises —. ¿Ha sobrevivido tu hermana pequeña a la noche pasada?

—Sí —asintió Sasha con cautela—. Tiene quemaduras en la cara y una costilla rota, según dice Olga. Pero está viva.

Dmitri se mostró consternado. A su espalda, a uno de los hombres que retiraban los escombros se le cayó al suelo un trozo de viga del techo y soltó un reniego.

—De no ser por ella, yo no habría acudido a ayudarte a tiempo —le dijo Sasha al perfil ceñudo de su primo—. Con su sangre se ha salvado el trono.

—El trono se ha salvado con la sangre de muchos hombres —contestó Dmitri sin mirarlo—. Es una mentirosa y te ha convertido a ti en mentiroso, el más recto de entre los hombres.

Sasha no dijo nada.

—Pregúntale —dijo Dmitri al volverse hacia él—. Pregúntale cómo lo hizo, cómo encontró a los tártaros. No puede ser solo cuestión de buena vista; tengo muchísimos hombres con la vista igual de aguda. Pregúntale cómo lo hizo y haré que le den una recompensa. Creo que ningún hombre de Moscú se casaría con ella, pero quizá podamos convencer a algún boyardo del campo. O podríamos sobornar a un convento con el suficiente oro para que la aceptasen. —Dmitri hablaba cada vez más deprisa, con expresión incómoda; se le escapaban las palabras—. O podríamos enviarla a casa, donde estará a salvo, o podría quedarse en el terem de su hermana. Me ocuparé de que tenga suficiente oro para vivir con comodidad. Pregúntale cómo lo consiguió

y lo arreglaré todo.

Sasha lo miró lleno de ideas a las que no podía dar voz. «Ayer te salvó la vida, mató a un hechicero malvado, incendió Moscú y después la rescató, todo en una noche. ¿Crees que accederá a desaparecer a cambio de una dote, a cambio de cualquier cosa? ¿No conoces a mi hermana?».

Por supuesto que Dmitri no la conocía. Solo había tratado con Vasili Petróvich, el chico que ella había fingido ser. «Son una sola persona». A pesar de su arrogancia, debía de ser consciente de ello: la inquietud lo delataba.

Un grito de los hombres del establo libró a Sasha de contestar. Dmitri se dio la vuelta, aliviado.

—Esperad —dijo mientras se acercaba.

Sasha siguió sus pasos con expresión adusta. En ese momento se formaba un corro alrededor de dos vigas calcinadas que yacían cruzadas.

—Apartad. Por amor de Dios, ¿qué sois? ¿Ovejas pastando en primavera? ¿De qué se trata?

El grupo retrocedió ante el filo de su voz.

—¿Y bien? —insistió Dmitri.

Uno de los hombres consiguió hablar:

—Aquí, gosudar —musitó.

Le señaló un hueco entre los dos postes caídos, y otro sirviente lanzó una antorcha encendida. Alguna cosa brillante les devolvió un leve resplandor de las llamas. El gran príncipe y su primo aguardaron confundidos, vacilantes.

—¿Oro? —dijo Dmitri—. ¿Aquí?

—No puede ser —objetó Sasha—. Se habría fundido.

Tres hombres habían empezado a mover los maderos que habían caído encima. Otro lo recogió de la tierra y se lo entregó al gran príncipe.

Era oro: oro puro que no se había fundido. Estaba forjado en forma de eslabones gruesos y barras rígidas, con juntas extrañas. El metal tenía una película oleosa que arrojaba un resplandor blanco y escarlata sobre el corro de rostros que observaban; Sasha se inquietó.

Dmitri lo cogió de un lado y de otro, al final dijo: «Ah», y lo sostuvo por la testera, con las riendas sobre la muñeca. Era una cabezada de caballo.

—Ya lo había visto —dijo Dmitri con la mirada encendida.

Esa cantidad de oro era un tesoro para un príncipe cuyas arcas habían vaciado los bandidos y un incendio.

—Ayer lo llevaba la yegua de Kasian Lutovich —comentó Sasha.

Ese recordatorio del día anterior le disgustó. Contempló las puntas serradas del bocado con desagrado—. De haberlo desensillado, yo no se lo habría tenido en cuenta al animal.

—Pues esto nos lo quedamos en prenda —declaró Dmitri—. Ojalá esa buena yegua no hubiera desaparecido, malditos tártaros ladrones de caballos. Comida caliente y vino para todos vosotros, buen trabajo.

Los hombres lo vitorearon casi sin aliento. Dmitri le entregó la cabezada a su mayordomo.

—Límpiala —ordenó el gran príncipe—. Muéstrasela a mi esposa, quizá eso la anime. Y después ponla a buen recaudo.

—¿No te parece extraño —dijo Sasha con cautela cuando el mayordomo reverente se hubo marchado con el objeto dorado en los brazos— que la cabezada estuviera en el suelo del establo mientras este ardía y, sin embargo, no haya sufrido ningún daño?

—No —respondió Dmitri, y le lanzó una mirada cortante a su primo —. No me parece extraño, sino un milagro justo después del anterior: la tormenta de nieve que nos ha salvado. A quien te lo pregunte debes decirle eso: que Dios ha salvado este objeto dorado a sabiendas de nuestra gran necesidad.

Lo que convertía un suceso insólito en algo benévolo o malévolo no era más que los rumores, y Dmitri lo sabía.

—El oro es oro. Veamos, hermano…

Sin embargo, se quedó callado. Sasha estaba inmóvil, con la cabeza erguida.

—¿Qué es ese ruido?

Un murmullo confuso venía del exterior, de la ciudad: un rugido y un chasquido como de las olas al romper contra las rocas. Dmitri frunció el ceño.

—Suena a…

Los gritos de los guardianes lo interrumpieron.

Un poco más abajo del kremlin anochecía antes y las sombras caían como un manto grueso y frío sobre otro palacio más pequeño y tranquilo. El fuego no lo había afectado, salvo por el roce de las chispas que habían salido volando.

Todo Moscú bullía con los rumores, el llanto, las maldiciones, las disputas, las preguntas, y, sin embargo, allí reinaba un orden frágil. Las lámparas estaban encendidas, los sirvientes reunían todo aquello que se podía dar para reconfortar a los empobrecidos. Los caballos dormitaban en el establo; de las chimeneas de la tahona y la cocina y la cervecería, del mismo palacio, salían pulcras columnas de humo.

La artífice de ese orden era una sola mujer. Estaba sentada en su salón de costura con la espalda erguida, impecable, pálida como la

luna. Alrededor de la boca tenía líneas tensas, a pesar de que aún no había cumplido los treinta. La noche anterior había entrado en los baños y había dado a luz a su tercera criatura, aunque había nacido muerta. Al mismo tiempo le habían robado a su primogénita, que había estado a punto de desaparecer en el horror de la noche.

A pesar de todo eso, Olga Vladimírova se negaba a descansar. Había demasiado que hacer. Un flujo constante de personas acudía a ella, sentada junto al horno del salón de costura: el mayordomo, la cocinera, el carpintero, el panadero y la lavandera. A todos los despachaba con las órdenes que les correspondían y palabras de agradecimiento.

Hubo una pausa entre peticionarios y Olga se arrellanó en la silla, abrazada al vientre donde había gestado un bebé. Había despedido al resto de las mujeres horas antes; estaban en las plantas más altas del terem, reponiéndose de las sorpresas de la noche gracias al sueño. Pero había una persona que no se marchaba.

—Deberías irte a la cama, Olia. Los sirvientes se las arreglarán sin ti hasta la mañana.

Quien hablaba era una joven que se había sentado rígida y vigilante en el banco que había junto al horno. Ella y la orgullosa princesa de Sérpujov tenían el pelo largo y negro, trenzas gruesas como sus muñecas y un parecido algo elusivo. Sin embargo, la princesa era delicada, mientras que la joven era alta y de dedos largos, y sus ojos grandes llamaban la atención, enmarcados por los rasgos rudos de su rostro.

—Y que lo digas —respondió otra mujer que en ese momento entraba de espaldas a la habitación, cargada con pan y col estofada.

Era la Cuaresma, no podían comer carne grasa. Esa mujer parecía tan agotada como las otras dos. Su trenza era amarilla con toques plateados, y tenía los ojos grandes, luminosos e inteligentes.

—Por esta noche, la casa está a salvo. Comeos esto —dijo, y se puso a servir la sopa con brío—. Después os acostáis.

Olga, lenta por culpa del agotamiento, murmuró:

—Esta casa está a salvo. Pero ¿qué pasa con la ciudad? ¿Crees que Dmitri Ivánovich o la pobre boba con la que se casó estarán mandando a los sirvientes a repartir pan para los niños que esta noche han quedado huérfanos?

La joven del banco se quedó pálida y se clavó los dientes en el labio inferior.

Dijo:

—Estoy segura de que Dmitri Ivánovich ya urde un plan astuto para vengarse de los tártaros, y los pobres tendrán que esperar. Pero

eso no significa que…

La interrumpió un chillido que venía de arriba y el sonido de pasos apresurados. Las tres mujeres fijaron la vista en la puerta con expresiones idénticas. ¿Qué más podía pasar?

El aya irrumpió temblorosa en el salón.

—Masha —farfulló sin aliento—. Masha ha desaparecido.

Olga se levantó de inmediato. Masha, María, era su única hija, la niña que habían secuestrado de su cama la noche anterior.

—Avisa a los hombres —ordenó Olga.

Pero la joven ladeó la cabeza como si escuchase.

—No —dijo. Todas las presentes la miraron de golpe. La sirvienta y el aya se contemplaron con aire funesto—. Se ha ido afuera.

—Entonces… —empezó a decir Olga.

Pero la otra la interrumpió:

—Ya sé dónde está. Voy a buscarla.

Olga le clavó una mirada a la joven y esta se la devolvió sin flaquear. El día anterior, Olga habría dicho que jamás le confiaría uno de sus hijos a su hermana loca.

—¿Adónde vas? —preguntó Olga.

—Al establo.

—De acuerdo —respondió Olga—. Pero, Vasia, trae a Masha antes de que enciendan el alumbrado. Y si no está, avísame de inmediato.

La joven asintió con la cabeza y expresión arrepentida, y se levantó. Al moverse, se notaba que le dolía un costado. Tenía una costilla rota.

Vasilisa Petrovna encontró a María donde esperaba: durmiendo acurrucada en la paja de la cuadra de un semental alazán. La puerta de la cuadra se hallaba abierta, a pesar de que el semental no estaba atado. Vasia entró y no despertó a la niña, sino que se apoyó en el hombro del enorme caballo y pegó la mejilla a su sedoso pelaje.

El semental alazán movió la cabeza y no pudo evitar hurgarle los bolsillos con el hocico. Ella esbozó la primera sonrisa de verdad de todo ese largo día, se sacó de la manga un mendrugo de pan y se lo dio.

—Olga se niega a descansar —dijo—. Nos deja a los demás en evidencia.

—Tú tampoco has descansado —repuso el caballo, y le sopló el cálido aliento en la cara.

Vasia se estremeció y lo apartó; el aire caliente hacía que le dolieran las quemaduras del cuero cabelludo y la mejilla.

—No me merezco el descanso —contestó—. Yo he provocado el incendio; debo enmendar todo lo que pueda.

—No —dijo *Solovéi*, y dio un pisotón—. El incendio lo provocó *Zhar Ptitsa*, aunque deberías haberme hecho caso en vez de liberarla. Con el cautiverio había enloquecido.

—¿De dónde salió? —preguntó Vasia—. ¿Cómo puede ser que Kasian, de entre todas las personas, consiguiera embridar a semejante criatura?

Solovéi parecía preocupado. Inclinaba las orejas atrás y adelante y se daba latigazos con la cola en los costados.

—No sé cómo fue. Recuerdo que alguien gritaba y también lloros. Recuerdo alas y sangre en el agua azul. —Dio otro pisotón y agitó las crines—. Nada más.

Se mostraba tan alterado que Vasia le rascó la cruz y dijo:

—No importa. Kasian ha muerto y su caballo ha desaparecido. —Entonces cambió de tema—: El domovói me ha dicho que Masha estaba aquí.

—Claro que está aquí —confirmó el caballo con superioridad—. Aunque todavía no sabe hablar conmigo, sabe que le soltaré una coz a cualquiera que intente hacerle daño.

Aquella amenaza, viniendo de un semental de diecisiete manos de altura, no era vana.

—No me extraña que acuda a ti —dijo Vasia. Le rascó la cruz de nuevo, y el semental bajó las orejas con placer—. Cuando yo era pequeña, echaba a correr hacia el establo en cuanto me olía algún peligro. Pero no estamos en Lesnaya Zemliá. Olia se ha asustado cuando le han dicho que no la encontraban. Debo llevarla a casa.

La niña se revolvió en el jergón de paja y gimió. Vasia se arrodilló con mucho cuidado, intentando no lastimarse el costado dolorido; justo en ese momento, María despertó dando sacudidas. Le golpeó las costillas con la cabeza y Vasia consiguió a duras penas no chillar, pero se le nubló un poco la vista.

—Tranquila, Masha —le dijo cuando pudo volver a hablar—. Tranquila. Soy yo. No pasa nada. Estás bien, estás a salvo.

La niña se quedó quieta y rígida en brazos de la joven. El gran caballo agachó la cabeza y le hocicó el pelo. Ella levantó la mirada. Él le acarició la nariz con el morro con mucho cuidado, y María soltó una risita diminuta. Entonces enterró la cara en el hombro de la joven y se echó a llorar.

—Vásochka, Vásochka, no me acuerdo de nada —susurró entre sollozos—. Solo me acuerdo de que tenía miedo.

Vasia también recordaba tener miedo. Al oírla, las imágenes de la noche anterior le pasaron por la cabeza como dardos veloces. Un caballo en llamas, encabritado. El hechicero, que se marchitó y se

desplomó. María hechizada, con el rostro vacío, obediente.

Y la voz del rey del invierno: «Te quise, de la manera que pude».

Vasia negó con la cabeza, como si ese gesto pudiera disipar el recuerdo.

—No tienes que acordarte; todavía no —le dijo a la niña con afecto —. Ahora estás a salvo, ya se acabó.

—No me parece que se haya acabado —susurró Masha—. ¡No me acuerdo! ¿Cómo voy a saber si se ha acabado o no?

Vasia respondió:

—Confía en mí; y, si en mí no quieres, confía en tu madre o en tu tío. No te pasará nada más. Venga, vamos; debemos regresar a casa. Tu madre está preocupada.

María se soltó de inmediato de Vasia, que apenas tenía fuerzas para impedírselo, y se aferró con las piernas y los brazos a una pata delantera de *Solovéi*.

—¡No! —gritó con la cara pegada al pelaje del caballo—. ¡No puedes obligarme!

Cualquier caballo normal se habría encabritado ante semejante comportamiento o se habría apartado; como mínimo, María se habría llevado un rodillazo en la cara. Pero *Solovéi* permaneció quieto, dudando. Con mucha cautela, bajó la cabeza hacia ella.

—Puedes quedarte aquí si quieres —le dijo.

Pero la niña no lo entendió. Lloraba de nuevo: el llanto agudo y agotado de una criatura al límite de su aguante.

Vasia, muerta de lástima y de rabia por su sobrina, comprendía el motivo por el que no quería volver a casa: era el lugar de donde se la habían llevado y después la habían sometido a horrores que solo recordaba a medias. La enorme presencia confiada de *Solovéi* la tranquilizaba.

—He tenido sueños —farfulló María con la cara pegada a la pata del semental—. No me acuerdo de nada, solo de los sueños. Había un esqueleto que se reía de mí y yo no paraba de comer dulces; más dulces y más dulces, aunque me sentaban mal. No quiero soñar más. Y no pienso entrar en casa. Voy a vivir en el establo con *Solovéi*. —Lo aferró aún más fuerte.

Vasia era consciente de que, a menos que escogiera soltarla a la fuerza y llevársela a rastras (un ejercicio que su costilla rota no soportaría y que no contaría con la aprobación de *Solovéi*), su sobrina no pensaba moverse de allí.

Que le explicase otra a ese semental irascible las razones por las que María no podía quedarse donde estaba. Mientras tanto:

—Muy bien —dijo Vasia, forzando un tono alegre—, no hace falta

volver a casa si no quieres. ¿Te cuento un cuento?

María aflojó el abrazo un poco.

—¿Qué tipo de cuento?

—El que tú quieras. ¿Ivanushka y Alenushka?

Pero enseguida se le llenó el corazón de dudas: «"Hermana, querida hermana Alenushka —dijo el cabritillo—. Ven nadando hacia mí. Ya prenden la hoguera, hierven el agua, afilan los cuchillos, y voy a morir". Sin embargo, su hermana no podía ayudarlo, puesto que ya la habían ahogado».

—No, ese mejor que no —se apresuró a decir, y pensó un momento —. ¿El de Iván el tonto?

La niña lo meditó, como si escoger un cuento fuera una decisión crucial capaz de cambiar la historia de ese día amargo. Vasia deseó que así fuera, por su bien.

—Creo —dijo María— que me gustaría oír el cuento de María Morevna.

Vasia vaciló. De niña le encantaba la historia de Vasilisa la Bella, su tocaya de cuento. En cambio, la de María Morevna podía herirla, quizá demasiado, después de la noche que habían pasado. Pero María no había terminado de hablar.

—Cuéntame lo de Iván —dijo—. Esa parte de la historia, la de los caballos.

Entonces Vasia comprendió. Sonrió y ni siquiera le importó que la sonrisa le tirase de la piel quemada de la cara.

—Muy bien. Te cuento esa parte si tú le sueltas la pata a *Solovéi*. Que no es un poste.

María soltó a *Solovéi* a regañadientes y el semental se tumbó sobre la paja, de modo que las dos pudieron acurrucarse calentitas junto a él. Vasia las abrigó a ambas con la capa y empezó mientras le acariciaba el pelo a María: —El príncipe Iván intentó tres veces rescatar a su esposa María Morevna de las garras de Kaschei, el hechicero malvado —dijo—. Pero todas las veces fracasó, ya que Kaschei cabalgaba a lomos del caballo más rápido del mundo, que, además, entendía el habla de los hombres. Por muy bien que empezasen, el caballo de Kaschei siempre escapaba del de Iván.

Solovéi soltó un resoplido de satisfacción que olía a heno.

—A mí no me ganaría ese caballo —declaró.

—Al final, Iván le pidió a su esposa María que le preguntase a Kaschei cómo había conseguido ese caballo sin igual. «Hay una cabaña sobre unas patas de gallina —le contestó Kaschei—, en la orilla del mar. Allí vive una bruja que se llama Baba Yaga y cría los mejores caballos del mundo. Para llegar hay que cruzar un río de fuego, pero

yo tengo un pañuelo mágico que separa las llamas. Cuando llegues a la casa, debes pedir servir a Baba Yaga durante tres días. Si lo haces bien, te da un caballo. Pero si fracasas, te come».

Solovéi inclinó una oreja con aire pensativo.

—Así que María, que era una chica muy valiente —le tiró a su sobrina de la trenza negra y la niña se rio—, le robó el pañuelo mágico a Kaschei y se lo dio a Iván en secreto. Y él fue a ver a Baba Yaga para ganarse el mejor caballo del mundo.

»El río de fuego era ancho y terrible. Pero Iván agitó el pañuelo de Kaschei mientras galopaba entre las llamas. Al otro lado, encontró una casita junto a la orilla del mar. Allí vivían Baba Yaga y los mejores caballos del mundo.

María la interrumpió:

—¿Sabían hablar? Me refiero a hablar como tú hablas con *Solovéi*. Porque ¿*Solovéi* habla de verdad? ¿Habla con las personas como los caballos de Baba Yaga?

—Habla —contestó Vasia, y alzó la mano para detener el torrente de preguntas—. Si sabes escuchar. Y ahora calla y déjame terminar.

No obstante, María ya tenía preparada la siguiente pregunta.

—¿Cómo aprendiste a escuchar?

—Me enseñó el hombre del establo —dijo Vasia—. El vazila. Cuando era pequeña.

—¿Y yo podría aprender? —quiso saber María—. El hombre del establo no me habla.

—Eso es porque el vuestro está débil —explicó Vasia—. En Moscú no tienen fuerzas. Pero creo que podrías aprender. Dicen que tu abuela, que era mi madre, sabía un poco de magia. Y he oído contar que tu bisabuela llegó a Moscú a lomos de un caballo magnífico, gris como el alba. A lo mejor ella veía a los cherti igual que los vemos tú y yo. Quizá en alguna parte haya más caballos como *Solovéi*. A lo mejor todas…

La interrumpió el sonido de pisadas decididas en el pasillo de las cuadras.

—A lo mejor —dijo la voz seca de Varvara— todas necesitamos cenar algo. Vuestra hermana confiaba en que volveríais con su hija, y ahora os encuentro retozando en la paja como un par de niños campesinos.

María se levantó deprisa; Vasia hizo lo mismo, pero dolorida, intentando no hacerse más daño. *Solovéi* se puso en pie de golpe, con las orejas señalando a Varvara. La mujer lo miró con una expresión extraña. Durante un momento, se le vio una especie de anhelo remoto en la mirada, igual que las mujeres miran algo que habían deseado

mucho tiempo atrás. Entonces, sin hacer caso del semental, añadió:

—Venga, Masha. Ya acabará luego de contarte el cuento. Que la sopa ya estará fría.

El establo se había llenado de sombras mientras Vasia y María hablaban. *Solovéi* estaba quieto, con las orejas tiesas.

—¿Qué pasa? —le preguntó Vasia al caballo.

—¿Lo oyes?

—¿Oír el qué? —intervino Varvara.

Vasia la miró extrañada. No podía haberlo… ¿Verdad que no?

De pronto, María parecía muy asustada.

—¿*Solovéi* ha oído que viene alguien? ¿Alguien malo?

Vasia le cogió la mano.

—Te he dicho que estabas a salvo y hablaba en serio. Si hay algún peligro, *Solovéi* nos alejará de él al galope.

—De acuerdo —contestó María casi sin voz.

Pero no le soltó la mano a Vasia.

Salieron y, fuera, el anochecer se había vuelto azulado. *Solovéi* las siguió mientras resoplaba inquieto, con el hocico pegado al hombro de Vasia. La puesta de sol sangrienta se había convertido en una mancha tenue en el oeste y el aire se notaba tranquilo y extraño. Al otro lado de las gruesas paredes del establo, Vasia oyó lo que había percibido *Solovéi*: el ajetreo y la pesadez de muchos pies y el alboroto de muchas voces ensordecidas.

—Tienes razón, pasa algo —le dijo Vasia a su caballo en un susurro —. Maldita sea, Sasha no está aquí. —En voz alta, añadió—: No te preocupes, Masha, dentro de la muralla estamos a salvo.

—Vamos —las apremió Varvara.

Se dirigió hacia la puerta exterior, hacia la antesala y la escalera que las conduciría al terem.

DOS
EL AJUSTE CUENTAS

En el patio reinaba un silencio extraño; el trajín del día había dado paso a una calma intensa. Varvara atravesó la puerta exterior del terem con María bien cogida de la mano. Vasia se detuvo al pie de la escalera, se volvió hacia *Solovéi* y apoyó la frente en su cuello sedoso. La calma del patio le pareció algo extraña. Muchos de los guardias de Olga habían muerto o habían resultado heridos en la contienda que había estallado en el dvor del gran príncipe, pero ¿dónde estaban los mozos y los esclavos? Al otro lado de la muralla se oían gritos.

—Espérame —le pidió al caballo—. Voy a ver a mi hermana, pero vuelvo enseguida.

—Date prisa, Vasia —dijo el semental con una inquietud perceptible en cada contorno del cuerpo.

Subió la escalera hasta el salón de costura de Olga. A cada peldaño, la costilla rota le rastrillaba el costado con fuego. En el gran salón de techos bajos había un horno que daba calor y una ventana estrecha por donde entraba el aire. Estaba atestado, puesto que las sirvientas de Olga se habían despertado con el ruido. El aya se había acercado al horno, con Danil, el hijo de Olga, en brazos. El niño comía pan; era una criatura sosegada, pero estaba un poco desconcertado. Las mujeres susurraban como si temiesen que alguien las oyera. Cierto aire de desasosiego había invadido el palacio de Sérpujov. Vasia vio

que le sudaban las palmas de las manos a pesar de las ampollas.

Olga, de pie junto a la estrecha ventana, miraba hacia el patio.

María corrió hacia su madre. La princesa la rodeó con un brazo.

Las lámparas colgantes arrojaban sombras siniestras que temblaron con la brisa que levantó Vasia al entrar. Varias cabezas se volvieron hacia ella, pero ella solo tenía ojos para su hermana, que estaba inmóvil junto a la ventana.

—¿Olia? —le preguntó Vasia.

Las voces del salón se acallaron para oírla.

—¿Qué pasa?

—Hombres. Con antorchas —contestó Olga sin volverse.

Vasia vio que las mujeres se miraban asustadas. Pero ella seguía sin entenderlo.

—¿Qué hacen?

—Míralo tú misma.

Olga hablaba con tranquilidad. Sin embargo, las cadenas que le colgaban del tocado le descansaban sobre el pecho; el oro resplandecía con destellos cegadores a la luz de las lámparas y delataba lo rápido que respiraba.

—Mandaría llamar a los guardias —añadió Olga—, pero anoche perdimos muchos en el incendio y luchando contra los tártaros. A los que quedan los han mandado a las puertas de la ciudad; los esclavos están ayudando a la gente por caridad. Son todos los hombres de los que podíamos prescindir y no han vuelto. Quizá a algunos se lo hayan impedido, puede que otros hayan oído algo que nosotras no.

El aya de Danil lo abrazó tan fuerte que el niño gimió. María contemplaba a Vasia con esperanza y confianza ciega: la tía que tenía un caballo mágico. Vasia intentó no cojear de camino a la ventana. Cuando pasó por delante, algunas de las mujeres apartaron la vista y se santiguaron.

La calle desde donde se accedía al palacio de Sérpujov estaba abarrotada de gente. Muchos llevaban antorchas y todos chillaban.

Cerca de la ventana abierta, Vasia por fin oyó las voces con claridad.

—¡Bruja! —gritaban—. ¡Dadnos a la bruja! ¡El fuego! ¡Ella ha provocado el incendio!

Varvara le comentó a Vasia como si nada:

—Vienen a por vos.

Y María dijo:

—Vásochka… Vásochka, ¿se refieren a ti?

Olga tenía el brazo tieso de abrazar a su hija.

—Sí, Masha —respondió Vasia con la boca seca—. Hablan de mí.

La muchedumbre que había a las puertas se esparcía como un río contra las rocas.

—Hay que atrancar la entrada del palacio —dijo Olga—. Podrían romper los portones de la muralla. Varvara.

—¿Has hecho llamar a Sasha? —la interrumpió Vasia—. ¿A los hombres del gran príncipe?

—¿A quién va a mandar a por ellos? —replicó Varvara—. Cuando esto empezó, todos los hombres estaban en la ciudad. Maldita sea. Yo misma podría haberme enterado antes de no ser porque me he pasado todo el día encerrada en el terem y muy cansada.

—Puedo ir yo —dijo Vasia.

—No seáis necia —le soltó Varvara—. ¿Creéis que no os reconocerán? ¿Pensáis ir con ese gran semental que todos los hombres, mujeres y niños de esta ciudad reconocerán nada más verlo? Si alguien tiene que hacerlo, seré yo.

—De aquí no se va nadie —dijo Olga con calma—. Estamos rodeadas.

Vasia y Varvara volvieron a mirar por la ventana. Era cierto. El manto de antorchas se había extendido.

Los susurros de las mujeres se habían teñido de temor.

La muchedumbre crecía; la gente iba llegando desde las callejas. Se pusieron a dar golpes en los portones de la entrada. Vasia no distinguía rostros individuales entre el gentío, las antorchas le entorpecían la vista. Abajo, el patio estaba frío y en silencio.

—Guarda la calma, Vasia —dijo Olga con el rostro rígido y sereno —. No te asustes, Masha, ve a sentarte junto al fuego con tu hermano. —A Varvara—: Llévate a algunas mujeres para que te ayuden, poned todo lo que encontréis contra la puerta. Con eso ganaremos algo de tiempo si consiguen franquearla. La torre está hecha a prueba de tártaros: estaremos a salvo. Sasha y el gran príncipe se enterarán de los disturbios y los hombres llegarán a tiempo.

El centelleo de las cadenas de Olga delataba su inquietud.

—Si me quieren a mí… —empezó a decir Vasia.

Pero Olga la interrumpió:

—¿Piensas entregarte? ¿Crees que se puede razonar con eso de ahí fuera?

Con un gesto brusco abarcó la multitud enfurecida. Varvara ya mandaba a las mujeres levantarse de los bancos. La madera era robusta, les proporcionaría algo de tiempo. Pero ¿cuánto?

Entonces habló una voz:

—Muerte —susurró.

Vasia volvió la cabeza. La voz era la del domovói de Olga, que

hablaba desde la puerta del horno. Su voz era el susurro de las cenizas al posarse cuando el fuego se ha extinguido.

A Vasia se le puso de punta todo el vello del cuerpo. Los domovói tienen el don de saber qué le sucederá a su familia. Con dos pasos renqueantes, Vasia se acercó al horno. Las mujeres la miraban. María la observó horrorizada: ella también lo había oído.

—¿Qué va a pasar? —voceó María.

Agarró el trozo de pan de Danil, que se echó a llorar, y se arrodilló ante el horno, junto a Vasia.

—Oye, Masha… —empezó a decir el aya.

Sin embargo, Vasia le mandó dejarla tranquila con un tono que provocó que todas las presentes retrocedieran asustadas. Incluso a Olga se la oyó respirar entre dientes con tensión.

María le ofreció el pan al tenue domovói.

—No digas eso —le riñó—. No digas muerte, que mi hermano se asusta.

Su hermano ni oía ni veía al domovói, pero María era orgullosa y no pensaba admitir que tenía miedo.

—¿No puedes proteger esta casa? —le preguntó Vasia al espíritu del hogar.

—No. —El domovói era poco más que una voz muy débil y una silueta recortada a la luz de las brasas—. El hechicero ha muerto; la anciana vaga en la oscuridad. Los hombres adoran a otros dioses. No queda nada que me sustente. Que nos sustente a ninguno.

—Estamos nosotras —dijo Vasia con un miedo feroz—. Te vemos. Ayúdanos.

—Te vemos —repitió María en un susurro.

Vasia le cogió la mano y se la apretó. Ya se había abierto uno de los muchos cortes que tenía de la noche anterior. Frotó la mano ensangrentada en los ladrillos calientes de la puerta del horno.

El domovói se estremeció y de pronto parecía más una criatura viviente que una sombra parlante.

—Puedo conseguiros algo de tiempo —ofreció con un hilo de voz —. Un poco de tiempo, nada más.

¿Un poco de tiempo? Vasia aún sostenía la mano de su sobrina.

Las mujeres se agolpaban detrás de ellas con diversas expresiones de miedo y condena.

—Magia negra —murmuró una de ellas—. Olga Vladimírova, debéis de estar viendo…

—Esta noche nuestro sino está lleno de muerte —le dijo Vasia a su hermana sin hacer caso de las demás.

El rostro de Olga se volvió adusto.

—No si yo puedo evitarlo. Vasia, coge un extremo del banco; ayuda a Varvara a atrancar la puerta.

Vasia tenía una letanía latiendo a ritmo veloz: «Me quieren a mí».

En el patio, *Solovéi* relinchó. Los portones de la muralla temblaron. Varvara estaba al lado de la puerta del salón, en silencio. Parecía transmitir algo con la mirada. Vasia pensó que sabía lo que era.

Se arrodilló como pudo y miro a su sobrina a la cara.

—Debes cuidar siempre del domovói —le dijo a María—. Aquí o allá donde estés, debes hacer lo que puedas por mantenerlo fuerte, y él protegerá la casa.

María asintió con solemnidad.

—Pero Vásochka, ¿y tú? Yo no sé suficiente…

Vasia le dio un beso y se levantó.

—Aprenderás —le aseguró—. Te quiero, Masha. —Se giró hacia Olga—. Olia, María… Muy pronto debes mandarla con Aliosha, a Lesnaya Zemliá. Él comprenderá; me conocía, crecimos juntos. Masha no puede quedarse en esta torre, no para siempre.

—Vasia… —empezó Olga.

María, confundida, se aferró a la mano de Vasia.

—Por todo esto —dijo Vasia—, te pido perdón.

Se soltó de María y salió por la puerta, que Varvara ya le había abierto. Durante un instante, se miraron con comprensión y aire funesto.

Solovéi esperaba a Vasia junto a la entrada del palacio; a primera vista estaba tranquilo, pero tenía los ojos muy abiertos. En el patio no había ninguna luz. Los gritos eran cada vez más escandalosos. Se oyó un golpe y después madera rota, venía desde los portones de la muralla. A Vasia le iba la cabeza a toda velocidad. ¿Qué podía hacer? *Solovéi*, que era inconfundible, estaba en peligro. Todos lo estaban: ella, el caballo, su familia.

¿Podía esconderse en el establo con *Solovéi* si atrancaban la puerta? No. La masa enfurecida iría directa al terem, cuya entrada era mucho más vulnerable; directa a los niños que protegía.

¿Podría entregarse? ¿Ir hasta ellos y rendirse? Quizá con eso quedaran satisfechos, quizá así no irrumpirían en el palacio por la fuerza.

Pero ¿qué le harían a *Solovéi*? Su caballo, fuerte e incondicional, no la abandonaría por voluntad propia.

—Vamos —dijo—, nos esconderemos en el establo.

—Es mejor huir —protestó el caballo—. Es mejor abrir la puerta y correr.

—No voy a abrirle la muralla a esa multitud —espetó Vasia, y le

habló con tono persuasivo—: Debemos ganar todo el tiempo que podamos hasta que llegue mi hermano con los hombres del gran príncipe. Las murallas aguantarán. Vamos, debemos escondernos.

El caballo la siguió sin convencerse mientras los gritos iban aumentando a su alrededor.

La gran puerta de doble hoja del establo estaba hecha de madera gruesa. Vasia la abrió. El caballo entró tras ella y resopló inquieto en la penumbra.

—*Solovéi* —le dijo Vasia mientras entornaba la puerta—, te quiero.

Él le acarició el pelo con el hocico, cuidándose de evitar las heridas, y contestó: —No tengas miedo. Si rompen los tablones de madera y entran, huiremos. Nadie nos encontrará.

—Cuida de Masha —le pidió Vasia—. Tal vez algún día aprenda a hablar contigo.

—Vasia —dijo *Solovéi*, y levantó la cabeza con un sobresalto repentino.

Sin embargo, ella ya había retrocedido, se había escurrido por el hueco de la puerta y lo había encerrado dentro.

Vasia oyó que el semental relinchaba furioso; oyó también la madera al astillarse, que apenas se oía entre tanto grito, el choque de los cascos contra los tablones robustos. Ni siquiera *Solovéi* era capaz de romper esa puerta inmensa.

Echó a caminar con dificultad hacia la muralla; tenía frío y estaba aterrorizada.

Las grietas de los portones se ensancharon. Una sola voz se alzó en mitad de la noche, instando a la muchedumbre. La gente respondió gritando aún más alto.

Se oyó la misma voz por segunda vez, una voz sedosa, casi cantarina, cuyo tono puro atravesaba el ruido. Las punzadas lentas de dolor que Vasia sentía en el costado empeoraron. En el terem habían apagado las lámparas.

Detrás de Vasia, *Solovéi* relinchó de nuevo.

—¡Bruja! —gritó aquella voz poderosa por tercera vez.

Era una llamada, una amenaza. La puerta se astillaba por momentos.

Entonces reconoció la voz. De pronto sintió que se quedaba sin aliento. Sin embargo, cuando respondió, no le tembló la voz: —Estoy aquí. ¿Qué queréis?

En ese momento ocurrieron dos cosas: la puerta cedió y llovieron astillas de madera; a su espalda, *Solovéi* reventó la puerta del establo y salió de él al galope.

TRES
RUISEÑOR

staban más cerca de Vasia que *Solovéi*, pero no había nada más rápido que el semental alazán. Iba hacia ella a pleno galope. Vasia vio una última oportunidad: hacer que la marabunta la siguiese, alejarlos de la puerta de su hermana. Así que, justo cuando *Solovéi* pasaba a su lado como una exhalación, calculó bien las zancadas, echó a correr y le saltó al lomo.

El dolor y la debilidad desaparecieron con la urgencia del momento. *Solovéi* iba directo hacia la puerta desvencijada. Vasia gritaba por el camino para que la muchedumbre la mirase a ella y no hacia la torre. *Solovéi* cargó contra ellos con la ferocidad de un semental de guerra y partió la marabunta en dos. La gente intentaba agarrarlos, pero acababan saliendo despedidos.

Ya se acercaban a la salida. Todo su ser estaba empeñado en escapar. Una vez a campo abierto, nada rebasaría al semental alazán. Podía alejarlos de allí, conseguir algo de tiempo y volver con Sasha y con la guardia de Dmitri.

Nada corría más que *Solovéi*.

Nada.

No llegó a ver lo que arremetió contra ellos. Quizá fuese un leño que alguien tenía para la chimenea. Lo único que oyó fue un siseo mientras surcaba el aire y después sintió el golpe vibrando a través de la carne del semental cuando impactó contra él. A *Solovéi* se le dobló

la pata hacia un lado. Cayó una zancada antes de llegar al portón de la muralla.

El gentío chilló. Vasia sintió el crac como si la hubieran herido. El instinto hizo se echara a rodar y de pronto estaba arrodillada junto a la cabeza del caballo.

—*Solovéi* —susurró—. *Solovéi*, levanta.

La gente se acercaba cada vez más; alguien la agarró del pelo. Vasia se volvió y le mordió la mano; la persona renegó y se retiró. El semental agitaba las patas delanteras, pero tenía una de las traseras floja y le colgaba en un ángulo espantoso.

—*Solovéi* —susurró Vasia—. *Solovéi*, por favor.

El semental le echó el aliento suave y con olor a heno en la cara. Se estremeció, y Vasia notó que las crines donde tenía enredadas las manos se volvían rígidas como las plumas. Como si la otra criatura aún más extraña, el pájaro que jamás había visto, fuese a liberarse por fin y a echar a volar.

Entonces alguien le atizó un espadazo.

La hoja penetró la carne del caballo justo donde la cabeza se unía al cuerpo. Se oyó un aullido.

Vasia notó el filo mientras atravesaba al semental igual que si le hubieran cortado el cuello a ella y, cuando se giró como una loba protegiendo a su cachorro, ni siquiera sabía que gritaba.

—¡Matadla! —gritó alguien de entre la muchedumbre—. Esa es, la perra antinatural. Matadla.

Vasia arremetió contra ellos sin hacer caso a nada, sin cuidar de su propia vida. Entonces le cayó un puñetazo y otro, hasta que dejó de sentirlos.

Estaba arrodillada en un bosque iluminado por las estrellas. El mundo era blanco y negro y muy tranquilo. Un pájaro marrón se agitaba en la nieve, fuera de su alcance. Una figura de pelo negro, pálida como la luna se arrodillaba a su lado y extendía la mano ahuecada hacia la criatura.

Conocía esa mano; conocía el lugar. Pensó que incluso veía sentimientos tras la indiferencia ancestral de los ojos del dios de la muerte. Pero no la miraba a ella, sino al pájaro, y por eso no estaba segura. Sintió a esa figura, que le prestaba toda su atención al ruiseñor de la nieve, más extraña y lejana que nunca.

—Llévanos a los dos —susurró ella. Él no la miró—. Déjame ir contigo —intentó de nuevo—. Permíteme que no pierda a mi caballo.

Muy lejos, notaba los golpes en el cuerpo.

El ruiseñor le saltó al dios de la muerte a la mano. Este la cerró a su alrededor con delicadeza y lo levantó. Con la otra mano recogió un

puñado de nieve. La nieve se derritió, se convirtió en agua que vertió sobre el pájaro, y este se quedó quieto y rígido de inmediato.

Entonces, por fin, la miró.

—Vasia —dijo con la voz que ella conocía—. Vasia, escúchame…

Sin embargo, Vasia no podía responder.

En el mundo real, la muchedumbre se retiró obedeciendo a un hombre de voz atronadora y la devolvió a Moscú de noche.

Sangraba sobre la nieve pisoteada, pero estaba viva.

Tal vez solo lo hubiera imaginado. No obstante, cuando abrió los ojos manchados de sangre, la silueta oscura del dios de la muerte continuaba a su lado, más tenue que las sombras a mediodía, la mirada insistente e impotente. En una mano sostenía con muchísima ternura el cuerpo rígido del ruiseñor.

Y entonces desapareció. Como si jamás hubiera existido. Ella estaba tendida sobre el cadáver de su caballo, empapada de su sangre. A su lado había un hombre de cabellera dorada y ojos azules como el solsticio de verano. Llevaba sotana de sacerdote y la miraba con expresión fría y triunfal.

Durante los largos caminos y las penas que le había deparado la vida, Konstantín Nikonóvich había contado con un don que jamás le había fallado. Cuando hablaba, las aglomeraciones obedecían ante el sonido de su voz.

Durante toda esa noche, mientras la tormenta de nieve de la medianoche azotaba, él les había dado la extremaunción a los moribundos y había reconfortado a los heridos.

Entonces, en la hora oscura que precedía al alba, se dirigió a los habitantes de Moscú:

—No puedo quedarme callado —les dijo. Al principio hablaba en voz baja y amable, y se dirigía a una persona y luego a otra. Pero a medida que se acumulaban a su alrededor, como agua en la palma de la mano, fue alzando la voz—: Habéis sufrido una gran injusticia.

—¿Una injusticia? —repitió la gente, asustada y cubierta de hollín —. ¿Qué injusticia nos han hecho?

—El incendio ha sido un castigo de Dios —declaró Konstantín—. Pero el pecado no lo habéis cometido vosotros.

—¿Un pecado? —preguntaron inquietos mientras aferraban a sus hijos.

—¿Por qué creéis que se ha quemado la ciudad? —exigió que le contestasen. Tenía la voz empapada de auténtico dolor. Había niños que se habían ahogado con el humo y habían muerto en brazos de sus madres. Aún podía lamentarse por algo así, no estaba tan desconectado de la realidad. Sus palabras se empañaban de emoción

—. El incendio ha sido un castigo de Dios por dar cobijo a una bruja.

—¿Una bruja? —se hicieron eco—. ¿Hemos dado cobijo a una bruja?

Konstantín levantó la voz:

—Seguro que os acordáis, ¿verdad? La que pensabais que se llamaba Vasili Petróvich. El chico que en realidad era una chica. Acordaos de Aleksandr Peresvet, a quien todos los hombres consideraban santo; su propia hermana lo tentó y él acabó pecando. Acordaos de cómo engañó al gran príncipe. La misma noche que se incendió la ciudad.

Mientras hablaba, Konstantín notaba cómo les cambiaba el humor. La rabia y la pena y el miedo se vertían hacia el exterior. Él los alentaba con deliberación, con destreza, como un herrero forma el filo de una hoja.

Cuando estuvieran listos, él solo tendría que enarbolar el arma.

—Se hará justicia —afirmó Konstantín—. Pero yo no sé cómo. Quizá Dios lo sepa.

Estaba tumbada en el patio de su hermana con la sangre de su caballo muerto secándosele en las manos. Tenía el labio y la mejilla manchada de su propia sangre y los ojos llenos de lágrimas. Dio bocanadas desgarradoras de aire. Pero estaba viva. Se puso en pie sin elegancia alguna.

—Bátiushka —dijo. Solo con esa palabra se le abrió el labio de nuevo y le empezó a sangrar—. Haced que se retiren. —Respiraba rápido entre las palabras, con dolor—. Que se retiren. Habéis matado a mi caballo. Pero a mi hermana no. A sus hijos no.

La muchedumbre se extendió a su alrededor y los dejó atrás; su sed de sangre no había quedado satisfecha. Llamaban al portón del palacio de Sérpujov. La madera aguantaba, pero a duras penas. Konstantín vaciló.

En voz baja, Vasia añadió:

—Os he salvado la vida dos veces.

Casi no conseguía tenerse en pie.

Konstantín sabía que tenía mucho poder, que dominaba la furia del gentío como un jinete doma a un caballo. De pronto, cogió las riendas.

—¡Atrás! —les gritó a sus seguidores—. ¡Atrás! La bruja está aquí. La hemos apresado. Se hará justicia, Dios no tendrá que esperar.

Ella cerró los ojos con alivio. O tal vez porque no le quedaban fuerzas. No cayó a los pies de Konstantín, no le dio las gracias por su clemencia. Con veneno en la voz, el hombre añadió:

—Tú vienes conmigo a responder ante la justicia de Dios.

Ella abrió los ojos de nuevo y lo miró, pero no parecía estar

viéndolo. Abrió la boca y movió los labios: una sola palabra. No era el nombre de Konstantín, no pidió clemencia.

—*Solovéi*…

De pronto se dobló, más por la pena que por el dolor, se dobló como si le hubieran clavado una flecha.

—El caballo está muerto —dijo él, y vio que ella recibía esas palabras como si fueran puñetazos—. Quizá así empieces a pensar en cosas apropiadas para una mujer. Durante el tiempo que te queda.

Ella no respondió, tenía la mirada perdida.

—Tu destino está decidido —aseveró Konstantín, que se inclinó hacia ella como si quisiera meterle las palabras en la cabeza—. La gente ha sufrido, quiere que se haga justicia.

—¿Qué destino? —balbució ella entre los labios magullados. Tenía la tez del color de la nieve.

—Te recomiendo —susurro él con cuidado— que reces.

Ella arremetió contra él como una criatura herida. Él estaba a punto de echarse a reír con dicha inesperada cuando el puño de otro hombre la derribó y la dejó aovillada a sus pies.

CUATRO
EL DESTINO DE CUALQUIER BRUJA

ué es ese ruido? —exigió saber Dmitri.

Muy pocos de los guardias de las puertas del palacio habían sobrevivido ilesos a esa noche y, de pronto, fue como si todos los que lo habían conseguido diesen gritos. Al otro lado de la muralla de su palacio se oía un tumulto de voces y el ruido de muchas pisadas en la nieve. La única luz que había en el patio era la de las antorchas. El ruido fue aumentando en la ciudad, se oyó un golpe, madera rota.

—Por Dios —masculló Dmitri—. ¿Acaso no hemos tenido ya suficientes problemas?

Volvió la cabeza para ladrar órdenes urgentes.

Al cabo de un momento, se abrió la puerta trasera en mitad de una ráfaga de gritos. Una sirviente de cabello pajizo se acercó sin timidez alguna al gran príncipe, seguida de una ristra de criados confusos.

—¿Qué pasa? —exigió saber Dmitri sin apartar la mirada de ella.

—Es la ayuda de cámara de mi hermana —respondió Sasha—. Varvara, ¿qué haces…?

Varvara tenía una magulladura en la mejilla y su expresión lo dejó helado hasta los huesos.

—Esa gente que oís —soltó Varvara— ha roto la puerta de entrada al palacio de Sérpujov. Han matado al semental alazán que Vasilisa amaba.

Sasha notó que perdía el color del rostro.

—A ella se la han llevado a rastras.

—¿Adónde? —preguntó Sasha con voz distante y terrible.

A su lado, Dmitri ordenaba que le trajesen caballos y hombres armados.

—Sí, aunque estén heridos, los quiero a lomos de sus caballos. No puedo esperar.

—Abajo —dijo Varvara jadeante—. Abajo, hacia el río. Me temo que quieren matarla.

Vasia estaba casi inconsciente de tantos puñetazos, con la ropa hecha jirones y ensangrentada. La llevaban en volandas, medio a rastras, medio en brazos, y el mundo era todo ruido: gritos, una voz fría y hermosa que controlaba la muchedumbre, y los murmullos sin fin de los presentes: «Padre. Bátiushka».

Hacia abajo, iban cuesta abajo; ella tropezaba con el aguanieve de las calles, que se había vuelto a helar. Manos, muchas manos que le arañaban el cuerpo; le habían arrancado la capa y el létnik, y se había quedado con una camisola de manga larga; sin el pañuelo, la melena le tapaba la cara.

Casi no era consciente de nada de eso. Estaba atrapada en un único recuerdo: el impacto de un garrote, una hoja cortante, la sorpresa que le había recorrido el cuerpo. «*Solovéi*. Dios, *Solovéi*». Mientras a su alrededor la gente bramaba furiosa, ella solo veía al caballo tendido en la nieve: todo su amor y su elegancia y su fuerza hechos pedazos, embarrados, inmóviles.

Cada vez más personas le tiraban de la ropa; de un golpe apartó una mano que pretendía agarrarla, y un puño que hedía a pescado le atizó en la cara y le cerró la boca de una. Vio las estrellas. Se le rasgó el cuello de la camisola. La voz firme de Konstantín reprobó a la muchedumbre, aunque demasiado tarde. Esta se apartó tras la leve reprimenda.

Pero siguieron arrastrándola cuesta abajo. A su alrededor no había más que luz de antorchas que le llenaba la vista de chispas.

—¿Por fin tienes miedo? —le susurró Konstantín entre dientes y con la mirada encendida, como si la hubiese superado en alguna competición deportiva.

Ella arremetió contra él por segunda vez, envuelta en una oleada de rabia que se tragó el dolor.

Quizá con eso intentase que la mataran. Sirvió de muy poco; Konstantín dejaba que la marabunta la castigase. Una niebla furtiva y gris le cubrió la vista; aun con todo, ella no se moría y, cuando volvió en sí, se dio cuenta de que la habían llevado más allá de las puertas del kremlin. Habían llegado al posad, la parte de Moscú que estaba

fuera de las murallas. Apresurados, iban hacia el río. Una pequeña iglesia apareció ante ellos y se detuvieron a mantener un debate breve. Hablaba Konstantín, pero ella solo alcanzó a oír alguna palabra suelta:

«Bruja».

«Santo padre».

«Traed madera».

No prestaba atención. Tenía los sentidos adormecidos. No le habían hecho ningún daño a su hermana, tampoco a María. Su caballo había muerto. Le daba igual lo que le hiciesen a ella. Todo le daba igual.

Notó un cambio en el aire cuando, tras un empujón, pasó de la insistente luz de las antorchas a la oscuridad de una iglesia iluminada con velas. Cayó en el suelo, cerca del iconostasio, y sin querer apretó la boca partida.

Se quedó allí tendida, respirando el olor de madera polvorienta, pasiva por el impacto de lo que había vivido. Entonces pensó que podría intentar levantarse, ponerse en pie con algo de valentía. Un poco de orgullo. *Solovéi* lo habría hecho. *Solovéi*…

Se alzó como pudo.

Y vio que estaba sola y cara a cara con Konstantín Nikonóvich. El sacerdote le daba la espalda a la puerta y entre ellos había media nave. Él la observaba.

—Has matado a mi caballo —le susurró.

Y él sonrió un poco.

Vasia tenía un corte en la nariz y un ojo tan hinchado que no lograba abrirlo. En la penumbra de la iglesia, su rostro magullado parecía más sobrenatural que nunca y también más vulnerable. A él se le despertaron el viejo deseo y el odio de sí mismo que siempre lo acompañaba.

Pero ¿por qué debía avergonzarse? A Dios no le importaban los hombres y las mujeres. Lo único que importaba era su propia voluntad, y tenía a Vasia en su poder. Solo de pensarlo se le calentaba la sangre tanto como se le calentaba con la adoración de la muchedumbre que esperaba fuera. Volvió a recorrerle el cuerpo con la mirada.

—Tu condena será la muerte —le dijo—. Por tus pecados. Te he concedido un momento para rezar. —A ella no le cambió la cara. Quizá no lo hubiera oído. Le habló más alto—: ¡Es el designio de Dios y la voluntad del pueblo al que has perjudicado!

A Vasia se le había quedado la tez blanca como la sal y todas las tenues pecas de la nariz destacaban como si fueran gotas de sangre.

—Pues mátame —repuso—. Ten el valor de hacerlo tú mismo en lugar de dejárselo a la turba y llamarlo justicia.

—¿Niegas que el fuego fuese culpa tuya?

Se acercó a ella a paso ligero. Libre, se dijo a sí mismo. Libre por fin del poder que ella ejercía sobre él.

La expresión de Vasia no cambió. No respondió. No se movió ni cuando él la agarró del mentón y le levantó la cabeza para que lo mirase a la cara.

—No puedes negarlo —dijo—. Porque es verdad.

Cuando él le clavó el pulgar en los cardenales que le florecían alrededor de la boca, ella no se inmutó. Ni siquiera parecía verlo a él.

Era fea de verdad. Huesuda, de ojos grandes y boca ancha. Sin embargo, él era incapaz de apartar la mirada. Jamás la apartaría, hasta que la muerte cerrase esos ojos. Y ella tal vez lo rondase incluso desde el más allá.

—Me has quitado todo lo que me importaba —espetó él—. Me condenaste a ver demonios. Mereces la muerte.

Vasia no respondió. Le corrían lágrimas por las mejillas, pero no les hacía caso.

Una rabia repentina hizo que Konstantín la agarrase por los hombros y la arrojase contra el iconostasio; todos los santos temblaron mientras la sostenía contra la madera. Ella se quedó sin aliento y sin ni un solo vestigio de color. La sujetó por el cuello, pálido y vulnerable, y se dio cuenta de lo deprisa que respiraba. «Mírame, maldita seas».

Poco a poco, Vasia enfocó la vista y lo miró.

—Ruega por tu vida —dijo él—. Ruega por ella y tal vez te la conceda.

Ella negó con la cabeza, despacio, con la mirada perdida y aturdida.

Él sintió una oleada de odio; le acercó los labios al oído y le susurró con un tono de voz que apenas reconocía:

—Morirás en el fuego, Vasilisa Petrovna. Y, antes de que llegue el final, chillarás mi nombre.

La besó una vez con la dureza de un golpe, mientras la sujetaba con fuerza por la mandíbula y saboreaba la sangre del labio partido.

Ella le mordió y lo hizo sangrar a su vez. Él se apartó, se contemplaron y sus miradas reflejaron el odio mutuo.

—Que Dios te acompañe —susurró ella a modo de burla amarga.

—Vete al diablo —respondió él, y se marchó.

Cuando Konstantín salió de la iglesia polvorienta, se hizo el silencio. Tal vez estuvieran construyendo una pira o tal vez preparasen algo

peor. Quizá al final llegaría su hermano y la pesadilla se acabaría. A Vasia no le importaba. ¿Por qué tenía que temer a la muerte? Quizá después de la vida se reencontrase con su padre, con su madre, con su querida aya Dunia.

Con *Solovéi*.

Entonces pensó en el fuego, en látigos y cuchillos y puños. Aún no había muerto y sintió pánico. Tal vez podría, simplemente, alejarse; adentrarse en el bosque gris más allá de la vida y desaparecer. La muerte era alguien a quién ella conocía.

—Morozko —susurró Vasia, y después el otro nombre, el nombre del dios de la muerte—: Karachún.

No hubo respuesta. El invierno había tocado a su fin; Morozko se había desvanecido del mundo de los hombres. Temblorosa, se dejó caer al suelo, apoyada en el iconostasio. Fuera la gente gritaba, se reía, soltaba juramentos. Pero dentro de la iglesia no había más que el silencio de los santos del iconostasio, que la contemplaban desde arriba. Vasia no se sentía capaz de rezar. Lo que hizo fue inclinar su cabeza dolorida hacia atrás y medir su vida en latidos.

No podría haber dormido, no en ese lugar. Sin embargo, el mundo se desvaneció y, una vez más, se vio caminando por el bosque negro, bajo el cielo estrellado. Sintió un alivio leve y extraño. Todo había terminado. Dios había oído su petición: eso era lo que Vasia anhelaba. Avanzó a trompicones, llamando:

—Padre —gritó—. Madre. Dunia. *Solovéi*. ¡*Solovéi*!

No le cabía duda de que estaría allí. No le cabía duda de que la había esperado. Si podía.

Morozko lo sabría. Pero Morozko no aparecía y lo único que contestaba a su llamada era el silencio. Se esforzó por continuar como pudo, aunque le pesaban mucho las piernas y con cada respiración le dolían más las costillas.

—Vasia.

La llamó dos veces antes de que ella lo oyera.

—Vasia.

Ella tropezó y cayó antes de poder volverse; arrodillada en la nieve, vio que no tenía fuerzas para levantarse. El cielo era un río de estrellas, pero no alzó la mirada. Lo único que veía era al dios de la muerte. Era poco más que la confluencia de la luz y la oscuridad, ligero como las nubes al pasar por delante de la luna. Aun así, ella conocía esos ojos. La esperaba en el bosque gris. No estaba sola.

Entre bocanada y bocanada de aire, consiguió decir:

—¿Dónde está *Solovéi*?

—No está —respondió él.

El dios de la muerte no ofrecía consuelo, allí no; solo existía el conocimiento de la pérdida y su eco en los ojos pálidos del dios.

Ella no sabía que de su garganta podía brotar ese sonido de sufrimiento. Cuando lo dominó, susurró:

—Por favor, llévame contigo. Esta noche van a matarme y yo no…

—No —dijo él.

Vasia creyó que una levísima brisa matizada de pino le acariciaba la cara magullada. Él usaba la indiferencia a modo de armadura, pero flaqueaba.

—Vasia, yo.

—Por favor —rogó ella—. Han matado a mi caballo. Ahora solo me queda el fuego.

Él le tendió la mano, y ella a él, a través del recuerdo o de la ilusión o de las paredes que los separaban, pero fue como tocar una voluta de niebla.

—Escúchame —dijo él al recobrar la compostura—. Escucha.

Ella levantó la cabeza con mucho esfuerzo. ¿Por qué tenía que escuchar? ¿Por qué no la dejaba irse? Los vínculos terrenales, el cuerpo, la retenían; no era capaz de liberarse. Los rostros de los iconos intentaban aparecer en su visión, interponerse entre ellos dos.

—No tenía suficientes fuerzas —dijo él—. He hecho lo que he podido. Espero que con eso baste. No volverás a verme, pero vivirás. Debes vivir.

—¿Cómo? —susurró ella—. Pero ¿cómo? ¿Por qué? Estoy a punto de…

No obstante, los iconos aparecían ante sus ojos y eran más reales que el tenue dios de la muerte.

—Vive —repitió él.

Y entonces desapareció por segunda vez. Se quedó sola, despierta, tendida en el suelo frío y polvoriento de una iglesia y, por horrible que le pareciese, continuaba viva.

Sola, salvo por la presencia de Konstantín Nikonóvich. Le decía desde arriba:

—Levántate. Has perdido la oportunidad de rezar.

Le ataron las manos a la espalda sin cuidado; unos cuantos hombres acudieron a la llamada de Konstantín y formaron un cuadrado a su alrededor. No tenían nada que ver con los soldados, eran campesinos o comerciantes, rubicundos y decididos. Uno sostenía un hacha; otro, una guadaña.

Konstantín estaba pálido y resuelto. Se miraron una vez, él con pura violencia; después, apartó la vista con serenidad y los labios formando la línea adusta de un hombre que cumple el deber que le

dicta su fe.

Alrededor de la iglesia había una gran muchedumbre agolpada a ambos lados del camino que conducía al río. Llevaban antorchas en la mano. Olían a cocina y a cosas chamuscadas y a viejas heridas y a sudor. El viento nocturno le rascaba la piel a Vasia. Le quitaron los zapatos; para que hiciese penitencia, le dijeron. Arrastraba los pies por la nieve, le palpitaban. Caras triunfales, adoración desnuda hacia el sacerdote, odio puro por ella. Le escupieron.

«Bruja», oía Vasia una y otra vez. «Ha incendiado la ciudad. Bruja».

Vasia nunca había tenido tanto miedo. ¿Dónde estaba su hermano? Quizá no pudiera atravesar la marabunta, quizá temiera la masa enloquecida. Quizá Dmitri pensase que su vida era un precio muy asequible para sosegar la rabia de la ciudad.

Le daban empujones y ella se tambaleaba. Konstantín caminaba a su lado con la cabeza gacha en un gesto piadoso. La luz roja de las antorchas bailaba ante sus ojos y la cegaba.

—Bátiushka —murmuró.

Konstantín se acercó.

—¿Ahora quieres rogarme? —le preguntó con un hilo de voz bajo el rugido de la muchedumbre.

No respondió. Concentraba todas sus fuerzas en combatir el pánico que amenazaba con hacerla enloquecer. Entonces dijo:

—Así no. Con fuego no.

Él negó con la cabeza y esbozó media sonrisa fugaz, casi de complicidad.

—¿Por qué? ¿Acaso no condenaste tú a Moscú a las llamas?

Ella no dijo nada.

—Los demonios me susurran —declaró el sacerdote—. Al menos la maldición que me echaste tiene cosas buenas y los demonios dicen la verdad. Me hablaron en susurros de una doncella con los poderes de una bruja y de un monstruo de fuego. Ni siquiera me hizo falta mentir cuando le conté a la gente el crimen que habías cometido. Deberías haberlo pensado antes de condenarme a oírlos.

Con evidente esfuerzo, apartó la mirada de ella y continuó rezando. Tenía el rostro del color del lino, pero caminaba firme. Parecía embelesado por la ira de la multitud, lleno de lo que él mismo había provocado.

De pronto, Vasia veía con claridad absoluta, negro sobre blanco, una visión funesta y estremecedora. Notaba el aire frío en la cara, le quemaban los pies a medida que empezaban a congelársele por la nieve. El aire teñido de humo de Moscú le corría raudo por las venas cada vez que el miedo le permitía dar una bocanada de aire.

Ante ella, sobre el hielo del Moscova, se amasaba un mar de rostros que la contemplaban gruñendo o sollozando, o mirando, sin más. En el río había un montón de leña iluminado desde todos los lados por varias antorchas. Una pira construida con prisas. Encima, la silueta austera de la jaula que habían atado con cuerdas a la pira contrastaba con el cielo. La muchedumbre emitía un sonido bajo y continuo, como un gruñido animal que aumentaba poco a poco.

—Olvídate de la jaula —le dijo Vasia a Konstantín—. Esta gente me descuartizará antes de que llegue allí.

La mirada que él le devolvió era casi de lástima, y de pronto ella comprendió por qué andaba a su lado y por qué rezaba con elegancia tan calculada. Aquello era Lesnaya Zemliá, pero a lo grande: los había reunido a todos mediante la pena y el miedo, los había hecho comer de su mano con su voz dorada y su melena dorada para que acabasen convirtiéndose en un arma que él enarbolaba, una herramienta de venganza, una ofrenda para su orgullo. Mientras él estuviera a su lado, no la atacarían, y él quería verla arder. Al fin y al cabo, la noche anterior le habían arrebatado ese placer. Como siempre, Vasia había subestimado al sacerdote.

—Monstruo —le soltó ella.

Y él estuvo a punto de sonreír.

Entonces bajaron hasta el hielo. Se oyó un chillido como de conejos moribundos. La gente se apiñaba a su alrededor, le escupían y le pegaban. Los guardias a duras penas conseguían mantenerlos a raya. Una piedra surcó el aire, le impactó a Vasia en la mejilla y le abrió una brecha profunda. Se llevó la mano a la cara y la sangre se le vertió entre los dedos.

Aturdida, volvió la cabeza una última vez para ver Moscú. No había ni rastro de su hermano. Pero vio los demonios a pesar de la oscuridad. Vio las siluetas sobre los tejados y las murallas: domovye y dvorovye y los bánniki, los espíritus desvanecidos de Moscú. Estaban ahí, pero ¿qué podían hacer aparte de mirar? Los cherti viven gracias a las corrientes de la vida humana; flotan sobre ellas, pero no interfieren.

Salvo por dos. Uno era su enemigo y el otro estaba muy lejos. Además, la primavera y ella misma lo habían dejado casi sin fuerzas ni poder. A él podía pedirle como mucho una muerte sin agonía. Se aferró con pesimismo a esa esperanza mientras le daban empujones y le gritaban y la insultaban de camino a la pira. Por el hielo, a través de un pasillo estrecho entre la turba. Le caían lágrimas por las mejillas; eran lágrimas de impotencia y una reacción involuntaria hacia el odio que le tenían.

Quizá hubiera cierta justicia en todo aquello. Una y otra vez veía gente que cojeaba, con quemaduras, con la cara o los brazos vendados. «Pero yo no quería liberar al pájaro —pensó—. No sabía lo que pasaría. No lo sabía».

El hielo estaba duro, tenía el mismo grosor que la altura de un hombre y brillaba allí donde el viento y los trineos habían apartado la nieve. Aún pasaría mucho tiempo antes de que el río rompiera sus cadenas. «¿Viviré para verlo? —se preguntaba Vasia—. ¿Volveré a sentir el sol en la piel? Creo que no, creo que…».

La muchedumbre se agolpó y se distribuyó alrededor de la pira. El pelo dorado de Konstantín a la luz de las antorchas se volvió de color gris plateado y su rostro, un caos de triunfo, angustia y deseo. Su voz y su presencia continuaban sin mermar, pero su poder se había desvinculado del impulso restrictivo de la religión. De pronto, Vasia deseó ser capaz de avisar a su hermano, de avisar a Dmitri. «Sasha, ya sabes lo que le hizo a María. No confíes en él, no.».

Entonces pensó: «Sasha, ¿dónde estás?».

Pero su hermano no estaba allí, y Konstantín Nikonóvich la miraba a los ojos por primera vez. La había vencido.

—¿Qué vas a decirle a ese Dios que desprecias —le susurró Vasia casi sin aliento y atemorizada— cuando te adentres en la oscuridad? Todos los hombres deben morir.

Konstantín se limitó a sonreírle; después alzó la mano para santiguarla y entonó una oración con voz grave. El gentío calló a fin de escucharlo. Después, él se inclinó y le susurró al oído:

—Dios no existe.

Entonces alguien tiró de ella, y ella forcejeó como una criatura salvaje en una trampa: puro instinto. Pero el hombre era más fuerte y ella tenía los brazos atados, y por los dedos le caía la sangre de las heridas que le hacían las cuerdas de las muñecas al bregar. La obligaron a levantarse y Vasia pensó: «Dios, va a ocurrir».

«Morir —pensó— debería darme sensación de finalidad, de un viaje que acaba». Pero aquello no era morir, sino que le arrebataban la vida tal como estaba en ese momento: con sudores y lágrimas y terror, con sus deseos y lamentos.

La jaula era tan pequeña que dentro solo cabría agachada. A su espalda, la hoja de una espada la empujaba hacia delante. Atrancaron la puerta de barrotes de madera y quedó encerrada.

La visión de Vasia se fracturó por el terror que sentía. El mundo se convirtió en una serie de imágenes descoyuntadas: la masa negra de la muchedumbre iluminada por el fuego, un último vistazo al cielo y recuerdos de su infancia en el bosque, de su familia, de *Solovéi*.

Los hombres lanzaban las antorchas a la pira. Salieron nubes de humo y se oyó el chasquido de los primeros leños al prender. Durante un instante, sus ojos toparon con la palidez del rostro de Konstantín Nikonóvich, que contrastaba con el resto. Él levantó la mano. El hambre, la pena, la dicha de su mirada eran solo para ella. Entonces una gran nube de humo lo ocultó.

Vasia se aferró a las barras con ambas manos. Las astillas se le clavaban en los dedos. El humo le escocía en la cara y le dio tos. En alguna parte, a lo lejos, le pareció oír el ruido tenue de unos cascos, voces nuevas; pero provenían de otro mundo. Su mundo estaba hecho de fuego.

«Los hombres dicen que es mejor morir, hasta que llega el momento de la verdad», le había dicho Morozko en una ocasión. Y tenía razón. El calor ya era insoportable y, sin embargo, él no aparecía por ninguna parte, el bosque de más allá de la vida aún no le ofrecía ningún refugio.

No podía respirar.

«Mi abuela vino a Moscú y no volvió a salir de aquí. Ahora me toca a mí. Jamás saldré de esta jaula. Seré cenizas volando al viento, no veré más a mi familia…».

De pronto, se llenó de ira; la ira le abrió los ojos, la devolvió a donde estaba, agachada, con los pies en la madera. ¿Jamás? ¿Un sacerdote loco que había encontrado la manera de vengarse iba a robarle todas esas horas y todos esos recuerdos? ¿Acaso iban a decir de ella: «Nunca se marchó, su historia acabó sobre el hielo del río»? ¿Y qué sería de María? María, tan valiente, pero condenada. Tal vez ella fuese el siguiente objetivo de Konstantín: la niña bruja que conocía los crímenes que él había cometido.

Vasia no tenía escapatoria. Estaba agachada dentro de una jaula atrancada, las llamas se alzaban a su alrededor y le quemaban la cara, aunque ya la tenía llena de ampollas. No había manera de salir de allí, excepto mediante la muerte. La jaula no se rompería. Eso era imposible.

«Imposible».

Morozko se lo había dicho cuando ella lo había arrastrado en contra de toda esperanza hasta el infierno que era Moscú.

«La magia es olvidar que el mundo en algún momento ha sido diferente de lo que dicta tu voluntad».

Obedeciendo a un irreprimible deseo ciego, Vasilisa Petrovna agarró las barras gruesas y ardientes de la jaula y tiró de ellas.

La madera recia se rompió.

Vasia se aferró, sin dar crédito, al agujero que acababa de hacer.

Todo lo veía gris. La jaula ardía y, más allá, había una cortina de humo. ¿Qué importaba si había roto los barrotes? El fuego la consumiría. Y, si por obra de algún milagro no lo hacía, la turba la haría pedazos.

Aun así, salió de la jaula a cuatro patas y metió las manos y después la cara entre las llamas. Se levantó. Durante un instante, se quedó tambaleándose, más allá del miedo, sin que el fuego la tocase. Se le había olvidado que tenía el poder de quemarle el cuerpo.

Entonces bajó de un salto.

Atravesó las llamas de su pira funeraria; al tocar la nieve, rodó sudorosa, cubierta de hollín, ensangrentada. Un grito silencioso recorrió a todos los cherti que observaban. Tenía el cuerpo cubierto de ampollas, pero no en llamas.

Estaba viva.

Vasia se levantó con esfuerzo y miró enloquecida a su alrededor; nadie gritó. Konstantín y todos los demás seguían contemplando el fuego como si no se hubiera precipitado desde allí arriba. Como si fuese un fantasma. ¿Había muerto? ¿Había caído a otro mundo, igual que los demonios que no podrían pisar la tierra y vivían por encima o por debajo de ella? Poco a poco, creyó que oía el ruido de cascos, cada vez más fuerte; creyó que oía una voz conocida que gritaba su nombre.

Sin embargo, no hizo caso. Puesto que alguien le hablaba en voz baja, como si algo le hiciera gracia, casi al oído:

—Bueno —dijo—, y yo que creía que nada podía sorprenderme.

Y después se rio.

Vasia volvió la cabeza de golpe y cayó sobre nieve medio derretida. El humo la ahogaba, el aire ondeaba como una bandera por culpa del calor, creaba sombras informes entre el corro de personas. Seguían sin verla. Quizá hubiera muerto o pasado de verdad al mundo de los demonios. No se sentía las heridas, solo se notaba débil. Nada le parecía real. Sobre todo el hombre que estaba de pie a su lado.

No era un hombre. Era un chert.

—Tú —susurró Vasia.

El chert se había acercado demasiado al fuego, tanto que debería haberse quemado, pero estaba ileso. El único ojo que tenía le brillaba en el rostro surcado de cicatrices azuladas.

La última vez que Vasia lo había visto, había matado a su padre.

—Vasilisa Petrovna —dijo el chert que se llamaba Medved.

Vasia se puso en pie de golpe, encajonada entre el demonio y el fuego.

—No. No estás aquí. No es posible.

Él no contestó con palabras, sino que le agarró la barbilla y le levantó la cara para que lo mirase. El ojo que le faltaba tenía el párpado cosido. Los dedos gruesos le olían a carroña y a metal caliente y eran del todo reales. Le sonrió.

Ella se apartó de un tirón, con los ojos muy abiertos. Él se había manchado los dedos con la sangre de la brecha que Vasia tenía en el labio; se la lamió y añadió a modo de confidencia:

—Dime, ¿hasta cuándo crees que te será útil el poder que acabas de descubrir? —Miró a la turba para evaluarlos—. Van a hacerte pedazos.

—Estabas…, estabas encadenado —susurró Vasia como una niña en una pesadilla.

Podría haberlo sido. El Oso la había rondado en sueños desde la muerte de su padre y, de improviso, estaban cara a cara en mitad de una tormenta de humo y luz roja. «No puedes estar aquí».

—¿Encadenado? —repitió el Oso. Su ojo gris reflejó un recuerdo lleno de ira; esa sombra que rugía no era la sombra de un hombre —. Ah, sí —añadió con tono irónico—, tu padre y tú me encadenasteis con la ayuda de mi mellizo malhumorado. —Enseñó los dientes—. ¿No te sientes afortunada porque me haya soltado? Voy a salvarte la vida.

Ella lo contempló. La realidad titilaba como el aire cerca de las llamas.

—Tal vez yo no sea el salvador que querías —continuó el Oso con aire malicioso—, pero mi noble hermano no podía venir. Cuando hiciste añicos la piedra azul, su poder se rompió en mil pedazos. Y después llegó la primavera. Ahora no es ni siquiera un fantasma.

Por eso me ha soltado y me ha mandado venir. Ha sido un gran esfuerzo, la verdad. —El ojo único se paseó por la piel de Vasia y el Oso frunció los labios—. En cuestión de gustos, no hay nada escrito.

—No —fue todo lo que ella consiguió responder—. Él no te soltaría.

Iba a vomitar del pánico y de la impresión, del hedor animal de la turba que solo veía a medias, escondida tras el humo.

El chert se metió la mano en la manga hecha jirones. Con cara de asco, le entregó un pájaro de madera del tamaño de una palma.

—Te manda esto. A modo de símbolo. Ha intercambiado su libertad por tu vida. Y ahora debemos irnos.

Era como si las palabras se le agolparan en la mente y se confundieran unas con otras; no las entendía. El pájaro de madera estaba tallado con minuciosidad extrema, con la forma de un ruiseñor. Una vez había visto al rey del invierno, el hermano del Oso, sentado

en la nieve bajo las ramas de una pícea, tallando un pájaro. Cerró la mano alrededor de la talla mientras decía:

—Es mentira. Tú no me has salvado la vida.

Deseó beber un poco de agua. Deseó despertarse.

—Todavía no. —El Oso echó un vistazo a la jaula en llamas. La expresión de burla desapareció de su rostro—. Pero no escaparás de la ciudad a menos que vengas conmigo. —Le agarró la mano con firmeza —. El trato era salvarte la vida. He dado mi palabra, Vasilisa Petrovna. Vamos. Ahora.

No era un sueño. No era un sueño. «Mató a mi padre». Vasia se lamió los labios y se obligó a hablar:

—Si eres libre, ¿qué harás después de salvarme la vida?

Él torció la boca llena de cicatrices.

—Quédate conmigo y lo averiguarás.

—Eso nunca.

—Muy bien. En ese caso, te pondré a salvo tal como he prometido y el resto no es de tu incumbencia.

Era un monstruo. Pero Vasia pensó que no mentía. ¿Por qué haría el rey del invierno algo así? ¿Acaso iba a deberle la vida a ese monstruo? ¿En qué lo convertía eso a él? ¿En que la convertía a ella?

Rodeada de muerte, Vasia titubeó. De pronto se oyeron chillidos entre la multitud y se sobresaltó, pero no le gritaban a ella. Un grupo de jinetes se abría paso a la fuerza entre la gente. Las miradas pasaron del fuego a los caballos; hasta Medved se fijó.

Vasia se obligó a actuar y echó a correr. No miró atrás, puesto que, si lo hacía, se detendría, se rendiría desesperada ante las promesas de su enemigo o la muerte que le pisaba los talones. Mientras corría, intentó ser como un fantasma, como un chert. «La magia es olvidar que el mundo en algún momento ha sido diferente de lo que dicta tu voluntad». Y quizá funcionase. Nadie la llamó; ni siquiera la miraron.

—Necia —dijo el Oso.

Ella oía la voz como si le hablase al oído, a pesar de que entre ellos había multitud de personas. Ese tono cansado y divertido fue peor que la rabia.

—Te he dicho la verdad. Eso es lo que te asusta.

Ella continuó atravesando el gentío: una flecha, un fantasma que olía a fuego, mientras trataba de no oír esa voz seca y metálica.

—Dejaré que te maten —amenazó el Oso—. Puedes marcharte de aquí conmigo o no marcharte en absoluto.

Le creyó. Pero continuó corriendo, adentrándose cada vez más entre la muchedumbre, muerta de miedo, asqueada por el hedor, esperando a que la viesen en cualquier momento y la atrapasen. La

talla del ruiseñor que tenía en la mano estaba fría y sólida: una promesa que no comprendía.

Entonces el Oso alzó la voz de nuevo, aunque no se dirigía a ella:

—¡Mirad! Mirad, ¿qué es eso? Un fantasma… ¡No! Es la bruja, ¡ha escapado del fuego! ¡Magia! ¡Magia negra! ¡Está allí! ¡Allí!

Vasia descubrió horrorizada que el gentío lo oía. Una persona se volvió hacia ella. Y luego otra. La veían. Una mujer chilló y alguien la agarró del brazo. Ella tiró y dio sacudidas, pero la mano se aferraba cada vez más. Entonces le echaron una capa sobre los hombros que le tapó la camisola ennegrecida. Una voz conocida le habló al oído mientras la adentraba aún más entre la multitud:

—Por aquí —le dijo.

La persona que había salvado a Vasia le tapó el pelo quemado con la capucha y toda ella quedó oculta, salvo los pies. La muchedumbre las camuflaba; la mayoría de las personas intentaban que no las arrollasen. No había suficiente luz para ver que iba dejando huellas rojas. A su espalda, la voz del Oso crecía y enfurecía:

—¡Allí! ¡Allí!

Pero ni siquiera él podía dirigir a la masa en mitad de aquella confusión. Sasha y Dmitri y los jinetes del gran príncipe habían llegado por fin y habían conseguido alcanzar la pira entre gritos. Demolieron el montón de leños ardientes, renegando mientras se quemaban las manos; a un soldado se le prendió la ropa y chilló. Alrededor de Vasia, la gente se agolpaba, huía, gritaba que había visto al fantasma de la bruja, que había visto a la bruja en persona, que había escapado del fuego. Nadie se fijaba en la chica flaca que daba tumbos arropada con una capa.

La voz de su hermano se alzó por encima del ruido; Vasia pensó que oía la voz estridente de Dmitri Iványovich. La muchedumbre se apartó ante los jinetes. «Debo ir con mi hermano», pensó Vasia. Pero no conseguía dar la vuelta: todo su ser se afanaba por escapar, y en algún lugar detrás de ella estaba el Oso…

La persona que la agarraba del brazo continuó arrastrándola.

—Vamos —la apremió esa voz conocida—, deprisa.

Vasia levantó la cabeza y contempló el rostro serio y magullado de Varvara sin entender nada.

—¿Cómo lo has sabido? —le susurró.

—Un mensaje —explicó Varvara mientras daba tumbos sin dejar de tirar de ella.

Vasia no la entendía.

—María —consiguió decir—. Olga y María, ¿están…?

—Están vivas —contestó Varvara, y Vasia se dejó llevar, llena de

gratitud—. Están ilesas. Venga. —Siguió tirando de Vasia; casi cargaba con ella a través de la multitud de personas que empezaban a retirarse —. Tienes que irte de la ciudad.

—¿Irme? —susurró Vasia—. ¿Cómo? No tengo…, no…

Solovéi. No era capaz de pronunciar su nombre; la pena habría acabado con sus fuerzas.

—No te hace falta el caballo —dijo Varvara con dureza—. Ven.

Vasia no dijo nada más; estaba desesperada por permanecer consciente. Le rozaban las costillas entre sí. Ya no le dolían los pies descalzos: el hielo se los había entumecido. Pero tampoco le funcionaban bien, así que iba dando trompicones por todas partes hasta el punto de que el brazo de Varvara fue lo único que evitaba que se cayese.

A su espalda, la muchedumbre se revolvía y se desperdigaba con los latigazos de los guerreros de Dmitri. Una voz llamó a Varvara y le preguntó si la joven estaba enferma, y Vasia sintió una nueva punzada de terror.

Varvara ofreció una respuesta tibia: que su sobrina se había desmayado con el espectáculo sangriento; entretanto, su mano le imprimía nuevas magulladuras en el brazo al arrastrarla desde la orilla del río hasta la oscuridad de los árboles jóvenes que bordeaban el posad. Vasia intentaba comprender lo que ocurría.

Varvara se detuvo de forma abrupta junto a un retoño de roble, desnudo tras el final del invierno.

—Polunochnitsa —le dijo a la oscuridad.

Vasia conocía a una persona, a un demonio, que se llamaba Polunochnitsa, la señora de la Medianoche. Pero cómo podía conocer la ayuda de cámara de su hermana a…

El Oso apareció entre las sombras con el rostro iluminado por franjas de luz de las llamas. Vasia retrocedió de golpe. Varvara se fijó en el sitio al que miraba, buscando en la oscuridad como una mujer ciega.

—¿Creías que iba a perderte en medio del caos? —inquirió el Oso, entre enfadado y entretenido—. Apestas a terror. Te seguiría el rastro a cualquier sitio.

Varvara no lo veía, pero le atenazó el brazo a Vasia de manera convulsiva. Vasia cayó en que lo había oído.

—El que come —dijo Varvara entre dientes—. ¿Aquí? ¡Medianoche!

Las voces del gentío, que ya se dispersaba, llegaban desde abajo, desde el río.

El Oso le clavó a Varvara una mirada especulativa.

—Eres tú, ¿verdad? Se me había olvidado que la anciana había dado a luz a mellizas. ¿Cómo te las has apañado para vivir tanto tiempo?

Vasia pensó que esas palabras debían de tener algún sentido, pero su significado se le escapó antes de que lo alcanzase.

Hablándole a Vasia, el Oso añadió:

—Quiere mandarte a través de la Medianoche. Yo de ti no lo haría. Allí morirás con la misma certeza que en la hoguera.

Las voces se acercaban a medida que la gente atajaba por el bosque de camino al posad. En cuestión de segundos alguien los vería y entonces… Las antorchas arrojaban luz a través de los árboles finos y desnudos. Un hombre alcanzó a ver a las dos mujeres.

—¿Qué hacéis ahí escondidas?

—¡Chicas! —dijo otra voz—. Míralas, están solas. Después de lo que hemos visto, me apetece estar con una.

—Puedes morir a manos de esos hombres o venir conmigo ahora — le propuso el Oso a Vasia—. A mí me da lo mismo, no volveré a ofrecértelo.

Vasia tenía un ojo tan hinchado que no podía abrirlo y con el otro veía borroso; quizá por eso tardó en ver a otra persona que vigilaba desde las sombras. Esa persona tenía la piel de color violeta, casi negro, y su pelo era pálido; se veía blanco al ondear por delante de las dos estrellas que tenía por ojos. Miraba a las mujeres y al Oso sin decir ni una palabra.

Era el demonio que se llamaba Medianoche.

—No entiendo —musitó Vasia.

Estaba inmóvil entre Varvara, que guardaba muchos secretos, y el Oso, que le ofrecía una seguridad envenenada.

Más allá, la señora de la Medianoche esperaba en silencio. A su espalda, el bosque se veía distinto. La maleza parecía más espesa, más silvestre, más oscura.

Varvara le habló a Vasia al oído, en voz baja pero feroz:

—¿Qué ves?

—Al Oso —respondió Vasia con un hilo de voz—. Y al demonio que se llama Medianoche. Y la oscuridad. Detrás de ella hay oscuridad, muy profunda. —Temblaba de los pies a la cabeza.

—Corre hacia la oscuridad —le susurró Varvara—. Es el mensaje que me han dado y la promesa que he hecho. Toca el retoño de roble y corre hacia la oscuridad. Ese es el camino: desde aquí hasta el roble que hay junto al lago. Todas las noches, el camino que atraviesa la Medianoche se abre para aquellos que tienen ojos que lo ven. Junto al lago encontrarás refugio. Tenlo presente en la mente: una extensión de

agua centelleante y un gran roble que crece en la curva de la orilla. Corre hacia la oscuridad y sé valiente.

¿En quién debía confiar? Las voces de los hombres se oían cada vez más. Las pisadas que hacían crujir el suelo se convirtieron en una carrera. Sus únicas opciones eran la hoguera, la oscuridad y el demonio que había entre las dos.

—Venga, ¡vete! —le gritó Varvara.

Le cogió la palma ensangrentada y se la pegó a la corteza. Vasia se precipitó hacia delante. La oscuridad se abrió ante ella y, justo entonces, el Oso le aferró el brazo, un instante antes de que la noche se la tragase. La hizo girarse; Vasia tenía los pies torpes de tan entumecidos y se le enredaban en la nieve.

—Adéntrate en la oscuridad —le advirtió sin aliento— y morirás.

A Vasia no le quedaba nada que decir ni valor ni ánimo para desafiarlo. No respondió de ninguna manera. Lo único que la movió a hacer acopio de todas sus fuerzas, soltarse y saltar hacia la noche fue el deseo de alejarse de él, del ruido, del olor del fuego.

Se soltó de su mano y se abalanzó hacia la oscuridad. Al instante, las luces y el ruido de Moscú se desvanecieron. Estaba sola en un bosque, bajo un cielo inmaculado. Dio un paso adelante y después otro. Y luego tropezó, cayó de rodillas y no fue capaz de reunir las fuerzas necesarias para levantarse. Lo último que oyó fue una voz que le sonaba:

—¿Vas a morir así? Vaya, quizá la anciana se equivocase.

A su espalda, en alguna parte, le pareció que el Oso se reía.

Y entonces Vasia se quedó tendida en el suelo, inconsciente.

En el mundo de verdad, al Oso hacía un ruido sibilante al respirar entre dientes, con el filo de la risa iracunda. Le dijo a Varvara:

—Bueno, acabas de matarla. Ni siquiera he tenido que incumplir la palabra que le he dado a mi hermano. Te lo agradezco.

Varvara no dijo nada. «El mayor poder del que come es todo lo que sabe sobre los deseos y las debilidades del hombre». La madre de Varvara le había enseñado mucho acerca de cómo eran los cherti. En cambio ella había tratado de olvidar lo que sabía. ¿Qué importaba? Sus ojos no los veían, tal como su hermana disfrutaba recordándole.

Pero el que come había quedado libre, y su madre y su hermana ya no estaban.

Dos jóvenes se acercaron dando tumbos, borrachos. Sus ojos arrojaban una luz hambrienta.

—Eres vieja y fea —dijo uno—, pero nos sirves.

Sin decir ni una palabra, Varvara le propinó una patada entre las piernas al primero y, con el hombro, arremetió fuerte contra el

segundo. Ambos cayeron en la nieve aullando de dolor. Oyó que el Oso suspiraba satisfecho. «Por encima de todo —le había dicho su madre—, el que come ama los ejércitos, las batallas y la violencia».

Se agarró las faldas y echó a correr en dirección a las luces, al caos del posad y desde allí, cuesta arriba, hacia el kremlin. Mientras corría, oyó la voz del Oso en los oídos a pesar de que él no la había seguido:

—Te doy las gracias de nuevo, Sin Ojos, porque la pequeña bruja haya muerto sin que yo haya roto mi promesa.

—No me des las gracias todavía —musitó Varvara apretando los dientes—. Todavía no.

SEGUNDA PARTE

CINCO
TENTACIÓN

a jaula se derrumbó en mitad de un remolino de chispas justo cuando Sasha y Dmitri se abrían paso a golpes entre la gente y se ponían a destrozar la pira con el fuste de las lanzas. El caos adquirió proporciones frenéticas.

Entre tanta confusión, Konstantín Nikonóvich se escabulló con la capucha puesta para ocultar el intenso color dorado de su melena.

El humo cargaba el ambiente y la masa enloquecida zarandeaba al sacerdote sin saber quién era. Cuando los hombres acabaron de esparcir los leños de la hoguera, él había atravesado el posad sin que nadie reparase en su presencia y se dirigía a paso ligero hacia el monasterio.

«Ni siquiera ha negado su culpa», pensaba mientras se apresuraba por la nieve helada. Había incendiado Moscú. Era la ira justificada del pueblo lo que la había arrastrado. ¿Qué culpa podía tener él, que era un hombre santo?

Ella había muerto. Konstantín había conseguido una venganza completa.

Tenía diecisiete años.

A duras penas llegó a su celda y consiguió cerrar la puerta antes de dejarse llevar por un ataque de risa y sollozos. Se rio de la multitud de rostros que asentían y lo adoraban y rugían por todo Moscú, que escuchaban hasta la última palabra de lo que decía como si fuese su

propio evangelio; se rio del recuerdo de la cara de Vasia, del miedo en su mirada; se rio incluso de los iconos de la pared, de su rigidez y su silencio. Después la risa mudó en lágrimas. De la garganta le salían sonidos de angustia en contra de su voluntad, hasta que tuvo que meterse el puño en la boca para ensordecerlos.

Ella había muerto. Al final, había sido fácil. Era posible que el demonio, la bruja, la diosa, solo hubiera existido en su mente.

Intentó serenarse. La gente había sido como pedazos de arcilla para moldear con las manos, maleables al calor del fuego de Moscú. No siempre sería así de fácil. Si Dmitri Iványovich descubría que había provocado a la turba, como mínimo lo consideraría una amenaza a su autoridad, por no decir el asesino de su prima. No sabía si esa nueva influencia sería suficiente para contrarrestar la ira del gran príncipe.

Estaba tan ocupado llorando y dando vueltas, pensando e intentando no pensar, que no se fijó en la sombra que había en la pared hasta que esta le habló: —¿Lloras como una doncella? —murmuró—. ¿Lloras esta noche, de entre todas las noches? ¿Qué haces, Konstantín Nikonóvich?

Konstantín se apartó de un salto y emitió un ruido que era casi un grito.

—Eres tú —dijo, y respiró como un niño temeroso de la oscuridad. Y después—: No. —Y por último—: ¿Dónde estás?

—Aquí —dijo la voz.

Konstantín se volvió, pero no vio más que su propia sombra, la que arrojaba la lámpara.

—No, aquí.

Esa vez la voz parecía provenir del icono de la Madre de Dios. La mujer lo miraba lujuriosa desde detrás de la cubierta de oro. No era la Virgen ni mucho menos, sino Vasia con la melena suelta, negra y rojiza, aunque tenía un solo ojo y la cara lacerada por el fuego. Konstantín se tragó otro grito.

Entonces, la voz respondió por tercera vez desde su camastro y se rio: —No, aquí. Pobre necio.

Konstantín miró y vio… a un hombre.

¿Un hombre? La criatura que estaba en su cama tenía aspecto de hombre; un hombre de los que jamás se había visto en un monasterio. Estaba tendido tan tranquilo y sonriente en la cama, con el pelo alborotado y los pies descalzos, por incongruente que pareciese. Pero la sombra, esa sombra tenía garras.

—¿Quién eres? —le preguntó Konstantín con la respiración acelerada.

—¿Todavía no me habías visto la cara? —le preguntó la criatura—.

Ah, no, durante el solsticio de invierno viste la bestia y la sombra, pero no al hombre. —Se levantó despacio. Konstantín y él eran casi de la misma altura—. No importa. Me conoces por la voz. —Bajó la mirada como una chica tímida—. ¿Te parezco complaciente, hombre de Dios?

El extremo de la boca donde no había cicatrices se torció cuando intentó esbozar media sonrisa.

Konstantín estaba pegado a la puerta con el puño en la boca.

—Me acuerdo. Eres el diablo.

Al oírlo, aquel hombre (el chert) lo miró con fuego en su único ojo.

—¿Yo? Los hombres me llaman el Oso, Medved, si es que me llaman de algún modo. ¿Nunca has pensado que tanto el cielo como el infierno están más cerca de ti de lo que quieres creer?

—¿El cielo? ¿Más cerca? —preguntó Konstantín. Sentía hasta el último surco de la pared de madera que se le clavaba en la espalda —. Dios me abandonó. Me entregó a los demonios. El cielo no existe. Lo único que hay es este mundo de arcilla.

—Exacto —dijo el demonio, y abrió los brazos—. Puedes moldearlo a tu gusto. ¿Qué deseas de este mundo, padrecito?

Konstantín temblaba de los pies a la cabeza.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te necesito. Necesito un hombre.

—¿Para qué?

Medved encogió los hombros.

—Los hombres hacen el trabajo de los demonios, ¿no? Siempre ha sido así.

—No soy tu siervo. —Le temblaba la voz.

—No, ¿quién quiere un siervo? —dijo el Oso, que se acercó más y más, y le habló en voz baja—: Enemigo, amante, esclavo apasionado; puedes escoger entre todo eso, pero siervo no. —Se lamió el labio superior con la lengua enrojecida—. ¿Ves? Soy muy generoso a la hora de hacer tratos.

Konstantín tragó saliva, tenía la boca seca. Respiraba deprisa, con ansia y desesperación. Era como si la celda menguase por momentos.

—¿Qué consigo yo a cambio de mi… lealtad?

—¿Qué deseas? —contestó el chert desde tan cerca que podía murmurarle la pregunta al oído.

El sacerdote, en el alma, sentía un duelo feroz. «He rezado. Durante toda mi vida, todos estos años, he rezado. Pero tú guardabas silencio, Señor. Si trato con demonios es porque tú me has abandonado». Aquel demonio tenía cara de estar escuchando sus pensamientos sin ningún esfuerzo y de disfrutarlo en secreto.

—Deseo olvidarme de mí mismo gracias a la devoción de los hombres.

Era la primera vez que expresaba ese pensamiento en voz alta.

—Hecho.

—Deseo las comodidades que tienen los príncipes —continuó Konstantín, que se ahogaría en ese ojo solitario—. Buena carne y camas mullidas. —La última palabra fue un suspiro—: Mujeres.

El Oso se rio.

—Eso también.

—Deseo autoridad terrenal —dijo Konstantín.

—Tanta como tus dos manos, tu corazón y tu voz sean capaces de abarcar —afirmó el Oso—. El mundo a tus pies.

—Pero ¿qué quieres tú? —preguntó Konstantín Nikonóvich en voz baja.

El demonio cerró las garras y formó un puño.

—Lo único que yo quería era ser libre. El bastardo de mi hermano me había encadenado en un claro al borde del invierno para siempre tras la vida de los hombres. Pero por fin hay algo que le importaba más que tenerme confinado y ahora soy libre. He visto las estrellas y he olido el humo y he saboreado el miedo de los hombres. —En voz más baja, añadió—: He visto que los cherti han quedado reducidos a sombras. Los hombres ahora ordenan sus vidas en torno al sonido de esas malditas campanas. Así que voy a derribar las campanas y, de paso, a derrocar al gran príncipe. Voy a prenderle fuego a todo este pequeño mundo que es la Rus y veré qué sale de las cenizas.

Konstantín lo contempló fascinado y atemorizado.

—Eso te gustará, ¿verdad? —le preguntó el Oso—. Así tu Dios aprenderá a no hacerte caso. —Hizo una pausa y, después, dijo con tono más prosaico—: Mientras tanto, quiero que esta noche vayas adonde yo te diga y hagas lo que te ordene.

—¿Esta noche? La ciudad está revuelta. Ya ha pasado la medianoche y…

—¿Temes que te vean mezclándote con malhechores después de la medianoche? Bueno, déjamelo a mí.

—¿Por qué? —preguntó Konstantín.

—¿Por qué no? —repuso el otro, y Konstantín no contestó. El demonio le respiró al oído—. ¿Prefieres quedarte aquí a pensar en su muerte? ¿Quedarte aquí a oscuras y desearla ahora que ya ha muerto?

Konstantín notó el sabor de la sangre en el carrillo, donde se le cerraba la mandíbula.

—Era una bruja. Se lo merecía.

—Eso no quiere decir que tú no lo hayas disfrutado —murmuró el

demonio—. ¿Por qué crees que he venido a verte a ti primero?

—Era fea —observó Konstantín.

—Era salvaje como el mar —replicó el Oso—. Y, como el mar, estaba llena de misterios.

—Está muerta —dijo Konstantín con rotundidad, como si al hablar pudiera extirparse el recuerdo.

El demonio esbozó una sonrisa secreta.

—Muerta.

Konstantín notó en los pulmones que el aire se volvía denso, como si tratase de respirar humo.

—No podemos entretenernos —observó el Oso—. El primer golpe, hay que dar el primer golpe esta noche.

—Ya me has engañado otras veces —respondió Konstantín.

—Y puede que vuelva a hacerlo —afirmó el otro—. ¿Tienes miedo?

—No —dijo Konstantín—. No creo en nada ni le temo a nada.

El Oso se rio.

—Así debería ser. Porque es la única manera de arriesgarse a conseguirlo todo: no tener miedo a perder.

SEIS
NO HAY HUESOS NI CARNE

mitri y sus hombres destrozaron la hoguera del río. Sasha colaboraba con los demás, presa de la desesperación y la impotencia más terrible. Al final, ante ellos había una extensión de leños ardientes, cuyas brasas resplandecían sobre el hielo humeante y lleno de agujeros. La jaula tenía el mismo aspecto que el resto de la leña quemada; ni siquiera distinguían cuáles eran los barrotes que la formaban. El gentío se había dispersado y había llegado la parte más gélida y negra de la noche. Estaban en un campo de fuego mortecino, atrapados entre la tierra fría y las estrellas de la primavera.

La fuerza aterradora que había infundido vida a Sasha desapareció. Se apoyó en la cruz de su yegua, que olía a humo. Nada. No quedaba nada de ella. Era incapaz de dejar de temblar.

Dmitri se apartó el pelo de la frente y se santiguó. Susurró:

—Que Dios acoja su alma. —Le puso la mano en el hombro a su primo—. En mi ciudad, ningún hombre tiene derecho a tomarse la justicia por la mano sin mi permiso. Tendrás tu venganza.

Sasha no respondió. Sin embargo, la expresión del rostro de su primo sorprendió al gran príncipe. Pena, cómo no, y también rabia. Pero además estaba… ¿perplejo?

—¿Hermano? —dijo Dmitri.

—Mira —le susurró Sasha.

Apartó un leño con el pie y después otro, y señaló los restos de la jaula.

—¿Qué? —contestó Dmitri consternado.

—No hay huesos —dijo Sasha, y tragó saliva—. Ni carne.

—Se habrán quemado —respondió Dmitri—. El fuego ardía con mucha fuerza.

Sasha negó una vez con la cabeza.

—No ha pasado el tiempo suficiente.

—Vamos. —Dmitri tenía cara de preocupación—. Primo, sé que desearías que estuviese viva, pero ha entrado. No podría haber salido.

—No —admitió Sasha, y respiró hondo—. No, eso sería imposible. —Aun así, le echó otro vistazo al panorama infernal de colores rojos y negros del río y, de pronto, fue a por su caballo—. Me voy con mi hermana.

Un silencio alarmado. Entonces Dmitri comprendió.

—Muy bien —dijo—. Dile a la princesa de Sérpujov que…, que lo siento por su pérdida y también por la tuya. Era… una chica muy valiente. Que Dios te acompañe.

Palabras, no eran más que palabras. Sasha sabía que a Dimitri la muerte de Vasia no podía pesarle demasiado; ella había sido un problema que no sabía cómo resolver. No obstante, en la hoguera no había huesos. Y Vasia, Vasia no siempre era predecible. Sasha dio la vuelta con la yegua y la puso al galope cuesta arriba en dirección al posad y la entrada de Moscú.

Dmitri se volvió con el ceño fruncido y ladró órdenes y reunió a sus guardias. Estaba agotado y en Moscú ya se habían producido dos fuegos: el segundo, a su manera, era tan destructivo como el primero. Sasha encontró la puerta de la muralla de Olga hecha añicos y el patio pisoteado. Pero Dmitri había enviado todos los soldados de los que había podido prescindir. Ellos habían impuesto cierto orden y habían evitado que saqueasen las dependencias externas. El patio estaba tranquilo.

Al pasar, Sasha saludó en voz baja a los hombres de Dmitri.

Algunos de los mozos habían regresado poco a poco después de que la muchedumbre se marchase hacia el río. Sasha despertó a uno de los del establo y le dio las riendas de su yegua, casi sin detenerse.

La nieve del patio estaba salpicada y embadurnada de sangre, y en la puerta del terem se veían huellas de botas y de hojas afiladas. Tuvo que insistir para que una sirvienta atemorizada le abriese y también hubo de convencerla de que lo dejase pasar.

Olga estaba sentada junto a los ladrillos calientes del horno de su cámara, aún despierta, aún vestida. A la luz de las velas, se le veía el

rostro demacrado y gris; las sombras del agotamiento manchaban su belleza pálida. María lloraba histérica en el regazo de su madre, con la melena negra esparcida a su alrededor como si estuviera en el agua. No había nadie más. Sasha se detuvo junto a la puerta. Olga reparó en la ropa cubierta de hollín, en la cara sucia y llena de ampollas y palideció.

—Si traes noticias, pueden esperar —dijo, y miró a la niña.

Sasha no sabía qué decir; la esperanza tenue y terrible que albergaba le parecía una necedad ante aquel dvor salpicado de sangre, ante la pena incontrolable de María.

—¿Masha está bien? —preguntó.

Cruzó la estancia y se arrodilló junto a su hermana.

—No —respondió Olga.

María levantó la cabeza con los ojos bañados en lágrimas y los párpados amoratados.

—¡Lo han matado! —sollozó—. Lo han matado, y él no le haría daño a nadie más que a los malos, y le encantaban las gachas y ¡no deberían haberlo matado! —Su mirada era la de una fiera—. Voy a esperar a que vuelva Vasia, y saldremos a matar a todos los que le han hecho daño.

Miró a su alrededor y volvieron a llenársele los ojos de lágrimas. Se le fue la rabia tan rápido como había llegado. Se arrodilló, se hizo un ovillo y lloró en el regazo de su madre.

Olga le acariciaba el pelo. De cerca, Sasha vio que a su hermana le temblaba la mano.

—Ha habido una revuelta —explicó Sasha en voz baja—. Vasia…

Olga se llevó el índice a los labios y señaló a su hija llorosa con la mirada. Después cerró sus ojos negros un instante brevísimo.

—Que Dios la acompañe —dijo.

María levantó la cabeza de nuevo.

—Tío Sasha, ¿ha vuelto Vasia contigo? Nos necesita, seguro que está triste.

—Masha —dijo Olga con afecto—, debemos rezar por Vasia. Me temo que no ha regresado.

—Pero…

—Masha —repitió Olga—, silencio. No sabemos qué ha pasado, debemos esperar hasta averiguarlo. Las mañanas son más sabias que las noches. Venga, ¿por qué no te vas a dormir?

María se negaba. Se puso de pie.

—¡Tiene que volver! —gritó—. ¿Adónde va a ir si no vuelve?

—Quizá se haya ido con Dios —dijo Olga sin vacilar, porque no les mentía a sus hijos—. Si es así, espero que su alma halle descanso.

La niña miró a su madre y a su tío; estaba boquiabierta, horrorizada. Entonces volvió la cabeza como si alguien más hablase en la misma estancia. Sasha se fijó en que miraba el rincón, junto al horno. Pero allí no había nadie. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¡No es verdad! —gritó María, y se soltó del abrazo de su madre y se frotó los ojos húmedos—. No está con Dios, ¡os equivocáis! Está… ¿dónde? —le exigió María al vacío, cerca del suelo—. La medianoche no es un sitio.

Sasha y Olga se miraron.

—Masha… —empezó a decir Olga.

Hubo un movimiento repentino en la entrada. Todos se sobresaltaron; Sasha se volvió de golpe con una de sus manos sucias aferrada a la empuñadura de su espada.

—Soy yo —dijo Varvara. Tenía la trenza clara medio deshecha y la ropa llena de sangre y hollín.

Olga la miró de arriba abajo.

—¿De dónde vienes?

Sin ninguna ceremonia, Varvara declaró:

—Vasia está viva. O lo estaba cuando me he despedido de ella. Iban a quemarla, pero ha roto los barrotes de la jaula y ha saltado sin ser vista. La he sacado de la ciudad.

Sasha tenía esperanzas. Pero no había llegado al punto de pensar cómo…

—¿Sin ser vista? —Después se fijó en cosas más importantes—. ¿Dónde? ¿La han herido? ¿Dónde está? Debo…

—Sí, la han atacado. La ha apaleado la turba —respondió Varvara con tono ácido—. También estaba medio enloquecida por culpa de la magia; le ha venido de repente, por la desesperación. Pero está viva y las heridas no son mortales. Ha escapado.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Olga con autoridad.

—Ha cogido el camino que atraviesa la Medianoche —respondió Varvara con una extrañísima combinación de admiración y resentimiento en el rostro—. Quizá llegue incluso hasta el lago. He hecho todo lo que he podido.

—Debo ir a buscarla —decidió Sasha—. ¿Dónde está el camino que atraviesa la Medianoche?

—En ninguna parte —contestó Sasha—. Y en todas. Pero solo a medianoche. Y ya ha pasado la hora. En cualquier caso, vos no tenéis el don de la visión, el poder de recorrer solo el camino de la Medianoche. No podéis alcanzar a Vasia.

Olga miró ceñuda a María y a Varvara.

Incrédulo, Sasha dijo:

—¿Esperas que acepte tu palabra? ¿Que abandone a mi hermana?

—No es cuestión de abandonarla: su destino no está en vuestras manos.

Varvara se acomodó en un taburete como si no fuera una sirvienta. Había un cambio sutil en su comportamiento. Su mirada era resuelta y consternada.

—El que come está libre —murmuró—. La criatura que los hombres llaman Medved. El Oso.

Incluso cuando Vasia había acabado de contarles la verdad horas después de que Moscú se incendiase y la nieve la salvase, a Sasha le había costado mucho esfuerzo creerse las historias de demonios de su hermana. Estaba a punto de exigir que Varvara le dijera el verdadero paradero de Vasia cuando Olga intervino: —¿Qué significa eso? Que el Oso está libre. ¿Quién es el Oso? ¿Libre de hacer el qué?

—No lo sé —dijo Varvara—. El Oso es uno de los cherti más importantes, es un maestro de las fuerzas impuras de la Tierra. —Hablaba despacio, como si recordase una lección aprendida mucho tiempo antes—. Su principal habilidad es saber qué quieren los hombres y las mujeres y doblegarlos a su voluntad. Ama el caos y la destrucción sobre todas las cosas y los siembra siempre que puede. —Negó con la cabeza y, de repente, volvía a ser la ayuda de cámara, lista y práctica—. Hay que esperar hasta mañana por la mañana: estamos todos muertos de agotamiento. Venga, la chica está viva y ni amigos ni enemigos podrán alcanzarla. ¿No vais a dormir?

Hubo un silencio. Y al cabo de poco, Sasha habló muy serio:

—No. Si no puedo ir a por ella, al menos rezaré. Por mi hermana y por esta ciudad de locos.

—Los de la ciudad no están locos —protestó María, que había seguido la conversación con expresión feroz y, de pronto, volvió la cabeza para escuchar la voz invisible de cerca del suelo—. Ha sido un hombre de cabellera dorada: él los ha obligado a hacerlo. Les ha hablado y los ha puesto furiosos. —Se echó a temblar—. Es el que vino anoche, el que me obligó a irme con él. Cuando habla, la gente le escucha. Tiene la voz muy bonita. Y odia a la tía Vasia.

Olga abrazó a su hija. María se había echado a llorar de nuevo, sollozos lentos y exhaustos.

—Tranquila, mi amor —le dijo a su hija.

Sasha notó cómo le cambiaba la cara con la desolación.

—El sacerdote de pelo dorado —respondió—. Konstantín Nikonóvich.

—Nuestro padre le dio cobijo. Tú lo trajiste a Moscú. Yo lo socorrí en mi casa —musitó Olga. Su habitual compostura no conseguía

disimular lo que expresaban sus ojos.

—Voy a rezar —dijo Sasha—. Si a esta ciudad ha venido un demonio, lo único que puedo hacer para combatirlo es rezar. Pero mañana acudiré a Dmitri Ivánovich. Haré que juzguen al sacerdote y se hará justicia.

—Debes matarlo tú mismo con la espada, tío Sasha —intervino María—. Creo que es muy malvado.

Sasha les dio un beso a cada una y se marchó en silencio.

—Gracias por salvarle la vida a nuestra hermana —le dijo Olga a Varvara en cuanto se fue Sasha.

Varvara no respondió, pero las dos mujeres se cogieron de la mano. Se conocían desde hacía mucho tiempo.

—Ahora cuéntame más sobre el demonio que ha venido a Moscú — añadió Olga—. Si tiene algo que ver con la seguridad de mi familia, yo no puedo esperar hasta que se haga de día.

SIETE
MONSTRUO

En otra parte de Moscú, a la hora más negra y glacial antes del amanecer, un campesino estaba despierto junto a su esposa, sobre el horno de su hermano. Habían perdido la isba, sus posesiones y a su primogénito en el incendio de la noche anterior, y ninguno de los dos había dormido desde entonces.

En la ventana se oyeron unos golpecitos suaves pero insistentes. Pam. Pam.

En el suelo, se despertó la familia del hermano. Los golpes continuaron con regularidad y monotonía, primero en la ventana y después en la puerta.

—¿Quién podría ser? —murmuró el marido.

—Alguien necesitado, quizá —sugirió su esposa con la voz ronca de tantas lágrimas que había derramado ese día—. Ve a ver.

El marido se bajó del horno a regañadientes. Se acercó a la puerta dando tumbos, sorteando a sus parientes quejumbrosos. Abrió la puerta interior y quitó el travesaño de la de fuera.

Su mujer lo oyó emitir un único sollozo sin aliento y luego, nada. Corrió a la entrada.

En la puerta había una figura pequeña. Tenía la piel ennegrecida y suelta en algunas partes; a través de las rasgaduras de la ropa se le adivinaba el blanco de los huesos.

—¿Madre? —susurró.

La madre del niño muerto chilló, un chillido que despertaría a un muerto, aunque los muertos ya estaban despiertos. Un chillido que despertó a los vecinos, que dormían inquietos con el recuerdo del incendio. La gente abrió los postigos, abrió las puertas.

El niño no entró en la casa. Dio media vuelta y echó a caminar calle arriba. Andaba como borracho, dando bandazos de lado a lado. A la luz de la luna, se le veía la mirada llena de aturdimiento y de miedo y de resolución, todo a la vez.

—¿Madre? —repitió.

Desde arriba, a ambos lados de la calle, los vecinos que se habían levantado los observaban y los señalaban.

—Madre de Dios.

—¿Quién es?

—¿Qué es eso?

—¿Es un niño?

—¿El niño de quién?

—No… Que Dios se apiade de nosotros. Es el pequeño Andriusha, pero está muerto…

Se oyó a la madre del niño.

—¡No! —gritó—. No, lo siento. Estoy aquí. Pequeño mío, no me dejes.

Corrió tras el niño muerto y tropezó con la tierra medio helada. Su marido corrió hacia ella, dando traspiés. Entre el grupo de gente pasmada que se había formado en la calle había un sacerdote; el padre lo agarró y lo llevó a rastras.

—Bátiushka, ¡haced algo! —gritó—. ¡Haced que se vaya! Rezad…

—¡Un upyr!

Esa palabra, esa temible palabra de las leyendas y las pesadillas y los cuentos de hadas, fue pasando de casa en casa a medida que todos comprendían. Se extendió por la calle de boca en boca, de un extremo a otro, y el susurro creció y creció hasta que se convirtió en un lamento, en un grito.

—El niño muerto. El niño camina. Los muertos se levantan. Es una maldición. ¡Una maldición!

La agitación aumentaba por momentos. Encendieron lámparas de arcilla; las antorchas eran orbes de luz dorada bajo la luna pálida.

Se oían gritos. La gente se desmayaba o lloraba o rogaba a Dios que los ayudase. Algunos abrían la puerta y corrían afuera para ver qué ocurría. Otros la atrancaban y ponían a toda la familia a rezar.

Y el niño muerto andaba y le fallaban las piernas, cuesta arriba, hacia el kremlin.

—¡Hijo! —lo llamaba su madre sin aliento, corriendo a su lado.

Pero no se atrevía a tocarlo; la manera en que se movía, como descompuesto, no era la manera de moverse de los vivos. Sin embargo, en sus ojos, y de eso ella estaba segura, quedaba un resquicio de su hijo.

—Hijo mío, ¿qué horror es este? ¿Te ha enviado Dios de vuelta a casa? ¿Has venido a advertirnos de algo?

El niño muerto se giró y repitió: «¿Madre?» con voz suave y aguda.

—Estoy aquí —susurró la mujer, y le tendió la mano.

La piel del rostro se le desprendió al tocarla. El marido empujaba al sacerdote hacia delante.

—Haced algo, por el amor de Dios.

El sacerdote, con los labios temblorosos, dio un traspié, avanzó y alzó una mano trémula.

—Aparición, yo te ordeno…

El niño levantó la vista, tenía los ojos apagados. La muchedumbre se apartó, la gente se santiguaba, observaba. El niño recorrió el conjunto de rostros con la vista.

—¿Madre? —susurró la criatura una vez más.

Y se abalanzó sobre ella.

No lo hizo deprisa; las heridas y la muerte lo habían debilitado, esas piernas a medio crecer habían quedado muy torpes. Pero la mujer no opuso resistencia. El vampiro le enterró la cara en los pliegues de la garganta.

Ella emitió un chillido borboteante de amor y dolor y se abrazó a la criatura y, con su último aliento agonizante, la arrulló.

—Estoy aquí —le susurró de nuevo.

Y entonces la pequeña criatura muerta se pintó con su sangre, sacudiendo la cabeza de un lado a otro como si se burlase de su propia niñez.

La gente corría y chillaba.

Entonces se oyó una voz que retumbaba desde otra calle más arriba, y el padre Konstantín bajó a paso veloz, fiero, digno, con la melena de oro plateada a la luz de la luna.

—Gente de Dios —dijo—, estoy aquí. No temáis la oscuridad.

Su voz era como oír campanas al amanecer. La larga sotana ondeaba a su paso. Apartó de su camino al marido, que había caído de rodillas y le tendía una mano impotente a su esposa.

Con la misma firmeza que un hombre desenvaina la espada, hizo la señal de la cruz.

El niño upyr bufó como un animal. Tenía la cara negra de la sangre.

Detrás de Konstantín había una sombra tuerta que observaba el

encuentro sórdido y sangriento con deleite, pero nadie la vio. Ni siquiera Konstantín, porque no se fijaba. Tal vez en ese instante hubiera olvidado que no era solo su voz la que mandaba descansar al muerto.

—Atrás, demonio —espetó Konstantín—. Vete al lugar de donde hayas venido. No vuelvas a molestar a los vivos.

El pequeño vampiro bufó. La muchedumbre vacilante había detenido la huida por un momento; los más cercanos observaban fascinados, inmóviles. Durante un largo instante, el upyr y el sacerdote se miraron fijamente, como en una descarnada batalla de voluntades. Lo único que se oía era la respiración borboteante de la madre moribunda.

Cualquier persona observadora se habría dado cuenta de que el muerto no miraba al sacerdote, sino más allá. Detrás de Konstantín, la sombra tuerta hizo un gesto brusco y autoritario con el pulgar, tal como alguien mandaría marchar a un perro.

El vampiro gruñó de nuevo, pero con suavidad, ya que el poder que le había dado vida y aliento y movimiento se desvanecía. Se desplomó sobre el pecho de su madre. Nadie supo distinguir si el sonido final fue el último aliento de la madre o del hijo.

El marido contempló los cadáveres de su familia: vacío, impactado e inmóvil. Pero la gente no lo miraba a él.

—Regresa —le dijo al oído el Oso a Konstantín—. Creen que eres un santo; no es el momento de estar por ahí. Con un simple estornudo lo estropearías.

Konstantín Nikonóvich, rodeado de rostros asombrados y boquiabiertos, lo sabía de sobra. Volvió a hacer la señal de la cruz ante todos ellos: la bendición. Después deshizo el camino por la calle estrecha, dando grandes zancadas en la oscuridad, con la esperanza de no tropezar con una rodera helada. La muchedumbre se abría a su paso, llorando.

A Konstantín le cantaba la sangre con el recuerdo del poder. Años de oraciones, de búsqueda sincera, lo habían convertido en alguien dejado de la mano de Dios, pero aquel demonio podía engrandecerlo a ojos de los hombres. Lo sabía. Si parte de él le susurraba: «Te arrebatará el alma», Konstantín no hizo caso. ¿De qué le había servido el alma? Sin embargo, murmuró casi sin querer:

—Esa mujer ha muerto como parte de tu espectáculo.

El demonio encogió los hombros. El lado de la cara que era todo cicatrices se perdía en la oscuridad; parecía normal, salvo por los pies descalzos, que no hacían ruido. A cada tanto, miraba las estrellas.

—No está muerta, exactamente. Los muertos no guardan silencio

cuando yo salgo.

Konstantín se estremeció.

—Por las noches recorrerá las calles llamando a su hijo. Pero todo eso es bueno: es leña para la hoguera de sus miedos. —Miró de soslayo al sacerdote—. ¿Tienes remordimientos? Es demasiado tarde para los escrúpulos, hombre de Dios.

Konstantín no respondió.

El demonio murmuró:

—En este mundo no hay nada más que poder. Las personas se dividen entre las que lo tienen y las que no. ¿De cuáles vas a ser tú, Konstantín Nikonóvich?

—Al menos yo soy un hombre —le soltó Konstantín con tono estridente—. Tú no eres más que un monstruo.

Medved tenía los dientes blancos como los de una bestia y, cuando sonrió, relucieron un instante.

—Los monstruos no existen.

Konstantín resopló.

—No existen —dijo el Oso—. En el mundo no hay monstruos ni santos. Solo sombras infinitas que forman parte del mismo tapiz: luz y oscuridad. Lo que para un hombre es un monstruo otro lo adora. Los sabios lo saben.

Estaban ya muy cerca de la puerta del monasterio.

—En ese caso, demonio, ¿eres tú mi monstruo? —le preguntó Konstantín.

La sombra de la comisura de Medved se hizo más profunda.

—Lo soy —asintió—. Y también soy lo que adoras. Tú no distingues.

El demonio le agarró la dorada cabeza con ambas manos, se la acercó y le dio un beso en los labios.

Después se adentró en la negrura y desapareció sin dejar de reírse.

OCHO
ENTRE LA CIUDAD Y EL MAL

l hermano Aleksandr abandonó el palacio de su hermana justo antes de que saliera el sol, cuando el cielo estaba gris azulado. A su alrededor, Moscú despertaba taciturno. La rabia y el descontrol habían mudado en una inquietud aún más intensa. Dmitri había mandado a las calles a todos los hombres que podía: soldados a las puertas del kremlin, a la entrada de su palacio, vigilando las casas de los boyardos. Pero su presencia no hacía más que alimentar la sensación de pavor.

Unas cuantas personas reconocieron a Sasha a pesar de la hora, a pesar de la capucha. Tiempo atrás le habrían pedido la bendición, pero ese día le clavaban miradas funestas y apartaban a los niños.

El hermano de la bruja.

Sasha continuó con los labios apretados. Tal vez un monje mejor habría puesto la mente en asuntos celestiales, en perdonar y ser perdonado, y no se habría lamentado por el tormento de su hermana o por la reputación que había perdido. Pero, de haber sido mejor monje, se habría quedado en la Lavra.

Cuando Sasha atravesó la puerta del palacio del gran príncipe y encontró a Dmitri conversando en voz baja con tres de sus boyardos, el sol había creado un ribete de cobre en el horizonte y el agua corría por debajo de la nieve medio derretida.

—Que Dios os acompañe —les dijo a todos.

Los boyardos se santiguaron, los tres con expresiones idénticas, semiocultas tras las barbas. Sasha no podía tenérselo en cuenta.

—A las grandes familias no les gusta —comentó Dmitri cuando los boyardos se hubieron marchado tras una reverencia, en un momento en que los sirvientes no podían oírlos—. No les gusta nada de esto. Que un traidor haya estado tan cerca de matarme, que anoche yo perdiera el control de la ciudad. Además… —Hizo una pausa y jugueteó con la empuñadura de la espada—. Corre el rumor de que se ha visto un demonio en Moscú.

Sasha se acordó de la advertencia que le había hecho Varvara. Tal vez Dmitri esperaba que se mofara de ello, pero lo que hizo fue una pregunta cautelosa:

—¿Qué clase de… demonio?

Dmitri lo miró al instante.

—No lo sé. Pero es el motivo por el que esos tres han venido a verme tan pronto y tan nerviosos; ellos también han oído los rumores y se temen que la ciudad esté bajo algún tipo de maldición. Dicen que ahora la gente no habla más que de demonios y de la ruina. Dicen que el único motivo de que anoche la ciudad no cayera presa del mal es que un sacerdote llamado padre Konstantín proscribió al demonio. Dicen que es un santo, que es el único que se interpone entre la ciudad y el mal.

—Son mentiras —replicó Sasha—. Ese mismo padre Konstantín fue el que anoche levantó la revuelta y puso a mi hermana en la hoguera.

Dmitri entornó los ojos.

—La turba que él dirigía rompió la puerta de la muralla de mi hermana —continuó Sasha—. Y él…

Sasha calló. «Sacó a mi sobrina de la cama y se la entregó al traidor». Eso era lo que quería decir, pero Olga le había advertido lo contrario: «No te atrevas a afirmar en voz alta que esa noche mi hija salió del terem. Consigue justicia para Vasia si puedes, pero ¿qué crees que dirá la gente de María?».

—¿Tienes pruebas? —le preguntó Dmitri.

Tiempo atrás, Sasha habría respondido: «¿No te basta con mi palabra?». Dimitri habría dicho: «Sí, hermano», y la discusión habría terminado. Pero una mentira se había interpuesto entre ellos, así que Sasha dijo:

—Hay testigos que vieron al padre Konstantín acompañando a la muchedumbre que rodeó el palacio de Sérpujov y también en la hoguera.

Dmitri tardó un momento en contestar. Dijo:

—Esta mañana, cuando me han llegado los rumores, he enviado

hombres al monasterio del Arcángel con órdenes de escoltar al sacerdote hasta aquí. Sin embargo, no estaba en el monasterio. Había ido a la catedral de la Asunción, donde se había congregado media ciudad a rezar y llorar. Canta como un ángel, dicen, y Moscú está lleno de historias acerca de su belleza y su devoción y sobre cómo ha liberado la ciudad de los demonios. Basta con todos esos rumores para convertirlo en un peligro, incluso si no es el villano que tú insinúas.

—Si es peligroso, ¿por qué no lo has detenido?

—¿Es que no me escuchas? —repuso Dmitri—. No puedo sacar a rastras de la catedral a un hombre santo delante de medio Moscú. No, vendrá él aquí, invitación discreta mediante, y yo decidiré qué hacer.

—Hizo que una muchedumbre atacase la muralla del palacio de Sérpujov —insistió Sasha—. Solo hay una cosa que hacer con él.

—Se hará justicia, primo —afirmó Dmitri con una advertencia en la mirada—. Pero debo administrarla yo, no tú.

Sasha no dijo nada. En el patio se oía el ruido de los martillos, de hombres dando voces, de los caballos. Más allá estaba el murmullo de la ciudad, que en esos momentos se desperezaba.

—He ordenado que se oficie la eucaristía —añadió Dmitri, que sonaba cansado—. He puesto a todos los obispos a rezar. No sé qué más podemos hacer. Maldita sea, no soy un hombre santo, no puedo responder a preguntas sobre maldiciones y demonios. La gente ya está bastante inquieta sin esos rumores perversos. Hay que reconstruir la ciudad y dar con los bandidos tártaros.

A Konstantín le parecía que todo Moscú lo seguía desde la catedral al palacio del gran príncipe. Las voces tiraban de él, su hedor lo rodeaba.

—Regresaré —le dijo a la gente antes de atravesar la muralla.

Esperaron fuera con los iconos en las manos, rezando en voz alta, mejores que cien guardias.

No obstante, Konstantín sudaba un sudor frío mientras atravesaba el patio. Dmitri tenía sus propios guardias, bien armados y vigilantes. El demonio no se había separado de Konstantín desde la mañana y en ese instante caminaba despreocupado a su lado, invisible para los presentes a excepción del sacerdote, y miraba a su alrededor con interés. Konstantín se dio cuenta con desasosiego de que el Oso estaba disfrutando.

Por todo el patio había sombras de pequeños demonios, criaturas de los hogares. Le daban escalofríos solo de verlos.

—¿Qué quieren?

El Oso les ofreció una sonrisa de superioridad a los demonios que se habían congregado allí.

—Tienen miedo. Las campanas los silencian año tras año, pero la

destrucción de los hogares los mata deprisa. Saben lo que voy a hacer. —El Oso les hizo una reverencia socarrona—. Están condenados —añadió alegre, como si quisiera que todos lo oyesen, y continuó andando.

—No los echaré de menos —musitó Konstantín, y lo siguió.

Las miradas de los cherti hogareños se le clavaban en la espalda.

En el salón de audiencias lo esperaban dos hombres: el hermano Aleksandr y Dmitri Iványovich; sus sirvientes estaban a su espalda, hieráticos. Allí todavía olía a humo. Una de las paredes tenía marcas de espadas y la pintura estaba desconchada.

Dmitri se había sentado en el trono tallado. El hermano Aleksandr estaba de pie a su lado, atento.

—Si puede, ese te matará —observó el Oso, y señaló a Sasha con la barbilla.

Sasha entornó los ojos. Konstantín dudó: ¿se lo había imaginado o era cierto que el monje lo había mirado a él y después se había fijado fugazmente en el demonio que lo acompañaba? Sintió un pánico momentáneo.

—Tranquilo —añadió el Oso sin quitarle ojo a Sasha—. Tiene la misma sangre que la joven bruja. Presiente cosas que no ve, pero nada más. —Hizo una pausa—. Intenta que no te maten, hombre de Dios.

—Konstantín Nikonóvich —dijo Dmitri con frialdad, y Konstantín tragó saliva—. Ayer murió una joven en la hoguera, una pariente mía, sin que la juzgasen. Dicen que vos mandasteis a una turba de Moscú a hacerlo. ¿Tenéis algo que decir?

—Yo no hice eso. —Konstantín se obligaba a hablar con serenidad —. Intenté evitar que cometiesen más actos violentos, que entrasen por la fuerza en el terem de Sérpujov y matasen a las mujeres. Eso lo conseguí, pero no pude salvar a la chica. —No le hizo falta fingir la pena que expresaba su voz, solo dejar que saliera a la superficie de la maraña de sentimientos—. Recé por su alma. Pero no pude frenar la ira del pueblo. Ella misma confesó que había prendido el fuego que acabó con tantas vidas.

Había dado con la nota perfecta de admisión y pesar. El Oso resoplaba burlón a su lado. Konstantín a duras penas evitó volverse a mirarlo con rabia.

Sasha, que estaba en la tarima junto a su primo, permaneció inmóvil.

De pronto, el Oso dijo:

—El monje sabe cómo empezó el incendio. Presiónalo. No le mentirá al gran príncipe.

—Eso no es verdad —le dijo Dmitri a Konstantín—. El incendio lo

provocaron los tártaros.

—Preguntádselo al hermano Aleksandr —repuso Konstantín, y dejó que su voz llenase el salón—. Preguntádselo al monje santo, si fue la chica o no la que inició el incendio. En nombre de Dios, os ordeno que digáis la verdad.

Dmitri se volvió hacia Sasha. El monje sentía tal ira que le brillaban los ojos como estrellas, pero a Konstantín le asombró ver que era cierto. No le mentiría.

—Fue un accidente —masculló Sasha.

Dmitri y él se miraron como si fueran los únicos presentes.

—Dmitri Ivánovich…

La expresión de Dmitri se tornó hermética. Se volvió hacia Konstantín sin decir ni una palabra. El sacerdote sintió un placer fugaz, vio que el Oso sonreía. Se miraron con absoluto entendimiento y Konstantín pensó: «Quizá yo siempre haya estado maldito si sé lo que piensa este monstruo».

—Ella también salvó la ciudad —murmuró el Oso—. Aunque el monje no puede afirmarlo sin acusar a su propia hermana de brujería. Esa chica es una salvaje, es digna de un espíritu del caos. —Lo había dicho casi con aprobación.

Konstantín apretó los labios.

Dimitri se había recuperado sin esfuerzo y declaró:

—También he oído que anoche luchasteis contra un demonio y lo desterrasteis.

—Un demonio o una pobre alma descarriada, no lo sé —contestó Konstantín—. Pero estaba furibundo y había venido a atormentar a los vivos. Recé… —Más le valía controlar la voz—. Y Dios tuvo a bien interceder. Eso es todo.

—¿Lo es? —inquirió el hermano Aleksandr en voz baja y mesurada —. ¿Y qué pasa si no os creemos?

—Podría traer varios testigos de la ciudad que lo demostrarían —respondió Konstantín con más confianza.

El monje tenía las manos atadas.

Dmitri se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó—. ¿Había un demonio en Moscú?

Konstantín se santiguó. Con la cabeza gacha, dijo:

—Es verdad. Un muerto. Yo lo vi con mis propios ojos.

—¿Por qué creéis que había un muerto en Moscú, bátiushka? Konstantín tomó nota del trato de respeto. Cogió aire de nuevo.

—Fue un castigo de Dios por dar cobijo a brujas. Pero la bruja ha muerto y quizá Dios ahora se dé por satisfecho.

—No es probable —replicó el Oso.

Pero eso solo lo oyó Konstantín.

«Maldito sea ese monje pico de oro —pensó Sasha—. Y maldita sea Vasia también, esté donde esté». Él podía defender sus buenas intenciones y su buen corazón, pero no negar que su hermana tuviera alguna culpa sin que eso afectase a su conciencia. No podía decir que no fuese bruja sin faltar a la verdad. No podía hablar en voz alta del secuestro de María.

De modo que debía comparecer ante aquel asesino y escuchar sus medias verdades sin contar con buenas respuestas y, para colmo, Dmitri le hacía caso al sacerdote. Sasha estaba lívido de la rabia.

—¿Volverá el muerto? —preguntó Dmitri.

—¿Quién lo sabe, aparte de Dios? —respondió Konstantín.

Desvió la mirada un ápice hacia la izquierda, aunque allí no había nada. A Sasha se le puso el vello de la nuca de punta.

—En ese caso… —empezó a decir Dmitri, pero no pudo continuar.

El clamor que se oía en la escalera los distrajo y, a continuación, se abrió la puerta del salón de audiencias.

Todos se volvieron. El mayordomo de Dmitri entró renqueando, seguido por un hombre de ropajes buenos aunque manchados por el trayecto.

Dmitri se levantó. Todos los presentes hicieron una reverencia. El recién llegado era más alto que el gran príncipe, pero tenía los mismos ojos grises. Todos lo reconocieron al instante. Era el hombre más importante de toda Moscovia después del gran príncipe; el único que era príncipe por derecho propio, con sus propias tierras, sin vasallaje. Vladímir Andréyevich, príncipe de Sérpujov.

—Bienvenido, primo —dijo Dmitri con júbilo, puesto que habían crecido juntos.

—La ciudad está marcada por el fuego —respondió Vladímir—. Me alegro de que siga en pie.

Aun así, su mirada era seria y estaba flaco de viajar durante el invierno.

—¿Qué ha pasado?

—Como tú mismo has visto, ha habido un incendio —dijo Dmitri —. Y una revuelta. Te lo contaré todo; pero ¿por qué vienes tan apresurado?

—El témnik Mamái ha aprovisionado su ejército.

Se hizo el silencio en el salón. Vladímir no había tratado de suavizar el golpe.

—La noticia me llegó estando en Sérpujov —continuó—: Mamái tiene un rival más al sur cuyo poder aumenta día tras día. Con

intención de paliar esa amenaza, exige la lealtad y la plata de Moscovia. Viene él mismo hacia el norte para conseguirlas. No hay duda posible. Si no le pagáis, Dmitri Ivánovich, llegará a Moscú antes del otoño. Debéis reunir la plata o reunir los ejércitos, y no hay tiempo que perder.

El rostro de Dmitri dejaba ver una mezcla extraña de ira y entusiasmo.

—Cuéntame todo lo que sepas —dijo—. Ven, bebamos y…

Sasha, enfurecido, vio que su primo se alegraba de poder dejar de lado el asunto de los demonios y los muertos y de la culpa de la revuelta y la quema. Las cuestiones de guerra y la política eran más urgentes y menos peligrosas.

Pese a la sensación gélida y enmarañada de rabia y consternación, Sasha habría jurado que alguien se reía en el salón.

—¿Piensas despedir al sacerdote sin castigo? —exigió saber Sasha más tarde. Casi no podía hablar. Tras la llegada de Vladímir Andréyevich, apenas había tenido la oportunidad de encontrar a su primo a solas. Al final lo había alcanzado en el patio, justo cuando Dmitri estaba a punto de subirse al caballo para echarles un vistazo a las partes de Moscú que se habían quemado—. ¿Crees que Vladímir Andréyevich aceptará eso? Vasia era su cuñada.

—He hecho que detengan a los principales cabecillas de la revuelta —dijo Dmitri, y cogió las riendas que le ofrecía un mozo, con una mano apoyada en la cruz del caballo—. Los ejecutarán por los daños que han provocado en la propiedad del príncipe de Sérpujov, por atacar a sus parientes. Pero a ese sacerdote no voy a tocarlo. No, escúchame. Puede que sea un charlatán, pero como sacerdote es muy bueno. ¿No has visto cuánta gente había fuera?

—Sí, la he visto —admitió Sasha a regañadientes.

—Si lo mato, habrá otra revuelta —continuó Dmitri—, y no puedo permitirme ninguna más. Sabe controlar a la turba, y yo puedo controlarlo a él. Es la clase de hombre que quiere oro y gloria, a pesar de que finja ser tan devoto. La noticia que llega desde el sur cambia las cosas, tú lo sabes. Tengo la opción de exprimir a todos mis boyardos, a todos mis príncipes y al miserable gobierno de Nóvgorod para que me den plata o de acometer una hazaña mucho más difícil: la de llamar a todos los príncipes de la Rus, a los que sé que vendrán, y montar un ejército. Por el bien de mi gente intentaré lo primero, pero no puedo permitirme estar en desacuerdo con mi ciudad por este asunto. Ese hombre podría ser útil. La decisión está tomada, Sasha. Además, su versión es plausible. Tal vez haya contado la verdad.

—Entonces ¿crees que miento yo? ¿Qué pasa con mi hermana?

—Ella provocó el incendio —contestó Dmitri, y su voz se tornó gélida—: Tal vez mereciese morir en la hoguera. Desde luego, tú no me lo contaste. Parece que hemos vuelto al inicio. A mentir y omitir la verdad.

—Fue un accidente.

—Pero lo hizo —respondió Dmitri.

Se miraron. Sasha sabía que la frágil confianza que había recuperado volvía a erosionarse. Hubo un silencio.

Entonces:

—Quiero que hagas una cosa —dijo el gran príncipe, y soltó las riendas del caballo y se llevó a Sasha a un lado—. Hermano, ¿seguimos siendo parientes?

—No he podido convencer a Dmitri —le contó Sasha a Olga con cierto cansancio—. El sacerdote será libre. Dmitri va a recaudar plata para aplacar a los tártaros.

Su hermana zurcía calcetines; las sencillas agujas y la rapidez con que movía las manos contrastaban con la magnificencia de los bordados que tenía en el regazo. Solo los movimientos bruscos de los dedos delataban sus sentimientos.

—En ese caso, ¿no se hará justicia en honor a mi hermana, a mi hija y a la puerta de la muralla que destrozaron? —preguntó.

Sasha negó con la cabeza, despacio.

—Ahora no. Todavía no. Pero tu marido ha regresado. Al menos ahora estás a salvo.

—Sí —respondió Olga con un tono de voz más seco que el polvo del verano—, ha vuelto Vladímir. Vendrá a verme hoy o mañana, cuando haya dado el parte y hecho planes y se haya bañado y comido y se haya ido de parranda con el gran príncipe. Entonces podré decirle que lo que él esperaba que fuese su segundo hijo es una hija que está muerta. Mientras tanto, un demonio anda suelto y… ¿Crees que habrá guerra?

Sasha vaciló, pero el rostro serio de Olga lo retaba a no tenerle lástima y, al final, aceptó que cambiase de tema.

—No si Dmitri paga. Mamái no debe de querer entrar en guerra de verdad; pero tiene un rival al sur de Sarái. Lo único que quiere es dinero.

—Me imagino que querrá una cantidad enorme de dinero —dijo Olga—, ya que se ha tomado la molestia de reclutar un ejército para conseguirlo por la fuerza. Durante todo el invierno ha habido bandidos en Moscovia y hace poco Moscú se incendió. ¿Conseguirá Dmitri el dinero?

—No lo sé —admitió Sasha, e hizo una pausa—. Olia, me ha

mandado irme.

Con eso sí perdió la compostura.

—¿Irte? ¿Adónde?

—A la Lavra. A hablar con el padre Sergui. Los problemas de los hombres y los ejércitos Dmitri los entiende. Pero, ahora que se habla tanto de seres malignos y de ruina y de demonios, quiere el consejo del padre Sergui y me manda a mí a buscarlo. —Sasha se levantó y caminó por la estancia, inquieto—. Ahora tengo la ciudad en contra, por culpa de Vasia. —Le costaba admitirlo—. Dice que quedarme sería una insensatez. Por tu bien y por el mío.

Olga lo miraba con los ojos entornados mientras él caminaba de un lado a otro.

—Sasha, no puedes irte. No mientras haya tanta maldad suelta. María tiene el mismo don que Vasia, y el sacerdote que ha intentado matar a nuestra hermana lo sabe.

Sasha se detuvo un momento.

—Tendrás hombres. He hablado con Dmitri y con Vladímir para que así sea. Vladímir hará venir a hombres de Sérpujov. María estará a salvo en el terem.

—¿Tan a salvo como Vasia?

—Ella se fue.

Olga se quedó muy quieta y no dijo nada. Sasha se arrodilló a su lado.

—Olia, debo hacerlo. El padre Sergui es el hombre santo principal de la Rus. Si hay un demonio por ahí suelto, Sergui sabrá qué hacer. Yo no lo sé.

Aun así, su hermana no decía nada.

En voz más baja, Sasha continuó:

—Dmitri me lo ha pedido. Es el precio de su confianza.

Su hermana cerró los puños alrededor de las agujas y arrugó los calcetines.

—Somos tu familia, al margen de los votos que hayas hecho, y te necesitamos aquí.

Sasha se mordió el labio.

—Toda la Rus está en juego, Olia.

—¿Te importan más los hijos de gente desconocida que los míos?

Las dificultades de los días anteriores empezaban a hacer efecto en ambos.

—Por eso me hice monje —repuso él—. Para cuidar de todo el mundo al mismo tiempo y no estar vinculado solo a una parte pequeña. ¿De qué ha servido si, en lugar de proteger a la Rus entera, lo hago solo con un puñado de feudos o unas cuantas personas de

entre miles?

—Eres casi peor que Vasia —espetó Olga—. Crees que puedes sacudirte la familia como un caballo se sacude los arreos. Y mira de qué le ha servido a ella. La Rus no es responsabilidad tuya, pero puedes ocuparte de que tu sobrina y tu sobrino estén a salvo. No te vayas.

—Es el deber de tu marido… —empezó Sasha.

—Estará aquí un día, o una semana, y después se volverá a marchar para hacer el trabajo que le ordene el príncipe. Igual que siempre —dijo Olga furiosa y con la voz tomada—. No debo contarle lo de María, ¿qué crees que haría él con una hija aquejada de algo así? Haz lo necesario, con previsión y generosidad, para que la envíen a un convento. Por favor, hermano.

Olga dirigía su hogar con mano de hierro, pero los días anteriores le habían mostrado sus límites; cuando el mundo se movía más allá de su muralla, había muy poco que ella pudiera hacer. Lo único que le quedaba era suplicar: era una princesa sin el poder suficiente para garantizar la seguridad de su familia.

—Olia —dijo Sasha—, tu marido se ocupará de que haya hombres apostados a la entrada del palacio, estarás a salvo. Yo no… No puedo decirle que no al gran príncipe. Volveré tan pronto como me sea posible con el padre Sergui. Él sabrá qué hacer… en cuanto al demonio y a Konstantín Nikonóvich.

Mientras lo oía hablar, Olga controló su ira; volvía a ser la inmaculada princesa de Sérpujov.

—Pues vete —soltó con desagrado—, no te necesito.

Sasha se encaminó hacia la puerta y vaciló.

—Dios sea contigo —se despidió.

Ella no respondió, aunque cuando su hermano salía al gris lloroso de aquella primavera temprana, la oyó coger aire como si luchase por controlar el llanto.

La noche había caído de nuevo sobre Moscú y no se movía nada, aparte de los mendigos que intentaban guardar el calor y protegerse de la humedad de la primavera, y los tenues espíritus domésticos, que andaban, se movían, susurraban. Se notaba un cambio en el aire, en el agua que corría bajo el hielo, en el viento húmedo. Los cherti murmuraban rumores entre sí, tal como hacían los habitantes por toda la ciudad.

El Oso vagaba tranquilo por las calles, con la cara salpicada de lluvia fría. Los cherti inferiores se apartaban, pero él no les hacía caso. Se deleitaba con los sonidos y las fragancias, con el aire en movimiento, con la forma que iba tomando el fruto de su ingenio.

Las noticias sobre el ejército tártaro habían sido un golpe de suerte y pensaba aprovecharlo cuanto pudiera.

Tenía que salir victorioso. Debía hacerlo. Era mejor destruir el mundo, destruirse él mismo, que volver al triste claro al borde del invierno a pasarse los años soñando. Aunque no llegaría a eso. Su hermano estaba muy lejos y su prisión era tan poderosa que jamás saldría de ella.

El Oso les sonrió a las estrellas, indiferentes. «Que venga la primavera, que venga el verano, y dejad que ponga fin a este lugar, dejad que silencie las campanas». Siempre que tañían para señalar los distintos momentos de oración monástica, se estremecía un poco. Pero los hombres eran hombres, daba igual qué dioses adorasen. ¿Acaso no había tentado él a un sirviente del nuevo dios para convertirlo en su siervo?

Oyó pisadas de caballo que venían de la oscuridad que tenía al frente, y de las sombras salió una mujer a lomos de un caballo negro.

El Oso la saludó con la cabeza alta, sin sorpresa.

—¿Traes noticias, Polunochnitsa? —le preguntó con un deje mordaz en la voz.

—No ha muerto en mi reino —dijo el demonio de la medianoche con tono monocorde.

El Oso afiló la mirada.

—¿La has ayudado?

—No.

—Pero la has vigilado. ¿Por qué?

El demonio de la medianoche se encogió de hombros.

—Ahora todos los cherti vigilamos. Os ha rechazado a ambos: a Morozko y a Medved. Y con eso ha adquirido poder propio en vuestra gran guerra. Los cherti vuelven a escoger bando.

El Oso se rio, pero el ojo gris miraba con decisión.

—¿La prefieren a ella antes que a mí? Es una niña.

—Ya te ha derrotado una vez.

—Con la ayuda de mi hermano y del sacrificio de su padre.

—Ha sobrevivido al fuego tres veces y ya no es una niña.

—¿Y por qué me lo cuentas?

La Medianoche se encogió de hombros de nuevo.

—Porque yo tampoco he escogido bando, Medved.

El Oso sonrió.

—Antes de que esto acabe, lamentarás tu indecisión.

El caballo negro de Medianoche se asustó y miró al Oso con los ojos muy abiertos. Medianoche le acarició las crines.

—Puede ser —respondió sin más—. Pero, verás, también te he

ayudado a ti. Cuentas con toda la primavera para hacer lo que te plazca. Si no consigues afianzar tu posición, quizá los cherti tengan razón al buscar el poder de una joven que aún está madurando.

—¿Y dónde la encuentro?

—En el verano, cómo no. Junto al agua.

La Medianoche lo miró desde arriba, desde el caballo.

—Estaremos atentos.

—En ese caso, tengo tiempo —dijo el Oso, y volvió a mirar las estrellas salvajes.

TERCERA PARTE

NUEVE
DE VIAJE POR LA MEDIANOCHE

asia despertó rodeada de una oscuridad tan intensa que pensó que se había quedado ciega. Levantó la cabeza. Nada. Tenía el cuerpo frío y agarrotado; al moverse, sintió una cascada de dolor en el cuello y en la espalda. Se preguntó, sin demasiado interés, por qué no había muerto y también se preguntó por qué yacía sobre helechos y no en la nieve. No había ruido, salvo por el suave crujido de las ramas que colgaban encima de ella. Con mucha cautela, se llevó una mano temblorosa a los ojos. Tenía uno de los dos tan hinchado que no podía abrirlo. El otro parecía estar bien, solo que se le habían pegado las pestañas. Se lo abrió con mucho cuidado.

Todo seguía muy oscuro, pero por fin veía. Una tenue esquirla de luna arrojaba una luz temblorosa sobre un bosque desconocido. Había nieve aquí y allá, pero no por todas partes; una niebla envolvía los árboles, luminosa a la luz de la luna. Vasia notó el olor de la tierra fría y mojada. Se levantó como pudo y dio una vuelta sobre sí misma. A su alrededor, todo estaba a oscuras. Intentó recordar las horas anteriores, pero no guardaba más que un recuerdo del horror y de la huida. ¿Qué había hecho? ¿Dónde estaba?

—Bueno —dijo una voz—, al final estás viva.

La voz venía de arriba. Vasia retrocedió de golpe y por instinto al tiempo que buscaba a la persona con el ojo útil y lloroso. Al final, en

una rama, alcanzó a ver una melena pálida como las estrellas y unos ojos brillantes. Mientras se le acostumbraba la vista, Vasia empezó a distinguir con vaguedad la silueta del demonio de la medianoche, que se había apostado en una rama de roble, recostada en el tronco.

Debajo del árbol, una negrura más intensa se movía entre las sombras. Vasia forzó la vista y consiguió ver un maravilloso caballo negro que pastaba a la luz de la luna. Este alzó la cabeza y la miró. A Vasia le latió el corazón una vez, muy fuerte, lo notó en los oídos; y, de pronto, le vino el recuerdo como una ola expansiva: la sangre pegajosa en las manos, la cara del padre Konstantín, el fuego…

Se quedó inmóvil. Si se movía, si hacía el menor ruido, echaría a correr, chillaría, se volvería loca por culpa de los recuerdos o por lo increíble de aquella oscuridad o porque no veía Moscú por ninguna parte. ¿Qué era real? ¿Eso? ¿Que su caballo hubiera muerto y ella se hubiese salvado por arte de magia? Se estremeció, cayó de rodillas y apretó las manos contra la gélida tierra mojada. Tratar de comprender era como atrapar gotas de lluvia a puñados. Durante un largo rato no pudo más que respirar y sentir la tierra con las manos.

Entonces, mediante un esfuerzo increíble, levantó la cabeza. Habló despacio:

—¿Dónde estoy?

El demonio soltó un pequeño suspiro.

—Y cuerda, además. —Parecía algo sorprendida—. Este es mi reino. El país que se llama Medianoche. —La curva que describía su boca era fría—. Te doy la bienvenida.

Vasia intentó respirar más despacio.

—¿Dónde está Moscú?

—No se sabe —respondió Polunochnitsa, que se deslizó de la rama del árbol y cayó ligera sobre la tierra—. No está cerca. Mi reino no se compone de días ni de estaciones, sino de medianoches. Puedes cruzar el mundo en un abrir y cerrar de ojos, siempre y cuando allí adonde vayas sea medianoche. Aunque lo más probable es que mueras en el intento o te vuelvas loca.

—Alguien me dijo —continuó Vasia como absorta, recordando— que debía buscar un lago. Uno con un roble en la orilla.

Polunochnitsa enarcó una ceja pálida.

—¿Qué lago? En mi reino hay lagos de sobra para que te pases buscando mil vidas humanas.

¿Buscar? Vasia a duras penas era capaz de tenerse en pie. —¿Puedes ayudarme?

El caballo negro agitó las orejas.

—¿Que si puedo ayudarte? —respondió la Medianoche—. Ya te he

ayudado. Te he librado de mi reino. Hasta te he tenido aquí, ahora, mientras yacías insensible. ¿Aún me pides más? —A Polunochnitsa le caía el pelo como lluvia fría sobre la oscuridad de su piel—. La última vez que nos vimos fuiste descortés.

—Por favor —murmuró Vasia.

Medianoche dibujó media sonrisa y se acercó más, le susurró la respuesta como si fuera un secreto:

—No —le dijo—. Encuéntralo tú. O muérete aquí, muérete ahora. Yo se lo diré a la anciana. Puede que ella llore tu muerte, pero lo dudo.

—¿Qué anciana? —preguntó Vasia. Le daba la sensación de que la oscuridad la oprimía de forma horrible—. Por favor —repitió.

—No olvido los insultos, Vasilisa Petrovna —advirtió la señora de la Medianoche.

Dio media vuelta y posó la mano en la cruz del caballo negro. Al cabo de un instante había montado, daba media vuelta y desaparecía entre los árboles sin mirar atrás.

Vasia estaba sola en la oscuridad.

Podía tumbarse sobre la hojarasca y esperar al amanecer. Pero ¿cómo iba a salir el sol en un país hecho de medianoches? Podía caminar, aunque le temblaban las piernas al ponerse en pie. Y ¿adónde debía ir? No llevaba más que la capa de Varvara y los restos hediondos y ensangrentados de la camisola. Tenía los pies descalzos y heridos. Le dolía respirar y temblaba. Esa noche era algo más cálida que la que de las afueras de Moscú, pero no mucho.

¿Era posible que hubiera atravesado las llamas, desafiado al Oso y escapado de la ciudad gracias a la magia y todo para morir ahora en la oscuridad? «Ve al lago —le había dicho Varvara—. Allí encontrarás refugio. El lago donde crece un roble en la orilla».

Bueno, si Varvara creía que sería capaz de dar con el lugar, quizá tuviera alguna posibilidad. Tal vez Varvara pensase que la Medianoche iba a ayudarla, ya que ella no tenía ni idea de por dónde ir. Pero al menos moriría de pie, buscando santuario. Sacó fuerzas de la flaqueza y caminó hacia la oscuridad.

No sabía cuánto tiempo llevaba andando. Cuando ya se le habían agotado todas las fuerzas, continuó avanzando a trompicones. La luz no cambiaba, no salía el sol. Vasia empezó a desesperarse de tanto que necesitaba ver luz. Iba dejando huellas ensangrentadas.

Polunochnitsa le había dicho la verdad: aquel era un país hecho de medianoches. Vasia no distinguía un patrón entre ellas. Pisaba hierba muerta y helada con la media luna en lo alto y después pasaba bajo la sombra de unos árboles y se percataba con enorme sorpresa de que la

luna había desaparecido y la tierra mojada se hundía bajo sus pies. Siempre era el principio de la primavera, más o menos, pero el lugar cambiaba a cada pocos pasos: un país demente hecho de pedazos.

«Sigo aquí —se decía una y otra vez—. Sigo siendo yo. Sigo viva». Se aferraba a esa idea y continuaba adelante. A lo lejos oyó el aullido de los lobos y alzó la cabeza para escucharlos; un viento le azotó la cara como si fuera agua helada. Vio luces nuevas, la luz de hogueras, en una colina lejana y, cuando se apresuró hacia ellas, desaparecieron. Luego caminó bajo unos abedules pálidos, blancos cuales dedos mortecinos, a la luz de una luna escarlata.

Era como atravesar una pesadilla: no era capaz de orientarse, no sabía dónde estaba el norte ni el sur. Siguió avanzando renqueante, apretando la mandíbula, pero la tierra se le tragaba los pies y se dio cuenta de que había entrado en un pantano. Había lodo por todas partes; no conseguía reunir las fuerzas necesarias para liberarse. Le cayeron lágrimas de puro agotamiento.

«Déjalo —pensó—. Ya basta, déjalo. Al menos cuando me vaya con Dios no habrá una muchedumbre riéndose de mí».

El lodo negro que la succionaba parecía estar de acuerdo y borboteó. Debajo de la superficie del agua había unos ojos malignos, como un par de lámparas verdes, que la contemplaban. Eran los de un bolótnik, un habitante del pantano, que soltaba nubes hediondas de gas de la ciénaga. Si se dejaba, la mataría deprisa. Podía hundirla en la oscuridad gélida, y así no tendría que volver a usar los pies desgarrados para andar ni respirar en contra de la voluntad de las costillas rotas ni recordar los dos días anteriores.

«Pero María —pensó Vasia casi sin fuerza—, María está en Moscú, y mi hermano y mi hermana no saben defenderse del Oso».

¿Y qué? ¿Qué iba a hacer ella? Sasha y el gran príncipe podían…

¿Seguro que sí? No tenían el don de la visión. Ellos no lo comprendían.

«Mi hermano ha dado su libertad a cambio de tu vida», le había dicho el Oso. Tenía el ruiseñor tallado en la manga de la camisola. A tientas, encerró la criatura de madera en la palma de su mano grimosa y fue como si se le fuese un poco el frío del cuerpo helado.

«Rey del invierno, ¿por qué hiciste algo tan terrible?».

Tenía un motivo. Morozko no era necio. ¿No debería ella averiguar el porqué en lugar de permitir que ese trato hubiese sido en vano? Sin embargo, estaba muy cansada.

Solovéi le habría dicho que no fuese tonta, le habría hecho subirse a su lomo y la habría llevado a buen ritmo a dondequiera que fuesen, agitando las orejas atrás y adelante con alegría.

Se le llenaron los ojos de lágrimas calientes. En un arrebato de rabia, se arrancó del cieno y trepó por la orilla. Desesperada, metió la mano en el agua y habló con la voz ahogada que le había dejado el humo:

—Abuelo —le dijo al demonio del pantano que rondaba por allí—, busco un lago que tiene un roble en la orilla. ¿Puedes decirme dónde es?

Los ojos del bolótnik sobresalían un poco del agua; Vasia alcanzaba a verle las escamas de las extremidades que movía bajo la superficie. Parecía casi sorprendido.

—¿Sigues viva? —susurró. Su voz era el sonido de la succión del pantano y le olía el aliento a podredumbre.

—Por favor —dijo Vasia. Con los dedos, se abrió uno de los cortes coagulados del brazo y dejó que la sangre cayera al agua.

El bolótnik sacó la lengua un instante para probarla y de pronto se le iluminaron los ojos.

—Eres una doncella muy cortés —comentó, y se relamió—. Mira.

Vasia siguió la trayectoria de sus ojos cenagosos. Un destello rojizo apareció entre los árboles negros. No era la luz del día. ¿Una hoguera, quizá? El miedo la hizo levantarse deprisa, aunque tenía la capa llena de barro.

Pero no era fuego, sino una criatura viviente.

Una yegua alta, cuya silueta emitía luz, estaba hundida hasta las rodillas en el pantano. De la crin y la cola, blancas como la plata líquida en contraste con el dorado del pelaje, le salían chispas que parecían luciérnagas. Observaba a Vasia con la cabeza alta, inmóvil salvo por la cola, que agitaba de lado a lado creando arcos de luz.

Vasia dio un traspié involuntario hacia ella, presa de la admiración y la rabia.

—Me acuerdo de ti —le dijo al caballo—. En Moscú, yo te liberé.

La yegua no dijo nada, se limitó a mover sus enormes orejas doradas.

—Podrías haberte marchado volando —le recriminó Vasia, y se le quebró la voz, puesto que tenía la garganta en carne viva—. Pero vertiste una lluvia de chispas sobre una ciudad de madera y la gente…, la gente…

No era capaz de decirlo.

La yegua dorada movió la pata delantera con gesto desafiante y salpicó agua.

—De haber podido, los habría matado a todos —repuso—. Habría matado a todos los hombres del mundo. Se atrevieron a engañarme, a atarme. —Las cicatrices de la silla y las espuelas estropeaban su

perfección dorada, y en la cabeza tenía rayas blancas donde antes había llevado la brida de oro—. Habría matado a toda la ciudad.

Vasia no dijo nada. Tenía una bola helada de dolor en la boca; no podía más que contemplar la yegua con odio mudo.

El animal dio media vuelta y se marchó al galope.

—Síguela, necia —le bufó el demonio del pantano—. O, si lo prefieres, quédate aquí y te comeré.

Vasia odiaba a la yegua. Pero no quería morir. Se abrió camino entre los árboles, tropezando con los pies ensangrentados. Avanzó y avanzó tras el punto de luz dorada, hasta que estaba bastante segura de que no podía dar ni un solo paso más.

Y no le hizo falta.

Se acabaron los árboles y se vio en un prado que bajaba hacia un vasto lago helado. Era primavera, muy temprana. Las estrellas le daban un suave lustre plateado a la hierba larga del campo. A su alrededor distinguía la silueta de árboles grandes, negros sobre el fondo plateado del cielo. En ese prado solo había nieve aquí y allá, en algunas hondonadas. A lo lejos oía el ruido del agua bajo el hielo del lago.

Había caballos pastando en el prado. Tres, seis, una docena. La noche los volvía a todos de color gris, excepto a la yegua dorada. Entre ellos, centelleaba como una estrella caída del cielo y levantaba la cabeza con aire desafiante.

Vasia se detuvo, llena de asombro angustiado. Una parte de ella se había convencido de que su caballo tenía que estar allí, entre sus congéneres, de que de un momento a otro galoparía como el viento hacia ella levantando nieve y ya no estaría sola.

—*Solovéi* —susurró—. *Solovéi*.

Una cabeza oscura se alzó y después otra más pálida. De pronto, los caballos daban la vuelta y huían. Huían a cuatro patas del sonido de su voz, directos hacia el lago, pero justo antes de que tocasen el agua, los cascos se convirtieron en alas. Echaron a volar mudados en aves y se elevaron sobre el agua iluminada por las estrellas.

Vasia los vio marcharse con lágrimas de auténtica admiración en los ojos. Batían las alas sobre el lago, cada uno diferente de los demás. Búhos y águilas y patos y pájaros más pequeños: puros, milagrosos, extraños. La última en elevarse fue la yegua dorada. Sus alas eran amplias, dejaban una estela de humo, y las plumas de la cola eran de todos los colores de las llamas: dorado y violeta azulado y blanco. Voló tras sus congéneres y los llamó. Al cabo de muy poco, se los tragó la oscuridad.

Vasia contempló el lugar donde hacía un instante había caballos.

Era como si los hubiera soñado. Se le nublaba la vista del agotamiento. Tenía los pies y la cara entumecidos y estaba más allá de los temblores, envuelta en un capullo helado. «*Solovéi*, ¿por qué tú no echaste a volar?», se preguntó sin darse cuenta

Justo en la orilla del lago había un roble grande y solitario. Las ramas parecían huesos ennegrecidos en contraste con el hielo blanco como la luna. A su derecha, acurrucada entre los árboles, había una silueta pequeña y oscura.

Era una casa.

O, mejor dicho, una casa en ruinas. El tejado, que era muy inclinado para impedir que acumulase nieve, se había hundido; tras las ventanas y la puerta no se veía el resplandor de ningún fuego. No había más que silencio, el crujir suave de los árboles, las grietas que se abrían en el hielo frágil. Y, aun así, aquel lugar, aquel claro junto al agua, no parecía vacío. Parecía vigilante.

La casa estaba construida sobre una plataforma robusta, entre dos árboles. Los árboles le daban la apariencia de alzarse alerta sobre un par de piernas fuertes, y las ventanas, como un par de ojos negros, miraban hacia abajo. Durante un instante, pensó que la casa no estaba muerta. Pensó que la observaba.

Entonces la sensación de amenaza se desvaneció. No era más que una ruina. Los escalones estaban podridos, se caían a pedazos. Dentro habría hojarasca y ratones y oscuridad incesante.

Pero quizá también hubiera un horno que aún se pudiera utilizar y hasta un puñado de cereales del último habitante. Como mínimo, podía resguardarse del viento.

Sin ser plenamente consciente de lo que hacía, Vasia atravesó la pradera; iba tropezando con las piedras, resbalando en la nieve.

Con los dientes apretados, trepó por los escalones. Los únicos sonidos eran el lamento de las ramas y su respiración entrecortada.

Al final de la escalera, había dos postes tallados con figuras fantásticas iluminadas por las estrellas: osos, soles, lunas, pequeños rostros extraños que podían ser cherti. Sobre la puerta había un dintel tallado con la forma de dos caballos que levantaban las patas delanteras.

La puerta colgaba torcida de los goznes, rodeada de un manto resbaladizo de hojas podridas. Vasia se detuvo a escuchar.

Silencio, cómo no. Silencio. Era posible que alguna bestia la hubiera convertido en su guarida, pero ya no le importaba. Las bisagras oxidadas de la puerta medio caída chirriaron cuando la abrió. Vasia entró dando tumbos.

Allí encontró polvo, hojas viejas, olor a podredumbre y una

humedad cansina y fría. No hacía más calor que fuera, aunque al menos allí no entraba el viento frío del lago. La mayor parte de la casa la ocupaba un horno medio derruido de ladrillo cuya boca eran unas fauces abiertas a la oscuridad. Al otro extremo de la habitación, donde debería estar el rincón de los iconos, no había iconos, sino una cosa oscura, arrinconada.

Vasia se acercó a tientas y con cautela y encontró un baúl de madera: tenía ribetes de bronce y estaba cerrado a cal y canto.

Temblorosa, se volvió hacia el horno. Lo que más quería era tumbarse a oscuras en el suelo y dejar que se la llevase la inconsciencia; el frío le daba igual.

Apretó los dientes, se subió al banco del horno y, con cuidado, palpó los ladrillos ásperos donde tal vez alguien hubiera echado su último aliento. Pero no había nada: ni manta y tampoco huesos. ¿Qué tragedia había convertido esa vivienda en una ruina abandonada? Fuera, la noche acunaba la casa con una amenaza silenciosa.

A tientas, encontró unos cuantos palos polvorientos junto al horno. Suficientes para encender un fuego, aunque no quería fuego. Tenía la cabeza llena de llamas, del olor asfixiante del humo. Con el calor le dolerían las ampollas de la cara.

No obstante, la temperatura era tan baja como para que una joven herida que solo llevaba una camisola y una capa se muriese de frío. Y ella quería vivir.

Así que, obligada por las brasas frías de su voluntad, Vasia se dispuso a encender el fuego. Tenía los labios y los dedos entumecidos. Se magulló las espinillas con cosas que no veía, buscando como podía palos y hojas de pino que usar a modo de fajina.

Tras el esfuerzo que había hecho medio a ciegas y que la había dejado temblorosa, había reunido un montoncito de palos que a duras penas veía en la entrada del horno. Palpó toda la casa buscando el pedernal y el acero y tela de carbón, pero no había.

Podía encenderlo con un trozo de madera plano y paciencia y fuerza en los brazos. Sin embargo, había agotado tanto la paciencia como las fuerzas.

Sin embargo, tenía que hacerlo o congelarse. Se colocó el palito entre las palmas de las manos. Cuando era niña, en el bosque otoñal, aquello había sido un juego. El palo, la tabla, los movimientos rápidos, con fuerza. Si lo hacía con destreza, el humo se convertiría en fuego; Vasia aún recordaba la sonrisa de dicha de Aliosha la primera vez que ella lo consiguió sin su ayuda.

Pero esa vez, aunque trabajaba con esfuerzo y sudor, de la tabla que tenía entre las rodillas no salía ni una sola voluta de humo, no se

hacía brasa en el surco. Al final, Vasia soltó el palo, temblorosa y derrotada. Se sentía inútil. A pesar de todo el esfuerzo, iba a morir con la única compañía de los restos polvorientos de la vida de otra persona.

No sabía cuánto tiempo había estado sentada rodeada de aquel silencio de olor acre, sin llorar, sin sentir nada, al borde de la inconsciencia.

Tampoco sabía qué la había incitado a levantar la cabeza una vez más mientras se mordía el labio. Necesitaba un fuego. Lo necesitaba. En su cabeza, en su corazón, el fuego había adquirido una presencia terrible hecha de recuerdos tan robustos como cualquier otra cosa de su vida, como si tuviera el alma en llamas.

Era ridículo que el fuego ardiese con una luz tan brillante en esos recuerdos que aborrecía y, en cambio, allí donde podía hacerle bien, no hubiese ni un ápice de luz.

¿Por qué debería tenerlo solo en la cabeza? Cerró los ojos y, por unos instantes, el recuerdo fue tan intenso que olvidó que no era un recuerdo.

Primero olió el fuego y abrió los ojos justo cuando los palitos prendían.

Sorprendida, casi asustada por lo que había conseguido, Vasia se apresuró a añadir leña. La estancia se llenó de luz, las sombras recularon.

Con la luz de las llamas, la cabaña resultaba aún peor: había un palmo de hojas desmenuzadas, enmohecidas, cubiertas de polvo. Pero había una pequeña pila de madera que no había visto: un puñado de leños secos. Y ya no hacía tanto frío. El fuego ahuyentaba la noche y el tiempo gélido. Saldría adelante. Vasia tendió las manos temblorosas hacia el fuego.

Entonces una mano salió del horno y le agarró la muñeca.

DIEZ
EL DEMONIO DEL HORNO

asia cogió aire una vez, sobresaltada, pero no se apartó. La mano era del tamaño de la de un niño, de dedos largos, bañada de rojo y dorado por la luz del fuego. No la soltaba. Y como no la soltaba, de pronto Vasia sacó una persona diminuta del horno.

Era una mujer que le llegaba hasta la rodilla y tenía los ojos del color de la tierra. Lamía hambrienta el ascua de un palo, pero se detuvo a mirar a Vasilisa y dijo: —Vaya, he dormido más de la cuenta; ya te digo yo que sí. ¿Y tú quién eres? —Entonces la chert se fijó en que a su alrededor todo se había deteriorado y levantó la voz, alarmada—: ¿Dónde está mi señora? ¿Qué haces aquí?

Vasia se sentó en el banco medio roto del horno; estaba sorprendida y agotada. Los domovye no vivían en casas en ruinas, no vivían en ninguna casa que su familia hubiera abandonado.

—No hay nadie —dijo Vasia—. Solo yo. Este sitio está muerto. ¿Qué haces tú aquí?

El domovói (no, porque era una mujer: la domóvaia) la miró fijamente.

—No te entiendo. La casa no puede estar muerta. La casa soy yo, y yo estoy viva. Debe de ser una mentira tuya. ¿Qué les has hecho? ¿Qué le has hecho a este lugar? ¡Levántate y contesta! —Hablaba con voz estridente, presa del miedo.

—No puedo levantarme —susurró Vasia. Era cierto. El fuego le había costado los últimos resquicios de energía—. No soy más que una viajera. Quería encender un fuego y pasar aquí la noche.

—Pero tú… —El domovói, o la domóvaia, volvió a echar un vistazo a la vivienda y reparó en lo podrida que estaba. Abrió mucho los ojos, horrorizada—. ¡Vaya que si he dormido demasiado! Fíjate en cuánta porquería. No puedo tolerar que los vagabundos duerman aquí sin permiso de mi señora. Tendrás que irte. Debo arreglarlo todo antes de que ella regrese.

—Creo que tu señora no volverá —contestó Vasia—. La casa está abandonada. No sé cómo has sobrevivido dentro de ese horno frío. —Se le quebró la voz—. Por favor. Déjame quedarme, por favor. No aguanto más.

Un pequeño silencio. Vasia notaba que la domóvaia la miraba con los ojos entornados.

—De acuerdo —aceptó—. Te quedas esta noche. Pobre chica. Mi señora diría que sí.

—Gracias —susurró Vasia.

La domóvaia, que musitaba para sus adentros, se acercó de inmediato al arcón que había junto a la pared. Llevaba la llave colgada del cuello y la metió en el candado. Se abrió con un clic que sonó a oxidado.

Ante la mirada perpleja de Vasia, la domóvaia sacó sábanas y un cuenco de arcilla y los dejó junto al horno. Después cogió un cubo y salió a buscar nieve, que enseguida puso a calentar con las hojas tiernas de una rama joven de pino.

Vasia contemplaba el vapor que se escapaba por un agujero del techo y era consciente solo a medias de lo hábil que era la domóvaia; mientras tanto, esta le quitaba la camisola que había estado a punto de ser su mortaja, le retiraba con un paño todo el sudor del miedo, el hollín y la sangre que podía y le lavaba el ojo herido. Eso le dolió, pero cuando le hubo quitado la costra, Vasia consiguió ver por una rendija. No se había quedado ciega. Aun así, estaba demasiado cansada para que le importase.

Del arcón del rincón la domóvaia sacó una camisa de lana. Vasia casi ni se dio cuenta de que se la ponía y, de pronto, se encontró tumbada encima del horno, tapada con mantas de piel de conejo, sin tener ni idea de cómo había llegado allí. Los ladrillos estaban calientes. Lo último que oyó antes de perder la consciencia fue la vocecita de la domóvaia, que decía: —Con un descansito estarás bien, pero te va a quedar una cicatriz en la cara.

Vasilisa Petrovna no llegó a saber cuánto tiempo había dormido. Tenía

recuerdos difusos de alguna pesadilla, de gritar pidiéndole a *Solovéi* que huyese. Soñó con la voz del demonio de la medianoche («Debemos hacerlo —decía Polunochnitsa—, indícale el camino, por el bien de todos») y con la voz angustiada de la domóvaia. Pero antes de que Vasia pudiera hablar, la oscuridad se la volvió a tragar.

Incontadas horas más tarde, abrió los ojos al alba; la luz le impactó después de tantísimo tiempo en la oscuridad. Era como si los caminos enmarañados de la Medianoche no fueran más que un sueño. Tal vez lo fuesen. Tumbada, con aquella luz borrosa y gris de primera hora de la mañana, podría haber estado en cualquier parte, tendida sobre cualquier horno.

—¿Dunia? —llamó.

Tenía la infancia muy presente. Siempre había sido su aya la que la reconfortaba después de las pesadillas.

Se acordó de golpe. Emitió un sonido inarticulado, angustiado. Al instante apareció una cabecita junto al jergón, pero Vasia casi no veía a la domóvaia. Los recuerdos la tenían cogida del pescuezo. Temblaba.

La domóvaia la miró con el ceño fruncido.

—Perdón —consiguió disculparse Vasia al cabo de un rato. Se apartó la maraña de pelo de la cara. Le castañeteaban los dientes. El horno estaba caliente, pero seguía habiendo un agujero en el techo y los recuerdos la enfriaban más que el aire—. Me… Me llamo Vasilisa Petrovna. Gracias por tu hospitalidad.

La domóvaia se mostró casi triste.

—No es hospitalidad —dijo—. Me dormí en el fuego. Tú me despertaste. Ahora eres mi señora.

—Pero esta no es mi casa.

La domóvaia no respondió. Vasia se sentó y se estremeció de dolor. La domóvaia se había afanado mientras ella dormía. El polvo y los ratones muertos, las hojas podridas habían desaparecido.

—Ahora sí que parece una casa —observó Vasia con cautela.

Con la luz del día, vio que la mayoría de las vigas estaban talladas como el dintel, pulidas por el uso y el cuidado. La casa tenía la misma dignidad que el espíritu del hogar: una belleza sutil y antigua que el tiempo no podía ocultar.

La domóvaia tenía cara de estar contenta.

—No debes quedarte en la cama. El agua está caliente. Hay que lavarte las heridas y vendártelas de nuevo.

Desapareció, y Vasia la oyó echando leña al fuego.

Con solo bajarse del horno, Vasia acabó jadeante, como si se recuperase de una fiebre. Para colmo, también tenía mucha hambre.

—¿Hay…? —preguntó con voz muy ronca. Tragó saliva y lo

intentó de nuevo—. ¿Hay algo de comer?

La domóvaia frunció los labios y negó con la cabeza.

¿Cómo iba a haber comida? Era demasiado pedir que en una casa cuya señora había desaparecido hacía tiempo tuviera la suerte de encontrar una hogaza de pan y un queso.

—¿Has quemado la camisola? —quiso saber Vasia.

—Sí —respondió la domóvaia, y se estremeció—. Apestaba a miedo.

No le extrañaba. Vasia se puso tensa.

—Había una ofrenda…, una talla. La guardaba en la manga. ¿La has…?

—No —dijo la domóvaia—, está aquí.

Vasia se aferró al pequeño ruiseñor tallado como si fuese un talismán. Quizá lo fuera. Estaba sucio pero intacto. Lo limpió y volvió a guardárselo en la manga.

Un cuenco de nieve derretida humeaba en el hogar. La domóvaia le habló briosa: —Quítate la camisa, voy a lavarte las heridas otra vez.

Vasia no quería pensar en las heridas; no quería ser de carne y hueso. Justo debajo de la superficie de su mente, acechaba una pena que aullaba desesperada; el recuerdo de la muerte, de la violencia. No quería verse esos recuerdos transcritos en la piel.

La domóvaia no le tenía lástima:

—¿Has perdido la valentía? Es mejor no morirse de una herida envenenada.

En eso llevaba razón: era una muerte lenta y horrible. Antes de perder las agallas, Vasia, sin mediar palabra, se quitó la camisa, se levantó temblorosa a la luz que se vertía por el tejado roto y se miró el cuerpo.

Tenía magulladuras de todos los colores: rojas y negras, moradas y azules. Un entramado de cortes le cubría el pecho. Se alegró de no verse la cara. Tenía dos dientes sueltos, los labios partidos y doloridos, y uno de los dos ojos tan hinchado que no podía abrirlo del todo. Cuando se llevó la mano a la cara, se encontró un tajo coagulado en la mejilla.

La domóvaia había sacado hierbas que olían a polvo, miel para las vendas, tiras de lino limpio, todo del arcón del rincón. Vasia, sin quitarles ojo, dijo: —¿Quién deja cosas así en una casa en ruinas dentro de un baúl cerrado?

—¿A mí qué me preguntas? —repuso con brusquedad la domóvaia —. Estaban aquí y ya está.

—Seguro que te acuerdas de algo.

—¡Que no! —De repente, la domóvaia parecía enfadada—. ¿Por

qué lo preguntas? ¿No te vale con que estén aquí y que eso te haya salvado la vida? Siéntate. Ahí no, allí.

Vasia se sentó.

—Lo siento —se disculpó—. Era por curiosidad, nada más.

—Cuanto más sabe una, más rápido se hace vieja —le soltó la domóvaia—. Estate quieta.

Vasia lo intentó. Pero le dolía. Unos cuantos de los cortes se habían cerrado solos, y la domóvaia se los dejó en paz. En cambio, muchos se le habían abierto con el sufrimiento de la noche y, a la luz del fuego, se había dejado parte del hollín y de las astillas.

Al final, los tuvo todos curados y vendados.

—Gracias —le dijo. Se dio cuenta de que le temblaba la voz. Se puso la camisa con prisas, para evitarse ese espectáculo, y se frotó un mechón de pelo quemado con los dedos. Repugnante. Enredado, olía a fuego. Nunca volvería a tenerlo limpio—. ¿Me cortas el pelo? Tan corto como puedas —le pidió—. Ya me he hartado de Vasilisa Petrovna.

La domóvaia solo tenía un cuchillo con el que hacerlo, pero lo cogió sin decir nada. Varias madejas de pelo negro cayeron tan silenciosas como la nieve; después las barrió y las tiró afuera, para los nidos de los pájaros. Una vez que hubo acabado, Vasia tuvo una sensación extraña cuando el aire le pasaba por las orejas y el cuello. No mucho antes, Vasia habría llorado al perder la cabellera negra. Pero en ese momento se alegraba de despedirse de ella. La trenza larga y lustrosa le pertenecía a otra chica, en otra vida.

La domóvaia, algo apagada, volvió al arcón con ribetes de bronce. Esa vez apareció ropa de chico: pantalones anchos y un fajín, un kaftán y hasta botas: unas sapoguí de cuero bueno. Estaban muy arrugadas y amarillentas de tan viejas, pero nadie las había usado. Vasia frunció el ceño. Una cosa eran unas cuantas hierbas, pero ¿eso? ¿Prendas robustas, cosidas por una mano competente, hechas de lino tupido y lana gruesa?

Hasta le quedaban bien.

—¿Cómo…? —Vasia no daba crédito. Se miró. Estaba abrigada, limpia, descansada, viva, vestida—. ¿Sabía alguien que iba a llegar?

Era una pregunta ridícula, esa ropa tenía más años que ella. Sin embargo…

La domóvaia se encogió de hombros.

—¿Quién era tu señora? —le preguntó Vasia—. ¿Quién vivía antes en esta casa?

La domóvaia se limitó a mirarla con cara de póquer.

—¿Estás segura de que no eras tú? Casi que me acuerdo de ti.

—Nunca había estado aquí —dijo Vasia—. ¿No te acuerdas?

—Me acuerdo de existir —repuso la domóvaia un poco ofendida—. Me acuerdo de las paredes, de la llave. Me acuerdo de los nombres y de las sombras del fuego. De nada más.

Parecía angustiada; Vasia dejó el tema, por cortesía hacia ella. Apretó los dientes y se preparó para ponerse los calcetines de lana y las sapoguí en los pies rajados y quemados. Con mucho cuidado, los posó en el suelo y después se levantó y se estremeció.

—Ojalá pudiera flotar como el demonio que no puede tocar la tierra —murmuró, y trató de dar unos cuantos pasos renqueantes.

La domóvaia le entregó un viejo cesto de mimbre.

—Si quieres cenar, tendrás que buscarte la comida —le dijo. Hablaba con un tono extraño. Le señaló el bosque.

Vasia casi no soportaba la mera idea de ir a buscar comida en su estado. Pero sabía que al día siguiente le costaría aún más, cuando se le anquilosara el cuerpo de tanta magulladura.

—De acuerdo —respondió.

De pronto, la domóvaia se mostró nerviosa.

—Ten cuidado en el bosque —advirtió cuando la acompañaba a la puerta—. No es muy amable con los desconocidos. Es mejor volver antes de que caiga la noche.

—¿Qué pasa al anochecer? —le preguntó Vasia.

—Que…, que cambia la estación —explicó la domóvaia mientras se retorcía las manos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Si cambia la estación, no lograrás regresar. Bueno, sí; pero será a un sitio diferente.

—¿Cómo de diferente?

—¡Diferente! —gritó la domóvaia, y dio un pisotón—. ¡Venga, vete!

—Muy bien —contestó Vasia con tono apaciguador—. Regresaré antes del anochecer.

ONCE
SETAS

En el bosque, al final del invierno es cuando más escasea la comida, y Vasia casi no podía tocar nada porque tenía las manos llenas de ampollas. Pero, si no lo intentaba, pasaría hambre, así que se dejó llevar por la urgencia y salió.

La mañana fresca, pálida como las perlas, arrojaba zarcillos de niebla sobre el hielo negro azulado. El agua helada estaba rodeada de árboles viejos; las ramas oscuras daban la sensación de sostener el cielo en lo alto. La escarcha volvía la tierra plateada y por todas partes se oía el susurro del agua que se liberaba de las ataduras del invierno. Un tordo cantó en el bosque. No se veía ni rastro de los caballos.

Vasia podría haberse quedado plantada sobre los escalones podridos hasta congelarse, sin pensar en sus penas ante toda aquella belleza prístina. Sin embargo, su estómago se lo recordó: debía vivir. Y, para vivir, debía comer. Resuelta, se adentró en el bosque.

En otra vida, Vasia había paseado por los sotos de Lesnaya Zemliá durante todas las estaciones del año. En primavera, recorría los lugares más agrestes con el sol en la melena y, a veces, saludaba a su amiga la rusalka, que se despertaba de su largo sueño. En cambio, ese día Vasia no caminaba con ligereza. Cojeaba. A cada paso descubría un dolor nuevo. Su padre habría llorado su ausencia, puesto que la hija de pies ligeros y corazón alegre había desaparecido definitivamente.

Allí no había nadie y, cuando ya no se veía la casa, no había señales de que el lugar hubiera estado habitado. Caminar en silencio y soledad aflojó el abrazo de terror y rabia que le atenazaba el alma. Empezó a fijarse en las formas del paisaje y a preguntarse dónde podría haber comida.

Una ráfaga de viento de calidez incoherente le alborotó el pelo. Hacía rato que había perdido la casa de vista. En un claro iluminado por la luz del sol crecía una mata de dientes de león. Sorprendida, Vasia se agachó y arrancó unas hojas. ¿Tan pronto? Se comió una de las flores sin detenerse, masticando con cuidado por la mandíbula dolorida.

Otra mata de dientes de león. Cebolleta silvestre. El sol había superado las copas de los árboles. Un poco más allá había acedera joven, con las hojas rizadas. ¿Y también fresas silvestres? Vasia se detuvo.

—Es demasiado pronto —murmuró.

Y lo era. ¿Eran setas lo que veía? ¿Belye? Las puntas de los sombreros blancos sobresalían entre un montón de hojas muertas. Se le hizo la boca agua. Fue a cortarlas, pero antes se fijó mejor. Una de ellas tenía unas manchas que, al sol, brillaban de forma extraña.

No eran manchas. Eran ojos. La seta más grande la miró con ojos de un escarlata furioso. No era una seta ni mucho menos, sino un chert que no medía más que su antebrazo. El espíritu de las setas se sacudió las hojas de encima sin dejar de mirarla malcarado.

—¿Quién eres? —Su voz sonaba estridente—. ¿Qué haces en mi bosque?

¿Su bosque?

—¡Intrusa! —chilló.

Vasia se percató de que le tenía miedo.

—No sabía que era tu bosque. —Le mostró al chert las manos vacías y se arrodilló con rigidez para que se las viera mejor. El musgo frío le empapó las medias por las rodillas—. No quiero hacerte ningún daño. Busco comida, nada más.

El espíritu de las setas parpadeó.

—El bosque no es exactamente mío —reconoció, y se apresuró a añadir—: Pero eso da igual: no puedes estar aquí.

—¿Ni siquiera si te hago una ofrenda? —planteó Vasia.

Dejó un diente de león perfecto ante la criatura.

El chert tocó la flor con uno de sus dedos grisáceos. Se le solidificó la silueta y, de improviso, parecía más una persona que una seta.

Se miró y después la miró a ella, desconcertado.

Entonces lanzó la flor.

—¡No te creo! —gritó—. ¿Qué pretendes, obligarme a hacer tu voluntad? ¡No lo conseguirás! Me da igual qué ofrendas me des. El Oso está libre. Dice que vamos a darles su merecido a los hombres, por nuestro bien. Si nos unimos a él, haremos que vuelvan a creer en nosotros. Volverán a adorarnos y no hará falta hacer tratos con las brujas.

Vasia, en lugar de responder, se levantó rápidamente.

—¿Cómo vais a darles su merecido?

Preocupada, miró a su alrededor, pero no se movió. No había más que pájaros revoloteando y la luz intensa e inalterable del sol.

Una pausa.

—Llevaremos a cabo grandes actos, terribles —proclamó el espíritu de las setas.

Vasia intentó no impacientarse.

—¿Qué significa eso?

El espíritu de las setas levantó la barbilla con orgullo, pero no ofreció respuesta. Tal vez no lo supiese.

«¿Grandes actos, terribles?». Vasia no le quitaba ojo al bosque silencioso. Entre toda las pérdidas y los daños y el terror, no se había detenido a sopesar las consecuencias de su última noche en Moscú. ¿Qué había desencadenado Morozko al liberar al Oso?

¿Qué significaba para ella, para su familia y para la Rus?

¿Por qué lo había hecho?

Una parte de Vasia susurró: «Te ama y por eso ha renunciado a su libertad». Pero ese no podía ser el único motivo. No era tan vanidosa como para pensar que el rey del invierno arriesgaría todo lo que llevaba tanto tiempo defendiendo por una doncella mortal.

Pero más importante que el porqué era qué iba a hacer ella al respecto.

«Debo encontrar al rey del invierno —pensó—. Hay que volver a atar al Oso». Sin embargo, no sabía cómo conseguir ninguna de esas dos cosas; seguía herida y hambrienta.

—¿Qué te hace pensar que quiero que hagas mi voluntad? —le inquirió al espíritu de las setas.

Mientras ella pensaba, se había metido debajo de un tronco; justo alcanzaba a verle el brillo de los ojos, que la observaban.

—¿Quién te ha dicho eso?

El espíritu de las setas asomó la cabeza, malhumorado.

—Nadie, pero no soy tonto. ¿Qué otra cosa iba a querer una bruja? ¿Por qué habrías tomado el camino que atraviesa la Medianoche si no?

—Fue porque huía para salvar la vida —respondió Vasya—. Y solo

he venido al bosque porque estoy hambrienta.

Con intención de demostrarlo, cogió un puñado de hojas de pícea del cesto y se puso a masticarlas con determinación.

El espíritu de las setas, que aún sospechaba de ella, dijo:

—Ya que aseguras que tienes hambre, si es que la tienes, podría enseñarte dónde crece comida mejor que esa.

La vigilaba de cerca.

—Tengo mucha —contestó Vasia de inmediato, y se levantó—. Te agradecería que me guiases.

—Bueno —dijo el chert—, pues sígueme.

Al cabo de un instante, se había adentrado en la maleza.

Vasia se lo pensó un segundo y después lo siguió, pero sin dejar de mirar el lago. No se fiaba del silencio hostil del bosque y no se fiaba del pequeño espíritu de las setas.

La desconfianza que Vasia sentía pronto se mezcló con asombro, ya que estaba en un lugar lleno de maravillas. Las hojas de las píceas eran verdes y tiernas, los dientes de león se mecían con la brisa del lago. Comió y recogió y comió, y de pronto se dio cuenta de que tenía una mata de arándanos junto a los pies y, escondidas bajo la hierba húmeda, había fresas. Ya no era primavera, sino verano.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó al espíritu de las setas.

Para sus adentros, había empezado a llamarlo Ded Grib: Abuelo Seta.

Él la miró extrañado.

—La tierra que hay entre el mediodía y la medianoche. Entre el invierno y la primavera. El lago está en el centro. Todas las tierras lindan con la orilla y se puede ir de una a otra.

Un país hecho de magia, tal como ella había soñado tiempo atrás.

Tras un momento de silencio y asombro, Vasia preguntó:

—Si recorro la distancia suficiente, ¿llegaré al país del invierno?

—Sí —contestó el chert, aunque no parecía convencido—. Es muy lejos para ir a pie.

—¿Y allí está el rey del invierno?

Ded Grib volvió a mirarla, extrañado.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Yo no crezco en la nieve.

Pensativa, Vasia continuó llenándose el cesto y el buche, ceñuda. Encontró berros y prímulas, arándanos y grosella espinosa y fresas.

Se adentró aún más en el bosque estival. «Qué contento se habría puesto *Solovéi* —pensó mientras magullaba la hierba tierna con los pies—. Quizá habríamos ido juntos a buscar a sus congéneres». La pena extinguió el placer de sentir el sol en la espalda, de llevarse a los labios una fresa madurada al sol. Pero continuó recogiendo. Ese

mundo cálido y verde le calmaba las heridas espirituales. A veces Ded Grib era visible y otras no; le gustaba esconderse bajo los troncos caídos. Pero ella siempre notaba cómo la observaba: con curiosidad y desconfianza.

Cuando el sol estaba alto, recordó que debía ser precavida y que le había hecho una promesa a la domóvaia. Todavía no había recuperado las fuerzas e iba a necesitarlas, pasara lo que pasase de allí en adelante.

—Ya tengo todo lo que me hace falta —dijo—. Debo regresar.

Ded Grib salió de detrás de un tocón.

—Todavía no has visto la mejor parte —protestó, y le señaló una arboleda distante teñida de escarlata y dorado. Era como si el otoño, igual que el verano, fuese un lugar donde pudieses entrar—. Es un poco más lejos.

Vasia tenía muchísima curiosidad. El hambre le hizo pensar con avidez en castañas y piñones. Pero ganó la precaución.

—He aprendido el precio de la imprudencia —le respondió a Ded Grib—. Tengo suficiente por hoy.

Él se mostró contrariado, pero no dijo nada más. A regañadientes, Vasia volvió por donde había llegado. En el país del verano hacía calor. Iba vestida para el inicio de la primavera, con camisa y medias de lana. Llevaba el cesto lleno colgado del brazo. Le palpitaban los pies, le dolían las costillas.

A su izquierda, el bosque susurraba y la vigilaba. A la derecha se extendía el lago, azul y veraniego. Entre los árboles alcanzó a ver una playita arenosa. Sedienta, se acercó a la orilla, se arrodilló y bebió. El agua estaba clara como el aire y tan fría que le dolieron los dientes. Las vendas le picaban. Aunque la domóvaia la había lavado por la mañana, no se había quitado la sensación de que la suciedad le había calado hasta los huesos.

De pronto, Vasia se puso en pie y se desnudó. La domóvaia iba a enfadarse con ella por quitarse todo el vendaje que le había puesto con tanto cuidado, pero Vasia no era capaz de preocuparse por eso. Le temblaban las manos del ansia. Como si el agua limpia fuese a quitarle la suciedad de la piel y los recuerdos de la mente.

—¿Qué haces? —le preguntó Ded Grib. Permanecía bien apartado de la arena y las rocas, escondido a la sombra.

—Voy a bañarme —respondió Vasia.

Ded Grib abrió la boca y la cerró de nuevo.

Vasia paró un momento.

—¿Hay algún motivo por el que no debería hacerlo?

El espíritu de las setas negó despacio con la cabeza y miró el agua

con aire nervioso. Quizá no le gustase el lago.

—Bueno —dijo Vasia. Dudó, pero deseaba con toda su alma arrancarse la piel y convertirse en otra persona; sumergiéndose en el lago quizá se tranquilizase un poco—. No me alejaré. ¿Podrías vigilarme el cesto?

Se metió en la orilla. Al principio iba pisando rocas y se estremecía de dolor. Después, el fondo se convirtió en lodo resbaladizo. Se zambulló y salió gritando a la superficie. El lago gélido le cerró los pulmones y le prendió los sentidos. Vasia le dio la espalda a la orilla y nadó. El agua era puro deleite bajo el calor de un sol al que no estaba acostumbrada. Pero era gélida. Por fin paró de nadar, lista para dar media vuelta, frotarse el cuerpo en la orilla, tumbarse a secarse al sol…

Pero, cuando se giró, no vio más que agua.

Vasia dio una vuelta completa. Nada. Era como si el mundo entero se hubiera hundido en el lago. Durante unos instantes se mantuvo a flote, impactada, y empezó a tener miedo.

Quizá no estuviera sola.

—Estoy aquí en son de paz —dijo Vasia en voz alta mientras intentaba no hacer caso del castañeo de los dientes.

No sucedió nada. Volvió a nadar en círculos. Seguía sin suceder nada. Si entraba en pánico en el agua fría, podía darse por muerta. Debía escoger con la esperanza de acertar y rezar por haberlo hecho bien.

Delante de ella, una criatura salió disparada del agua y salpicó con estrépito. Tenía las fosas nasales como un par de hendiduras entre los ojos bulbosos; los dientes eran del color de las piedras, curvos sobre la mandíbula estrecha. Cuando exhalaba, el aire se convertía en vaho y le corría un líquido aceitoso por la cara.

—Voy a ahogarte —susurró, y se zambulló.

Vasia no respondió, sino que ahuecó la mano y golpeó la superficie del agua como si fuera un trueno. El chert retrocedió al instante, y Vasia le soltó:

—Un hechicero inmortal no logró matarme y un sacerdote con el apoyo de todo Moscú tampoco, ¿qué te hace pensar que tú sí puedes?

—Te has metido en mi lago —repuso el chert, y le enseñó la dentadura negra.

—Quería nadar, ¡no morir!

—Eso lo decido yo.

Vasia intentó ignorar las punzadas de las costillas y hablar con calma:

—Soy culpable de entrar aquí sin tu permiso, pero no te debo la

vida.

El chert le echó su aliento hirviente a la cara.

—Soy el baguénnik —gruñó—. Y te digo que acabas de perder la vida.

—Intenta arrebatármela —le espetó Vasia—. No te tengo miedo.

El chert agachó la cabeza y levantó espuma en el agua azul.

—¿No? ¿Qué querías decir con eso del hechicero inmortal que no pudo matarte?

A Vasia empezaban a agarrotársele las piernas.

—La última noche de Maslenitsa maté a Kaschei el Inmortal en Moscú.

—¡Mentira! —repuso el baguénnik, y se abalanzó sobre ella de nuevo, de modo que estuvo a punto de hundirla.

Vasia ni se inmutó. Mantenerse a flote requería gran parte de su concentración.

—He mentido alguna vez —dijo— y he pagado el precio. Pero en este caso te digo la verdad: lo maté.

El baguénnik cerró la boca de golpe.

Vasia se volvió a buscar la orilla.

—Ahora te reconozco —murmuró el baguénnik—. Tienes el aspecto de tu familia. Has tomado el camino que atraviesa la Medianoche.

Vasia no tenía tiempo para escuchar las revelaciones del baguénnik.

—Así es —logró decir—. Pero mi familia está muy lejos. Como te he dicho, vengo en son de paz. ¿Dónde está la orilla?

—¿Lejos? También al alcance de la mano. No te comprendes a ti misma ni la naturaleza de este lugar.

Ella empezaba a hundirse un poco.

—Abuelo, la orilla.

La dentadura negra del bagiennik brillaba con el agua. Se acercó moviéndose como una serpiente.

—Venga, será rápido. Ahógate, y yo viviré mil años solo con el recuerdo de tu sangre.

—No.

—Entonces, ¿de qué me sirves? —exigió saber el baguénnik, que se acercaba cada vez más—. Ahógate.

Vasia usaba las pocas fuerzas que le quedaban para evitar agitar los brazos y las piernas sin control; los tenía entumecidos.

—¿Que de qué te sirvo? De nada. He perdido la cuenta de los errores que he cometido y en el mundo no hay lugar para mí. Y, sin embargo, como he dicho antes, no pienso morir para complacerte.

El baguénnik mordió el aire justo delante de su cara y Vasia, sin hacer caso de sus heridas, lo agarró por el cuello. Él se sacudió y estuvo a punto de soltarse. Pero no lo consiguió. Las manos de Vasia tenían la misma fuerza que había roto los barrotes de la jaula de Moscú.

—No me amenaces —añadió Vasia hablándole al oído, y cogió aire justo antes de zambullirse con él.

Cuando aparecieron en la superficie, la joven seguía agarrada a él. Dio una bocanada de aire y dijo:

—Quizá me muera mañana. O quizá viva hasta la amarga vejez. Pero tú no eres más que un espectro en un lago y no vas a darme órdenes.

El baguénnik se quedó quieto y Vasia lo soltó, tosió agua y se dolió del costado que tenía herido. Se le habían llenado la nariz y la boca de agua. De algunos de los cortes que se le habían vuelto a abrir manaba sangre. El baguénnik le tocó la piel ensangrentada con la nariz. Ella no se movió.

Con una afabilidad sorprendente, el baguénnik dijo:

—Tal vez sirvas más de lo que pensaba. No había notado tanta fuerza desde… —No acabó la frase—. Voy a llevarte a la orilla.

De repente, mostraba entusiasmo.

Vasia se aferró al cuerpo sinuoso y ardiente. Tembló mientras sus piernas y brazos volvían a cobrar vida. Agotada, dijo:

—¿A qué te referías con lo de que tengo el aspecto de mi familia?

Ondulando por el agua, el baguénnik respondió:

—¿No lo sabes? —Su tono reflejaba un trasfondo extraño de entusiasmo—. Hace mucho, la anciana y sus hijas mellizas vivían en la casa que hay junto al roble y se ocupaban de los caballos que pastan a orillas del lago.

—¿Qué anciana? He estado en la casa que hay junto al roble y está en ruinas.

—Porque llegó el hechicero —explicó el baguénnik—. Un hombre joven y guapo. Dijo que quería domar un caballo; en cambio, se ganó a Tamara, la heredera. Nadaron juntos en el lago durante el equinoccio de verano; le susurraba promesas en los atardeceres de otoño. Al final, por él Tamara le puso una brida de oro a la yegua dorada: *Zhar Ptitsa*.

Vasia escuchaba con atención. Aquella era su historia y se la contaba el espíritu de un lago de un lugar lejano, como si nada. Su abuela se llamaba Tamara. Su abuela llegó de una tierra lejana a lomos de un caballo maravilloso.

—El hechicero cogió la yegua dorada y se marchó de la tierra junto

al lago —continuó el baguénnik—. Tamara galopó tras él, llorando, y juró que recuperaría la yegua y juró con el mismo aliento que lo amaba. Pero no volvió jamás, y el hechicero tampoco. Se erigió como señor de gran parte de las tierras de los hombres. Nadie supo qué fue de Tamara, y la anciana, apenada, cerró y protegió todos los caminos que llevaban a este lugar, salvo el que atraviesa la Medianoche.

Tenía cien preguntas dándole vueltas por la cabeza. Le vino la primera a la boca.

—¿Qué pasó con los demás caballos? —preguntó—. Anoche vi unos cuantos, eran salvajes.

El espíritu del agua nadó en silencio durante un rato; ella pensó que no respondería. Pero entonces el baguénnik dijo con voz grave y brutal:

—Los que viste son los que quedan. El hechicero ejecutó a todos los que se alejaban del lago. De vez en cuando atrapaba un potrillo, pero nunca le duraban mucho: morían o se escapaban.

—Dios —susurró Vasia—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Son las criaturas más maravillosas del mundo, los caballos de esta tierra. Y el hechicero no podía montarlos. No podía domarlos ni usarlos. Así que los mató. —En voz casi demasiado baja para que se le oyese, añadió—: A los que quedaron la anciana los mantuvo a salvo. Pero ahora ella ya no está y cada año hay menos. El mundo ha perdido el sentido de la maravilla.

Vasia no habló. No recordaba más que una confusión de llamas y la sangre que le había dado vida a *Solovéi*.

—¿De dónde venían? —susurró—. Los caballos.

—¿Quién sabe? Nacieron de la tierra; su naturaleza es la magia. Los hombres y los cherti quieren domarlos, cómo no. Algunos aceptan a un jinete de buen grado —añadió el baguénnik—. El cisne, la paloma, el búho y el cuervo. Y el ruiseñor…

—Sé lo que le pasó al ruiseñor. —Vasia casi no era capaz de decirlo en voz alta—. Era mi amigo y ahora está muerto.

—Los caballos no escogen al azar —respondió el baguénnik.

Vasia no dijo nada.

Tras un silencio largo, levantó la cabeza y preguntó: —¿Sabrías decirme dónde ha hecho prisionero el Oso al rey del invierno?

—Donde no alcanza el recuerdo. Hace mucho tiempo y muy lejos y en lo más profundo de una oscuridad que no muda —respondió el espíritu del agua—. ¿Crees que el Oso se arriesgaría a que su mellizo se liberase?

—No —contestó Vasia—. Supongo que no.

De pronto, sintió un cansancio indescriptible; el mundo era enorme

y extraño y exasperante; nada le parecía real. No sabía qué hacer ni cómo hacerlo. Apoyó la cabeza en el lomo caliente del chert y no volvió a hablar.

No se fijó en que la luz había mudado hasta que oyó el murmullo del agua en los guijarros de la orilla.

Durante el rato que llevaban nadando, el sol se había inclinado hacia el oeste, frío y de un amarillo verdoso. Era el atardecer del verano, casi de noche. La luz dorada del día había desaparecido, como si el propio lago se la hubiera tragado. Vasia se deslizó hasta el agua de la orilla, salpicó y salió a trompicones. Las sombras de los árboles se extendían grises hacia el lago. Su ropa estaba hecha un montón frío en la penumbra.

El baguénnik no era más que una mancha de oscuridad, medio sumergida en el lago. Vasia se volvió de golpe hacia él, atemorizada.

—¿Qué le ha pasado al día? —Le vio los ojos al baguénnik bajo el agua, las hileras de dientes relucientes—. ¿Me has traído al atardecer a propósito? ¿Por qué?

—Porque mataste al hechicero. Porque no me has dejado matarte. Porque entre los cherti ha corrido la voz y tenemos curiosidad. —La respuesta del baguénnik flotó incorpórea entre las sombras—. Te recomiendo que enciendas una hoguera. Estaremos vigilándote.

—¿Por qué? —exigió saber Vasia.

Sin embargo, el baguénnik ya se había sumergido bajo el agua y había desaparecido.

La joven se quedó quieta, furiosa, intentando no hacer caso del miedo que sentía. El día se acababa a su alrededor como si el mismo bosque estuviera decidido a atraparla al caer la noche. Acostumbrada a aguantar sin pensarlo, tuvo que hacerle frente a la debilidad de sus carnes maltrechas. Estaba a medio día de caminata de la casa que había junto al roble.

«Cambia la estación», le había dicho la domóvaia. ¿Qué significaba eso? ¿Podía correr ese riesgo? ¿Debería hacerlo? Miró la oscuridad que aumentaba por momentos y supo que no llegaría antes de que cayera la noche.

Decidió quedarse. Y pensaba seguir el consejo envenenado del baguénnik y aprovechar los últimos momentos de luz para recoger leña y encender una hoguera. Fueran cuales fuesen los peligros que rondaban aquel lugar, lo mejor era enfrentarse a ellos con una buena hoguera y el estómago lleno.

Se puso a buscar leña, enfadada por lo crédula que había sido. El bosque de Lesnaya Zemliá había sido amable con ella y esa confianza pervivía, pero en aquel no había lugar a bondad. La puesta de sol

brillante enrojecía el agua, el viento silbaba entre los pinos. El lago estaba inmóvil, dorado por el ocaso.

Ded Grib apareció mientras ella partía ramas secas.

—¿No sabes que no debes pasar la noche junto al lago en la estación nueva? —le preguntó—. De lo contrario, no volverás a la vieja. Si mañana regresas a la casa que hay junto al roble, será verano y no habrá primavera que valga.

—El baguénnik no me dejaba salir del lago —dijo Vasia con tono fúnebre.

La joven se acordaba de los días blancos y centelleantes en casa de Morozko, en el abetal. «Volverás la misma noche en la que te marchaste», le había dicho él. Y así había sido, a pesar de que había pasado días y semanas en aquella casa. Así había sido. Y, ahora, ¿iba la luna a crecer y menguar en el ancho mundo mientras ella pasaba una sola noche en aquellas tierras estivales? Si podía perder un día en el lago en cuestión de minutos, ¿qué otras cosas eran posibles? La idea le daba miedo, aunque las amenazas del baguénnik no la habían asustado. La secuencia del día y la noche, del verano y el invierno formaba parte de ella tanto como su propio aliento. ¿Acaso no había allí también algún patrón?

—Creía que no saldrías del lago —le confió el chert—. Sabía que los grandes planeaban algo para ti. Además, el baguénnik odia a las personas.

Vasia cargaba con un fardo de leña; lo soltó enfurecida.

—¡Podrías habérmelo dicho!

—¿Por qué? —le preguntó Ded Grib—. No puedo interferir en los planes de los grandes. Además, dejaste que uno de los caballos muriese, ¿no? Tal vez habría sido justo que el baguénnik te matase, puesto que los adora.

—¿Justo? —exigió saber ella. Toda la rabia y el sentimiento de culpa y la impotencia que llevaba días reprimiendo le salieron de golpe—. ¿Crees que no he tenido suficiente justicia los últimos días? Solo he venido a buscar comida; no os he hecho nada a vosotros ni al bosque. Pero vosotros, todos vosotros…

Se quedó sin palabras. Llena de una ira amarga, agarró un palo y se lo tiró a la seta a la cabeza.

No estaba preparada para su reacción. La carne esponjosa del sombrero se desprendió. El chert se desplomó dando alaridos de dolor y Vasia se quedó de pie, paralizada, mientras Ded Grib mudaba de blanco a gris y después a marrón sin derramar sangre. Como una seta a la que un niño descuidado ha dado un puntapié.

—No —musitó Vasia horrorizada—. No, ha sido sin querer. —Sin

pensar, se arrodilló y le puso la mano en la cabeza—. Lo siento. No quería hacerte daño. Lo siento.

Él dejó de ponerse gris. Vasia se dio cuenta de que se le habían saltado las lágrimas. No había reparado en hasta qué punto le había calado la violencia de los días previos, no se había percatado de que aún la llevaba dentro, enroscada, lista para reaccionar con miedo y rabia.

—Perdóname —le pidió.

El chert parpadeó. Respiró. No se moría. Parecía más real que un momento antes. El cuerpo roto se había retejido a sí mismo.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó la seta.

—No quería hacerte daño —repitió Vasia, y se apretó las manos contra los ojos—. Nunca he querido lastimar a nadie. —Temblaba de arriba abajo—. Pero tienes razón. Lo he hecho… Lo he hecho…

—Me… —La seta se examinaba un brazo gris con perplejidad—. Me has dado tus lágrimas.

Vasia negó con la cabeza, casi incapaz de hablar.

—Por mi caballo —logró decir—. Por mi hermana. Hasta por Morozko. —Se frotó los ojos e intentó sonreír—. Por ti, un poco.

Ded Grib la contempló solemne. En silencio, Vasia se levantó con dificultad y se dispuso a prepararse para la noche.

Colocaba la leña en un trozo de suelo despejado cuando el espíritu de las setas habló de nuevo, medio oculto bajo un montón de hojas:

—«Por Morozko», has dicho. ¿Buscas al rey del invierno?

—Sí —respondió Vasia de inmediato—. Así es. Si no sabes dónde está, ¿conoces a alguien que pueda saberlo?

Tenía metido en la cabeza algo que le había dicho el Oso: «Su libertad a cambio de tu vida». ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué? Y un recuerdo aún más enterrado: la voz de Morozko cuando le dijo: «Te quise, de la manera que pude».

La leña estaba ordenada en un cuadrado pulcro y entre las ramas más grandes había fajina. Mientras hablaba, metía hojas de pino para que prendiese:

—La Medianoche lo sabe. Su reino linda con todas las medianoches que han existido. Pero dudo que te lo diga. En cuanto a quién más podría saberlo… —Ded Grib hizo una pausa, a todas luces devanándose los sesos.

—¿Vas a ayudarme? —le preguntó Vasia sorprendida. Se sentó sobre los talones.

Ded Grib le dijo:

—Me has dado lágrimas y una flor. Te seguiré a ti, no al Oso. Soy el primero. —Sacó pecho.

—¿En primero en qué?

—En escoger tu bando.

—¿Mi bando? ¿En qué? —preguntó Vasia.

—¿Tú qué crees? —respondió Ded Grib—. Has rechazado al rey del invierno y también a su hermano, ¿verdad? Te has convertido en un tercer poder en su contienda particular. —Frunció el ceño—. ¿O acaso vas a buscar al rey del invierno para unirte a él?

—No estoy segura de qué importancia tiene todo este asunto de los bandos —dijo Vasia—. Quiero encontrar al rey del invierno porque necesito que me ayude.

Esa no era la única razón, pero no pensaba contarle todo lo demás al espíritu de las setas.

Ded Grib hizo un gesto despectivo con la mano.

—Bueno, aunque él se una a tu bando, yo siempre seré el primero.

Vasia miró ceñuda la hoguera que aún no había encendido.

—Si no sabes localizar al rey del invierno, ¿cómo piensas ayudarme? —le preguntó con precaución.

Ded Grib reflexionó.

—Lo sé todo sobre las setas. También puedo hacer que crezcan.

Eso le produjo a Vasia una alegría desmesurada.

—Me encantan las setas —respondió—. ¿Me puedes buscar unos lisíchki?

Si Ded Grib contestó, ella no lo oyó, puesto que al cabo de un momento cogió aire de golpe y dejó que se le llenase el alma del recuerdo ardiente de las llamas. El montoncito de palos prendió fuego. Satisfecha, añadió unas ramitas.

Ded Grib se quedó boquiabierto. A su alrededor se oyó un susurro, como si los árboles conversaran entre ellos.

—Deberías tener cuidado —dijo Ded Grib cuando pudo hablar.

—¿Por qué? —respondió Vasia, que aún estaba complacida.

—La magia enloquece a la gente —explicó la seta—. Cambias tanto la realidad que al final te olvidas de lo que es real. Aunque quizá así te sigan más cherti.

Como si quisieran recalcar lo que decía Ded Grib, un par de peces salieron del lago y acabaron tendidos junto a la hoguera, de un rojo plateado a la luz del fuego.

—¿Seguirme adónde? —preguntó Vasia con cierta exasperación, pero fue a recoger los peces—. Gracias —añadió a regañadientes hablándole al agua.

Si el baguénnik la oyó, no respondió, pero ella no creía que estuviera muy lejos. Estaba esperando.

A qué, Vasia no lo sabía.

DOCE
UN TRATO

asia evisceró los pescados y los envolvió con arcilla para asarlos en las brasas de la hoguera. Ded Grib, tal como había prometido, salió corriendo y regresó con montones de setas. Por desgracia, no solo no sabía cuáles eran las lisíchki, sino que no sabía cuáles eran comestibles. Vasia tuvo que separar una cantidad alarmante de setas venenosas. Pero rellenó los pescados con las buenas y con hierbas y cebolleta silvestre, y cuando estaban listos, se quemó los dedos comiendo.

Llenarse el estómago había sido agradable, pero la noche no lo era. Del lago le llegaba un viento cortante y no era capaz de sacudirse la sensación de que alguien la vigilaba, de que la medían unos ojos que no veía. Se sentía como una niña incauta en un cuento que no comprendía, rodeada de personajes que esperaban a que asumiese un papel que desconocía. La ausencia de *Solovéi* era un misterio que la reconcomía y no aflojaba.

Al final, Vasia se durmió con frío, pero ni siquiera el sueño le ofreció descanso. Soñó con puños y rostros iracundos, con gritarle a su caballo que huyese. Pero él se convertía en un ruiseñor y un hombre con un arco lo derribaba del cielo con una flecha. Vasia se despertó dando sacudidas, con el nombre de su caballo en los labios, y en alguna parte de la oscuridad oyó el ruido de unos cascos arrítmicos.

Se levantó con esfuerzo, descalza entre los helechos frescos del

verano, con el cuerpo rígido y dolorido. De la hoguera quedaban tan solo unas cuantas brasas con un leve brillo rojizo. La luna estaba baja en el horizonte. Entre los árboles llegaba luz. Pensó en hombres con antorchas y lo primero que le dijo el instinto fue que huyera.

Pero no eran antorchas, lo vio al fijarse bien. Era la yegua dorada, que estaba sola. El resplandor no era tan intenso como la noche anterior; cojeaba de una de las patas delanteras y tenía el pecho salpicado de espuma. Vasia creyó que oía susurros en el bosque, detrás de la yegua. El viento le trajo un olor fétido.

Se apresuró a echar leña a la pequeña hoguera.

—Ven —la llamó.

La yegua trató de huir, tropezó ella sola y después dirigió los pasos hacia Vasia. Iba con la cabeza gacha. Con la luz nueva del fuego, Vasia le vio un tajo en la pata delantera.

Cogió el hacha y un leño en llamas. No veía qué perseguía a la yegua, aunque su olor se intensificaba cada vez más; era un olor a podredumbre y fruta demasiado madura, como de carroña al sol. Enarboló sus míseras armas y retrocedió hacia el agua. No sentía ningún afecto por la chispa que había incendiado Moscú, pero le había fallado a su caballo. No pensaba hacer lo mismo con aquel.

—Por aquí —le indicó.

La yegua no tenía nada que responder, aparte del terror que sentía, y lo comunicaba con el cuerpo entero. Aun así, se acercó a ella.

—Ded Grib —llamó Vasia.

Unas cuantas setas de un verde enfermizo temblaron en la oscuridad en la que crecían.

—Será mejor que sobrevivas a esto. Si no, ¿de qué me servirá haber sido el primero? Todos nos miran.

—¿Cómo…?

Si él respondió, Vasia no lo oyó, puesto que el Oso salió casi sin hacer ruido de entre los árboles, a la luz de la luna, junto al lago.

En Moscú había tenido aspecto de hombre. Aún lo tenía, pero era un hombre de dientes afilados y una mirada salvaje en su único ojo. Vasia veía a la bestia: se extendía tras él como una sombra. Parecía más extraño, más viejo, cómodo en aquel bosque imposible.

—Supongo que este era el motivo por el que el baguénnik quería que pasara la noche en el bosque —dijo, tensa. Entre el sotobosque se oían respiraciones roncas y amenazadoras—. Al final sí quería verme muerta.

El Oso curvó el lado sin cicatrices de la boca.

—Puede que sí. O puede que no. Deja de erizarte como un gato. No he venido a matarte.

El leño en llamas empezaba a quemarle la mano. Lo lanzó al suelo, entre ambos.

—Entonces, ¿has venido a cazar al pájaro de fuego?

—Ni siquiera es por eso. Pero mis criaturas podrán divertirse.

Le bufó a la yegua sin dejar de sonreír de oreja a oreja, y ella retrocedió asustada hasta que metió las patas traseras en el agua.

—¡Déjala en paz! —le soltó Vasia.

—De acuerdo —aceptó el Oso, cosa que sorprendió a Vasia, y se sentó en un tronco, junto al fuego—. ¿No piensas sentarte conmigo?

Ella no se movió. Cuando él sonreía, los dientes de perro relucían en la penumbra, blancos y afilados.

—La verdad, Vasilisa Petrovna, es que no deseo tu vida. —Abrió las manos vacías—. Quiero ofrecerte algo.

Eso sí la sorprendió.

—Ya me ofreciste mi vida y no la acepté; me salvé yo sola. ¿Por qué iba a aceptar algo menos importante que eso?

El Oso no respondió al momento, sino que contempló la luz de la luna en la copa de los árboles y se llenó los pulmones del aire nocturno y estival. La joven le veía las estrellas reflejadas en el ojo, como si se bebiese el cielo después de una larga oscuridad. No quiso comprender esa dicha.

—He pasado incontables vidas de hombres atado en un claro, en las afueras de las tierras de mi hermano —dijo el Oso—. ¿Crees que él le ha hecho un buen servicio al mundo mientras yo dormía?

—Al menos Morozko no dejó una estela de destrucción —respondió Vasia. A su lado, la yegua sangraba en el agua—. ¿Qué has hecho en Moscú?

—Divertirme —contestó el Oso como si nada—. Tiempo atrás, mi hermano hizo lo mismo, aunque ahora le gusta hacerse el santo. Hubo una época en la que nos parecíamos más. Al fin y al cabo, somos mellizos.

—Si intentas hacer que confíe en ti, no te funcionará.

—Sin embargo —continuó el Oso—, mi hermano cree que los hombres y los cherti pueden compartir este mundo. Los mismos hombres que se propagan como una enfermedad mientras hacen sonar las campanas de las iglesias y se olvidan de nosotros. Mi hermano es un necio. Si nadie vigila a los hombres, llegará el día en el que no haya cherti ni un camino que atraviese la Medianoche ni maravillas en el mundo.

Vasia no quiso entender por qué el Oso miraba el cielo nocturno con admiración y tampoco quería estar de acuerdo con él. Pero tenía razón. Por toda la Rus, los cherti eran tenues como el humo. Hacían

de guardias de agua y bosques y casas con manos casi incorpóreas y mentes que casi no recordaban. No dijo nada.

—Los hombres le temen a todo lo que no entienden —murmuró el Oso—. A ti te han herido. Te han apalizado, escupido, te han echado a la hoguera. Los hombres le arrebatarán todo lo salvaje al mundo, hasta que no quede ni un solo lugar en el que una joven bruja pueda esconderse. Te quemarán a ti y a todas las que son como tú.

Ese era su peor miedo, el que llevaba más adentro. Él debía de saberlo.

—Pero no tiene por qué ser así —sugirió el Oso—. Podemos salvar a los cherti, salvar la tierra que está entre el mediodía y la medianoche.

—¿Podemos? —preguntó Vasia sin conseguir que no le temblase la voz—. ¿Cómo?

—Ven conmigo a Moscú. —Se levantó. La mitad sin cicatrices de su cara se veía rojiza a la luz de la hoguera—. Ayúdame a derribar los campanarios, a quebrar el poder de los príncipes. Sé mi aliada y así te vengarás de tus enemigos. Nadie se atreverá a desdeñarte nunca más.

Medved era un espíritu: no era de carne y hueso, igual que no lo era Ded Grib y, aun así, en aquel claro parecía palpitar lleno de vida bruta.

—Mataste a mi padre —le recordó Vasia.

Él abrió las manos.

—Tu padre se lanzó a mis garras. Mi hermano consiguió tu lealtad mediante mentiras, ¿no crees? Con susurros y medias verdades dichas a oscuras y con ese par de ojos azules que tanto tientan a las doncellas.

Vasia luchó por que su expresión no delatase sus emociones. Antes de continuar, él curvó la comisura de la boca.

—Pero aquí estoy yo, pidiéndote lealtad con nada más que la verdad.

—Si has venido con la verdad, dime lo que quieres —repuso Vasia —. Con menos artes y más sinceridad.

—Quiero una aliada. Únete a mí y véngate. Nosotros, los viejos, volveremos a gobernar esta tierra. Es lo que quieren los cherti. Por eso te trajo aquí el baguénnik. Por eso nos observan todos. Para que me escuches y accedas.

¿Eran mentiras?

Por horrible que fuese, Vasia se dio cuenta de que se preguntaba qué pasaría si accedía, si permitía que la rabia que llevaba dentro se convirtiera en libres sacudidas de violencia. La figura llena de cicatrices que tenía delante le devolvía ese mismo impulso. Él

comprendía la culpa que sentía, su pena, la furia con la que había arremetido contra la cabeza de Ded Grib.

—Sí —susurró él—, nos entendemos. No podemos crear un mundo nuevo sin antes destrozar el viejo.

—¿Destrozar? —repitió Vasia con un tono de voz que apenas reconocía—. ¿Qué vas a destrozar para crear el nuevo mundo?

—Nada que no se pueda reparar. Piénsalo. Piensa en las niñas que no tendrán que enfrentarse a la hoguera.

Quería ir a Moscú y arrasar la ciudad con su poder. La fuerza salvaje del Oso la llamaba, igual que la pena de su larga reclusión. La yegua dorada estaba muy quieta.

—¿Obtendría venganza? —murmuró ella.

—Sí —contestó él—. Total y absoluta.

—¿Konstantín Nikonóvich moriría chillando?

Vasia pensó que él vacilaba antes de responder.

—Moriría.

—¿Quién más moriría, Medved?

—Todos los días mueren hombres y mujeres.

—Mueren de acuerdo con la voluntad de Dios, no mueren por mí — repuso Vasia, y se clavó las uñas de la mano libre en la palma de la otra—. El precio de mi pena no merece la pérdida de ninguna vida. ¿Tan necia me crees? ¿Piensas que puedes llenarme los oídos de palabras dulces y envenenadas? No soy tu aliada, monstruo. Nunca lo seré.

Creyó oír un murmullo que provenía del bosque, pero no sabía si se trataba de dicha o de decepción.

—Ah —dijo el Oso, que parecía lamentarse de verdad—. Eres muy sabia para algunas cosas, pequeña Vasilisa Petrovna, pero muy necia para otras. Ni que decir tiene que, si no te unes a mí, no puedes continuar con vida.

—Mi vida fue el precio de tu libertad —replicó Vasia. El lago era una presencia fría a su espalda y la yegua dorada aún temblaba cálida a su lado—. No puedes matarme.

—Te ofrecí la vida —repuso el Oso—. No es culpa mía que tú seas una tonta testaruda y no la aceptases. La deuda está saldada. Además, no voy a matarte. Tienes la opción de unirte a mí en vida. O de ser mi sierva. —Sonrió sin poder evitarlo—. Pero menos viva.

Vasia oyó un paso suave, impreciso. Otro. Le retumbaba el pulso en los oídos. Tenía una vieja advertencia dándole vueltas en la cabeza: «El Oso anda suelto. Cuidado con los muertos».

—Esto va a ser divertido —dijo Medved—. Dime lo que hayas decidido. —Retrocedió un poco—. Sea lo que sea, le transmitiré a mi

hermano que lo lamentas.

A su izquierda, un muerto de ojos rojos y semblante mugriento se acercó despacio hacia la luz. A su derecha, una mujer le sonrió con sangre en los labios y unos cuantos mechones de pelo podrido adheridos a la piel blanca de la cabeza. Los ojos de esas criaturas muertas eran agujeros directos al infierno: negro y escarlata.

Cuando abrieron la boca, las puntas de los dientes centellearon, afiladas a la luz tenue de la hoguera. Vasia y la yegua estaban rodeadas por un semicírculo que se estrechaba cada vez más.

La yegua dorada se encabritó. Durante un instante, dio la sensación de que le salían unas amplias alas de fuego del lomo. Pero volvió a la tierra siendo aún un caballo herido. No podía volar.

Vasia soltó el hacha inútil. Tenía el alma llena del recuerdo del fuego. Apretó los puños y olvidó que esas cosas muertas no estaban en llamas.

Funcionó mejor de lo que esperaba. Las dos prendieron como un par de antorchas. Los upyr chillaron mientras se quemaban y caminaban a tientas, a ciegas, dando alaridos. Tuvo que agarrar una rama y ahuyentarlos mientras aún tenía los pies metidos en el agua. La yegua dorada se irguió sobre las patas traseras y atacó frenética con las delanteras.

—Vaya, vaya —dijo el Oso con un tono nuevo de voz—. Moscú te metió el fuego en el alma, ¿verdad? Es verdad, eres medio espíritu del caos: disfrutarías siendo mi aliada. ¿No vas a repensártelo?

—¿Es que nunca te callas? —masculló Vasia.

Un sudor frío le corría por todo el cuerpo. Otro upyr entró en combustión y la realidad empezó a flaquear. De pronto, comprendió. «La magia enloquece a la gente. Olvidan qué es real y qué no porque hay demasiadas cosas que se vuelven posibles».

Pero aún había cuatro más, no le quedaba más remedio que seguir. Las criaturas muertas avanzaban de nuevo.

El Oso no apartaba el ojo de los suyos, como si viese que en su mirada residía el germen de la locura.

—Sí —asintió casi sin aliento—, pierde la cabeza, niña salvaje. Y serás mía.

Ella se llenó los pulmones de aire y…

—Basta —intervino una voz nueva, y Vasia tuvo la sensación de que ese sonido la sacaba de un sueño oscuro. Una anciana de hombros anchos y manos grandes daba amplias zancadas entre los árboles; echó un vistazo a la escabrosa escena y, como si aquello fuese lo más normal del mundo, dijo irritada—: Medved, no deberías haberlo intentado a medianoche.

En ese mismo instante, una ola del lago estuvo a punto de empapar a Vasia, y el baguénnik apareció flotando en la orilla y enseñó los dientes.

—El que come, no habías dicho nada de herir caballos.

Tal vez la anciana hubiese sido alta en otra época, pero la edad la había menguado; tenía la ropa andrajosa, las uñas largas, las piernas encorvadas. Llevaba un cesto a la espalda.

Vasia, de pie con los pies en el lago, con la realidad maleable como la niebla, vio al Oso sorprendido, consternado.

—Estás muerta —le dijo a la anciana.

Ella soltó una carcajada.

—¿A medianoche? ¿En mis tierras? Deberías saber que no.

Como si estuviera en un sueño, Vasia pensó que alcanzaba a ver el resplandor de la melena del demonio de la medianoche, los ojos estrellados semiocultos entre los árboles, observando.

El Oso habló con tono apaciguador:

—No debería haber cometido ese error. Pero ¿por qué interferir? ¿Qué te importan a ti los traidores de tu familia?

—Al menos me importa la yegua, bestia hambrienta —replicó la anciana, y dio un pisotón—. Vete a sembrar el terror en Moscovia.

Uno de los upyr se acercaba a la anciana por la espalda, a hurtadillas. Ella no se volvió a mirar ni se movió, pero unas llamas blancas envolvieron a la criatura muerta, que chilló y se desplomó.

—Supongo —dijo el Oso— que tendría que esperar mucho tiempo a que tú enloquecieras.

Hablaba con respeto. Vasia escuchaba asombrada.

—Llevo años loca —respondió la anciana. Cuando se rio, a Vasia se le erizó el vello de todo el cuerpo—. Pero, a medianoche, este sigue siendo mi reino.

—La chica no se quedará contigo —contestó el Oso, y señaló a Vasia con la barbilla—. No se quedará por mucho que intentes convencerla. Te abandonará, igual que los demás. Y cuando así sea, estaré esperando. —Se dirigió a Vasia—: Todavía tienes que elegir. Serás mi aliada de un modo u otro. Los cherti no permitirán que suceda lo contrario.

—Márchate —le espetó la anciana.

Y, por increíble que fuese, el Oso les hizo una reverencia a ambas y se escabulló hacia la oscuridad. Sus sirvientes lo siguieron arrastrando los pies, sin la luz infernal que antes les brillaba en los ojos.

TRECE
BABA YAGA

os sonidos de la noche se reanudaron. A Vasia se le habían entumecido los pies de estar en el agua. La yegua dorada tenía la cabeza muy gacha. La anciana frunció los labios mientras inspeccionaba a la chica y el caballo.

—Bábushka —dijo Vasia con cautela—, gracias por salvarnos la vida.

—Si quieres quedarte en el agua hasta que te salgan aletas, eso es cosa tuya —contestó la mujer—. De lo contrario, acércate a la hoguera.

Se alejó dando pisotones y añadió unas ramitas al fuego. Vasia salió del agua. En cambio, la yegua no se movió.

—Estás sangrando —le dijo Vasia mientras intentaba echarle un vistazo al tajo que tenía en la pata delantera.

La yegua seguía con las orejas pegadas a la cabeza. Al final, le respondió: —Mientras los demás volaban, corrí para alejar a los upyr de ellos. Pero eran demasiado rápidos y me he hecho la herida y no he podido volar.

—Voy a ayudarte —se ofreció Vasia. La yegua no reaccionó. Pero, de repente, Vasia comprendió por qué estaba tan quieta y con la cabeza tan baja—. ¿Tienes miedo de que, ahora que estás herida, vuelvan a domarte y ponerte riendas? No temas: maté al hechicero. Tamara también ha muerto. —Reparó en que la anciana escuchaba a

su espalda—. Aquí no tengo cuerda y mucho menos una brida de oro. No voy a tocarte sin tu permiso; acércate al fuego.

Vasia guio con el ejemplo y se dirigió a la hoguera. La yegua se quedó parada y delató incertidumbre con la postura de las orejas. La anciana estaba al otro lado de las llamas, esperando a Vasia. Tenía el pelo blanco, pero su rostro era una imagen distorsionada del de la joven.

Vasia la contempló con sorpresa, ansia, reconocimiento.

El bosque aún parecía estar repleto de ojos que observaban. Hubo un instante de perfecto silencio. Y después la mujer dijo: —¿Cómo te llamas?

—Vasilisa Petrovna —contestó Vasia.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Marina Ivánovna. Su madre se llamaba Tamara, era la joven que embridó al pájaro de fuego.

La mujer recorrió el rostro maltrecho y magullado de Vasia con la mirada, sin prisa: el pelo corto, la ropa y, tal vez más que nada, la expresión de sus ojos.

—Me sorprende que no hayas espantado al Oso con esa cara espeluznante —comentó la mujer con tono seco—. A lo mejor le gustaba, con ese nunca se sabe. —Le temblaban las manos. Vasia no dijo nada—. Tamara y su hermana eran mis hijas. A ti te parecerá que de eso hace mucho tiempo.

Vasia ya lo sabía.

—¿Cómo es que sigues viva? —susurró.

—No estoy viva —respondió la anciana—. Morí antes de que tú nacieras. Pero esto es la Medianoche.

La yegua dorada interrumpió el silencio chapoteando al salir del lago. Se volvieron hacia ella como si fueran una. La luz del fuego mostraba con crueldad las cicatrices del látigo y las espuelas.

—Vaya par más lamentable —murmuró la anciana.

—Bábushka, las dos necesitamos ayuda —le dijo Vasia.

—*Pozhar* primero —repuso la anciana—. Que todavía sangra.

—¿Se llama así?

Encogió los hombros.

—¿Qué nombre abarcaría a una criatura como ella? Es como la llamo yo, nada más.

Ayudar a la yegua no fue fácil. *Pozhar* echaba las orejas hacia atrás cada vez que una de las dos intentaba tocarla. Cuando movía la cola, llovían chispas sobre la tierra estival. Una prendió una brizna y Vasia tuvo que apagarla con la bota.

—Aunque estés herida, eres un peligro.

La anciana resopló. La yegua la miró malhumorada. Sin embargo, *Pozhar* también estaba agotada. Al final, cuando Vasia le pasó la mano desde la cruz hasta la rodilla, no hizo más que estremecerse.

—Esto va a dolerte —le advirtió Vasia muy seria—. No des coces.

—No prometo nada —dijo el animal con las orejas hacia atrás.

Entre las dos convencieron a la yegua de quedarse quieta el tiempo necesario para que la joven le cosiera la pata, aunque al acabar Vasia tenía alguna que otra magulladura nueva. Cuando *Pozhar*, que estaba muy afectada, escapó cojeando a pastar a una distancia prudente, Vasia se dejó caer junto al fuego y se enjugó el sudor de la cara. Se le había secado la ropa con el calor del cuerpo de la yegua. Seguía siendo noche negra, aunque parecía que habían transcurrido horas desde que la llegada del Oso.

La mujer tenía una olla en la cesta, sal, un puñado de cebollas.

Metió la mano en el lago y sacó peces con la misma naturalidad que si sacara una hogaza de pan del horno de su casa. Se puso a preparar una sopa como si no fuese medianoche.

Vasia observaba.

—¿Es tu casa? —le preguntó—. La casa que hay junto al roble.

La anciana estaba limpiando el pescado y no levantó la mirada.

—Lo era, tiempo atrás.

—¿Dejaste tú ese baúl? ¿Era para que yo lo encontrase?

—Sí —contestó la mujer aún sin mirarla.

—Sabías que yo… Entonces tú eres la bruja del bosque —dedujo Vasia—. La que cuida de los caballos. —Se acordó de María y de ese viejo nombre temido, el nombre de los cuentos, que le vino a la boca casi sin querer. Se estremeció—. Baba Yaga. Eres mi bisabuela.

A la anciana se le escapó una pequeña risotada. Las tripas del pescado le brillaron en las manos antes de que las lanzase al lago.

—Supongo que sí, más o menos. Unas y otras brujas se confunden en los cuentos. Quizá yo sea una de ellas.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Me lo ha dicho Polunochnitsa, naturalmente —replicó la anciana. Rebuscó entre el contenido de la cesta de Vasia y le añadió verduras a la olla. Le brillaban los ojos en la oscuridad: grandes y salvajes y enrojecidos por el fuego—. Aunque esperó hasta que ya era casi demasiado tarde. Quería que tú y el Oso os encontraseis.

—¿Por qué?

—Para ver qué hacías.

—¿Por qué? —repitió Vasia.

Se sentía muy al borde de una pataleta infantil. Le dolían los pies y las costillas, además del corte de la cara. Por encima de todo, sentía

que la habían arrojado en mitad de un cuento que no entendía.

La mujer tardó en responder. Estudió a Vasia de nuevo. Al final, dijo: —La mayoría de los cherti no quieren arremeter contra el mundo de los hombres. Pero tampoco quieren desvanecerse. Están indecisos.

Vasia frunció el ceño.

—¿Están indecisos? ¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—¿Por qué crees que Morozko hizo semejante esfuerzo por salvarte la vida? Sí, eso también me lo ha contado Polunochnitsa.

—No sé por qué —contestó Vasia, y esa vez lo hizo con la voz algo más aguda, a pesar de que había intentado evitarlo—. ¿Crees que yo quería que lo hiciera? Fue una auténtica locura.

Una mirada breve y maliciosa bajo los párpados de la anciana.

—¿Lo fue? Supongo que jamás lo sabrás.

—Lo sabría si tú me lo dijeras.

—No. Es algo que debes entender por ti misma. O no. —La anciana sonrió de oreja a oreja, todavía con un matiz de malicia. Le echó sal a la sopa—. ¿Es el camino fácil lo que buscas, niña?

—De ser así, no me habría marchado de casa —repuso Vasia, aferrándose a la cortesía—. Pero estoy cansada de ir dando palos de ciego en la oscuridad.

La anciana removía la olla; a la luz del fuego, alcanzó a reflejar una expresión extraña.

—Aquí siempre está oscuro —murmuró.

Vasia, que aún tenía mil preguntas, se quedó en silencio, avergonzada de sí misma. Con un tono distinto, dijo: —Tú eres la que mandó a la Medianoche a buscarme en la carretera de Moscú.

—Así es —asintió la anciana—. Me picó la curiosidad cuando me enteré de que una niña de mi sangre vagaba por ahí con un caballo del lago.

Vasia se estremeció al recordar a *Solovéi*. La sopa estaba lista; la bruja se sirvió un cuenco grande y después otro más escaso para Vasia. A ella no le importó, ya se había llenado con el pescado de antes. Pero el caldo estaba bueno; se lo bebió despacio.

—Bábushka —dijo—, ¿volviste a ver a tus hijas cuando se marcharon de aquí?

El rostro viejo de Baba Yaga se quedó como una talla de piedra.

—No. Me abandonaron.

Vasia pensó en el fantasma marchito de Tamara y se preguntó si la mujer que tenía delante podría haber evitado ese horror.

—¡Mi hija conspiró con el hechicero para llevarse al pájaro de fuego por la fuerza! —exclamó la anciana como si le hubiera leído el pensamiento—. No pude atraparlos. La yegua es lo más rápido que

hay. Pero al menos mi hija recibió su castigo.

—Era tu hija —musitó Vasia—. ¿Sabes lo que le hizo el hechicero?

—Ella misma se lo buscó.

—¿Quieres que te cuente lo que le pasó? —le preguntó Vasia, que empezaba a enfadarse—. ¿Te hablo de su valentía y su desesperación? ¿De cómo se quedó atrapada en el terem de Moscú hasta que murió? ¡Incluso después! Tú cerraste tus tierras sin ni siquiera intentar ayudarla.

—Me traicionó —argumentó la bruja—. Prefirió a un hombre antes que a su familia; le entregó la yegua dorada a Kaschei. Mi Varvara también me abandonó. Primero intentó ocupar el lugar de Tamara, pero no podía. Por supuesto que no podía; no tenía el don de la visión. Así que la muy cobarde se marchó.

Vasia se quedó inmóvil, impactada por lo que acababa de comprender.

—No las necesitaba a ninguna de las dos —continuó la mujer—. Cerré la entrada. Cerré todos los caminos excepto el de la Medianoche, y ese camino es mío, puesto que la señora de la Medianoche es mi sirviente. He mantenido mis tierras intactas hasta que llegue la heredera.

—¿Has mantenido las tierras intactas? —preguntó Vasia sin dar crédito—. ¿Mientras tus hijas estaban atrapadas en el mundo de los hombres, mientras su amante abandonaba a tu hija?

—Sí —contestó la bruja—. Se lo merecía.

Vasia no dijo nada.

—Sin embargo —continuó la anciana con voz más suave—, ahora tengo una nueva heredera. Sabía que algún día vendrías. Hablas con los caballos, despertaste a la domóvaia con fuego, has sobrevivido al baguénnik. Tú no me traicionarás. Vivirás en la casa que hay junto al roble, y yo vendré todas las medianoches a enseñarte lo que sé. A ser señora de los cherti. A mantener a tu gente a salvo. ¿No quieres saber todo eso, pobre chica de la cara quemada?

—Sí —afirmó Vasia—, quiero saber todo eso.

La mujer se recostó con cara de satisfacción.

—Cuando tenga tiempo de aprender —prosiguió Vasia—. Pero todavía no. El Oso anda suelto por la Rus.

La anciana se molestó.

—¿Qué te importa a ti la Rus? ¿Acaso no han intentado quemarte viva? Han matado a tu caballo.

—La Rus es mi familia. Mis hermanos y mi hermana. Mi sobrina, que ve igual que yo. Tus nietos. Tus bisnietos.

Los ojos de la mujer adquirieron un resplandor desconcertante.

—¿Otra con el don de la visión? ¿Y es una niña? Vamos a atravesar la Medianoche para traerla.

—¿Te refieres a llevárnosla por la fuerza? ¿A quitársela a su madre, que la quiere? —Vasia cogió aire con esfuerzo—. Primero deberías pensar en lo que les pasó a tus hijas.

—No —dijo la anciana—. No necesitaba a esas víboras. —Su mirada se tornó salvaje, y Vasia se preguntó si era la soledad o la magia lo que le había plantado la semilla de la locura en lo más profundo de su interior y la hacía rechazar a sus hijas de ese modo —. Tú tendrás mis poderes y mis cherti, bisnieta.

Vasia se levantó y se arrodillo junto a ella.

—Me honras —dijo obligándose a hablar con calma—. Al caer la noche era una vagabunda y ahora soy la bisnieta de alguien.

La anciana la miró tiesa, perpleja, con esperanza reticente.

—Pero —terminó Vasia— el Oso anda suelto por mi culpa; debo encargarme de que recupere las ataduras.

—Lo que haga el Oso para divertirse no es asunto tuyo. Ha estado prisionero durante mucho tiempo, ¿no crees que se merece un poco de luz del sol?

—Acaba de intentar matarme —repuso Vasia con acritud—. Esa forma de divertirse me concierne.

—No puedes enfrentarte a él. Eres demasiado joven y ya has visto qué peligros supone usar demasiada magia. Es el chert más astuto y, si yo no hubiera venido, habrías muerto. —Una mano marchita se aferró a la de Vasia—. Quédate aquí y aprende, niña.

—Así será —dijo Vasia—. Así será. Cuando el Oso esté encadenado, regresaré y seré tu heredera y aprenderé. Pero debo ocuparme de proteger a mi familia. ¿Puedes ayudarme?

La anciana retiró la mano. En su expresión, la hostilidad empezaba a vencer a la esperanza.

—No voy a ayudarte. Soy la guardiana de este lago, de estos bosques. Más allá de ellos, el mundo no me importa.

—¿Sabrías decirme al menos dónde está prisionero el rey del invierno? —le preguntó Vasia.

La mujer se rio. Se rio con ganas, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Crees que su hermano lo habrá dejado tirado en alguna parte como si fuese un gatito al que se ha olvidado de ahogar? —Entornó los ojos—. ¿O acaso eres otra Tamara y vas a escoger a un hombre por encima de los tuyos?

—No —respondió Vasia—. Pero necesito su ayuda para volver a atar al Oso. ¿Sabes dónde está? —Por mucho que se esforzase por

mantener la calma, se le teñía la voz de un matiz más duro.

—No está en ninguna de mis tierras.

La señora de la Medianoche seguía entre las sombras, escuchando con atención. «Baba Yaga tiene tres sirvientes y todos son jinetes: el Día, el Anochecer y la Noche», eso era lo que decía el cuento.

—Lo encontraré igualmente —declaró Vasia.

—No sabes ni dónde empezar.

—Empezaré en la Medianoche —dijo Vasia cortante, y volvió a mirar al demonio de la medianoche—. Estoy segura de que, si incluye todas las medianoches que han existido, en una de ellas estará Morozko en su prisión.

—Es una tierra tan vasta que tu mente no es capaz de comprenderla.

—Entonces, ¿me ayudarás? —le preguntó Vasia de nuevo, y miró el rostro que era un espejo del suyo—. Por favor, bábushka, estoy segura de que hay un modo.

La mujer movió los labios. Parecía dudar. A Vasia le dio un vuelco al corazón con esperanza repentina.

Pero entonces la bruja apretó los dientes y le giró la cara.

—Eres igual que Tamara, igual que Varvara, igual de mala que cualquiera de esas niñas malvadas. No pienso ayudarte, necia. Lo único que conseguirás es matarte y, además, no servirá de nada, con el esfuerzo que hizo tu precioso rey del invierno para salvarte.

Se levantó. Vasia también.

—Espera —dijo—. Por favor.

La Medianoche estaba inmóvil en la oscuridad.

La mujer habló con furia:

—Si recapacitas sobre tu necedad, vuelve y tal vez me lo piense mejor. De lo contrario…, bueno, ya dejé marchar a mis hijas. Con una bisnieta me será más fácil aún.

Entonces se adentró en la oscuridad y desapareció.

CATORCE
VODIANÓI

asia tenía ganas de llorar. En parte, su alma anhelaba a su bisabuela del mismo modo que había anhelado a la madre que no había conocido, a su aya muerta y a la hermana mayor que se había marchado tan joven de casa. Pero ¿cómo iba a vivir tranquila en un país mágico mientras el Oso campaba a sus anchas, su familia estaba en peligro y el rey del invierno se pudría en alguna parte?

—Os parecéis demasiado —dijo una voz que conocía. Vasia alzó la cabeza. Medianoche salió de entre las sombras—. Temerarias. Imprudentes. —La luna prendía la melena pálida de la chert y la convertía en fuego blanco—. ¿Pretendes buscar al rey del invierno?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad —respondió Medianoche como si nada.

Vasia no la creyó.

—¿Vas a contárselo al Oso? —le preguntó.

—¿Por qué iba a hacerlo? Se reiría: no puedes sacar a Morozko. Morirás en el intento.

—Bueno —contestó Vasia —, a juzgar por la última vez que nos vimos, se diría que tú prefieres que muera. ¿Por qué no me dices dónde está y así muero antes?

Polunochnitsa parecía divertirse.

—Si lo hiciera, no serviría de nada. En la Medianoche, para llegar

a los sitios no basta con saber adónde quieres ir. No es tan sencillo.

—Entonces, ¿cómo se viaja por la Medianoche?

Polunochnitsa habló en voz baja:

—En la Medianoche no hay norte ni sur. Ni este ni oeste. Ni aquí ni allí. Lo único que haces es tener tu destino muy presente y caminar sin flaquear en la oscuridad, puesto que no hay manera de saber cuánto tardarás en llegar adonde quieres ir.

—¿Eso es todo? Entonces, ¿por qué me hizo tocar Varvara un retoño de roble?

Polunochnitsa resopló.

—Esa sabe un par de cosas, pero no las entiende. La afinidad hace que viajar sea más fácil. Los parecidos se llaman entre sí. La sangre llama a la sangre, por eso lo más fácil es ir adonde tus parientes. Tú sola no eras capaz de llegar al árbol junto al lago porque usaste una afinidad muy tenue: de roble a roble. —Su expresión se volvió astuta —. Quizá no te resulte tan difícil encontrar al rey del invierno, doncella. No cabe duda de que hay afinidad. Al fin y al cabo, te quería lo suficiente para renunciar a su libertad. Ahora mismo podría estar anhelándote.

Vasia jamás había oído algo tan ridículo. Pero lo único que dijo fue:

—¿Cómo se entra en la Medianoche?

—Todas las noches, cuando llega la hora, mi reino está presente para los que tienen ojos que lo ven.

—Muy bien. ¿Cómo salgo de la Medianoche?

—¿La forma más fácil? Duérmete. —Medianoche la observaba con atención—. Tu mente durmiente buscará el amanecer.

Ded Grib asomó por debajo de un tronco.

—¿Dónde estabas durante todo este jolgorio? —le preguntó Vasia.

—Escondido —explicó sucinto el espíritu de las setas—. Me alegro de que no estés muerta. —Le lanzó una mirada nerviosa a Medianoche —. Pero será mejor que no vayas a buscar al rey del invierno. Después de todos los esfuerzos que he hecho por ser tu aliado, morirás.

—Debo hacerlo —insistió Vasia—. Se sacrificó por mí.

Vio que Medianoche entornaba los ojos. Hablaba con total seriedad, pero no lo había hecho con el tono de una doncella enferma de mal de amores.

—Eso lo decidió él, no tú —repuso Ded Grib, que parecía más inquieto que nunca.

Vasia, sin mediar palabra, fue hacia donde estaba *Pozhar* y se detuvo a una distancia prudente de donde pastaba. A la yegua le gustaba morder.

—Señora, ¿sois todos parientes? ¿Tú y los demás caballos que son pájaros?

Pozhar agitó las orejas, molesta.

—Claro que sí —dijo.

La pata delantera tenía mucho mejor aspecto.

Vasia respiró hondo.

—En ese caso, ¿me harías un favor?

Pozhar dio un respingo.

—No voy a llevarte a lomos —soltó.

Vasia pensó que había oído a Polunochnitsa reírse.

—No —contestó—, eso no te lo pediría. Lo que quería pedirte es si vendrías conmigo a la Medianoche. Si me llevarías a la yegua blanca de Morozko. Según he aprendido, la sangre llama a la sangre.

Eso último era por el bien de Polunochnitsa. Prácticamente sentía su mirada fascinada.

Pozhar se quedó quieta un momento. Agitó las grandes orejas doradas atrás y adelante una vez, con incertidumbre.

—Supongo que podría intentarlo —aceptó irritada, y dio un pisotón —. Si solo es eso. Pero no pienso dejar que te me subas encima.

—Menos mal —suspiró Vasia—. Tengo una costilla rota.

Ded Grib frunció el ceño.

—¿No acababas de decir…?

—¿Es que nadie piensa reconocer que tengo sentido común? —protestó Vasia, y regresó ofendida a la hoguera—. La afinidad guía a los viajeros por la tierra de la Medianoche. Eso está muy bien, pero no soy tan tonta como para confiar en el vínculo que tenemos Morozko y yo, construido a base de mentiras y anhelos y medias verdades. Sobre todo porque sospecho que el Oso espera que sí lo haga y, por lo tanto, muera en el intento.

A juzgar por el rostro de Polunochnitsa, eso era justo lo que esperaba.

—Aunque des con él —dijo al recobrar la compostura—, no serás capaz de sacar al rey del invierno de allí.

—Paso a paso —replicó Vasia. Cogió un puñado de fresas del cesto y se las ofreció—. ¿Aceptas decirme algo más, señora de la Medianoche?

—Uy, ¿ahora me sobornas?

Sin embargo, Polunochnitsa aceptó la fruta y agachó la cabeza para oler su dulzura.

—¿Qué quieres saber?

—¿Me seguirá el Oso o alguno de sus sirvientes si entro en la

Medianoche en busca de Morozko?

Medianoche vaciló.

—No. Tiene suficiente que hacer en Moscú. Si quieres malgastar tu vida con una prisión invulnerable, es asunto tuyo. —Olió las fresas de nuevo—. Pero te advierto una última cosa: las medianoches que tienes más cerca solo atraviesan distancia. Puedes entrar y salir de ellas a placer. Pero las medianoches más lejanas…, esas atraviesan años. Si te duermes en una y pierdes el camino que atraviesa la Medianoche, desaparecerás como el rocío o te convertirás en polvo al instante.

Vasia se estremeció.

—¿Cómo sé si están cerca o lejos?

—Eso no importa. Si quieres encontrar al rey del invierno, no debes dormir hasta conseguirlo.

Respiró hondo.

—En ese caso, no me dormiré.

Vasia fue a la orilla del lago a saciar la sed y allí encontró al baguénnik revolviéndose furioso en el agua poco profunda.

—¡El pájaro de fuego ha vuelto! —gruñó el baguénnik—. Contra toda esperanza, ha vuelto para vivir junto al lago. Y quizá vuelva a haber una gran manada que vuele sobre el agua al atardecer. Pero ahora tú quieres llevártela a tu estúpida misión.

—No la obligo a venir conmigo —lo contradijo Vasia con amabilidad, y el baguénnik azotó la cola en el agua, contrariado y sin palabras —. Cuando *Pozhar* quiera volver, lo hará. Y si yo sobrevivo a esto, vendré a vivir junto al lago, a aprender; buscaré a los caballos que están esparcidos por ahí y me ocuparé de ellos. En honor a los míos, a quienes quería mucho. ¿Eso te satisfaría?

El baguénnik no dijo nada.

Vasia se giró.

A su espalda, el baguénnik habló con voz nueva:

—Exigiré que cumplas tu palabra.

Vasia recogió el cesto, los restos de pescado. Desde la hierba, Ded Grib gritó: —¿Te vas sin mí?

Se había sentado en un tocón y, en la penumbra, tenía un resplandor verde muy desagradable.

Vasia contestó dudosa:

—Podría alejarme mucho del lago.

Ded Grib parecía pequeño pero resuelto.

—Igualmente, voy contigo —dijo—. Estoy de tu parte, ¿te acuerdas? Además, yo no puedo convertirme en polvo.

—Qué gran consuelo para ti —observó Vasia con frialdad—. ¿Por qué estás de mi parte?

—El Oso puede enfadar a los cherti, fortalecerlos con ira. Pero tú nos haces más reales. He tardado en darme cuenta. Y el baguénnik también. —Ded Grib parecía orgulloso de sí mismo—. Estoy de tu parte y me voy contigo. Sin mí, te perderías.

—Puede que sí —convino Vasia sonriente, pero entonces añadió con un matiz de duda—: ¿Irás a pie?

Era muy pequeño.

—Sí —contestó Ded Grib, y echó a andar.

Pozhar agitó las crines.

—Aprisa —le dijo a Vasia.

La yegua dorada se adentró en la noche; por el camino, iba asestándole mordiscos al pasto. De vez en cuando, si daba con una buena mata, agachaba la cabeza y pastaba de verdad. Vasia no la apremiaba; no quería que se le irritase el tajo de la pata, pero se preguntaba ansiosa cuándo empezaría a tener sueño, cuántas horas le costaría…

Pensar en ello no tenía sentido. Estaba decidida. Tendría éxito o no.

—Nunca me he alejado del lago —le confió Ded Grib a Vasia mientras andaban—. No desde que allí había pueblos donde vivían los hombres y los niños me hacían cobrar vida con sus sueños, cuando iban a por setas en otoño.

—¿Pueblos? —preguntó Vasia—. ¿Junto al lago?

Para entonces caminaban por un claro y pisaban hierba áspera y barro. Las estrellas estaban bajas en el cielo generoso, brillaban con calidez: estrellas estivales.

—Sí —dijo Ded Grib—. En las fronteras de las tierras mágicas antes había pueblos de humanos. A veces, los hombres y las mujeres valientes se adentraban buscando aventuras.

—Tal vez los hombres y mujeres vuelvan a hacerlo —comentó Vasia, entusiasmada con la idea—. Y podrían vivir en paz con los cherti, a salvo de los males de este mundo.

Ded Grib no parecía convencido y Vasia suspiró.

Siguieron su camino, andando y parando y andando de nuevo. La noche refrescaba o subía la temperatura. Andaban sobre roca con el viento silbando entre las orejas de *Pozhar* y luego rodeaban un estanque con la luna llena como una perla en el centro. Todo estaba tranquilo, todo en silencio. Vasia se cansaba, pero los nervios y todo el tiempo que había dormido en la casa que había junto al lago la mantenían en marcha.

Iba descalza, con las botas atadas al cesto. Aunque le dolían los pies, le gustaba sentir la tierra. *Pozhar* era un resplandor dorado y

plateado entre los árboles, algo retrasada por la pata herida. Ded Grib era una presencia aún más tenue que iba de tocón en tocón, de roca en roca, de árbol en árbol.

Vasia esperaba que Medianoche no se equivocase al pensar que el Oso no la seguiría. Sin embargo, a menudo miraba por encima del hombro y una o dos veces tuvo que reprimirse para no decirle a la yegua que se diera prisa.

Al pasar por una hondonada arbolada, con pinos altos por todas partes, se dio cuenta de que por primera vez pensaba en lo agradable que sería hacerse un lecho con ramas y dormir hasta que despuntase el sol.

Se apresuró a buscar alguna distracción y cayó en que hacía un rato que no veía el resplandor verde del espíritu de las setas. Escudriñó la oscuridad en su busca.

—¡Ded Grib! —Casi no se atrevía a emitir más que un susurro, por no saber qué peligros acechaban en aquel lugar—. ¡Ded Grib!

El espíritu de las setas brotó de la arena margosa que la rodeaba, y *Pozhar* retrocedió de golpe. Hasta Vasia se sobresaltó.

—¿Dónde has estado? —le preguntó brusca, por el susto.

—¡Ayudando! —respondió Ded Grib, y le puso algo en las manos.

Vasia vio que era un saco de comida. No comida silvestre como fresas y dientes de león, sino pan plano hecho en la hoguera, pescado ahumado y un odre de hidromiel.

—¡Ay! —exclamó Vasia. Partió un trozo de pan y se lo dio a él; le dio otro a *Pozhar*, que seguía ofendida, y rompió uno más para ella—. ¿De dónde lo has sacado? —le preguntó mientras masticaba.

—Hay unos hombres por allí —contestó Ded Grib.

Vasia alzó la mirada y, entre los árboles, vio el tenue resplandor de unas hogueras. *Pozhar* retrocedió nerviosa, con las fosas nasales abiertas.

—Pero no debes acercarte —añadió el espíritu de las setas.

—¿Por qué no? —inquirió Vasia, desconcertada.

—Han acampado cerca de un río —explicó Ded Grib con naturalidad —. Y el vodianói quiere matarlos.

—¿Matarlos? —preguntó Vasia—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Supongo que con agua y miedo —respondió Ded Grib—. ¿Cómo iba a hacerlo si no? Y en cuanto a los motivos, bueno, es posible que el Oso se lo haya mandado. La mayoría de las criaturas acuáticas son suyas y ha extendido su poder por toda la Rus. Será mejor que nos alejemos.

Vasia vaciló. No se decidió porque le diera pena que unos hombres se ahogasen mientras dormían; era porque se preguntaba qué razón

tenía el Oso para matar a esos hombres en concreto. «Por la medianoche se viaja por afinidad». ¿Qué afinidad la había traído a ella hasta allí en ese momento? Echó un vistazo entre los árboles. Muchas hogueras, no era un campamento pequeño.

Entonces Vasia oyó un estruendo conocido pero débil, como si se acercase un grupo de caballos galopando sobre piedras. Solo que no eran caballos.

Con el sonido se decidió. Le dio el cesto a Ded Grib.

—No os mováis de aquí —les dijo a la yegua y al espíritu de las setas.

Descalza, se apresuró hacia el brillo de las hogueras casi consumidas y levantó la voz para gritar en la oscuridad: —¡Vosotros! ¡Los del campamento! ¡Despertad! ¡Arriba! ¡El nivel del río está subiendo!

Iba medio corriendo y medio deslizándose por la pendiente pronunciada de la hondonada en la que habían acampado. Los caballos estaban atados a cuerdas entre los árboles y tiraban de ellas; sabían que ocurría algo. Vasia cortó las ataduras y las bestias echaron a correr hacia tierras más altas.

A Vasia le cayó una mano pesada en el hombro.

—¿Vienes a robar caballos, chico? —le preguntó un hombre.

La atenazó con una mano, olía a ajo y dientes podridos.

Vasia se soltó de golpe. En otras circunstancias habría podido tenerle miedo, ya que el tacto y el hedor le traían recuerdos hirientes. Pero había cosas más apremiantes.

—¿Tengo pinta de esconder un caballo debajo del sombrero? Los he salvado. Escucha: el nivel del río está subiendo.

El hombre se volvió a mirar justo cuando una pared de agua negra estallaba desde más abajo y pasaba de largo a toda velocidad. Se llevó por delante todo lo que había en la hondonada donde la banda había acampado. Por todas partes corrían los hombres medio dormidos, gritando en la oscuridad. El nivel del agua subía a una velocidad antinatural, los derribaba y los asustaba con su mera extrañeza.

Un hombre se puso a dar órdenes:

—¡Primero la plata! —gritó—. ¡Después los caballos!

Pero el agua subía cada vez más rápido. La corriente se llevó a un hombre y luego a otro. Muchos de los demás llegaron a puntos más altos, pero el que daba las órdenes todavía luchaba contra la corriente.

Mientras Vasia observaba, el vodianói, rey del río, salió disparado del agua, delante de él.

El hombre no veía al chert. Pero se apartó igualmente, obedeciendo a algún instinto más antiguo que la vista, y estuvo a

punto de hundirse.

—¿Un príncipe? —dijo el vodianói, cuya risa era el roce de las rocas que se lleva la corriente—. Yo ya era el rey de aquí cuando los príncipes se arrastraban por el lodo de mi río y me lanzaban a sus hijas para tenerme de su lado. Ahógate.

El agua negra se alzó y lo derribó.

Vasia se había refugiado en un árbol mientras la corriente desataba su furia más abajo. Entonces saltó de una rama, directa al torrente. El agua la agarró con un ímpetu asombroso y en ella sintió la rabia del vodianói.

Por las venas le corría la misma fuerza que había roto los barrotes de la jaula de Moscú. Ya no tenía sueño.

El líder del campamento salió a la superficie dando bocanadas de aire, sin aliento. Los hombres le gritaban desde arriba y se maldecían unos a otros. Vasia nadó tres brazadas a través de la corriente. El líder era un hombre grande, pero tenía la suerte de saber nadar un poco. Lo cogió por debajo de los brazos y, con las últimas fuerzas, lo llevó a la orilla. Una punzada de dolor le recorrió el costado donde las costillas aún no habían sanado.

El hombre se quedó tendido en el lodo, mirándola boquiabierto.

Vasia oyó que los demás se reunían en diferentes sitios, pero no dijo nada, sino que dio media vuelta y se zambulló de nuevo. Dejó al hombre aferrado a la orilla, mirándola.
Permitió que la corriente se la llevase aguas abajo, hasta que dio con una roca en mitad del torrente y se aferró a ella, sin aliento.

—¡Rey del río! —gritó—. Quiero hablar contigo.

El agua corría a ambos lados con los árboles rotos que había arrastrado el torrente. Tuvo que trepar por la roca para evitar una rama enorme que se le acercaba dando vueltas en la corriente.

El vodianói salió del agua a un brazo de distancia. Tenía una boca sonriente llena de dientes afilados y la piel cubierta de cieno y lodo del río. El agua le caía centelleante por la tez verrugosa y hervía y hacía espuma a su alrededor. Abrió esa boca de dientes como espinas y le rugió.

«Se supone que ahora debo gritar —pensó Vasia—. Él se reirá, y yo lloraré desesperada, convencida de que voy a morir, y entonces es cuando me clava los dientes y me hunde».

Así era como los cherti mataban a las personas: haciéndoles creer que estaban condenados.

Vasia habló con toda la compostura posible, teniendo en cuenta que se aferraba a una roca en mitad de la corriente: —Disculpa la intrusión.

Sorprender al rey del río no era fácil. Cerró las fauces de manera abrupta.

—¿Quién eres?

—Eso no importa —repuso Vasia—. ¿Por qué intentabas matar a esos hombres?

Una ola le dio en la cara. Ella escupió agua, se secó los ojos y trepó un poco más alto.

Distinguía dónde estaba el rey del río por el bulto negro recortado sobre el cielo y por el brillo de los ojos.

—No es lo que intentaba —dijo.

A Vasia le temblaban los brazos. Maldijo la debilidad que no se había sacudido.

—¿No? —contestó sin aliento.

—La plata —respondió—. Tenía que hundir la plata.

—¿La plata? ¿Por qué?

—Es lo que desea el Oso.

—¿Qué les importa la plata de los hombres a los cherti? —preguntó jadeante.

—No lo sé. Solo sé que el Oso me mandó que lo hiciera.

—Muy bien —dijo Vasia—. Ya está hecho. ¿Vas a serenar las aguas, rey del río?

—¿Por qué? —atronó con desagrado el vodianói—. Esos hombres me han ensuciado el río con el polvo y los caballos y su porquería. No han dejado ninguna ofrenda, ningún reconocimiento. Es mejor que se ahoguen con la plata.

—No —respondió ella—. Los hombres y los cherti pueden compartir el mundo.

—¡No podemos! —le espetó el vodianói—. Ellos no van a parar, las campanas no cesan, no dejan de cortar árboles y ensuciar el agua; seguirán olvidando hasta que no quede ni uno solo de nosotros.

—Sí podemos —insistió ella—. Te veo. No vas a desaparecer.

—Contigo no basta. —Había vuelto a abrir los labios negros para enseñar los dientes como agujas—. Y el Oso es más fuerte que tú.

—El Oso no está aquí —dijo Vasia—. Aquí estoy yo, y no vas a matar a esos hombres. ¡Serena las aguas!

El vodianói se limitó a bufar con la boca bien abierta. Vasia no retrocedió, sino que tendió una mano arañada y le tocó el rostro verrugoso.

—Escúchame y queda en paz, rey del río —le dijo.

El vodianói daba la sensación de ser agua viviente: frío y sedoso y vivo al tacto. Vasia encomendó la textura de su piel al recuerdo.

Él se apartó. Cerró la boca.

—¿Así debe ser? —le preguntó con un tono de voz distinto.

De pronto, parecía asustado; pero además había un matiz de esperanza agónica. Vasia pensó en lo que le había dicho su bisabuela sobre que los cherti: que, en realidad, no querían luchar.

Respiró hondo.

—Sí —asintió—, así debe ser.

—Entonces lo recordaré —contestó el vodianói. La furia de la corriente amainó y ella respiró con alivio—. Recuérdalo tú también, doncella del mar.

El vodianói se hundió borboteando bajo el agua y desapareció antes de que Vasia pudiera preguntarle por qué la había llamado así.

El nivel del río comenzó a bajar. En el momento de arrastrarse hasta la orilla, esta volvía a ser la de un pequeño riachuelo lleno de lodo.

Cuando salió a pie del agua, el hombre que había rescatado aguardaba junto al río. Vasia estaba cubierta de barro, jadeante y temblorosa, pero al menos no tenía sueño. Se detuvo en seco al ver que él la esperaba y reprimió el impulso de salir huyendo.

Él alzó las manos.

—No temas, chico. Me has salvado la vida.

Vasia no habló. No se fiaba de él. Pero detrás tenía el agua, la noche, el bosque, el camino de la Medianoche. Todos prometían refugio. Le tenía miedo al hombre, un miedo instintivo, pero no era como en Moscú, donde las paredes la atrapaban. Así que se plantó y le dijo: —Si estáis agradecido, gospodín, decidme cómo os llamáis y qué propósito os trae aquí.

Él la miró. Vasia cayó demasiado tarde en que él había pensado que era un campesino, pero que ella no hablaba como tal.

—Supongo que ahora ya no importa —dijo él al cabo de un silencio funesto—. Soy Vladímir Andréyevich, el príncipe de Sérpujov. Mis hombres y yo llevábamos plata a Sarái, un tributo al títere que han puesto como kan y a su témnik Mamái. Mamái ha reclutado un ejército y no lo dispersará hasta que cobre los impuestos. Y ahora la plata ha desaparecido.

Era su cuñado, a quien Dmitri había mandado a cumplir una misión que debería haber evitado una guerra. Pero había fracasado. Entendió la afinidad que la había llevado allí y también supo el motivo por el que el Oso quería hundir la plata. ¿Por qué derrocar él mismo a Dmitri si podía conseguir lo hicieran los tártaros?

Quizá cabía la posibilidad de recuperar la plata. Pero no a oscuras. ¿Sería capaz de obligar al vodianói a rescatarla del agua? Vaciló entre el bosque y el río.

Vladímir la observaba con sospecha.

—¿Quién eres?

—Si os lo dijera, no me creeríais —le aseguró con total sinceridad.

Los ojos grises y avispados del príncipe se fijaron en los cortes y magulladuras de su cara.

—No pienso hacerte daño —le dijo—. Da igual de quién huyas, no voy a mandarte de vuelta. ¿Quieres comer algo?

Esa amabilidad inesperada estuvo a punto de hacerla llorar; se dio cuenta de lo desconcertada y asustada que había estado y seguía estando. Pero no tenía tiempo para lágrimas.

—No —respondió—. Os lo agradezco.

Había tomado una decisión. Si quería acabar con las travesuras del Oso de una vez por todas, necesitaba al rey del invierno.

Así que huyó como un espectro hacia la oscuridad.

QUINCE
PAÍSES MÁS LEJANOS Y EXTRAÑOS

La luna se hundía hacia el horizonte, era una noche infinita y debilitante. Vasia iba descalza y tenía frío.

Ded Grib salió de detrás de un tocón, aferrado al cesto de Vasia. Su expresión era iracunda.

—Estás mojada —le reprochó—. Y tienes suerte de que no te haya perdido de vista. ¿Qué habría pasado si tú y yo y el caballo acabamos cada uno en medianoches distintas? Te habrías perdido.

A Vasia le castañeteaban los dientes.

—No se me había ocurrido —le confesó a su pequeño aliado—. Eres muy sabio. —Eso apaciguó un poco a Ded Grib—. Tendré que buscar un sitio donde secar la ropa —consiguió decir Vasia—. ¿Dónde está *Pozhar*?

—Allí —dijo Ded Grib, y señaló un resplandor en la oscuridad—. No os he perdido de vista a ninguna de las dos.

Vasia, agradecida, le hizo una gran reverencia muy sincera. Después dijo:

—¿Podrías encontrar un lugar donde nadie nos vea aunque encienda una hoguera?

Él refunfuñó, pero lo hizo. Ella preparó el fuego y vaciló al mirar el bosque, ya que sentía la rabia y el terror (y las llamas) que tenía en el alma, y esperaban el momento de ser libres.

Casi antes de que lo pensase, salió un remolino de chispas de los

palos y, de nuevo, la realidad le bostezó a los pies. La oscuridad infinita de aquel lugar ya le pesaba y entonces le pareció cien veces peor.

Con las manos temblorosas, palpó el bulto de la ropa donde la domóvaia le había cosido el ruiseñor de madera. Se aferró a él. Era como un ancla.

Una luz brillaba suave a través de la densa arboleda. *Pozhar* emergió de la oscuridad, andando con delicadeza entre los helechos. Agitó la crin.

—Deja de hacer magia, necia. Te volverás tan loca como la anciana. Es más fácil de lo que piensas eso de perderte en la Medianoche. — Movió las orejas—. Si te vuelves loca, te dejo aquí.

—No, por favor. Intentaré no enloquecer —prometió ella con la voz ronca.

La yegua resopló. Después se marchó a pastar. Vasia se desnudó y empezó el proceso tedioso de secar la ropa.

Más que nada, deseaba dormir y despertar con la luz del día. Pero no podía. Así que se levantó y anduvo desnuda; se pellizcaba los brazos, se apartaba del fuego para que el frío la mantuviera alerta.

Ya de pie, estaba preguntándose si la ropa se hallaría lo bastante seca como para evitar helarse cuando oyó que *Pozhar* se asustaba. Al volverse, vio que el caballo negro de la Medianoche, casi indistinguible de la noche, se acercaba a la luz de la hoguera.

—¿Has traído a tu jinete para que me dé más consejos? —le preguntó Vasia sin gran amabilidad.

—No seas tonta —la regañó *Pozhar*—. Le he llamado yo. Es *Voron*. —Miró al semental negro con malicia, y este se lamió los labios con ademán sumiso—. El cisne está más lejos de lo que yo pensaba y *Voron* sabe mejor que yo cómo llegar hasta ella; está más acostumbrado a la manera en que son aquí las cosas. Yo me he cansado de dar vueltas, sobre todo cuando me lo pones difícil para no perderte de vista. A este paso, no lo conseguiremos antes de que necesites dormir. —Apuntó a Vasia con ambas orejas—. Me has salvado dos veces: en Moscú y junto al lago. Con esto yo te habré salvado también dos veces y la deuda entre nosotras estará saldada.

—Saldada —asintió Vasia, y sintió una oleada de gratitud. Le hizo una reverencia.

El demonio de la medianoche apareció con expresión agria junto a su caballo, a la luz de la hoguera. Vasia conocía esa cara. Ella misma la ponía cuando *Solovéi* le insistía en que hiciese algo.

Estuvo a punto de echarse a reír.

—*Pozhar* —dijo Medianoche—, tengo asuntos pendientes lejos de

aquí y no puedo…

—¿Retrasarte porque tu caballo no te hace caso? —la interrumpió Vasia. Medianoche le lanzó una mirada envenenada—. En ese caso, ayúdame ahora. Así podrás seguir antes con tus asuntos. —El caballo negro movió las grandes orejas. *Pozhar* se mostraba impaciente—. Venga —insistió—. Al principio era divertido, pero ya me he cansado de la oscuridad.

Aunque no era su intención, a Medianoche se le notó que aquello le hacía gracia.

—¿Qué esperas hacer, Vasilisa Petrovna? Está atrapado más allá de todo rescate, atrapado en la memoria, en el espacio y en el tiempo: las tres cosas.

Vasia no se creía ni una palabra.

—¿Acaso soy tan vanidosa como para creer que el rey del invierno permitiría que lo hicieran prisionero durante toda la eternidad por mí? No es un príncipe de pocas luces de un cuento de hadas, y Dios sabe que yo no soy Elena la Bella. Así que debe de haber tenido motivos, debe de haber sabido que tenía un modo de salir. Y eso significa que yo puedo liberarlo.

Medianoche ladeó la cabeza.

—Pensaba que estabas perdidamente enamorada y que por eso te arriesgabas a adentrarte en lo más profundo de mi reino por él. Pero no se trata de eso, ¿verdad?

—No —contestó Vasia.

El demonio de la medianoche pareció resignarse.

—Será mejor que te pongas las botas. —Miró la ropa medio seca de Vasia con aire crítico—. Vas a pasar frío.

Era cierto: hacía más frío. El primer indicio que Vasia sintió fue el crujido de la escarcha bajo sus pies cuando franqueaba el umbral entre dos medianoches. El olor verde del verano adquirió un matiz más salvaje y terroso; las estrellas se afilaban como puntas de espada cuando no las atrapaban las veloces nubes. El susurro suave de las hojas estivales se convirtió en una sonaja seca y después en nada: no había más que árboles desnudos apuntando al cielo. Y entonces, entre una medianoche y otra, sus pies atravesaron la superficie de un banco de nieve húmeda. Ded Grib se detuvo en seco.

—Yo no puedo seguir, me marchitaré. —Miró aterrado la sustancia mojada.

Vasia se arrodilló ante el espíritu de las setas.

—¿Puedes volver tú solo al lago? Yo debo seguir adelante.

Se sentía muy desdichado. Su resplandor verdoso flaqueó.

—Siempre puedo volver al lago. Pero te lo prometí.

—Y has cumplido la promesa. Me has buscado comida y me has encontrado después de la avenida del río. —Le tocó la cabeza y le dio otro pedazo de pan del cesto. Con una inspiración repentina, le propuso—: Quizá podrías hablar con los demás cherti. Decirles que yo…, que…

Ded Grib se alegró.

—Ya sé qué les diré —exclamó.

Eso a ella le preocupó un poco. Abrió la boca, aunque cambió de parecer.

—De acuerdo —convino—. Pero…

—¿Seguro que tú no quieres regresar al lago? —Miró la nieve con odio—. Está oscuro y hace frío y la tierra se ha endurecido.

—No puedo. Todavía no —dijo Vasia—. Pero algún día sí. Cuando esto acabe. Podrías enseñarme dónde crecen las lisíchki.

—Muy bien —aceptó contento Ded Grib—. Acuérdate de decirle a todo el que lo pregunte que yo fui el primero.

Desapareció, aunque no sin mirar atrás unas cuantas veces.

Vasia se enderezó y miró al frente. Las medianoches del invierno se extendían ante ellos: arboledas frías, ríos sofocados por el hielo y quizá peligros que ella no veía, ocultos en la oscuridad. Un viento gélido se les echó encima y *Pozhar*, con su pelaje de verano, agitó la cola y bajó las orejas.

—¿Nos hemos adentrado mucho en tus tierras? —le preguntó Vasia a Polunochnitsa.

—Sí —respondió ella—. Estas son las medianoches del invierno, las del principio eran las de la primavera.

—La domóvaia me dijo que no podría regresar si cambiaba la estación.

—Eso es en las tierras que rodean el lago —repuso Polunochnitsa —. Pero estamos en la Medianoche. En la Medianoche puedes ir adonde quieras. A cualquier lugar, durante cualquier estación. Lo único es que, tan lejos de donde empezaste, no debes quedarte dormida.

—Pues sigamos adelante —dijo Vasia, y le echó un vistazo al cielo helado.

Caminaban en silencio. De vez en cuando, se oía un pequeño golpe si *Pozhar* tropezaba con alguna piedra bajo la nieve. Pero eso era todo. Avanzaban como fantasmas por una tierra silenciosa.

Caminaban por una oscuridad que tan solo interrumpían las nubes, pero, al cabo de un momento, la luna brillaba con una fuerza casi excesiva para la vista de Vasia, acostumbrada a la noche. Después, una ráfaga de viento le azotaba el pelo. A medida que caminaban hacía

más frío y el terreno se volvía más agreste. La nieve le aguijoneaba la cara.

En un momento dado, de forma abrupta, Polunochnitsa dijo:

—Si hubieras intentado usar el vínculo que tienes con el rey del invierno, habrías muerto rápido y sin saber dónde estabas. Tenías razón: es demasiado voluble, de mortal a inmortal, y entre vosotros hay demasiadas medias verdades. Pero a mí no se me había ocurrido, y al Oso tampoco, lo de los caballos.

—Ya no hay ningún vínculo entre el rey del invierno y yo —replicó Vasia—. El collar se destruyó.

—¿Ninguno? —Medianoche parecía disfrutar.

—Anhelos mal dirigidos, eso es todo lo que ha habido —insistió Vasia—. No le quiero.

Medianoche no respondió nada.

Vasia deseó alargar el camino, puesto que empezó a ver retazos de cosas lejanas: ciudades de fiesta en lo alto de las colinas, desde donde los gritos de los que festejaban a la luz de las antorchas le llegaban a los oídos sin impedimentos.

—Hay países más lejanos y extraños —dijo Medianoche—. Lugares a los que solo llegarías tras un largo viaje en la oscuridad. Lugares a los que quizá nunca vayas, ya que tu alma no los entendería. Lugares que no forman parte de las medianoches de toda tu vida; son de cuando nació tu primer ancestro o de cuando muera tu última descendencia. Ni siquiera yo puedo ir a todos. Por ese motivo sé que un día dejaré de existir y no todas las medianoches de la vida del mundo conocerán mi mano.

Vasia sintió un leve estremecimiento de emoción en lo más profundo de su ser.

—Me gustaría ver los confines de tu país —dijo—. Darme banquetes en ciudades extrañas, partir pan en unos baños a medianoche antes de una boda o ver la luna sobre el mar.

Medianoche la miró de soslayo.

—Qué chica más extraña eres si quieres esos peligros. Tienes mucho que hacer antes de ponerte a pensar en viajar por la Medianoche o por cualquier otra parte.

—Y, sin embargo, pienso en el futuro —admitió Vasia—. Así no olvido que el presente no es para siempre. Algún día tal vez vuelva a ver a mi hermano Aliosha y a mi hermana Irina. Quizá tenga un hogar propio, un lugar y un propósito, una victoria. ¿Qué es el presente sin el futuro?

—No lo sé —respondió Medianoche—. Los inmortales no tienen futuro, solo el ahora. Es nuestra suerte y nuestra gran desventura.

Cada vez hacía más frío. Vasia se echó a temblar. En lo alto lucían enormes estrellas escarchadas; el cielo estaba despejado detrás de los árboles desnudos. A cada paso hundía los pies en la nieve honda. Vasia empezó a dar tumbos, aturdida por el cansancio. Lo único que la mantenía despierta era el miedo.

Al final, *Voron* y *Pozhar* se detuvieron. Delante tenían un escueto riachuelo, cubierto de hielo azul. Al otro lado, se alzaba un pequeño pueblo con una empalizada. Era una noche clara de invierno. Las estrellas colgaban del cielo en abundancia, como agua que se vierte de un cubo descuidado.

Las casas, en lugar de chimeneas, tenían agujeros por donde salía el humo. En el espacio debajo de los aleros, había tallas de madera, pero sin pintar, y la empalizada era baja y sencilla, pensada para mantener a las vacas y a los niños dentro, no para impedir que entrasen los merodeadores. Lo más extraño era que no había iglesia. En toda su vida, Vasia jamás había visto una comunidad sin iglesia; era como ver a una persona sin cabeza.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En el sitio que buscabas.

DIECISÉIS
LAS CADENAS DEL REY DEL INVIERNO

orozko está aquí? —inquirió Vasia—. ¿Esta es la prisión del demonio de las heladas?

—Sí —respondió Medianoche.

Le echó un vistazo al pueblo. ¿Qué había allí que pudiera mantener preso al rey del invierno?

—La yegua blanca, el cisne… ¿Está cerca? —le preguntó a *Pozhar*. Esta levantó la cabeza dorada.

—Sí —contestó—. Pero tiene miedo. Lleva mucho tiempo esperándolo a oscuras. Voy a buscarla. Me necesita.

—Muy bien —dijo Vasia, y le tocó el cuello a *Pozhar*.

Ella ni siquiera intentó morderle.

—Gracias. Cuando veas a la yegua blanca, dile que voy a intentar salvarlo.

Pozhar dio un pisotón.

—Se lo diré.

Dio media vuelta y echó a galopar sobrevolando la nieve, que se derretía a su paso; tenía el tajo de la pierna casi curado.

—Gracias —le dijo Vasia a Polunochnitsa.

—Te diriges a la muerte, Vasilisa Petrovna —repuso Medianoche.

Sin embargo, había cierta duda en su voz. El semental negro arqueó el cuello y resopló un poco; ella le rascó la cruz con el ceño fruncido.

—Aun así —dijo Vasia—, te doy las gracias.

Emprendió el arduo camino hacia el pueblo. Notaba que Medianoche la observaba. Justo antes de que se alejase demasiado para oírla, Medianoche voceó algo, como si no hubiera podido evitarlo: —Ve a la casa grande. Pero no le digas a nadie quién eres.

Vasia se volvió, asintió con la cabeza y continuó andando.

Pensaba que la prisión de Morozko sería algo parecido al claro del Oso. O quizá una torre vigilada y cerrada a cal y canto donde él estaría confinado en lo más alto, igual que una princesa. Pensaba que, como mínimo, sería un lugar en verano: donde él estuviera casi desaparecido, impotente. En cambio, aquello era un simple pueblo. En invierno. Los jardines dormían bajo la nieve, las bestias dormitaban en los cálidos establos. En el mismo centro del pueblo había una casa de donde manaban luz y ruido. El humo se vertía por el agujero del techo. Vasia olió carne asada.

¿Cómo podía Morozko estar allí?

Vasia trepó por la empalizada y se dirigió despacio hacia la casa grande.

Se había acercado ya bastante cuando la nieve recién caída en el patio tembló y de ella emergió un chert. Se detuvo en seco. Era el dvorovói, el guardián del patio, y no era diminuto como todos los que había conocido. Era tan alto como ella y tenía la mirada fiera.

Le hizo una reverencia prudente y respetuosa.

—¿Qué haces aquí, forastera? —gruñó él.

Ella tenía la boca y la garganta secas, pero consiguió responder:

—Abuelo, he venido al banquete.

No era del todo mentira: tenía hambre. Le daba la sensación de que hacía una eternidad desde que Ded Grib le había traído comida del campamento.

Silencio.

Entonces el dvorovói contestó:

—Has andado un buen trecho solo para un banquete.

—También he venido por el rey del invierno —admitió en voz baja.

Engañar a un espíritu del hogar era difícil e intentarlo, insensato.

El dvorovói la observó. Ella aguantó la respiración.

—En ese caso, pasa por la puerta —dijo sin más, y desapareció entre la nieve.

¿Tan simple era? Imposible. Sin embargo, Vasia se acercó a la puerta. Tiempo atrás las fiestas la entusiasmaban. Pero en ese momento no percibía más que demasiado ruido y el olor del fuego. Con una indiferencia peculiar, se miró la mano y vio que le temblaba.

Se armó de valor y subió por la escalera, flanqueada por haces de luz. Un perro se puso a ladrar. Después otro y otro más: un coro al completo. Al cabo de un momento se abrió la puerta, que chirrió el frío.

Pero no salió un hombre ni varios hombres armados con espadas, que era lo que Vasia más se temía. Era una mujer sola. La acompañaba un torrente de aire cálido y ahumado, cargado del olor de la comida.

Vasia se quedó quieta, intentando con todo su ser no huir hacia las sombras.

La mujer tenía una melena del color del buen bronce. Sus ojos eran un par de cuentas de ámbar y era casi tan alta como Vasia. El grivna que le colgaba del cuello era de oro; también llevaba oro en las muñecas y las orejas, incrustado en el cinturón, trenzado en el pelo.

Vasia era consciente de lo que aquella mujer podía pensar de su aspecto: con los ojos desorbitados tras la larga oscuridad, los labios temblorosos del frío y el miedo, la ropa crujiente por la escarcha. Al hablar, intentó parecer sumamente cuerda: —Que Dios os acompañe. —Sin embargo, tenía la voz ronca y débil.

—El domovói dice que hay una visitante —dijo la mujer—. ¿Quién eres, forastera?

«¿El domovói? ¿Acaso oye…?».

—Soy una viajera —aclaró Vasia—. Vengo a pedir de cenar y un lugar donde pasar la noche.

—¿Qué hace una doncella viajando sola durante el solsticio de invierno? Y vestida de esta manera, nada menos.

De poco le había servido la ropa de chico.

—El mundo no es amable con una doncella solitaria —respondió con cuidado—. Es más seguro vestirse como un chico.

El frunce entre las cejas de la mujer se intensificó.

—No llevas hato ni petate ni bestia. No vas vestida para pasar ni una sola noche al raso. ¿De dónde vienes, chica?

—Del bosque —improvisó Vasia—. Me caí en el río y perdí todo lo que tenía.

Era casi la verdad. La mujer juntó las cejas aún más.

—Entonces, ¿por qué…? —Hizo una pausa—. ¿Tienes la visión? —preguntó en un tono distinto.

De pronto parecía temerosa y también entusiasta.

Vasia sabía a qué se refería. «No le digas a nadie quién eres».

—No —respondió de inmediato.

Los ojos de la mujer perdieron el entusiasmo. Suspiró.

—Bueno, era demasiado pedir. Entra, hay señores que han venido de visita desde todas partes junto con sus sirvientes, nadie se fijará en

ti. Puedes comer en el salón y te buscaremos un sitio cálido donde dormir.

—Gracias —dijo Vasia.

La mujer de melena rubia oscura abrió la puerta.

—Soy Yelena Tomislavna —se presentó—. Mi hermano es el señor. Ven.

Vasia la siguió con el corazón latiendo a toda velocidad. Notó al dvorovói a su espalda. La vigilaba.

Yelena agarró a una sirvienta por el hombro. Intercambiaron palabras. Lo único que Vasia oyó fue cuando Yelena dijo: «Vuelve con el invitado». En el rostro de la vieja sirvienta apareció una peculiar expresión empática.

Después, la sirvienta llevó a Vasia a un sótano lleno de baúles, fardos y barriles. Se puso a remover cosas sin dejar de musitar: —Aquí no te pasará nada, pobre doncella —dijo—. Quítate esa ropa, que te busco algo más adecuado.

Vasia se planteó llevarle la contraria, pero luego se imaginó que por eso podrían echarla de allí.

—Como digas, bábushka —aceptó, y empezó a desnudarse—. Pero me gustaría quedarme con la ropa vieja.

—Pues claro —convino afable la vieja sirvienta—. Nunca hay que tirar nada porque sí. —Se fijó en las magulladuras de Vasia y se rio —. Me da igual si eso es obra de tu marido o de tu padre. Lo de vestirse de chico y huir es de ser muy atrevida. —Le hizo girar hacia la luz el lado de la cara donde tenía el corte y frunció el ceño dubitativa—. A lo mejor, si te quedas aquí y trabajas mucho, el señor te da una pequeña dote para que te busques un marido nuevo.

Vasia no sabía si reírse u ofenderse. La sirvienta le echó una camisa basta de lino alrededor de la cabeza. Encima le puso un pedazo de tela que quedaba suelto por delante y por detrás, pero iba atado con un cinturón. Calzado de esparto para los pies. Le dio unas palmadas en la cabellera negra y recortada y sacó un pañuelo.

—Mira que cortarte el pelo… ¿Cómo se te ocurre?

—Viajaba haciéndome pasar por chico —le recordó Vasia—. Es más seguro.

Metió el ruiseñor de madera en la manga de la camisola. La ropa olía a cebolla y a su anterior propietaria, pero abrigaba.

—Ven al salón —dijo la sirvienta después de un silencio compasivo —. Te traigo algo de cenar.

Lo primero que le llegó fue el olor del banquete: sudor e hidromiel y carne asada en una gran barbacoa que había en el centro de un salón alargado. La estancia estaba repleta de gente, todos con ropajes

suntuosos; los ornamentos relucían con un brillo cobrizo y dorado pese al humo. El calor hacía titilar el aire al subir hacia el agujero del centro del tejado. Una estrella solitaria centelleaba en la negrura hasta que se la tragó el humo. Los sirvientes cargaban con cestos de pan recién hecho y salpicado de nieve. Vasia, que intentaba mirar hacia todas partes al mismo tiempo, estuvo a punto de tropezar con una perra que se había retirado a un rincón a gruñir con un hueso y su camada.

La sirvienta la obligó a sentarse en un banco.

—Quédate aquí —dijo, e interceptó una hogaza de pan y una copa —. Cena a placer y fíjate cuanto quieras en los grandes. El festín durará hasta el amanecer. —Pareció reparar en lo nerviosa que estaba la joven y añadió con tono amable—: No te pasará nada. Enseguida te pondrán a trabajar.

Dicho eso, se marchó. Vasia se quedó sola con la comida y la cabeza rebosante de preguntas.

—A quien quiere es a la hermana del señor, nada menos —le dijo un hombre a otro cuando pasaban aprisa, y tropezó con uno de los cachorros que mamaban de la perra.

—Tonterías —replicó el otro con voz ponderosa y medida—. Ella tiene que casarse, no se la va a conceder por muy rey del invierno que sea.

—No le quedará más remedio —dijo el primero con tono significativo.

Vasia pensó: «Así que Morozko está aquí». Ceñuda, se guardó el pan en la manga y se levantó. El peso ligero de la comida en el estómago la reconfortaba. El hidromiel le había calentado las extremidades y se las había desentumecido.

Nadie se fijó en que se levantaba; nadie la miró. ¿Por qué deberían?

Justo entonces se abrió un hueco entre el gentío y pudo ver a los que estaban alrededor de la barbacoa.

Morozko era uno de ellos.

Se le atravesó el aliento en la garganta.

Pensó: «Eso no es un prisionero».

Estaba sentado en el mejor lugar, cerca del fuego. Las llamas le daban a su rostro un resplandor dorado, hacían que la oscuridad de sus rizos brillase con matices de oro. Vestía como un príncipe: chaqueta y camisa rígidos de tantos bordados; piel en los puños y el cuello.

Se miraron.

Pero a él no le cambió la cara; no mostró señales de haberla

reconocido. Se volvió para hablar con alguien que estaba sentado a su lado. Y el espacio que se había abierto entre la muchedumbre se cerró tan rápido como había aparecido. Vasia se quedó atónita y estiró el cuello, pero en vano.

«¿Qué lo mantiene aquí si no lo retienen a la fuerza?».

¿De verdad no la había reconocido?

La perra del suelo gruñó. Vasia, a quien la muchedumbre empujaba cada vez más cerca de la pared, tuvo que intentar no pisar a la criatura.

—¿No podrías darles de mamar en un sitio más tranquilo? —le preguntó a la perra.

Después, un borracho tropezó con ella.

Vasia dio contra la pared y la perra se levantó dando dentelladas. El hombre sujetó a Vasia contra la madera, oscura por la acción del humo. Entorpecido por la bebida, le pasó la mano por el cuerpo.

—Vaya, tienes los ojos como estanques verdes al atardecer —le dijo arrastrando las palabras—. Pero ¿qué pasa? ¿Que tu señora no te da de comer?

Le dio un toque torpe con el dedo en el lado de un pecho, como si tuviera la intención de averiguarlo por sí mismo. Abrió la boca y la dirigió hacia la suya.

Vasia sintió que le latía el corazón deprisa y con rabia contra el pecho del hombre. Sin decir ni una palabra, lo empujó con todas sus fuerzas, sin pensar en el esfuerzo que hacían sus costillas doloridas, y se escabulló.

Él estuvo a punto de caer. Ella quiso desaparecer entre la multitud, pero el hombre recuperó el equilibro, la agarró del brazo y le dio la vuelta de un tirón. En lugar de sonriente, la miraba con cara de orgullo herido. A su alrededor, todos se fijaron en ellos.

—¿Así me tratas? —preguntó él—. ¡Además, es la noche del solsticio de invierno! ¿Quién iba a quererte con esa boca de sapo, desdichada? —Su expresión era taimada—. Vete de aquí. En la mesa principal seguro que quieren hidromiel.

Vasia no habló, sino que recurrió al recuerdo del fuego. Las llamas de la barbacoa se avivaron y crepitaron. Los que estaban más cerca se apartaron del calor y la aglomeración se desplazó. El hombre perdió el equilibrio y aflojó la mano. Vasia se soltó de un tirón y desapareció entre los congregados. El calor y el hedor de la acumulación de personas la asqueaban; fue hacia la puerta casi a ciegas y salió a la noche.

Durante un buen rato, se quedó plantada en la nieve, dando bocanadas de aire. La noche era pura y fría. Al final, se calmó.

No quería volver a entrar.

Pero Morozko estaba allí, preso de algún modo. Debía acercarse, descubrir la naturaleza de sus cadenas.

Entonces pensó que quizá aquel hombre tuviera razón. ¿Qué mejor manera de acercarse al rey del invierno sin ser vista que como sirvienta que sirve hidromiel?

Una vez más, se llenó los pulmones de esa noche gélida. El aroma del invierno flotaba a su alrededor como una promesa.

Se sumergió de nuevo en el caos del interior. Vestía con ropa de sirvienta y no le costó conseguir una bota. La llevaba con cuidado, consciente del esfuerzo que el peso suponía para su cuerpo maltrecho; se adentró en la masa de personas que había en el salón y llegó hasta la barbacoa del centro.

El rey del invierno era el que estaba sentado más cerca de las llamas.

Vasia se quedó sin aliento.

Morozko llevaba la cabeza descubierta, el fuego le doraba la negrura del cabello. Sus ojos eran de un azul hermoso y sin fondo. Pero, cuando la miró, siguió haciéndolo como si no la conociera.

Su mirada era… joven.

¿Joven?

La última vez que Vasia lo vio, era frágil como un copo de nieve y su mirada, de una vejez imposible; estaban en el infierno que había sido Moscú en llamas. «Haz que venga la nieve —le había suplicado ella—. Haz que venga la nieve». Él había accedido y después se había desvanecido al amanecer.

Sus últimas palabras, una confesión hecha a regañadientes: «Te quise, de la manera que pude». Ella jamás olvidaría el aspecto que tenía él en ese momento. Su expresión, el tacto de sus manos los llevaba grabados a fuego en el alma.

En cambio, él no. Los años habían desaparecido de su mirada.

Vasia no se había dado cuenta de lo grande que había sido el peso hasta que vio que le faltaban.

La mirada ociosa de Morozko topó con la de Vasia, se desvió y aterrizó en la mujer que tenía a su lado. La expresión de Yelena estaba a medio camino entre el miedo y… otra cosa. Era hermosa.

El oro que lucía en las muñecas y el cuello brillaba mate a la luz del fuego. Mientras Vasia observaba, Morozko inclinó su cabeza oscura y salvaje, le murmuró algo al oído a Yelena y ella se acercó a escuchar.

«¿Qué podría tener preso a un demonio de las heladas?», pensó Vasia con súbita rabia. ¿El amor? ¿La lujuria? ¿Era esa la razón por la

que estaba allí mientras toda la Rus corría peligro? ¿Por una mujer de melena dorada? Era más que evidente que estaba allí porque quería.

Y, sin embargo, la Rus corría peligro porque Morozko había renunciado a su libertad para salvar a Vasia de las llamas. «¿Por qué lo hizo? ¿Por qué? ¿Y cómo puede haberlo olvidado?».

Entonces pensó: «Si yo quisiera apresar a alguien hasta el fin de los días, ¿no sería mejor usar una prisión de la que no desease escapar? En este lugar, en esta medianoche, la humanidad lo ve; lo temen y lo aman a partes iguales. ¿Qué más podría querer? ¿Qué otra cosa ha querido durante los años que ha vivido?».

Todo eso se le pasó por la cabeza muy deprisa y, entonces, Vasia se serenó y se acercó al lugar donde el rey del invierno estaba sentado junto a la hermana del señor. Llevaba la bota de hidromiel delante a modo de escudo.

El demonio de las heladas se inclinó de nuevo hacia la mujer y le susurró algo más al oído.

Un movimiento brusco le llamó la atención a Vasia. Un hombre observaba a la pareja desde el otro lado del fuego. Los bordados y ornamentos que llevaba indicaban su rango; tenía los ojos grandes y oscurecidos del pesar que sentía. El movimiento brusco había sido él, que de pronto había agarrado sin querer la empuñadura de la espada. Mientras ella lo contemplaba, la soltó dedo a dedo.

Vasia no sabía qué pensar.

Los pies la condujeron más cerca del rey del invierno y de la mujer rubia. Supuso que su deber era agachar la cabeza, rellenar las copas y marcharse corriendo. Pero avanzó sin artificios, mirando al demonio de las heladas a los ojos.

Este se fijó en ella y entonces, con cara de divertirse, la observó mientras se aproximaba.

En el último segundo, Vasia bajó la mirada e inclinó la bota para llenar las copas.

Una mano fina, fría y familiar se cerró alrededor de su muñeca. Vasia dio un tirón y les salpicó bebida a ambos.

Yelena se giró a tiempo de evitar que el hidromiel le manchase el vestido. Entonces reconoció a Vasia.

—Vete —le ordenó—. Servirnos no es tu trabajo, chica.

A Vasia le pareció que le transmitía una advertencia oculta entre las palabras: Morozko, orgulloso, joven, con la muerte en sus manos largas, era peligroso.

Cuando ella se había zafado, él no había intentado evitar que se soltase. Vasia se convenció de que no la conocía. Fuera cual fuese el vínculo que habían compartido, hambre o pasión reacia, había

desaparecido.

—Disculpadme —le dijo Vasia a la mujer—. Quería agradeceros vuestra hospitalidad.

No dejó de mirar a los ojos al demonio de las heladas. Él, sin prisa ni admiración, reparó en el pelo corto, la cara fina, el cuerpo. Vasia notó que se sonrojaba.

—No te conozco —dijo Morozko.

—Sé que no me conocéis —replicó ella.

Yelena se puso tensa, ya por lo que le había dicho o por el tono que había usado.

Morozko le miró el brazo. Ella también y vio la marca blanca que tenía donde él la había tocado.

—¿Vienes a pedirme un favor? —le preguntó.

—¿Pensáis concederme uno? —contestó Vasia.

Yelena intervino cortante:

—Márchate, necia.

En la mirada del demonio de las heladas seguía sin haber ni una pizca de reconocimiento, pero estiró un dedo y le tocó la cara interna de una de las muñecas. Vasia sintió que se le aceleraba el pulso con el tacto de sus dedos, aunque solo un poco. Los latidos de su corazón se habían enfrentado a la vida y a la muerte y a las cosas de entre medio y todavía no habían flaqueado.

Morozko miraba con gran frialdad.

—Pide —le dijo.

—Ven conmigo —contestó Vasia—. Mi gente te necesita.

Horror y sorpresa en el rostro de Yelena.

Él se limitó a reírse.

—Mi gente está aquí.

—Sí —asintió ella—. Y en otras partes. Lo has olvidado.

Los dedos fríos se retiraron.

—Yo no olvido nada.

—Si mintiese, rey del invierno, ¿por qué arriesgaría la vida para presentarme ante ti en este salón durante el solsticio de invierno?

—¿Por qué no me tienes miedo?

No intentó volver a tocarla, pero un viento gélido irrumpió en el salón, tornó azulada la luz del fuego y acalló las conversaciones.

Yelena se arropó con los brazos; un rumor recorrió la muchedumbre bulliciosa. Vasia estuvo a punto de echarse a reír. ¿Se suponía que eso debía darle miedo? ¿El fuego azul? ¿Después de todo lo que había visto?

—No me da miedo morir —respondió. Era cierto. Ya había recorrido ese camino. Esa quietud tan fría y el amplio lienzo de

estrellas no tenía nada que la asustase. El sufrimiento era para los vivientes—. ¿Por qué debería temerte?

Él entornó los ojos. Vasia reparó en la quietud que se había adueñado de la zona que rodeaba el fuego, como la de los pájaros cuando planea un halcón.

—Eso, ¿por qué? —dijo Morozko mirándola a los ojos—. A veces, los tontos son valientes porque no entienden. Chica, márchate como te ha dicho tu señora. En honor a tu coraje, olvidaré tu temeridad. — Se volvió.

Yelena se recostó en la silla; parecía atrapada entre la decepción y el alivio.

Sin saber qué hacer, Vasia se adentró en la muchedumbre con la mano pegajosa por el hidromiel derramado y un hormigueo en el lugar de la muñeca donde él la había tocado. ¿Cómo podía hacerlo recordar?

—¿Os ha contrariado, señor? —oyó Vasia que decía Yelena con una mezcla de curiosidad y censura.

—No —respondió el demonio de las heladas. Vasia notaba que la miraba mientras ella se alejaba—. Pero nunca había conocido a alguien que no me tuviera miedo.

Las personas se apartaban de ella cuando se aproximaba, como si la afligiese alguna enfermedad. La vieja sirvienta se apresuró tras ella, la cogió del brazo, le quitó la bota y le gruñó al oído: —Estás loca, ¿cómo se te ocurre dirigirte así al rey del invierno? El hidromiel se lo sirve la señora. Ella recibe sus miradas, ese es su trabajo. ¿Es que no sabes lo que les pasa a las chicas que le llaman la atención?

Vasia, que de pronto tenía frío, preguntó:

—¿Qué les pasa?

—Podría haberte escogido, ¿sabes? —musitó la mujer cuando Yelena se puso en pie.

Estaba pálida, pero serena.

Se hizo un silencio sepulcral.

A Vasia le retumbó la sangre en los oídos. Había un cuento en el que un padre llevaba a sus hijas al bosque y las dejaba allí, primero a una y luego a la otra: novias para el rey del invierno. El rey del invierno devolvía a una a su casa con una dote.

A la otra la mataba.

«Tiempo atrás, estrangulaban a doncellas en la nieve —le había dicho Morozko—. Para granjearse mi bendición».

«¿Tiempo atrás o ahora? ¿Qué medianoche es esta?». Vasia había oído el cuento, pero nunca lo había imaginado: una mujer separada de los suyos, el demonio de las heladas desaparecido en el bosque.

Desaparecido, pero no solo.

Tiempo atrás se nutría de sacrificios.

«Tiempo atrás, Morozko y Medved eran iguales», pensó; tenía los labios fríos. En el rostro del rey del invierno se advertía una dicha clara y despreocupada, el hambre de un halcón cuando despedaza un conejo. Se levantó y cogió a la mujer de la mano.

A su alrededor, empezó a acumularse tensión nueva.

En mitad del silencio se oyó un único ruido: el tintineo resonante de una espada al desenvainarla. Los presentes se volvieron: era el hombre de ojos oscuros, el que no había podido evitar echarle mano a la empuñadura del arma. Su rostro era puro sufrimiento.

—No —dijo—, escoge a otra. A ella no te la llevarás.

Muchos intentaron sujetarlo, pero él se zafó, se abalanzó y arremetió contra el rey del invierno con un único golpe ciego de la espada.

Morozko no iba armado. Pero no importaba. Atrapó la hoja en el aire, con la mano. Dio un tirón, un giro brusco y la espada cayó al suelo con un ruido estrepitoso; estaba cubierta de escarcha. La mujer de melena leonada gritó; el hombre de los ojos oscuros palideció.

De la palma de Morozko manaba agua como si fuese sangre, pero duró solo un momento. La escarcha cubrió el corte y lo selló.

El rey del invierno habló en voz baja:

—¿Cómo te atreves?

Yelena se arrodilló.

—Por favor —le suplicó—, no le hagas daño.

—No te la lleves —imploró el hombre, que se enfrentaba al rey del invierno con las manos vacías—. La necesitamos. Yo la necesito.

Un silencio sepulcral.

Morozko, con el ceño fruncido, tal vez vacilase.

En ese momento, Vasia entró en el corro que se había hecho. Se le había caído el pañuelo del pelo. Todos se volvieron hacia ella.

—Déjalos marchar, rey del invierno —intervino. Se acordaba de Moscú, de andar por la nieve mojada hacia su propia muerte. Fue la amargura del recuerdo lo que le tiñó la voz de rabia cuando dijo—: ¿Este es el poder que tienes? ¿Te llevas a las mujeres de casa de sus padres la noche del solsticio? ¿También matas a sus amantes cuando intentan impedírtelo?

Su voz resonó por el salón. Hubo gritos de ira. Pero nadie se atrevió a irrumpir en el espacio sagrado alrededor del fuego.

Yelena estiró el brazo y le cogió la mano al hombre. Tenían los nudillos blancos.

—Mi señor —dijo con un hilo de voz—, se trata tan solo de una

joven inconsciente, una loca que ha salido de la nieve mendigando la noche del solsticio. No le hagáis caso; yo soy el sacrificio para mi pueblo.

Y no le soltó la mano al hombre.

Morozko observaba a Vasia.

—Esta chica no lo cree —dijo.

—Así es, no lo creo —soltó Vasia—. Escógeme a mí. Y cóbrate el sacrificio si puedes.

En el salón, todos retrocedieron. Pero Morozko se rio; libre y salvaje y tan parecido al Oso que ella se estremeció sin querer. La mirada de Morozko ardía con dicha descuidada.

—En ese caso, ven aquí —contestó, pero ella no se movió. La miró fijamente a los ojos—. ¿Acaso buscas pelea, pequeña doncella?

—Sí —respondió Vasia—. Si quieres mi sangre, ven a por ella.

—¿Por qué debería hacerlo cuando hay otra más bella que tú esperándome?

Vasia sonrió. Una parte de esa alegría irreflexiva con el desafío, la batalla, le resonaba en el alma.

—¿Qué placer obtendrías de eso, rey del invierno?

—Entonces, de acuerdo —dijo.

Desenvainó un puñal y arremetió contra ella. Cuando se movió, la hoja reflejó la luz y produjo un centelleo tembloroso, como si estuviera hecha de hielo.

Vasia retrocedió con la mirada fija en el arma. Morozko le había dado su primera daga y le había enseñado a usarla. Ella tenía la manera en que se movía grabada en la conciencia, pero esas lecciones cargadas de paciencia distaban muchísimo de esa…

Se hizo con la daga que colgaba del cinturón de uno de los presentes. El hombre se quedó boquiabierto y sin palabras. El arma era de empuñadura corta: simple hierro mortal contra el hielo resplandeciente del rey del invierno.

Vasia esquivó el ataque de Morozko y se colocó al otro lado del fuego mientras maldecía su basto calzado. Se lo quitó y notó el frío gélido del suelo en los pies.

La concurrencia se quedó en silencio, observando.

—¿Por qué acudes a mí? —le preguntó él—. ¿Tantas ganas tienes de morir?

—Juzga por ti mismo —susurró Vasia.

—No… —dedujo él—. Entonces, ¿por qué?

—Porque creía que te conocía.

La expresión de Morozko se endureció. Se movió de nuevo, esa vez más rápido. Ella esquivó el ataque, pero mal; la hoja irrumpió en su

espacio y le arañó el hombro. Se le rasgó la manga y le corrió sangre por el brazo. No estaba a la altura del rey del invierno. Pero tampoco le hacía falta. Lo único que necesitaba era conseguir que recordase. De la manera que fuese.

A su alrededor, la muchedumbre guardaba silencio y observaba como un corro de lobos cuando el venado ya no tiene escapatoria.

El olor cálido de su sangre hizo que Vasia comprendiese que, para ellos, esa función era real. Para ella había sido como un cuento de hadas, un juego en un país lejano. Tal vez él no la recordase jamás. Tal vez la matara. Medianoche sabía que eso sucedería. «Bueno —pensó Vasia con tristeza—, al final el sacrificio soy yo».

«Pero todavía no». La invadió la furia. De pronto atacó por debajo de su zona de defensa y le arrastró el puñal por las costillas. De la herida manó agua fría; se oyeron susurros de admiración del público.

Él retrocedió.

—¿Quién eres?

—Soy una bruja —declaró Vasia. La sangre le caía hasta la mano y le impedía agarrar bien el arma—. He recogido campanillas de invierno durante el solsticio, he muerto por voluntad propia y he llorado a un ruiseñor. Ahora ya no hay profecía que valga. —Atrapó la daga de hielo con la guarda, empuñadura con empuñadura—. He atravesado tres veces nueve reinos para encontrarte, mi señor. Y te encuentro divirtiéndote, sin memoria.

Notó que él dudaba. Algo más profundo que los recuerdos le apareció en la mirada. Tal vez fuese miedo.

—Recuérdame —dijo Vasia—. Una vez me mandaste que me acordara de ti.

—Soy el rey del invierno —respondió él, salvaje—. ¿Para qué necesito que me recuerde una chica?

Atacó de nuevo y esa vez ya no era un juego. La obligó a bajar el puñal, invadió su espacio; la hoja le cortó los tendones de la muñeca.

—No te conozco.

Era inamovible, como el invierno mucho antes del deshielo. En sus palabras, Vasia oyó el eco de su propio fracaso.

Y, sin embargo, la miraba a la cara. A Vasia le caía sangre de las puntas de los dedos. Olvidó que el fuego no era azul y, en un instante, ardió con llamas doradas. Todos los presentes gritaron.

—Podrías acordarte de mí —sugirió—. Si lo intentases.

Lo tocó con la mano ensangrentada.

Él titubeó. Vasia habría jurado que él titubeaba. Pero eso fue todo. Dejó caer la mano. El Oso había vencido.

Unas volutas de niebla negra avanzaban desde el perímetro de su

campo de visión. Tenía un corte profundo en la muñeca, la mano inutilizada; su sangre corría a bendecir los tablones de aquella casa.

—He venido a buscarte —murmuró ella—. Pero si no me recuerdas, he fracasado. —Sintió un rugido en los oídos—. Si vuelves a ver tu caballo, cuéntale lo que ha sido de mí.

Se tambaleó y cayó al borde de la inconsciencia.

Él la atrapó antes de que se desplomase. En aquel abrazo frío, Vasia se acordó de un camino del que no había vuelta atrás, un camino en un bosque lleno de estrellas. Juraría que él renegaba entre dientes. Después sintió un brazo debajo de las rodillas, bajo los hombros; la cogió en volandas.

Con ella a cuestas, Morozko salió del gran salón de banquetes.

DIECISIETE
RECUERDOS

o estaba del todo inconsciente, pero el mundo se había vuelto gris y no se movía. Notó el olor a pino y a la noche teñida de humo. Al echar la cabeza hacia atrás, vio estrellas, todo un mundo de estrellas, como si volase entre el cielo y la tierra a la manera del demonio errante. Los pies del demonio de las heladas no hacían crujir la nieve, su aliento no formaba nubes de vaho en la noche fría. Oyó unas bisagras que el frío hacía chirriar. Olores nuevos: abedul joven y fuego y podredumbre. La depositó sin ceremonias sobre algo duro, y ella se quejó porque la sacudida le dolió en los huesos y las magulladuras. Levantó el brazo y vio que tenía la mano bañada en sangre pegajosa y un corte profundo en la muñeca.

Entonces recordó.

—Medianoche —dijo casi sin aliento—. ¿Sigue siendo medianoche?

—Sigue siendo medianoche.

Las velas se encendieron de forma repentina: bultos de cera en las hornacinas de la pared. Levantó la mirada y vio que el demonio de las heladas la contemplaba.

El aire era denso y caliente. Se sorprendió de ver que estaban en unos baños. Intentó incorporarse, pero sangraba demasiado; le costaba trabajo no perder la consciencia. Apretó los dientes e intentó arrancarse una tira de tela de la falda, pero vio que con una mano

inutilizada no podía.

Alzó la cabeza.

—¿Me has traído aquí para ver cómo me desangro? Pues te vas a quedar con las ganas. Me estoy acostumbrando a fastidiar a la gente a base de sobrevivir.

—Ya me lo imagino —contestó él, tranquilo.

Estaba de pie a su lado. Dirigió la mirada sarcástica, y también curiosa, hacia su rostro maltrecho y después a la muñeca ensangrentada. Vasia se la sostenía con mano de hierro, intentando parar la hemorragia. Él se había manchado la mejilla con su sangre, las vestiduras, las manos blancas. Su poder era como una segunda piel.

—¿Por qué estamos en unos baños? —le preguntó ella mientras intentaba controlar la respiración—. Solo las brujas y los hechiceros malvados van a los baños a medianoche.

—En ese caso, es lo apropiado —dijo él secamente—. ¿Y por qué sigues sin tener miedo? No paras de sangrar. ¿De dónde vienes, joven errante?

—Mis secretos son míos —soltó Vasia con los dientes apretados.

—Pero me has pedido ayuda.

—Así es —dijo ella—. Y tú me has abierto las venas.

—Sabías lo que pasaría en cuanto me has desafiado.

—Muy bien —aceptó ella—. ¿Quieres saber quién soy? Pues ayúdame. De lo contrario, jamás lo sabrás.

Él no contestó y, cuando se movió, ella no lo oyó; solo notó el aire frío, extraño en mitad de aquel calor. Se arrodilló ante ella. Se miraron a los ojos. Vasia le adivinó un instante de incomodidad, como si se hubiera abierto una grieta, una grieta minúscula en el muro de hielo de su mente. Sin mediar palabra, él ahuecó la mano y se le acumuló agua en la palma. Se la vertió sobre la herida de la muñeca.

Allí donde el agua le tocaba la carne viva le ardía de dolor. Se mordió el carrillo para evitar chillar. El dolor desapareció tan rápido como había aparecido y la dejó conmovida, algo mareada. El corte de la muñeca había desaparecido y de él solo quedaba una línea blanca que atrapaba la luz como si tuviera hielo incrustado en la cicatriz.

—Estás curada —dijo—. Ahora, dime…

Calló. Vasia se fijó en hacia dónde miraba. Tenía otra cicatriz en la palma de la mano, donde él ya la había herido y curado.

—No te he mentido —insistió Vasia—. Me conoces.

Él no respondió.

—Hace un tiempo me desgarraste la mano con la tuya —continuó —. Te manchaste los dedos con mi sangre. Después, me curaste la

herida que me habías hecho. ¿No te acuerdas? ¿No te acuerdas de la oscuridad, de la criatura muerta, de la noche que fui al bosque a buscar campanillas de invierno?

Él se puso en pie.

—Dime quién eres.

Vasia se obligó también a levantarse, aunque continuaba un poco mareada. Él retrocedió un paso.

—Me llamo Vasilisa Petrovna. ¿Me crees ahora cuando te digo que te conozco? Creo que tú también me conoces. Y tienes miedo.

—¿De una doncella herida? —Hablaba con desdén.

A Vasia le caía el sudor por el surco del espinazo. En la sala interior crepitaba el fuego y allí fuera, en la sala externa, hacía calor.

—Si tu intención no es matarme —dijo Vasia— y no te acuerdas de mí, ¿qué hacemos aquí? ¿Qué puede querer decirle el señor del invierno a una sirvienta?

—Tienes tan poco de sirvienta como yo.

—Al menos yo no estoy prisionera en este pueblo —repuso Vasia.

Estaban tan cerca que podían mirarse a los ojos.

—Soy un rey —dijo él—. Celebran banquetes en mi honor; me ofrecen sacrificios.

—Las prisiones no siempre están hechas de paredes y cadenas. ¿Pretendes pasarte toda la eternidad en un banquete, señor?

La expresión de Morozko era fría.

—Es solo una noche.

—Es la eternidad —afirmó ella—. Eso también se te ha olvidado.

—Si no lo recuerdo, para mí no es una eternidad. —Parecía enfadarse cada vez más—. Y además, ¿qué importa? Son mi gente. Tú no eres más que una loca que ha venido a importunar a esta buena gente la noche del solsticio de invierno.

—¡Al menos yo no planeaba matar a nadie!

Él no respondió, sino que una corriente de aire frío recorrió los baños e hizo danzar las llamas de las velas. En la sala exterior había poco espacio, estaban prácticamente gritándose a la cara. La grieta que se había abierto en las defensas de Morozko se ampliaba. Por mucho que intentase razonar con él, Vasia no podía deshacerse de la magia que le impedía recordar; sin embargo, las emociones arrastraban los recuerdos un poco más hacia la superficie. Igual que si lo tocaba. Igual que su sangre. Los sentimientos que había entre ellos seguían existiendo. No hacía falta que él se acordase: lo sentía igual que ella.

Y la había llevado allí. A pesar de todo lo que había dicho, la había llevado allí.

Era como si tuviera la piel tan fina que el mero aliento podría magullarla. Vasia siempre había sido temeraria en las batallas; esa misma temeridad la atenazaba entre sus garras en ese momento. «Más profundo que el recuerdo —pensó—. Dios, perdóname».

Le tendió la mano. La de las cicatrices blancas; la detuvo a una respiración de distancia de la mejilla de Morozko. Él levantó la suya de golpe y le agarró la muñeca. Durante un segundo, se quedaron inmóviles. Entonces él la soltó un poco y ella le tocó la cara, los huesos hermosos y atemporales. Él no se movió.

En voz baja, Vasia dijo:

—Si me permites demorar la muerte una hora, rey del invierno, voy a bañarme. Ya que me has traído a unos baños.

Él no reaccionó, pero su quietud era respuesta de sobra.

La sala interior estaba totalmente a oscuras, salvo por la luz tenue de las piedras calientes del horno. Vasia lo dejó allí plantado. Estaba alterada por lo temeraria que había sido. Tras toda una vida salpicada de decisiones discutibles, se preguntaba si aquello sería lo más necio que había hecho.

Decidida, se quitó la ropa y la dejó en un rincón. Echó agua sobre las piedras, se sentó y se abrazó las rodillas. Pero la languidez dichosa del calor no la colmaba. No sabía si tenía más miedo de que Morozko se marchase o de que no lo hiciera.

Apareció por la puerta. Casi no lo veía de tan oscuro; solo percibía su presencia por cómo se desplazaba el vaho cuando él se movía.

Vasia levantó la barbilla para disimular el susto y dijo:

—¿No te derretirás?

Él parecía ofendido; pero le sorprendió con una carcajada.

—Intentaré que no sea así.

Se sentó con la misma elegancia de siempre en el banco de delante y se apoyó en las rodillas, con las manos entrelazadas. Ella se fijó en sus dedos largos.

Tenía la piel más pálida que ella; la desnudez no le preocupaba. Su mirada era serena y sincera.

—Has recorrido un largo camino —dijo.

Ella no le veía los ojos en la penumbra, pero sentía su mirada como si fuese una mano. La piel que a él le quedaba por ver la veía en ese instante.

—Mi camino aún no ha terminado —respondió ella.

Con dedos temblorosos se tocó la costra de la mejilla, lo miró a los ojos; se preguntó si era un espanto, se preguntó si importaba. Él seguía sin moverse. La luz tenue lo iluminaba a trozos: un hombro, el hueco debajo de las costillas. Vasia se dio cuenta de que lo evaluaba de la

garganta a los pies y de que él la observaba mientras lo hacía. Se sonrojó.

—¿No vas a contarme tu secreto? —preguntó él.

—¿Qué secreto? —replicó Vasia, esforzándose para evitar que le temblase la voz.

Él tenía las manos quietas, pero su mirada recorría las líneas de su cuerpo.

—Ya te lo he dicho: mi gente te necesita.

Él negó con la cabeza, la miró a los ojos.

—No, hay algo más. Algo que te veo en la cara cada vez que me miras.

«Te quise, de la manera que pude».

—Mis secretos son míos, gosudar —contestó brusca Vasia—. Las sacrificadas podemos llevarnos cosas a la tumba como los demás.

Él enarcó la ceja.

—Nunca me había cruzado con una doncella que tuviese menos aspecto de querer morir.

—Es que no quiero —dijo Vasia, y casi sin aliento, añadió—: Pero quería bañarme y lo he conseguido, así que algo es algo.

Él se rio de nuevo y se miraron.

«Él también —pensó Vasia—. También tiene miedo. Sabe tan poco como yo acerca de cómo acabará esto. Pero me ha traído aquí y se ha quedado. Me ha herido y me ha curado. Se acuerda y no se acuerda».

Antes de perder el valor, Vasia se bajó del banco y se arrodilló entre las piernas de Morozko. A él no se le había calentado la piel con el vapor. Incluso dentro de aquellos baños que olían a humo, lo envolvía la fragancia de los pinos y del agua fría. No le cambió la cara, pero se le aceleró la respiración. Vasia se dio cuenta de que se había echado a temblar. Una vez más, levantó la mano y le tocó la mejilla con la palma.

Por segunda vez, él le agarró la muñeca. Aunque esa vez le rozó la cicatriz de la mano con los labios.

Se miraron.

A su madrastra le gustaba asustarlas a ella y a Irina con historias sobre los horrores de las noches de boda, pero Dunia le había asegurado que no eran tales.

Era como si su naturaleza salvaje fuese a quemarla desde dentro.

Él le acarició el labio inferior con el pulgar. Ella no alcanzaba a interpretar su expresión.

—Por favor —dijo ella.

O tal vez pensó que lo decía, justo cuando él recorría la distancia entre ambos y la besaba.

El fuego no era más que brasas, pero no necesitaban más luz que esa. La piel de Morozko estaba fresca al tacto; el sudor de Vasia los bañaba a ambos. A ella le temblaba todo el cuerpo, no sabía qué hacer con las manos. Era demasiado: piel y espíritu, hambre y una soledad desesperante, y la marea de sentimientos que creaban juntos.

Quizá él percibiese la incertidumbre que había tras el deseo, puesto que paró y la miró. Lo único que se oía era la respiración de ambos, la de él tan trabajosa como la de ella.

—¿Ahora tienes miedo? —susurró él.

La había subido al banco, se la había sentado a horcajadas en el regazo y le rodeaba la cintura con el brazo. Con la mano libre, le dibujaba líneas de fuego frío en la piel, de la oreja al hombro, por la clavícula, entre los pechos. Ella no controlaba la respiración.

—Se supone que debo tener miedo —le espetó Vasia.

Había hablado con mayor brusquedad de la necesaria porque, de hecho, estaba asustada y también enfadada, ya que a duras penas era capaz de pensar y mucho menos hablar mientras él levantaba la mano de nuevo, y esa vez le acariciaba la columna, describía una curva alrededor de las costillas, se encontraba con el pecho y se quedaba allí.

—Soy doncella. Y tú… —Dejó la frase sin acabar.

La mano ligera se detuvo.

—¿Tienes miedo de que te haga daño?

—¿Piensas hacérmelo? —preguntó ella.

Ambos percibieron el temblor de su voz. Desnuda en brazos de Morozko era mucho más vulnerable de lo que había sido en toda su vida.

Sin embargo, él también tenía miedo. Vasia lo sentía en la tensión contenida de sus caricias, se lo veía en los ojos de sombras negras.

Una vez más, se miraron.

Entonces, él esbozó media sonrisa, y Vasia cayó de pronto en cuál era el otro sentimiento que había bajo el deseo que se despertaban.

Era una dicha febril.

Él le puso la mano en la curva de la cintura. Atrajo la boca de Vasia hacia la de ella. La respuesta fue más aliento que palabras, aliento en su oído: —No te haré daño —prometió.

—Vasia —dijo a oscuras.

Al final, habían salido a la estancia exterior. Cuando él la había bajado al suelo, había sido sobre un montón de mantas que olían como el bosque invernal. Para entonces ya no usaban el habla, pero no importaba. Ella no necesitaba palabras si quería llamarlo. Solo rozarlo con los dedos, el calor de su piel amoratada. Las manos de

Morozko se acordaban de ella, a pesar de que su mente no. Llevaba el recuerdo en las caricias, que recorrían las heridas que no habían sanado del todo; lo llevaba en la manera de aferrarse a ella y en cómo la miraba antes de que las velas se apagasen.

Después, tumbada medio dormida en la oscuridad, Vasia aún sentía el pulso de Morozko en el suyo y el sabor del pino en los labios.

Entonces se sentó de golpe.

—¿Todavía es…?

—Medianoche —dijo él, que parecía agotado—. Sí, es medianoche. No permitiré que se te pase. —Le había cambiado la voz. Había dicho su nombre.

Ella se apoyó en un codo y notó que se sonrojaba.

—Te has acordado.

Él no dijo nada.

—Soltaste al Oso para salvarme la vida. ¿Por qué?

Él seguía sin decir nada.

—He venido a buscarte —continuó Vasia—. He aprendido a hacer magia. Me ha ayudado el pájaro de fuego, no me has matado… Deja de mirarme así.

—Es que no pretendía… —empezó él.

Y de pronto ella se enfadó para enmascarar un dolor naciente.

Morozko se incorporó y se apartó de ella, la silueta de su columna vertebral rígida en la penumbra.

—He querido yo —le respondió Vasia a la espalda. Intentaba no pensar en el concepto de la decencia que le habían enseñado. Castidad, paciencia, yacer con hombres solo para producir hijos y, sobre todo, no disfrutarlo—. Pensaba… Pensaba que tú también querías. Y tú… —No era capaz de decirlo, así que añadió en su lugar —: Te has acordado. Creo que, a cambio de eso, es un precio mínimo.

Aunque no le parecía tan pequeño.

Él se volvió y ella pudo verle la cara; no tenía aspecto de creerla. Vasia deseó no estar desnuda a un palmo de distancia de él.

—Te doy las gracias —dijo él.

«¿Gracias?». Le pareció muy frío después del calor de la hora anterior. «Quizá desearías no acordarte —pensó—. A una parte de ti le satisfacía este pueblo donde te temen y te adoran, esta prisión». No lo dijo en voz alta.

—El Oso anda suelto por la Rus —dijo Vasia en vez de eso—. Ha puesto a caminar a los muertos. Debemos ayudar a mi primo, a mi hermano. He venido a por tu ayuda.

Morozko continuó sin decir nada. No se había apartado más de ella, pero su expresión se había tornado reservada, distante, ilegible.

Con ira repentina, Vasia agregó:

—Nos debes esa ayuda; al fin y al cabo, eres la razón por la que el Oso está libre. No era necesario que hicieras un trato con él. Salí de la pira por mi propio pie.

A él se le iluminó el rostro un poco.

—Me preguntaba si lo conseguirías. Pero merecía la pena igualmente. Cuando me arrastraste de nuevo hacia Moscú, lo supe.

—¿El qué?

—Que podías ser el puente entre los hombres y los cherti. Para que no nos disipemos y los hombres no nos olviden. Que al final no estábamos condenados si tú vivías, si conseguías usar tu poder. Y no tenía ningún otro modo de salvarte. Pensé que valía la pena correr ese riesgo, pasara después lo que pasase.

—Podrías haber confiado en que yo misma me salvaría.

—Tu intención era morir. Lo vi.

Ella se estremeció.

—Sí —respondió en voz baja—. Supongo que quería morirme. *Solovéi* había caído, murió en mis brazos y… —No acabó la frase—.

Pero mi caballo me habría dicho que era tonta si me daba por vencida. Así que cambié de parecer.

La mera sencillez de la noche se convertía en interminables complicaciones. Jamás habría imaginado que él arriesgaría su reino y su libertad por amor. Por ella. En parte, ella misma se lo había preguntado, pero él era rey de un reino oculto y no podía decidir algo así. Era el poder de su sangre lo que había buscado.

Vasia estaba cansada y tenía frío y le dolía el cuerpo.

Se sentía más sola que antes.

Entonces se enfadó consigo misma por tenerse lástima. El frío tenía remedio, y maldita la incomodidad que había surgido entre ambos. Se refugió bajo el pesado montón de mantas y le dio la espalda. Él no se movió. Vasia se hizo un ovillo para intentar calentarse ella sola.

Una mano, leve como un copo de nieve, le rozó el hombro. Se le habían llenado los ojos de lágrimas, pero intentó que no se derramasen. Era demasiado: la presencia de Morozko, fría y silenciosa, las explicaciones razonables y prácticas en contraste con el recuerdo abrumador de la pasión.

—No —dijo él—. No llores por esta noche, Vasia.

—Tú jamás lo habrías hecho —respondió ella sin mirarlo—. Esto… —Señaló los baños, a ellos dos—. Si hubieras recordado quién soy. No me habrías salvado la vida si yo no hubiera sido…, si no hubiera sido…

Él le apartó la mano del hombro.

—Intenté alejarme de ti —explicó—. Una y otra vez, lo intenté. Porque cada vez que te tocaba, o aunque solo te mirase, me acercaba más a la mortalidad. Tenía miedo. Y, aun así, no era capaz de hacerlo. —Calló unos instantes y después continuó—: Quizá, si tú no hubieras sido lo que eres, me habría visto capaz de dejarte morir. Pero te oí gritar. A través de la niebla densa de mi debilidad, después del incendio del Moscú, te oí. Me dije que estaba siendo práctico, me dije que eras nuestra última esperanza. Eso es lo que me dije. Pero pensé en ti entre las llamas.

Vasia se giró hacia él. Él apretó los labios, como si hubiera hablado más de la cuenta.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Estamos aquí —dijo él sin más.

—Lo siento —se disculpó ella—. No sabía de qué otro modo rescatarte.

—No había otra manera. ¿Por qué crees que mi hermano confiaba tanto en su prisión? No conocía ningún vínculo tan fuerte como para hacerme volver en mí mismo. Yo tampoco.

Morozko no parecía alegrarse de ello. A Vasia se le ocurrió que quizá se sintiera igual que ella: en carne viva. Le ofreció la mano. Él no la miró, sino que entrelazó los dedos con los suyos.

—Todavía tengo miedo —admitió él. Era una verdad dicha con mucho atrevimiento—. Me alegro de que estés viva. Me alegro de volver a verte, contra toda esperanza. Pero no sé qué hacer.

—Yo también tengo miedo —confesó ella.

Con las yemas de los dedos, él le buscó la muñeca, donde la sangre palpitaba contra la piel.

—¿Tienes frío?

Tenía frío, pero…

—Creo que —dijo él con ironía—, a fin de cuentas, podemos compartir las mantas unas horas más.

—Debemos irnos —musitó Vasia—. Hay demasiado que hacer, no tenemos tiempo.

—Por unas horas no cambiará nada en este país de la medianoche —contestó Morozko—. Estás reducida a una sombra, Vasia.

—Sí cambia —insistió ella—. No puedo dormir aquí.

—Ahora sí —dijo él—. Yo te mantendré en Medianoche.

Dormir, dormir de verdad… Dios, estaba agotada. Ya se había tapado con las mantas; al cabo de un momento, él también se tapó. Vasia se quedó sin respiración, apretó los puños para no tocarlo.

Se observaron el uno al otro con cautela. Él actuó primero. Le tocó la cara, le recorrió la silueta angulosa de la mandíbula, le rozó la

franja gruesa de la costra de la pedrada. Vasia cerró los ojos.

—Puedo curártela —le ofreció él.

Ella asintió una vez; tenía la suficiente vanidad para alegrarse de que le quedase una cicatriz blanca en lugar de una de color escarlata. El ahuecó la mano, le vertió unas gotas de agua en la mejilla y ella apretó los dientes para combatir el sufrimiento.

—Cuéntame —dijo él después.

—Es una historia muy larga.

—Te aseguro —respondió él— que no envejeceré mientras me la relatas.

Vasia se la contó. Empezó con el momento en el que la había dejado en la tormenta de nieve de Moscú y acabó con *Pozhar*, Vladímir, el viaje por la Medianoche. Al final estaba sin fuerzas, pero también en calma. Como si hubiera puesto en orden los ovillos de su vida y tuviera el alma menos enredada.

Cuando se quedó en silencio, él suspiró.

—Lo siento —dijo—. Por *Solovéi*. Lo único que pude hacer fue mirar.

—Y mandarme a tu hermano loco —señaló ella—. Y un símbolo. Podría haber pasado sin tu hermano, pero la talla… me dio consuelo.

—¿La guardaste?

—Sí —contestó—. Me lo trae de vuelta siempre que…

No acabó la frase, estaba demasiado reciente.

Él le metió un mechón rizado detrás de la oreja, pero no dijo nada.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó ella.

Él dejó caer la mano. Vasia pensó que no respondería. Y cuando lo hizo, fue en voz tan baja que a duras penas alcanzaba a oírlo: —El amor es para los que conocen las penurias del tiempo, ya que va de la mano de la pérdida. Una eternidad con esa carga sería un tormento. Pero… —Calló y cogió aire—. Pero ¿de qué otra manera podríamos llamar a este terror y esta alegría?

Esa vez le costó más acercarse a él. La anterior había sido algo sin complicaciones, temerario, dichoso. Pero ahora las emociones cargaban el aire.

A él se le había calentado la piel en contacto con la suya, bajo las mantas; podría haber sido un hombre, salvo por la mirada, ancestral y consternada. Le tocaba a ella apartarle el pelo que le caía sobre la frente, frío y áspero al tacto. Le tocó el lugar cálido debajo de la mandíbula y el hueco de la garganta, le colocó la mano abierta sobre el pecho.

Él se la tapó con la suya, le trazó los dedos, el brazo; después, el hombro; le deslizó la mano por toda la columna hasta la cintura como

si quisiera aprenderse su cuerpo a tientas.

Ella emitió un sonido gutural. El frescor de la respiración de Morozko le rozó los labios. No sabía si se había movido él o si había sido ella, pero estaban más cerca. Y él movía la mano con cuidado, volviéndola a ella cada vez más flexible. Vasia no podía respirar. Habían dejado de hablar y ella notó que él acumulaba tensión; del hombro a la mano, de la mano a los dedos que se le clavaban en la piel.

Una cosa era tomar a aquel extraño salvaje. Otra muy distinta, mirar a un adversario, aliado, amigo a la cara y…

Le enredó los dedos en la cabellera.

—Ven aquí —le dijo Vasia—. No, más cerca.

Él sonrió: la sonrisa lenta e inescrutable del rey del invierno. Pero tenía un matiz risueño que ella nunca le había visto.

—Ten paciencia —le murmuró él a la boca.

Sin embargo, ella no pudo esperar ni un instante más. En lugar de contestar, lo agarró por los hombros y lo hizo girarse. En ese momento sintió la fuerza de su propio cuerpo, vio los movimientos y el juego de los músculos a la tenue luz de las velas: los suyos y los de él. Se inclinó hacia delante para susurrarle al oído: —Nunca me des órdenes.

—Dámelas tú —musitó él.

Ella bebió de esas palabras como si fueran vino.

Para entonces, el cuerpo de Vasia sabía qué hacer, aunque su cabeza no lo supiera del todo; lo guio a su interior, nieve y frío y poder y años y esa fragilidad tan huidiza. Él dijo su nombre una vez y ella casi no lo oyó de tan fuera de sí. Pero después, cuando estaba tumbada a su lado, maleable y adaptada a su cuerpo, le susurró: —Ya no estás solo.

—Lo sé —susurró él—. Y tú tampoco.

Y entonces, ella se durmió por fin.

DIECIOCHO
A LOMOS DE CABALLOS MÁGICOS

n número indeterminado de horas más tarde, él se levantó de la maraña amontonada de pieles del color de la nieve. Vasia no lo oyó irse, pero sintió su ausencia. Seguía siendo medianoche. Temblorosa, abrió los ojos y se incorporó. Durante un instante, no sabía dónde estaba. Entonces se acordó y se levantó de un salto, asustada. Él se había ido, había desaparecido en la noche, lo había soñado todo…

Se serenó: ¿desaparecería sin decir nada?

No lo sabía. La locura se le había pasado, solo le quedaban el frío y las mandíbulas apretadas para combatir una oleada de vergüenza. Las voces de su niñez le resonaban en los oídos, todas con acusaciones.

Se mordió el labio inferior y fue a por la ropa. Maldita vergüenza y maldita oscuridad. Volvió la cabeza y la llama de la vela que había en una de las hornacinas se encendió al instante. Que prendiese no la sobresaltó lo más mínimo, era como si su mente hubiera aceptado por fin ese mundo en el que podía prenderles fuego a las cosas.

A tientas, encontró la camisola y se la puso. Estaba indecisa y helada, en el hueco de la puerta que separaba las dos estancias que componían los baños, cuando se abrió la puerta de fuera.

La luz de la vela le marcaba a Morozko los huesos y le llenaba el rostro de sombras. Traía entre las manos la ropa masculina de Vasia. Ella alcanzó a oír voces y pisadas que venían del exterior. Sin

quererlo, sintió miedo.

—¿Qué pasa ahí?

Él parecía triste.

—Creo que entre los dos hemos afianzado la turbia reputación de los baños.

Vasia no dijo nada. En su cabeza oía de nuevo el ruido del tumulto de Moscú.

Vio que él comprendía.

—Entonces estabas sola, Vasia —dijo Morozko—. Ahora no lo estás. —Ella había apoyado una mano a cada lado del quicio de la puerta, como si alguien fuera a intentar llevársela de allí a rastras—. Aun así, saliste de las llamas por tu propio pie.

—Pagué el precio —respondió ella. Sin embargo, el miedo aflojó la mano nudosa con la que le atenazaba la garganta.

—Los del pueblo no están enfadados —le explicó Morozko—. Están encantados. Esta noche alberga poder.

Vasia notó que se le enrojecían los pómulos.

—¿Quieres quedarte? Ahora me cuesta perdurar.

Ella reflexionó. Debía de ser como llegar a un lugar que había sido tu hogar, pero ya no lo era. Como intentar ponerte una piel que ya mudaste.

—¿Tus tierras lindan con las de mi bisabuela? —le preguntó de repente.

—Así es —confirmó Morozko—. ¿Cómo crees que puse fresas para ti en mi mesa, peras y campanillas de invierno?

—¿Conocías la historia? —inquirió ella—. La de la bruja y sus mellizas. ¿Sabías que Tamara era mi abuela?

—Sí —dijo él con expresión recelosa—. Y antes de que lo preguntes: no, no pensaba decírtelo. No hasta la noche de la tormenta de nieve de Moscú, y para entonces ya era demasiado tarde. La bruja estaba muerta o perdida en la Medianoche. Nadie sabía qué había sido de las mellizas, y yo no recordaba nada del hechicero que se había separado de la muerte mediante la magia. Todo esto lo aprendí después.

—Y me creías poco más que una niña, un medio para tus fines.

—Sí —dijo él.

Lo que quiera que él pensara o sintiese o esperara estaba enterrado en lo más profundo, cerrado bajo llave. «Ya no soy una niña», podría haberle dicho Vasia, pero la verdad sobre eso estaba escrita en cómo la miraba él.

—No vuelvas a mentirme —le advirtió.

—No lo haré.

—¿Sabrá el Oso que eres libre?

—No. A menos que se lo diga Medianoche.

—No creo que se entrometa —reflexionó Vasia—. Ella observa. —Esa vez, en su silencio interpretó un pensamiento sin pronunciar—. Dime —lo instó.

—No hace falta que regreses a Moscú —dijo Morozko—. Has visto suficientes horrores y has provocado suficiente dolor. El Oso hará lo posible, y más para conseguir que te ejecuten: la peor muerte que sepa concebir, sobre todo si se entera de que he recuperado la memoria. Sabe que yo lloraría tu pérdida.

—Eso no importa —respondió ella—. Está libre por nuestra culpa. Hay que encadenarlo.

—¿Con qué? —exigió saber Morozko. La llama de la vela se avivó con violencia. Sus ojos eran del color del fuego; su silueta dio impresión de desvanecerse, hasta que se volvió la encarnación del viento y la noche. Entonces se sacudió el manto de poder y dijo—: Yo soy el invierno, ¿crees que tendría algo de poder en Moscú en verano?

—No hacía falta que trajeras el frío aquí dentro para convencerme —contestó Vasia, resentida—. Hay que hacer algo. —Le cogió la ropa de las manos—. Gracias por traerla —añadió, y fue a la otra sala a vestirse—. ¿Puedes salir al mundo del verano, rey del invierno? —voceó desde el umbral.

A su espalda, Morozko sonó reacio:

—No lo sé. Quizá sí. Durante poco tiempo… si estamos juntos. El collar se destruyó, pero…

—Pero ya no lo necesitamos —acabó ella, al caer en la cuenta.

El vínculo que habían adquirido —capas de pasión y rabia, miedo y frágil esperanza— era más fuerte que cualquier joya mágica.

Vestida, Vasia volvió a asomarse a la puerta. Morozko estaba en el mismo sitio donde ella lo había dejado.

—Quizá conseguiríamos llegar hasta Moscú, pero ¿con qué fin? —preguntó él—. Si el Oso averigua que vamos hacia allá, disfrutará tendiéndonos una trampa para que yo contemple con impotencia cómo te matan. O una trampa para que tú tengas que ver cómo sufre tu familia.

—Habrá que ser astutos —dijo Vasia—. Nosotros metimos a Moscovia en este lío y vamos a sacarla.

—Debemos regresar a mis tierras y actuar en invierno, cuando yo esté más fuerte. Así tendríamos la oportunidad de vencerlo.

—Y él lo sabe de sobra —replicó Vasia—. Eso significa que lo que quiera que haya planeado lo pondrá en marcha este verano.

—Podría ser tu perdición.

Ella negó con la cabeza.

—Puede que sí. Pero no voy a abandonar a mi familia. ¿Vienes conmigo?

—Vasia, he dicho que no estás sola y lo he dicho en serio —respondió él. Sin embargo, no parecía contento al respecto.

Vasia consiguió esbozar el fantasma de una sonrisa.

—Tú tampoco estás solo. En fin, repitámoslo hasta que uno de los dos se lo crea. —De repente, se las arregló para decir sin que le temblase la voz—: Si salgo, ¿los del pueblo intentarán matarme?

—No —contestó Morozko, y sonrió—. Pero quizá nazca una leyenda.

Ella se sonrojó. Y cuando él le tendió la mano, se la cogió.

Era cierto, los habitantes del pueblo se habían reunido fuera del baño. Cuando se abrió la puerta, retrocedieron. Las miradas vagaban entre Vasia y Morozko, comprometidos, desaliñados.

Yelena estaba en primera fila junto al hombre que había intentado salvarla. Se encogió cuando Morozko se dirigió a ella. El demonio de las heladas le habló, y lo oyó todo el pueblo:

—Perdonadme —dijo.

Ella parecía sorprendida. Después, recobró la dignidad e hizo una reverencia.

—Teníais el derecho. Pero… —Se fijó mejor en su rostro—. Ya no sois el mismo —susurró.

Del mismo modo que Vasia había visto que le desaparecían los años de la mirada, esa mujer percibía el peso de su retorno.

—No —asintió Morozko—, me han salvado de olvidar las cosas. —Miró a Vasia y habló para que todo el pueblo lo oyese—: La amaba, y una maldición me hizo olvidar. Pero ella ha venido a buscarme y ha roto el hechizo, y ahora debo marcharme. Os bendigo a todos este invierno.

Susurros de admiración, incluso de alegría. Yelena sonrió.

—La bendición es doble —le dijo a Vasia—. Hermana. —Tenía un regalo para ella: una capa larga y magnífica de piel de lobo por fuera y conejo por dentro. Se la entregó a Vasia y la abrazó—. Gracias — le susurró—. ¿Me das tu bendición para nuestro primogénito?

—Salud y larga vida —contestó Vasia con cierta torpeza—. Por vuestros hijos, por la alegría en el amor y una muerte valiente, dentro de mucho tiempo.

«Zímniaia korolieva», dijeron: la reina del invierno. A Vasia le dio miedo. Trató de serenar la expresión.

Morozko estaba a su lado con una calma engañosa, pero ella notaba la emoción que corría entre él y su gente: era como una

corriente. Él tenía los ojos de un azul intenso y asombroso. Quizá todavía desease volver, recuperar su sitio en el banquete, nutrirse para siempre de esa adoración.

Pero si dudaba del rumbo que iba a tomar, no dejó que su rostro lo delatase.

Vasia sintió alivio cuando todos se volvieron al oír pisadas de cascos. La dicha floreció en un puñado de caras. Dos caballos llegaron flotando sobre la empalizada, uno blanco y otro dorado. Atajaron entre la muchedumbre y trotaron hasta ellos. Morozko, sin mediar palabra, apoyó la frente en el cuello de la yegua blanca. Ella volvió la cabeza y le hurgó la manga con el hocico. Al verlo, Vasia sintió una punzada de dolor.

—También me había olvidado de ti —le dijo él a la yegua—. Perdóname.

La yegua blanca le dio un empujoncito con la cabeza y las orejas hacia atrás.

—No sé por qué os hemos esperado. Estaba muy oscuro.

Pozhar rascó la nieve con una pata: era evidente que concurría.

—Tú también has esperado —le comentó Vasia, sorprendida. *Pozhar* le mordió el brazo y dio un pisotón.

—No pienso volver a hacerlo.

Vasia se frotó la magulladura nueva.

—Me alegro de verte, señora.

—En toda su vida no ha aceptado a un jinete de buena gana —observó Morozko con asombro.

—Y ahora tampoco —se apresuró a decir Vasia—. Pero me ayudó a llegar aquí. Y se lo agradezco.

Le rascó la cruz. *Pozhar*, muy a su pesar, se dejó hacer.

—Has tardado demasiado —insistió la yegua. Para demostrar que de ningún modo le gustaban los mimos, dio otro pisotón.

La capa nueva de Vasia le pesaba sobre los hombros.

—Adiós —les dijo a los habitantes del pueblo, que la miraban con los ojos muy abiertos de puro asombro—. Creen que ven un milagro —le dijo en voz baja a Morozko—. Pero a mí no me parece tal cosa.

—Y, sin embargo —contestó él—, una joven, sin la ayuda de nadie, ha rescatado del olvido al rey del invierno y ahora se lo lleva con un par de caballos mágicos. Es milagro de sobra para un solsticio de invierno.

Vasia sonrió mientras él saltaba a lomos de la yegua blanca.

Antes de que tuviera la posibilidad de ofrecerse (o no) a llevarla delante de él, ella dijo con firmeza:

—Voy a andar. Al fin y al cabo, llegué aquí a pie.

La caminata había sido una dura pesadilla de bancos de nieve honda sin el calzado adecuado, pero eso no lo dijo.

Los ojos pálidos la observaron. Vasia habría preferido que no lo hiciera. Era obvio que Morozko veía más allá de su orgullo, más allá de que ella no quisiera que la llevase en su misma silla, y veía el sentimiento más profundo. El impacto de la caída, del fin, de *Solovéi* estaba demasiado reciente. No le parecía bien marcharse triunfal, a caballo.

—De acuerdo —respondió él.

Y la sorprendió al desmontar.

—No hace falta que tú lo hagas —dijo Vasia. Los cuerpos de ambos caballos los ocultaban ante el público—. ¿No pensarás marcharte de este pueblo como un vaquero cualquiera? Estaría por debajo de ti.

—He visto incontables muertos —contestó él con calma—. Los he tocado y los he acompañado. Pero nunca he hecho nada para recordarlos. Ahora tengo la oportunidad de andar contigo porque tú no puedes cabalgar a mi lado con *Solovéi*. Porque era valiente y ya no está.

Vasia no había llorado a *Solovéi*. No de verdad. Había soñado con él, se había despertado pidiéndole a gritos que huyese, había sentido su ausencia como un dolor sordo y envenenado. Pero no había llorado, salvo por un puñado de lágrimas reprimidas cuando había estado a punto de matar al espíritu de las setas. Y en ese momento sintió que le brotaban las lágrimas y le escocían los ojos. Con mucho cuidado, Morozko acercó el dedo a la primera que le corrió por la mejilla hacia la mandíbula. Se congeló al instante y cayó.

En cierto modo, el hecho de salir a pie del pueblo de la medianoche mientras los caballos pastaban a su lado le hizo ser más consciente de la pérdida de *Solovéi* que cualquiera de los disgustos de los días anteriores. Una vez que hubieron traspasado la empalizada y se hubieron adentrado en el bosque invernal, Vasia enterró la cara en la crin de la yegua blanca y lloró el torrente de lágrimas que una sola noche en Moscú le había acumulado dentro.

La yegua aguantó con paciencia y le sopló aire caliente en las manos, y Morozko esperó en silencio, salvo una vez que le tocó la nuca con sus fríos dedos.

Cuando por fin los lloros se acallaron, Vasia se sacudió la cabeza, se secó la nariz y trató de pensar.

—Debemos regresar a Moscú. —Se había quedado ronca.

—Como tú digas —respondió él.

Seguía sin alegrarse de ello. Pero no volvió a poner ninguna pega.

—Si vamos a ir hasta Moscú —intervino la yegua blanca por

sorpresa—, Vasia debería ir encima de mí. Puedo con los dos. Será más rápido.

Vasia ya había abierto la boca para rehusar cuando vio la expresión de Morozko.

—No te dejará negarte —dijo afable—. Y tiene razón. Lo único que conseguirás yendo a pie es agotarte. Tú debes ser la que tenga a Moscú presente en su pensamiento; si guío yo, cuando lleguemos será invierno.

Al menos ya no se veía el pueblo. Vasia saltó a lomos de la yegua y Morozko detrás de ella. La yegua blanca era de constitución más fina que *Solovéi*, pero sus movimientos le recordaron a… Intentó no pensar en el semental alazán, así que se fijó en la mano de Morozko, que descansaba relajada sobre su propia rodilla, y entonces se acordó de cuando sus dedos le tocaban la piel, de su pelo áspero y frío, alborotado y oscuro sobre sus pechos.

El recuerdo hizo que se estremeciera, así que también se deshizo de él. Esas horas se las habían robado a la medianoche; a partir de ahí solo cabía pensar en la manera de superar a un enemigo inteligente e implacable.

No obstante, a modo de distracción, se obligó a hacer una pregunta cuya respuesta temía:

—Para encadenar de nuevo al Oso, ¿debo sacrificarme como hizo mi padre?

Morozko no respondió que no de inmediato y a Vasia empezó a revolvérsele el estómago. La yegua echó a caminar con presteza por la nieve mientras caía más nieve del cielo. Vasia se preguntó si él hacía nevar porque estaba angustiado, si era involuntario como el latir de un corazón.

—Me has prometido que no volverías a mentirme —le recordó Vasia.

—No lo haré —aseguró Morozko—. No es tan simple como dar la vida a cambio de sus ataduras, no son dos cosas intercambiables. Tu vida no está vinculada a la libertad del Oso; tú no eres una mera ficha en nuestra guerra.

Vasia esperó.

—Pero yo le otorgué poder sobre mí —explicó Morozko— cuando renuncié a mi libertad. Una pelea entre mi mellizo y yo ya no sería una pelea entre iguales. —Las palabras eran muy difíciles de pronunciar—. El verano es su estación. Yo no sé cómo atarlo, salvo con el poder de una vida que se entrega por voluntad propia o empleando trucos…

De pronto, *Pozhar* dijo:

—¿Qué me dices de esa cosa de oro? —La yegua se había acercado lo suficiente para seguir la conversación.

Vasia parpadeó.

—¿Qué cosa de oro?

La yegua cabeceó.

—¡La cosa de oro que hizo el hechicero! Cuando yo la llevaba, no podía volar. Tenía que hacer lo que él ordenara. Esa cosa tiene mucho poder.

Vasia y Morozko se miraron.

—La cabezada de oro de Kaschei —murmuró Vasia despacio—. Si pudo con ella, ¿podría con tu hermano?

—Tal vez —contestó ceñudo el rey del invierno.

—Estaba en Moscú —dijo Vasia, que hablaba cada vez más rápido por la emoción—. En el establo, el establo de Dmitri Ivánovich. Yo se lo quité de la cabeza y lo tiré al suelo la noche que ardió Moscú. ¿Seguirá en el palacio? Tal vez se fundiera con las llamas.

—No debería haberse fundido —replicó Morozko—. Podría ser nuestra oportunidad.

Ella no le veía la cara, pero la mano que él tenía apoyada en la rodilla se convirtió poco a poco en un puño.

Sin pensar, Vasia se inclinó y le rascó el cuello a *Pozhar* con mucha alegría.

—Gracias —le dijo.

La yegua se lo toleró un momento y después se apartó.

CUARTA PARTE

DIECINUEVE
ALIADOS

La llegada del verano fue antinatural y repentina, y cayó sobre Moscú como un ejército conquistador. Se declaraban incendios en el bosque, de modo que el humo enclaustraba la ciudad y nadie veía el sol. La gente se volvía loca del calor; se ahogaban en el río al intentar refrescarse o, simplemente, se desplomaban donde estuviesen con la cara color escarlata y el cuerpo cubierto de un rocío de sudor viscoso.

El calor iba acompañado de las ratas, que salían de los barcos mercantes mientras los hombres descargaban la plata y las telas y forjaban hierro para los mercados sofocantes y pegajosos de Moscú. Prosperaban en el ambiente asfixiante, atraídas por el hedor de los vertederos.

Los primeros en enfermar vivían en el posad: las cabañas sofocantes y atestadas que había junto al río. Arranques de tos, después sudores y, por último, temblores. Más tarde aparecían las hinchazones de la garganta y las ingles. Y las manchas negras.

La peste. La palabra se extendió por la ciudad como una ola. Moscú ya había visto la peste. Semión, el tío de Dmitri, había muerto de esa enfermedad un verano terrible, con su mujer y sus hijos.

—Cerrad las casas de los enfermos —le ordenó Dmitri al capitán de su guardia—. No deben salir; ni siquiera para ir a la iglesia. Si algún sacerdote se presta a darles la bendición, que entre él, pero nada más.

Díselo a los guardias de las puertas de la ciudad: nadie que parezca enfermo debe atravesar la muralla.

La gente aún hablaba entre susurros de la muerte del tío de Dmitri: hinchado como una garrapata, lleno de marcas negras; sus propios sirvientes no se atrevían a acercarse a él.

El hombre asintió, pero tenía el ceño fruncido.

—¿Qué? —exigió Dmitri.

La noche del ataque tártaro, la guardia de la ciudad de Dmitri había quedado diezmada. Tras la revuelta posterior y la quema de Vasia, el gran príncipe había reformado la guardia y la había ampliado, pero aún no tenían suficiente experiencia.

—Esta enfermedad es una maldición divina, gosudar —dijo el capitán—. ¿No creéis que lo correcto es dejar que los hombres acudan a rezar? Tal vez las plegarias de todos juntos lleguen a oídos del Todopoderoso.

—Es una maldición que salta de hombre en hombre —contestó Dmitri—. ¿De qué sirven las murallas de Moscú si no es para mantener los males a raya?

Uno de los boyardos presentes en la antesala intervino:

—Perdonadme, gosudar, pero…

Dmitri se volvió hacia él con mala cara.

—¿Es que no puedo dar órdenes sin que media ciudad las debata?

En general, era muy tolerante con sus boyardos. Casi todos eran más viejos que él y habían garantizado que hubiera un trono que heredar cuando cumpliese la mayoría de edad. Pero el calor insoportable le drenaba las fuerzas y le provocaba una ira enfermiza y agotada. Todavía no sabía nada de ninguno de sus dos primos. El príncipe de Sérpujov se había llevado la plata que habían recaudado en Moscovia y se había dirigido al sur para implorarle al témnik Mamái. Sasha tenía que volver con el padre Sergui. Sin embargo, Sasha no había regresado y desde el sur llegaban noticias sobre que Mamái aún reunía sus ulus, como si no hubiera recibido el mensaje de Vladímir.

—La gente tiene miedo —dijo cauteloso el boyardo—. Desde que cambió la estación, los muertos han caminado tres veces. ¿Y ahora esto? Si cerráis las puertas de Moscú y priváis a los enfermos de ir la iglesia, no sé qué harán. Ya son demasiados los que hablan de que la ciudad está maldita.

Si bien Dmitri entendía de guerra y de manejar a los hombres, las maldiciones quedaban fuera de su dominio.

—Tendré en cuenta el consuelo de los ciudadanos —respondió—. Pero sobre nosotros no pesa ninguna maldición. —No obstante, en el

fondo, Dmitri no estaba seguro de ello. Quería que lo aconsejase el padre Sergui, y el viejo monje no estaba allí. A regañadientes, el gran príncipe se dirigió hacia su mayordomo—. Manda buscar al padre Konstantín.

—El príncipe de pelo claro no es tonto —dijo el Oso—. Pero es joven. Ha mandado un mensajero a buscarte. Cuando acudas a él, debes convencerlo de que te deje celebrar la liturgia en la catedral. Reúne a la gente y rezad por que llueva o para que os llegue la salvación o lo que quiera que los hombres les pidan a los dioses hoy en día. Pero reúnelos.

Konstantín estaba solo en el *scriptorium* del Arcángel, ataviado con la sotana más ligera que había; tenía la frente perlada de sudor, igual que el labio superior.

—Estoy pintando —contestó.

Hizo girar un tarro de pintura a la luz. Tenía los colores dispuestos ante él como si fueran joyas; de hecho, algunos se elaboraban con piedras preciosas. En Lesnaya Zemliá preparaba los colores con corteza y frutos del bosque y hojas. No obstante, allí los boyardos más solícitos lo colmaban de lapislázuli para los azules y de jaspe para los rojos. Pagaban a los mejores plateros de Moscú por cubrir los iconos con cubiertas de plata batida y perlas incrustadas.

La tercera vez que unas criaturas muertas habían salido a susurrar por las calles, habían tardado toda la noche en ahuyentarlos: primero una, luego otra y, por último, la tercera.

—No puede parecer demasiado fácil —le había dicho después el Oso, cuando Konstantín había despertado gritando de un sueño en el que veía las caras de los muertos—. ¿Crees que derrotar a un simple niño upyr habría bastado para convencer a todo Moscú? ¿A los campesinos y los boyardos? Bebe vino, hombre de Dios, y no temas la oscuridad. ¿Acaso no he cumplido lo que te he prometido?

—Todo, sin falta —había respondido Konstantín consternado, temblando por el sudor frío.

Iban a nombrarlo obispo. Le habían otorgado propiedades en proporción a su dignidad. La gente de Moscú lo adoraba con un fervor demencial. Pero eso no le servía de nada por las noches, cuando soñaba con manos muertas que querían agarrarlo.

En ese momento, en el *scriptorium*, Konstantín apartó la mirada del panel de madera y vio que el demonio estaba a su lado. Exhaló aire sin hacer ruido; no se acostumbraba a su presencia. Aquella bestia sabía lo que pensaba, lo despertaba cuando tenía pesadillas, le susurraba consejos al oído. Konstantín jamás se libraría de él.

«Quizá tampoco quiera librarme de él», pensaba Konstantín en sus

momentos de mayor claridad mental. Cada vez que miraba al demonio al ojo que le quedaba, la criatura le devolvía la mirada sin vacilar.

La bestia lo veía.

Konstantín había esperado muchísimo tiempo a oír la voz de Dios; en cambio, Dios guardaba silencio.

A diferencia de él, ese demonio nunca callaba.

Pero nada aplacaba las pesadillas de Konstantín. Había probado a beber hidromiel para que el sueño fuese más pesado, pero la bebida no hacía más que darle dolor de cabeza. Al final, desesperado, les había pedido pinceles y paneles de madera, aceite y agua y pigmentos a los monjes; se puso a escribir iconos. Cuando pintaba, era como si su alma habitase tan solo su mirada y su mano. La mente se le acallaba.

—Veo que pintas —dijo el Oso con tono significativo—. Estás solo en un monasterio. ¿Por qué? Pensaba que querías disfrutar las glorias terrenales, hombre de Dios.

Konstantín señaló la imagen del panel con el brazo.

—Ya tengo glorias terrenales. ¿Y esto? ¿No es glorioso también? —Tenía la voz empapada de amarga ironía: el icono que había pintado un hombre carente de fe.

El Oso miró por encima del hombro de Konstantín.

—Es un cuadro muy raro —repuso. Fue a trazar la silueta con el dedo.

La imagen era de san Pedro. Tenía el pelo oscuro y la mirada tormentosa, de las manos y los pies le manaba sangre y dirigía los ojos, aunque ciegos, al cielo, donde lo esperaban los ángeles. Pero los ojos de los ángeles eran tan inanimados y hostiles como las espadas que enarbolaban. La hueste que recibía al apóstol en el cielo tenía el aspecto de un ejército que defendía la entrada. Pedro no miraba con la serenidad de un santo. Los ojos veían, las manos hacían gestos; era expresivo. Estaba tan vivo como le permitía el don de Konstantín, con esa hambre descarnada y desdichada que no podía arrancarse del alma.

—Es muy bonito —reconoció el Oso. Siguió los trazos con el dedo, sin tocarlos; parecía casi perplejo—. ¿Cómo le das… tanta vida? Tú no tienes magia.

—No lo sé —dijo Konstantín—. Mis manos se mueven sin mí. ¿Qué sabes tú de belleza, monstruo?

—Más que tú. He vivido más tiempo y he visto más cosas. Puedo hacer que las criaturas muertas vivan, pero solo son una burla de los vivientes. Esto… Esto es otra cosa.

¿Era admiración lo que le adivinaba a ese ojo irónico? Konstantín no estaba seguro.

El Oso estiró el brazo y giró hacia la pared el panel de madera del icono.

—Aun así, debes ir a la catedral y celebrar la liturgia. ¿Has olvidado el trato que hicimos?

Konstantín lanzó el pincel.

—¿Qué pasa si me niego? ¿Vas a condenarme? ¿Me robarás el alma? ¿Me someterás a torturas?

—No —respondió el Oso, y le rozó la mejilla con suavidad—. Desapareceré, me iré, me lanzaré de nuevo a la fosa ardiente y te dejaré solo.

Konstantín se quedó quieto. ¿Solo? ¿Solo con sus pensamientos? A veces ese demonio le parecía lo único real en ese mundo ardiente de pesadilla.

—No te vayas —le pidió Konstantín. Sonó como un susurro chirriante.

La delicadeza con la que aquellos dedos gruesos le acariciaron la cara era sorprendente. Los ojos grandes de color azul intenso encontraron el ojo gris, un rostro cosido de cicatrices. El Oso le sopló la respuesta al oído:

—Yo he estado solo durante cien vidas humanas, encadenado en un claro bajo un cielo inmutable. Tú puedes crear vida con las manos de un modo que nunca había visto. ¿Por qué iba a irme? Konstantín no sabía si sentir alivio o terror.

—No obstante —murmuró el Oso—, la catedral aguarda.

Dmitri no estaba de acuerdo.

—¿Oficio divino para todo Moscú? —exclamó—. Padre, sed razonable. La gente se desmayará por culpa del calor o acabará pisoteada. Los nervios ya están a flor de piel sin que convoquemos a todo el mundo a sudar y rezar y besar iconos, por mucho que eso complazca a Dios. —Las palabras del final las había improvisado en el último momento.

El Oso, que observaba invisible, dijo satisfecho:

—Me encantan los hombres sensatos. Siempre quieren comprender lo imposible, pero no pueden. Meten la pata. Venga, padrecito. Ciégalo con tu elocuencia.

Konstantín no dio señales de haberlo oído aparte de apretar los labios. No obstante, habló con tono reprobador:

—Es la voluntad de Dios, Dmitri Ivánovich. Si tenemos la oportunidad de deshacernos de la maldición que asola Moscú, debemos aprovecharla. Los muertos contagian el miedo por la ciudad y ¿qué pasa si me avisan demasiado tarde? ¿Qué pasa si viene algo peor que un upyr y no puedo ahuyentarlo con rezos? Creo que lo

mejor es que toda la ciudad rece unida, y quizá así se acabe esta maldición.

Dmitri todavía fruncía el ceño, pero accedió.

A Konstantín, el mundo le pareció menos real cuando se atavió con la sotana blanca y escarlata, con el cuello alto y almidonado por detrás. En el momento en que agarró el pomo de la puerta del santuario, le corría un río de sudor por la espalda.

El Oso dijo:

—Quiero entrar.

—Entonces, entra —respondió Konstantín con la cabeza en otra parte.

El demonio emitió un sonido impaciente y le cogió la mano.

—Tienes que hacerme entrar tú.

Konstantín cerró el puño.

—¿Por qué no puedes entrar solo?

—Soy un demonio —dijo el Oso—. Pero también soy tu aliado, hombre de Dios.

Konstantín dejó que el Oso entrase con él al santuario y les lanzó una mirada rencorosa a los iconos. «¿Ves lo que hago cuando no me hablas?». El Oso echó un vistazo a su alrededor con curiosidad: el pan de oro, las cubiertas de los iconos con las gemas incrustadas, el techo de color azul y escarlata.

La gente.

La catedral estaba atestada: una muchedumbre que se empujaba y fluctuaba y olía a sudor rancio. Apelotonados ante el iconostasio, lloraban y rezaban bajo la mirada de los santos y también bajo la de un demonio silencioso que solo tenía un ojo.

El Oso salió con los clérigos cuando se abrieron las puertas del iconostasio de par en par. Le echó un vistazo a la multitud y dijo:

—Esto es buena señal. Vamos, hombre de Dios. Demuéstrame de qué estás hecho.

Cuando empezó la liturgia, Konstantín no sabía para quién cantaba: si era para el gentío que lo observaba o para el demonio que escuchaba. Pero se empleó con todo el tormento de su alma harapienta y la catedral entera lloró.

Al acabar, Konstantín regresó a su celda del monasterio, se apartó del mobiliario y se tumbó, enmudecido, con la ropa de lino empapada de sudor. Tenía los ojos cerrados y el Oso no hablaba, pero estaba allí. Konstantín notaba la presencia deslumbrante y sulfúrica.

Al final, el sacerdote saltó sin abrir los ojos:

—¿Por qué guardas silencio? He hecho lo que me habías pedido. El Oso contestó casi gruñendo:

—Has pintado las cosas que no quieres decir. Vergüenza y pena y todas esas emociones tan tediosas. Están todas ahí, en la cara del san Pedro. Y hoy has cantado todo lo que no te atreves a pronunciar. Lo he sentido. ¿Qué pasa si alguien se da cuenta? ¿Intentas romper la promesa?

Konstantín negó con la cabeza, aún sin abrir los ojos.

—Oirán lo que quieran oír y verán lo que quieran ver. Harán suyos mis sentimientos sin comprenderlos.

—Bien, los hombres son muy necios. —El Oso dejó el tema—. En cualquier caso, la escena de la catedral producirá suficientes. —Parecía satisfecho.

—¿Suficientes qué? —dijo Konstantín.

Para entonces el sol se había puesto; el ocaso verdoso ofrecía cierto descanso del calor salvaje. Se quedó quieto, respirando, buscando en vano el aire fresco.

—Suficientes muertos —respondió inclemente el Oso—. Todos han besado el mismo icono. Los muertos me son muy útiles. Mañana tienes que ir a ver al gran príncipe para afianzar tu relación con él. Ese monje que trata con brujas, el hermano Aleksandr, volverá. Tú debes encargarte de que, cuando el momento llegue, no le espere un sitio junto al gran príncipe.

Konstantín levantó la cabeza.

—El monje y el gran príncipe son amigos desde la infancia.

—Sí —convino el Oso—. Y más de una vez el monje ha tenido a bien mentirle a Dmitri. Da igual cuántos juramentos testarudos le haya hecho desde entonces: te aseguro que no serán suficientes para recuperar la confianza del príncipe. ¿O acaso te parece más difícil que conseguir que la turba quiera matar a una chica?

—Se lo merecía —musitó Konstantín, y se tapó los ojos con un brazo.

La negrura que había detrás de sus párpados le tiñó la vista de un verde amoratado y abrió los ojos de nuevo.

—Olvídate de ella —replicó el Oso—. Olvídate de la bruja. Vas a volverte loco de tanta lujuria y orgullo y arrepentimiento.

Había metido el dedo en la llaga. Konstantín se sentó y dijo:

—No puedes leerme la mente.

—No —aceptó el Oso—. Pero puedo leerte la cara, que es más o menos lo mismo.

Konstantín se recostó sobre las mantas ásperas. En voz baja, dijo:

—Creía que eso me satisfaría.

—La satisfacción no está en tu naturaleza —repuso el Oso.

—La princesa de Sérpujov no ha acudido a la catedral —dijo

Konstantín—. Nadie de su séquito.

—Eso será por la niña —explicó el Oso.

—¿Por María? ¿Qué pasa con ella?

—La habrán avisado los cherti. ¿Crees que por haber quemado a una has matado a todas las brujas de Moscú? De todos modos, no temas. Cuando caigan las primeras nevadas, aquí ya no quedará ninguna.

—¿No? —susurró Konstantín—. ¿Cómo puede ser?

—Porque hoy has metido a todo Moscú en la catedral —dijo satisfecho el Oso—. Necesitaba un ejército.

«¡Que no vaya nadie! —le había gritado María a su madre—. ¡Nadie!».

Madre e hija llevaban sendas camisolas finísimas; el sudor les perlaba la cara, tenían los ojos igual de vidriosos por el cansancio. Ese verano, las mujeres vivían en el terem en penumbra. Dentro no se encendía el fuego ni las lámparas ni las velas. El calor habría sido insoportable. De noche abrían las ventanas, pero de día las cerraban a cal y canto para preservar todo el frescor que pudiesen.

Y, de ese modo, las mujeres vivían en una oscuridad gris que afectaba a todas. María, sudada, estaba pálida, flaca y mustia.

Amable, Olga le dijo a su hija:

—Si la gente quiere ir a rezar a la catedral, yo no puedo impedírselo.

—Tienes que hacerlo —la instó María con urgencia—. Debes hacerlo. Me lo ha dicho el hombre del horno. Dice que la gente saldrá de allí enferma.

Olga, ceñuda, pensó en lo que decía su hija. María no había sido la misma desde que el calor las atenazaba. En circunstancias normales, Olga habría sacado a su familia de Moscú y la habría llevado a la ciudad de Sérpujov, que, por muy tosca que fuese, ofrecía tranquilidad y aire más fresco. Sin embargo, ese año habían llegado noticias de incendios en el sur y, con solo asomar la nariz a la calle, se veía una bruma blanca infernal y se olía el humo. Después estalló la peste en el posad y con eso se decidió. No pensaba mover a su familia de donde estaban. Pero…

—Por favor —le pidió María—, todos tienen que quedarse aquí. Con las puertas cerradas.

Olga no dejaba de fruncir el ceño.

—No puedo mantener las puertas cerradas para siempre.

—No hará falta —respondió María.

Olga sintió cierta incomodidad al ver lo directa que era la mirada de su hija. La niña crecía a marchas forzadas. El incendio y todo lo que había pasado después la habían cambiado. Veía cosas que su

madre no veía.

—Solo hasta que vuelva Vasia.

—Masha… —empezó Olga con cuidado.

—Volverá —afirmó su hija. No lo gritó con aire desafiante ni lloró ni le imploró a su madre que la entendiera. Lo dijo sin más—. Lo sé.

—Vasia no se atrevería —dijo Varvara, que llegaba con trapos húmedos y una jarra de vino que habían tenido envuelta en paja en el sótano—. Incluso si damos por sentado que aún vive, sabe que nos pondría a todos en grave peligro.

Le dio un trapo a Olga, que se lo pasó por las sienes.

—¿Desde cuándo eso impide que Vasia haga cosas? —preguntó Olga. Cogió la copa que Varvara le tendía. Las dos mujeres se miraron con preocupación—. No permitiré que los sirvientes vayan a la catedral, Masha. Aunque no me lo agradecerán. Y si tú… oyes… que Vasia ha vuelto, ¿me lo dirás?

—Por supuesto —asintió María de inmediato—. Hay que tener la cena preparada para ella.

—No creo que regrese —le confió Varvara a Olga—. Ha ido demasiado lejos.

VEINTE
LA BRIDA DE ORO

asia tenía la cabeza llena de medianoches invernales y temblaba por la falta de luz. No estaba segura de si conseguirían salir. Cabalgaban sin pausa, sobre cordilleras y valles lacados con hielo, plenos de oscuridad, como si jamás hubieran visto la luz del día. Allí, la presencia de Morozko a su espalda no la reconfortaba; él formaba parte de la larga y solitaria noche y la escarcha no lo perturbaba.

Trataba de pensar en Sasha, de pensar en Moscú y en la luz del día y en la vida que la esperaba al otro lado de la oscuridad. Pero los pilares de su vida se habían sumido en el caos y cada vez le costaba más concentrarse mientras atravesaban la gélida noche a caballo.

—No te duermas —le pidió Morozko al oído. Vasia había apoyado la cabeza en su hombro; la irguió de golpe, medio presa del pánico, y la yegua blanca inclinó la oreja con reprobación—. Si guío yo, acabaremos en alguna parte de mis tierras, en lo más profundo del invierno. Si todavía quieres ir a Moscú y en verano, debes permanecer despierta.

Cruzaban un claro lleno de campanillas de invierno; arriba brillaban las estrellas y a los pies tenían el leve dulzor de las flores.

Vasia se apresuró a erguir la espalda y tratar de centrarse. Era como si la oscuridad se burlase de ella. ¿Cómo se podía separar del invierno a su rey? Intentarlo siquiera era imposible. La cabeza le daba

vueltas.

—Vasia —dijo él con tono más afectuoso—, ven conmigo a mis tierras. El invierno no tardará en llegar a Moscú. De otro modo…

—Todavía no me he dormido —contestó con virulencia repentina —. Tú liberaste al Oso: debes ayudarme a encadenarlo.

—Será un placer. En invierno —propuso él—. Es tiempo, Vasia, nada más. ¿Qué son dos estaciones?

—Para ti tal vez sea muy poco; pero para mí y los míos es mucho. Morozko no se lo discutió más.

Vasia pensaba en ese olvido, en la extraña partida de la realidad que hacía nacer fuego de la nada o evitaba que los ojos de todo Moscú la vieran. Era imposible que el rey del invierno caminase por la calle en verano. Imposible, imposible.

Apretó los puños. «No —pensó—. No lo es».

—Un poco más —dijo.

Sin decir nada, la yegua blanca continuó a medio trote.

Por fin, cuando le flaqueaba la concentración como una llama sometida a ráfagas de viento, cuando el agotamiento se la tragaba y el brazo con el que Morozko la rodeaba por la cintura ya era lo único que la mantenía erguida, el frío perdió virulencia. Después apareció barro debajo de la nieve. Entraron en un mundo de hojas susurrantes. A las hojas caídas que pisaba la yegua blanca les salía un ribete de escarcha, y Vasia aguantó.

Al final, Vasia y Morozko y los dos caballos salieron de una noche para entrar en otra, y ella vio un campamento apostado en el meandro de un río.

En ese mismo instante, todo el peso del calor del verano le cayó encima como una mano y los últimos retazos del invierno quedaron atrás.

Morozko se hundía ingrávido a su espalda. Vasia se alarmó al ver que su mano se volvía cada vez más tenue, como cuando la escarcha se disuelve al entrar en contacto con agua caliente.

Se volvió y le agarró las manos.

—Mírame —le ordenó—. ¡Mírame!

Él la miró con ojos desprovistos de color, la tez igual de incolora, sin profundidad, como la luz difusa durante una tormenta de nieve.

—Me prometiste que no me dejarías sola —le recordó Vasia—. «No estás sola», me dijiste. ¿Tan poco te cuesta hacer falsos juramentos, rey del invierno? —Le atenazó las manos.

Él se irguió. Seguía allí, pero muy débil.

—Estoy aquí —murmuró. El hielo de su aliento, por increíble que pareciese, movió las hojas del bosque estival. Su voz se tiñó de humor

burlón—. Más o menos.

Sin embargo, temblaba.

—Has vuelto a tu propia medianoche —le informó *Pozhar*, indiferente a las cosas imposibles—. Me voy. Mi deuda está saldada.

Vasia le soltó las manos a Morozko con mucho cuidado. Como él no se desvaneció al instante, se deslizó por la pata delantera de la yegua.

—Gracias —le dijo a la yegua dorada—. No puedo agradecértelo lo suficiente.

Pozhar agitó una de las orejas, dio media vuelta y echó a trotar sin añadir ni una palabra más.

Mientras la yegua se marchaba, Vasia la contempló algo triste, tratando una vez más de no pensar en *Solovéi*. La hoguera del campamento que había junto al río resplandecía en la oscuridad.

—Viajar por la Medianoche está muy bien —comentó—, pero te encuentras con demasiada gente a oscuras. ¿Quién crees que será?

—No tengo ni idea —respondió cortante Morozko—. No veo. —Lo dijo con total naturalidad, aunque parecía afectado. En invierno, los sentidos le alcanzaban hasta muy lejos.

Se acercaron a hurtadillas y se detuvieron fuera de la zona que iluminaba la luz de la hoguera. Al otro lado de las llamas había una yegua gris con las patas maneadas. Levantó la cabeza con inquietud, escuchando la noche.

Vasia la conocía.

—Es *Tuman* —susurró.

Detrás de ella vio a tres hombres acampados, iban a dormir al raso. Tres buenos caballos y uno de carga. Uno de los hombres no era más que un montón envuelto en una capa. Pero los otros dos estaban sentados junto al fuego, hablando pese a lo tarde que era. Uno era su hermano, con la cara escuálida por la larga travesía y la piel quemada por el sol. Tenía mechones blancos en el pelo. El otro era el hombre más santo de toda la Rus: Sergui Rádonezhski.

Sasha levantó la vista al darse cuenta de que la yegua estaba inquieta.

—Hay algo entre los árboles —dijo.

Vasia no sabía cómo reaccionaría un monje, aunque fuera su hermano, al verla tal como estaba en ese instante: empapada de magia y oscuridad, comprometida con un demonio de las heladas. Pero se armó de valor y dio un paso adelante. Sasha se volvió de golpe y Sergui se levantó, vivaz a pesar de sus años. El tercero se irguió al instante y parpadeó. Vasia lo reconoció: Rodión Osliabia, uno de los monjes de la Lavra de la Santa Trinidad.

Tres monjes, sucios por los días que llevaban de viaje, acampados en un claro una noche de verano. Le dolía de lo ordinario que era; hacían que las medianoches de invierno que había dejado atrás parecieran un sueño.

Pero no lo eran. Vasia había juntado dos mundos.

No sabía qué podía pasar.

Lo primero que el hermano Aleksandr vio de su hermana fue la figura esbelta y el rostro magullado. Blasfemó en silencio; envainó la espada, dio las gracias y corrió hacia ella.

Estaba muy delgada. Tenía los ángulos del rostro muy afilados: a la luz de la hoguera, parecía una calavera. Pero ella le devolvió el abrazo con fuerza y, cuando él la miró, vio que tenía las pestañas mojadas.

Quizá él también llorase.

—María dijo que estabas viva. Yo… Vasia, lo siento. Perdóname. Quería salir a buscarte. Pero Varvara dijo que habías ido más allá de lo que nosotros podíamos comprender, que…

Ella interrumpió el torrente de palabras:

—No hay nada que perdonar.

—El fuego.

La expresión de Vasia se endureció.

—Todo ha terminado, hermano. El incendio y la hoguera.

—¿Dónde has estado? ¿Qué te ha pasado en la cara?

Ella se tocó la cicatriz del pómulo.

—Esto es de la noche que vino a por mí el tumulto de Moscú.

Sasha se mordió el labio. El padre Sergui intervino con voz aguda:

—Hay un caballo blanco entre los árboles. Y una…, una sombra.

Sasha se volvió y fue de nuevo a por la empuñadura de la espada.

A oscuras, acariciando el borde de la luz de la hoguera, había una yegua, blanca como la luna en una noche de invierno.

—¿Es tuya? —le preguntó Sasha a su hermana, y volvió a mirarla.

Junto a la yegua, una sombra los observaba. De nuevo, cogió la empuñadura.

—No —dijo su hermana—. No la necesitas, Sasha.

Sasha se percató de que la sombra era un hombre. Un hombre cuyos ojos eran dos puntos de luz, incolora como el agua. No era un hombre, sino un monstruo.

Desenvainó la espada.

—¿Quién eres?

Morozko no respondió, pero Vasia percibía su ira. Los monjes y él eran enemigos por naturaleza.

Al mirar a su hermano a los ojos, vio que la furia de Sasha no era tan solo el desdén impersonal que un monje sentía por un demonio y

tuvo una sensación desagradable.

—Vasia, ¿conoces a esta… criatura?

Ella abrió la boca, pero Morozko se acercó a la luz y habló primero:

—La escogí cuando era pequeña —declaró con frialdad—. La llevé a mi casa, forjé un vínculo entre nosotros mediante magia ancestral y la encaminé a Moscú.

Vasia miró a Morozko, furiosa y enmudecida. Era evidente que el desdén que sentía su hermano no era unilateral. «De todas las cosas que podría haber escogido para hablar con Sasha por primera vez…».

—Vasia —dijo el monje—, sea lo que sea que te haya hecho…

Pero ella lo interrumpió:

—Eso no importa. He atravesado la Rus a caballo, vestida de chico; he caminado sola en la oscuridad y de todo eso he salido con vida. Es demasiado tarde para tus escrúpulos. Ahora…

—Soy tu hermano —insistió Sasha—. Me concierne; es asunto de todos los hombres de esta familia que este…

—¡Nos abandonaste cuando yo era niña! —lo interrumpió ella—. Tú te has dedicado en primer lugar a la religión y, en segundo, al gran príncipe. Mi vida y mi destino están más allá de los juicios que tú puedas hacer.

Rodión intervino, ofendido:

—Somos hombres de Dios. Eso es un demonio. Creo que está todo dicho.

—Creo —terció Sergui— que falta algo por decir. —No hablaba en voz muy alta, pero todos se volvieron hacia él—. Hija mía —dijo con calma—, escucharemos tu historia desde el principio.

Se sentaron alrededor de la hoguera. Rodión y Sasha no envainaron la espada. Morozko no se sentó; daba vueltas intranquilo, como si no supiera qué le gustaba menos: los monjes y la hostilidad de la luz de la hoguera o la oscuridad del caluroso verano.

Vasia contó toda la historia, o las partes que podía. Cuando terminó, estaba ronca. Morozko no habló; a ella le daba la sensación de que necesitaba toda la concentración de la que disponía solo para no desaparecer. Quizá podría haber ayudado tocándolo o con su sangre, pero su hermano, taciturno, no le quitaba ojo al demonio de las heladas, y Vasia pensó que era mejor no provocarlo. Mantuvo los brazos alrededor de las rodillas.

—No nos lo has contado todo.

—No —admitió Vasia—. Hay cosas para las que no existen palabras. Pero he dicho la verdad.

Sergui guardó silencio. Sasha continuaba manoseando la

empuñadura de la espada. La hoguera se apagaba; aunque fuese una paradoja, Morozko parecía más real iluminado por aquel resplandor rojizo que a la luz de las llamas. Sasha y Rodión lo miraban con hostilidad no disimulada. De pronto, Vasia pensó que su esperanza era vana, que era imposible que aquellos dos poderes se uniesen en una causa común. Intentó impregnar la voz de toda su convicción y dijo:

—El mal anda suelto por Moscú. Debemos enfrentarnos a él juntos; de lo contrario, fracasaremos.

Los monjes guardaron silencio.

Pero después Sergui habló despacio:

—Si hay una criatura maligna en Moscú, ¿qué debemos hacer, hija mía?

Vasia sintió una brizna de esperanza. Rodión emitió un sonido de protesta y Sergui levantó la mano para silenciarlo.

—No podemos matar al Oso, aunque podemos atarlo.

Les contó todo lo que sabía sobre la brida dorada. Sasha intervino de forma inesperada:

—La encontramos. Entre los escombros del establo quemado, la noche que… La noche que…

—Sí —se apresuró a interrumpirlo Vasia—. Esa noche. ¿Dónde está ahora?

—En el tesoro de Dmitri, si es que no la ha fundido. Como es de oro… —contestó Sasha.

—Si Sergui y tú le explicáis juntos para qué es, ¿os la dará?

Sasha abrió la boca con intención de pronunciar un sí muy evidente. Pero enseguida frunció el ceño.

—No lo sé. No he… Dmitri no confía en mí tanto como antes. En cambio, tiene mucha fe en el padre Sergui.

Vasia sabía que admitir eso le dolía. Y también sabía qué motivo había llevado a Dmitri a no confiar en su hermano.

—Lo siento —se disculpó.

Él negó con la cabeza una vez, pero no respondió.

—No podéis confiar en que el gran príncipe tenga fe en nadie —intervino Morozko por primera vez—. El mayor don de Medved es el desorden y sus herramientas son el miedo y la desconfianza. Sabrá que ambos estáis de camino y habrá hecho planes al respecto. Hasta que esté encadenado, no podéis fiaros de nadie; ni siquiera de vosotros mismos, puesto que hace enloquecer a los hombres.

Los monjes se miraron.

—¿Podemos robar la brida? —preguntó Vasia.

Los tres religiosos pusieron cara de santurrones y no respondieron. A ella le dieron ganas de mesarse el cabello por la exasperación.

Emplearon mucho tiempo en hacer planes. Cuando acabaron, Vasia estaba desesperada por dormir. No solo para descansar, sino porque dormir en su propia medianoche implicaba que, cuando despertase, saldría el sol. Durante el tiempo que había durado la conversación, estaba en la Medianoche. Todos lo estaban: atrapados con ella en la oscuridad. Se preguntó si Sasha se había planteado qué retrasaba el alba.

—Podemos continuar hablando por la mañana.

Se levantó y se apartó del fuego. Buscó un lugar donde abundaban las hojas de pino secas y se arropó con la capa.

Morozko les hizo una reverencia a los monjes. Un ápice de burla en aquel gesto tiñó el rostro de Sasha de un color rabioso.

—Hasta mañana —se despidió el rey del invierno.

—¿Adónde vas? —exigió saber Sasha.

—Voy al río —se limitó a decir Morozko—. Nunca he visto el amanecer sobre agua corriente.

Y desapareció en la oscuridad de la noche.

Sasha quería arrojarse al suelo, presa de la frustración y el miedo. Quería atacar a esa criatura hecha de sombras, quería sacarse de la cabeza la idea de que le susurrase cosas al oído a su hermana virgen. Contempló el lugar por donde el demonio había desaparecido; mientras tanto, Rodión lo miraba con preocupación y Sergui con aire comprensivo.

—Siéntate, hijo mío —dijo Sergui—. No es momento de enfadarse.

—¿Vamos a hacer tratos con un demonio? Es un pecado que ofenderá a Dios y…

Sergui contestó con tono reprobador:

—A los hombres y las mujeres no les corresponde atreverse a suponer cuáles son los deseos del Señor. Eso conduce al pecado; los hombres se creen demasiado importantes cuando piensan: «Yo sé lo que Dios quiere, puesto que también es lo que yo quiero». Puede que tú odies a ese que tu hermana llama rey del invierno por cómo la mira. Pero no la ha lastimado; ella dice que le ha salvado la vida. Tú no pudiste hacer lo mismo.

Era un comentario muy severo, y Sasha se estremeció.

—No —admitió en voz baja—. No pude. Pero él tal vez la haya condenado.

—Eso no lo sé —dijo Sergui—. No hay manera de saberlo. Lo que a nosotros nos concierne son los hombres y las mujeres, los desamparados y asustados. Por eso vamos a Moscú.

Sasha guardó silencio durante un buen rato. Al final, cansado, le echó un leño al fuego.

—No me da buena espina —masculló.

—Me temo —repuso Sergui— que a él eso no le importa en absoluto.

Vasia se despertó con la luz brillante del día. Se levantó de un brinco y volvió la cara hacia el sol. Por fin salía de las tierras de la Medianoche; esperaba no tener que tomar ese camino oscuro nunca más.

Durante un momento, disfrutó de la calidez. Después, el calor se acumuló inexorable. Le cayó el sudor entre los pechos y por la espalda. Aún llevaba la camisa de lana de la casa que había a orillas del lago y deseó tener una de lino.

Con los pies descalzos, bebió el frescor de la tierra húmeda por el rocío. Morozko estaba a tan solo unos pasos de allí, cepillando la yegua blanca. Se preguntó si durante la noche se había quedado por allí cerca o si había vagado por otra parte, si habría dejado un toque de escarcha extraña en la tierra estival. Los monjes aún dormían con la facilidad que tienen los hombres para dormir en verano, cuando ya se ha hecho de día.

Las pieles y la seda bordada de Morozko habían desaparecido, como si a plena luz del día no pudiera aferrarse a los adornos del poder. Podría haber sido un campesino cualquiera con los pies en la hierba, solo que a su paso dejaba una estela de escarcha en la tierra y de los puños de la camisa le caían gotas de agua fría. A su alrededor flotaba cierto frescor pese a la humedad de la mañana. Vasia respiró reconfortada y dijo:

—Dios, qué calor.

Morozko tenía un aspecto sombrío.

—Es obra del Oso.

—¿Cuántas veces habré deseado mañanas como esta en invierno? —reconoció Vasia para ser justa—. Y no pasar frío en todo el día. —Se acercó a acariciarle el cuello a la yegua blanca—. Y en verano me acuerdo de lo sofocantes que son las mañanas así. ¿Tú pasas calor?

—No lo siento —respondió él sin más—. Pero intenta deshacerme.

Arrepentida, Vasia le tocó la mano mientras él le acariciaba la cruz a la yegua. La conexión entre ambos cobró vida y su contorno se definió un poco más. Él le cogió la mano. Ella se estremeció y sonrió. Sin embargo, la mirada de Morozko era distante; no podía disfrutar el recordatorio de su propia debilidad.

Ella lo soltó.

—¿Crees que el Oso sabe que estás aquí?

—No. E intentaré que siga así. Lo mejor es que viajemos durante dos días y entremos en Moscú por la mañana, a plena luz del día.

—¿Por las criaturas muertas? —preguntó Vasia—. ¿Los upyr? ¿Sus sirvientes?

—Solo salen de noche —dijo él.

La expresión de sus ojos incoloros era salvaje. Vasia se mordió el labio.

«Una vieja contienda», lo había llamado Ded Grib. ¿Se había convertido en un tercer poder en esa guerra, tal como el chert había afirmado? ¿O se había unido al bando del rey del invierno? De pronto, el muro de los años que había entre ambos se le antojó tan insalvable como lo había sido antes de la noche que habían pasado en los baños.

Se obligó a hablar con tono cortante:

—Supongo que, al cabo de un día caluroso, hasta mi hermano vendería el alma a cambio de agua fría. No lo provoques, por favor.

—Estaba enfadado —dijo él.

—No viajaremos con ellos durante mucho tiempo.

—No. Aguantaré el verano tanto como pueda; pero, Vasia, no seré capaz de soportarlo para siempre.

No comieron nada; hacía demasiado calor. Todos estaban sudorosos y acalorados incluso antes de partir. Tomaron el sendero estrecho que serpenteaba junto al Moscova y se dirigía a la ciudad desde el este. Vasia tenía el estómago revuelto de los nervios.

Había llegado el momento de regresar a Moscú, pero ya no quería. Estaba muerta de miedo. Caminaba fatigosamente por la tierra seca mientras se recordaba a sí misma que sabía hacer magia, que tenía aliados. Sin embargo, a la luz inclemente del día le costaba creerlo.

Morozko había dejado que la yegua blanca fuese a pastar junto al río y permaneciese oculta a la vista de los hombres. Él hacía lo mismo: era poco más que una brisa fresca que alborotaba las hojas.

El sol subió más y más sobre un mundo aletargado. Las sombras grises se extendían como barrotes de hierro a lo largo del camino. A mano izquierda, transcurría el río. A mano derecha, había un vasto campo de trigo de color dorado rojizo, igual que el pelaje de *Pozhar*, que siseaba mientras un viento cálido tumbaba los tallos. El sol era como un mazazo entre los ojos. El camino les cubría los pies de polvo.

Anduvieron sin cesar, sin apartarse del trigo. Se les hacía eterno. Se les hacía… De repente, Vasia se detuvo, usó la mano a modo de visera y dijo:

—¿Cómo de grande es este campo?

Los hombres se detuvieron al tiempo que ella; se miraron. Nadie lo sabía. Ese día cálido parecía interminable. No se veía a Morozko por ninguna parte. Vasia oteó la extensión de trigo. Un remolino de polvo se elevó sobre la hierba dorada y rojiza; en el cielo había una neblina

amarillenta y el sol continuaba alto, muy alto… ¿Cuánto tiempo llevaba ahí arriba?

Cuando ya habían parado, Vasia se percató de que los monjes estaban rojos y tenían la respiración acelerada. ¿Más acelerada que antes? ¿Demasiado? Hacía muchísimo calor.

—¿Qué pasa? —preguntó Vasia, y se secó el sudor de la frente. Señaló el remolino—. Creo que…

De pronto, con un jadeo ensordecido, Sergui se derrumbó sobre la crin de su caballo y cayó hacia uno de los lados. Sasha lo atrapó; la montura de Sergui, un animal muy sosegado, no se movió, sino que inclinó una oreja con desconcierto. El padre tenía la piel de color escarlata; había dejado de sudar.

Detrás de los monjes, Vasia alcanzó a ver a una mujer de piel clara y el cabello decolorado; enarbolaba una hoz con una de sus manos, del color de los huesos.

No era una mujer. Sin pensárselo dos veces, Vasia se abalanzó, agarró a la chert por la muñeca y la obligó a retroceder.

—Conozco a la señora de la Medianoche —le dijo Vasia sin soltarla —. Pero no había conocido a su hermana Poludnitsa. Dicen que, con solo tocarlos, puede hacer que los hombres enfermen de calor.

Sasha se había arrodillado sobre el polvo con Sergui entre los brazos y el rostro afligido. Rodión había corrido a por agua. Vasia no estaba segura de si la encontraría. El campo de trigo a mediodía era el reino de Poludnitsa y ellos habían topado con él.

—¡Suéltame! —bufó Mediodía.

Vasia no hizo caso.

—Suéltanos tú a nosotros —le ordenó—. No tenemos nada pendiente contigo.

—¿Que no? —La melena blanca de la chert chasqueó como el trigo bajo un viento abrasador—. Sus campanas acabarán con nosotros. Eso es una cuenta pendiente, ¿no te parece?

—Lo único que quieren los que hacen las campanas es vivir. Como todos nosotros.

—Si solo pueden vivir matando —soltó la señora del Mediodía—, es mejor que mueran.

Rodión regresó sin agua; Sasha se había levantado y tenía la mano en la empuñadura ardiente de la espada, pero no veía con quién hablaba su hermana.

Esta le dijo a Mediodía:

—Sus muertes son tuyas; los hombres y los cherti están unidos, para bien o para mal. Pero puede ser para bien. Podemos compartir este mundo.

A fin de mostrarle sus buenas intenciones, Vasia estiró el brazo y se cortó el pulgar con la hoz hasta que brotó sangre. Oyó que, a su espalda, los monjes cogían aire de golpe y cayó en que el contacto con su sangre les permitía ver al demonio.

Mediodía soltó una risa estridente.

—¿Vas a salvarnos tú, niñita mortal? El Oso nos ha prometido una guerra y una victoria.

—El Oso dice muchas mentiras —repuso Vasia.

Justo entonces, la voz débil de Sergui susurró detrás de ella:

—Teme y huye, espíritu turbio y maldito, visible mediante engaños, oculto con disimulo. Ya seas de la mañana, el mediodía, la medianoche o la noche, yo te expulso.

Mediodía chilló, esa vez con auténtico dolor; soltó la hoz, retrocedió y empezó a desvanecerse.

—¡No! —les gritó Vasia a los monjes—. No es lo que pensáis. No es lo que ellos piensan. —Se lanzó hacia Mediodía y la agarró de la muñeca para evitar que desapareciese por completo—. Te veo —le dijo en voz baja—. Sigue viviendo.

Mediodía se quedó allí un instante: herida, temerosa, curiosa. Y después se la llevó un remolino y se desvaneció.

Morozko apareció en el resplandor del mediodía.

—¿No te habló tu aya de los peligros de los campos de trigo en verano? —le preguntó.

—¡Padre! —gritó Sasha justo cuando Vasia se volvió hacia los monjes.

Sergui respiraba demasiado deprisa y el pulso le vibraba en la garganta. Morozko podría haber dudado, pero musitó algo, se arrodilló en el polvo y le posó los largos dedos en el cuello, donde se notaba el pulso frenético del monje. Al mismo tiempo, soltó aire y apretó el otro puño.

—¿Qué haces? —exigió saber Sasha.

—Espera —le dijo Vasia.

Se levantó viento. Al principio no tenía mucha fuerza, pero después aceleró y el trigo se dobló. Era un viento frío: el viento del invierno, con olor a pino, imposible en mitad del calor y el polvo.

Morozko apretaba la mandíbula y su contorno se volvía más tenue a medida que el viento soplaba más fuerte. Estaba a punto de desaparecer, su presencia tan inimaginable como un copo de nieve en el auge del verano. Vasia lo agarró por los hombros.

—Todavía no —le murmuró al oído.

Él le lanzó una mirada breve y aguantó.

A medida que el aire refrescaba, la respiración y el pulso de Sergui,

acelerado como el de un conejo, empezaron a aminorar. Sasha y Rodión también tenían mejor aspecto. Vasia daba grandes bocanadas de aire frío. Pero la silueta de Morozko titilaba mucho, a pesar del contacto que ella mantenía.

Sasha sorprendió a todos con una pregunta:

—¿Qué puedo hacer?

La esperanza había superado a la censura que expresaba su rostro. Ella lo miró sorprendida.

—Tienes que verlo. Y acordarte de él.

Morozko apretó los labios, pero no dijo nada.

Sergui respiró hondo. El aire que los rodeaba era tan fresco que a Vasia se le secó el sudor que se le acumulaba bajo la camisa sofocante. El viento amainó hasta convertirse en brisa. El sol se había desplazado; el calor era intenso, pero no mortal. Morozko bajó la mano y agachó la cabeza, gris como la nieve de primavera. Vasia no le quitó las manos de los hombros. Le corría agua fría por los dedos y a él por la espalda.

Todos guardaban silencio.

—Creo que de momento no continuaremos —decidió Vasia, y miró al demonio de las heladas y después a los monjes, cuya ropa estaba manchada de sudor—. No vale la pena hacerle el trabajo al Oso y perecer antes de llegar.

Nadie contestó.

Encontraron una pequeña hondonada junto al río donde se estaba fresco gracias a la hierba y al movimiento del agua. A sus pies, el río corría marrón y a toda prisa hacia Moscú, donde se unían el Moscova y el Neglínnaya. A lo lejos, entre una bruma densa, alcanzaban a ver la ciudad taciturna. Un poco más abajo de donde estaban, el río se llenaba de embarcaciones.

Hacía demasiado calor para comer, pero Vasia cogió un poco de pan que le dio su hermano y echó unas migas al agua. Creyó ver unos ojos saltones de pez, una onda que no formaba parte de la corriente, pero eso fue todo.

—Madre. Nuestra madre también echaba pan al agua de vez en cuando —comentó Sasha al verla—. Decía que era para el rey del río.

Después apretó los labios. Sin embargo, Vasia interpretó la confirmación de que comprendía; fue como una disculpa. Le ofreció una sonrisa tímida.

—Ese demonio quería matarnos —musitó Sergui con la voz aún ronca.

—Tenía miedo —explicó Vasia—. Todos tienen miedo. No quieren desaparecer. Creo que el Oso los asusta todavía más y por eso nos

atacan. No era culpa de ella. Padre, los exorcismos solo sirven para que sean más los que se ponen de parte del Oso.

—Puede ser —dijo Sergui—. Pero no quería morirme en un campo de trigo.

—Y no lo habéis hecho —repuso Vasia—. Porque el rey del invierno os ha salvado la vida.

Nadie contestó.

Vasia los dejó a la sombra, se levantó y fue aguas abajo, donde no pudieran oírla hablar. Se agachó entre la hierba crecida, metió los pies en el río y dijo en voz alta:

—¿Estás bien?

Silencio. Y después sonó su voz en la quietud estival:

—He estado mejor.

Se acercó entre la hierba sin hacer ruido y bajó al suelo, a su lado. En cierto modo, mirarlo le costaba más que antes, como cuando se desliza la vista por aquello imposible que no se comprende. Ella la forzó y siguió contemplándolo hasta que la sensación se disipó. Estaba sentado con las rodillas recogidas, mirando el centelleo cegador del agua. Con tono amargo, Morozko dijo:

—¿Por qué teme mi hermano que esté libre? Soy menos que un fantasma.

—¿Se ha enterado ya?

—Sí —respondió Morozko—. ¿Cómo no iba a hacerlo? He hecho venir al viento del invierno… No podría haber dado una señal más clara de mi presencia, aparte de gritarle a la cara. Si todavía queremos ir a Moscú, tendremos que ir hoy, pese al riesgo de que se ponga el sol. Mi esperanza era evitar la noche y los upyr, pero si él va a mandar a sus siervos a matarte, lo mejor es que consigamos la brida cuanto antes.

Vasia sintió un escalofrío pese a que era pleno día.

—Hay un motivo por el que los cherti como la señora del Mediodía están de parte del Oso —le dijo entonces.

—Puede que muchos lo estén. Aunque no todos —replicó Morozko —. Los cherti no quieren desaparecer, pero la mayoría sabemos que declararles la guerra a los hombres es un disparate. Nuestros destinos están unidos.

Ella no dijo nada.

—Vasia, ¿cómo de cerca estuvo mi hermano de persuadirte para que te unieses a él?

—No estuvo cerca —contestó ella. Morozko enarcó una ceja. En voz más baja, añadió—: Lo pensé, me preguntó qué lealtad podía tenerle a la Rus, puesto que una turba había matado a mi caballo en

Moscú.

—Liberaste a *Pozhar* y ella incendió Moscú —afirmó Morozko, que de nuevo miraba el agua—. Provocaste la muerte del bebé de tu hermana, aunque ella estaba dispuesta a morir para que la criatura viviese. Tal vez solo pagaras por tu necedad.

El tono era hiriente y las palabras tan repentinas como afiladas. Sorprendida, Vasia dijo:

—Yo no pretendía…

—Llegaste a la ciudad como un pájaro encerrado en una jaula de mimbre, arremetiste contra los barrotes y los rompiste. ¿Aún te preguntas por qué acabó como acabó?

—¿Adónde debería haber ido? —le espetó—. ¿A casa, para que me quemasen por bruja? ¿O debería haberte hecho caso, llevar tu collar, casarme, tener hijos y sentarme de vez en cuando junto a la ventana para recordar con cariño los días que pasé con el rey del invierno? ¿Debería haber dejado…?

—Deberías pensar las cosas antes de hacerlas. —Mascaba las palabras como si la última pregunta de Vasia le hubiera escocido.

—Y lo dice el demonio de las heladas, que arriesgó su reino para salvarme la vida.

Él no contestó. Vasia se tragó más palabras que habría dicho en caliente. No entendía qué había entre los dos. No era sabia ni bella. Ninguno de los cuentos hablaba de deseo y también de resentimiento, de grandes gestos y errores imperdonables.

—Si el Oso se saliera con la suya —dijo Vasia con un tono más moderado—, adoraríamos a los cherti.

—Si se saliera con la suya, lo adoraríais a él —contestó Morozko—. Creo que lo que les suceda a los cherti le trae sin cuidado, siempre y cuando sirvan a sus propósitos. —Hizo una pausa—. Igual que lo que les pase a los hombres y a las mujeres que mueran por sus estratagemas.

—De haber querido darlo todo por la causa del Oso, no habría ido a buscarte —replicó Vasia—. Pero sí, a veces pienso que es una amargura volver a la ciudad e intentar salvarla.

—Pasarte los días cargando con el recuerdo de ofensas solo te hará daño a ti.

Vasia lo miró malcarada y él a ella con los ojos entornados. ¿Por qué se había enfadado? ¿Y ella? Había oído hablar de matrimonios que se concertaban con mucho cuidado; había oído hablar de pretendientes que en verano cortejaban a campesinas de pelo amarillo al anochecer. Llevaba escuchando cuentos de hadas desde antes de aprender a hablar. Y nada de eso la había preparado para semejante

momento. Le hizo falta apretar los puños para evitar tocarlo.

Él se apartó de golpe, justo cuando ella se llenaba los pulmones con aire entrecortado y dirigía la mirada hacia el agua.

—Voy a dormir al sol —dijo Vasia—. Hasta que el padre Sergui esté listo para continuar. Si hago eso, ¿desaparecerás?

—No —contestó él, aunque lo dijo como si eso le molestase.

Sin embargo, Vasia tenía calor y sueño y, por mucho que lo intentase, su reacción no le importaba. Se acurrucó en la hierba, cerca de él. Lo último que sintió fue el tacto leve y frío de sus dedos en el pelo, a modo de disculpa, y entonces se durmió profundamente.

Un rato después los encontró Sasha. El demonio de las heladas estaba sentado con la espalda recta, vigilante. La luz vespertina del verano parecía brillar a través de él. Levantó la vista cuando el monje se acercaba, y a este le sorprendió mucho la expresión que tenía el rey del invierno: espontánea por un instante fugaz. Vasia se revolvió.

—Deja que duerma, rey del invierno —dijo Sasha, y aunque Morozko no respondió, movió una de las manos para alisarle el pelo alborotado. Mientras los observaba, Sasha añadió—: ¿Por qué le has salvado la vida al padre Sergui?

—No es por nobleza de carácter, si eso es lo que piensas —dijo Morozko—. Hay que encadenar al Oso y no podemos hacerlo solos.

Sasha guardó silencio mientras le daba vueltas a la respuesta. Después habló:

—No eres una criatura de Dios.

—No lo soy.

La otra mano, suelta, descansaba con una quietud antinatural.

—Pero le salvaste la vida a mi hermana. ¿Por qué?

El demonio lo miró sin ambages.

—Primero fue para satisfacer mis estratagemas. Pero después porque no soportaba verla muerta.

—¿Y ahora por qué viajas con ella? No puede ser fácil para un demonio de las heladas en pleno verano.

—Me lo ha pedido. ¿A qué vienen tantas preguntas, Aleksandr Peresvet?

El epíteto lo había pronunciado a medio camino entre en serio y en tono de burla. Sasha tuvo que tragarse una oleada de rabia.

—Porque, después de estar en Moscú —dijo, tratando de hablar con normalidad—, se fue a un… lugar oscuro. Me dijeron que no podía ir a buscarla.

—Y no podías.

—Pero ¿tú sí?

—Sí.

Sasha digirió la información.

—Si vuelve a adentrarse en la oscuridad, ¿juras no abandonarla?

Si eso sorprendió al demonio, no dio señales de ello. Con expresión distante, dijo:

—No la abandonaré. Pero algún día irá adonde ni siquiera yo pueda seguirla. Soy inmortal.

—En ese caso, si te lo pide, si hay un hombre capaz de darle calor y rezar por ella y darle hijos, permite que se marche. No la dejes en ese mundo de oscuridad.

—Deberías decidirte —replicó Morozko—. ¿Juro no abandonarla o juro entregársela a un hombre viviente? ¿Cuál de las dos? —Su tono era cortante.

Sasha llevó la mano a la espada. Sin embargo, no la agarró.

—No lo sé. Nunca la he protegido. No sé por qué motivo debería saberlo. —El demonio no respondió y Sasha reflexionó—: Vivir en un convento la habría destrozado. —A regañadientes, añadió—: Un matrimonio también, por muy bueno que fuese el marido y bonita la casa. —Morozko seguía sin decir nada—. Pero temo por su alma. —Sasha levantó la voz sin querer—. Temo que se encuentre sola en sitios oscuros y temo por que tú estés a su lado. Es un pecado. Y tú eres un cuento de hadas, una pesadilla. No tienes alma.

—Tal vez no —convino el rey del invierno. Seguía enredando los dedos en el pelo de Vasia.

Sasha apretó los dientes. Quería exigir promesas, compromisos, confesiones, aunque solo fuese para demorar el momento de aceptar que había cosas que él no podía cambiar. Aun así, se tragó las palabras. Sabía que no servirían de nada. Ella había sobrevivido a heladas e incendios, había encontrado un refugio, por breve que fuese. Quizá eso era todo lo que alguien podía pedir en un mundo tan salvaje.

Retrocedió.

—Rezaré por los dos —dijo con voz cortante—. Pronto partiremos.

VEINTIUNO
EL ENEMIGO A LAS PUERTAS

uando llegaron a la orilla reseca del Moscova y buscaron una barca que los llevase al otro lado, ya era por la tarde, una tranquila y luminosa, con largas sombras grises que mudaban a violeta.

El barquero solo tenía ojos para los monjes. Vasia mantuvo la cabeza gacha. Con el pelo corto, la ropa basta y el cuerpo desgarbado, pasaba por un mozo de caballeriza. Al principio, mientras se ocupaba de que los caballos no se alborotasen con el movimiento de la barca, no le costó olvidarse de dónde estaba. Sin embargo, a medida que se acercaban a la otra orilla del río, se dio cuenta de que el corazón le latía cada vez más y más deprisa.

En su mente, el Moscova era puro hielo teñido de rojo por la luz de las llamas, hombres y mujeres se arremolinaban furiosos alrededor de una pira construida con prisas. Tal vez en ese instante la barca navegase justo donde sus últimas cenizas se habrían hundido en el agua indiferente.

A duras penas tuvo tiempo de alcanzar la borda antes de vomitar en el río. El barquero se rio.

—Pobre campesino, ¿nunca te habías subido a una barca?

El padre Sergui, con manos bondadosas, le sostuvo la cabeza durante las arcadas.

—Mira la orilla —le dijo—, ¿ves lo quieta que está? Toma un poco

de agua limpia, bebe. Así, muy bien.

Fue el tacto gélido en la nuca de unos dedos fríos e invisibles lo que la hizo volver en sí. «No estás sola —dijo él con una voz que nadie más que ella oía—. No lo olvides».

Vasia se incorporó con la cara muy larga y se secó la boca.

—Estoy bien, padre —tranquilizó a Sergui.

La barca rechinó contra la madera del muelle. Vasia cogió al caballo de carga por el cabestro y lo bajó a la orilla. La cuerda le resbalaba de las manos por el sudor. La gente se afanaba por entrar en la ciudad antes de que cerrasen las murallas hasta la mañana siguiente. Era fácil quedarse un poco rezagada detrás de los tres monjes. La presencia fría de Morozko caminaba invisible a su lado. Esperando.

¿Reconocería alguien a la bruja que creían haber quemado? Había gente por delante y por detrás; gente por todas partes. Vasia sintió miedo. El aire olía a polvo y a pescado podrido, a enfermedad. Le caía un hilo de sudor entre los pechos.

Mantenía la cabeza baja a fin de parecer insignificante y, al mismo tiempo, trataba de controlar el pulso acelerado de su corazón. El hedor de la ciudad le traía recuerdos demasiado deprisa como para ir sacudiéndoselos uno a uno: el fuego, el terror, manos que le tiraban de la ropa. Rezó por que nadie se preguntase por qué llevaba una camisa gruesa y una chaqueta con el calor que hacía. En toda su vida, jamás se había sentido tan vulnerable.

Los tres monjes se detuvieron al llegar a la puerta. Los guardianes de la muralla se tapaban la boca y la nariz con saquitos de hierbas secas mientras registraban carretas y les hacían preguntas a los viajeros. El río les reflejaba puntos de luz en los ojos.

—Vuestro nombre y vuestro propósito, forasteros —les dijo el capitán de la guardia.

—No soy forastero. Soy el hermano Aleksandr —contestó Sasha—. Vuelvo a casa de Dmitri Ivánovich acompañando al santo padre Sergui Rádonezhski.

El capitán lo miró malcarado.

—El gran príncipe ha ordenado que os lleven ante él a vuestra llegada.

Vasia se mordió el labio. Sasha respondió sin alterarse:

—Acudiré al gran príncipe en su momento. Pero el santo padre debe ir primero al monasterio a descansar y rezar en agradecimiento por haber llegado sano y salvo.

A Vasia le resbalaban las manos de las riendas del caballo.

—El santo padre puede ir adonde le plazca —repuso cortante el

capitán—. Pero vos acudiréis al gran príncipe tal como se ha ordenado. Haré que os escolten mis hombres. El gran príncipe ha recibido consejo y no confía en vos.

—¿Quién le ha ofrecido ese consejo? —exigió saber Sasha.

—El hacedor de milagros. —Al guardián de la muralla se le tiñó la voz de cierta emoción—: El padre Konstantín Nikonóvich.

«El Oso sabe que vamos —le había dicho Morozko a Sergui y a Sasha esa tarde sofocante cuando se dirigían a la ciudad por la ribera del Moscova—. Es posible que os retengan a la entrada. Si es así…».

Vasia a duras penas respiraba a causa del pánico. Pero se las arregló para musitarle al caballo de carga que tenía al lado:

—¡Encabrítate!

La criatura de patas pesadas rompió a corcovear con frenesí. Al cabo de un momento, *Tuman*, la yegua guerrera de Sasha, se encabritó y atacó con las patas delanteras. El caballo de Rodión también se puso a dar saltos justo a la entrada de la muralla y, entonces, Sergui alzó la voz, que seguía siendo fuerte y firme pese a su edad:

—Ven, hermano, recemos todos…

Justo en ese instante, *Tuman* le propinó una coz a uno de los guardias. Cuando el caos estaba en su punto más álgido, Vasia se coló por la puerta con Morozko a la zaga.

Olvidar. Igual que aquella noche en ese mismo río: había olvidado que la veían. Ni que decir tenía que los guardias probablemente no la habrían visto ni prescindiendo de la magia, puesto que los tres monjes habían atraído la atención con suma eficacia.

Vasia esperó a la sombra de la muralla. Esperó a que Sasha entrase con Sergui para seguirlos bajo un manto de invisibilidad hacia el palacio del gran príncipe, entrar con ellos sin ser vista y robar la brida.

—¿Me tienes por un auténtico necio, hermano? —preguntó una voz familiar. En ese tono alegre residían el choque entre ejércitos, los gritos de los hombres. El Oso estaba a la sombra de la muralla y parecía haber crecido desde la última vez que ella lo había visto, como si se hubiera nutrido de la miasma de miedo y enfermedad que recorría Moscú—. La ciudad es mía —dijo—. ¿Qué esperas conseguir viniendo aquí como un fantasma en compañía de una panda de monjes? ¿Vas a delatarme a la nueva religión? ¿A hacer que me exorcicen? Yo soy más fuerte. Esta vez no tendrás una agradable prisión en el olvido, sino cadenas y una oscuridad perpetua. Pero eso después de que la haya matado y la haya convertido en mi sierva delante de ti.

Morozko no habló. Tenía una daga de hielo, aunque la hoja

goteaba agua cada vez que la movía. Miró a Vasia un instante, sin palabras.

Ella echó a correr.

—¡Bruja! —gritó el Oso con la voz que los hombres oían—. ¡Una bruja! ¡Ahí va una bruja!

Algunos ya se volvían; de pronto, esa voz enmudeció de golpe. Morozko le había lanzado la daga a la garganta, pero el Oso la había apartado de un manotazo y peleaban como lobos, invisibles entre el polvo.

Vasia huyó con el corazón martilleándole en las sienes, oculta en la sombra de los edificios.

Intentaba no pensar en lo que ocurría allí atrás; Sasha y Sergui iban a distraer a Dmitri y Morozko retenía al Oso.

El resto dependía de ella.

«Si es necesario, lo distraeré; pero no puedo hacerlo durante un tiempo indefinido —había dicho Morozko—. Hasta el atardecer, no más. Y para entonces ya dará igual. Él dispondrá de los muertos, dispondrá del poder que le dan los miedos de los hombres, que surgen de la oscuridad. Vasia, hay que encadenarlo antes de que se ponga el sol».

Así que corrió con los ojos escocidos del sudor que se le deslizaba por la frente. Las miradas de los cherti le llovían como una granizada intensa, pero Vasia no se volvía. La gente andaba con pesadez, inmersa en sus asuntos, empapada de sudor, dando bocanadas de aire y tapándose con saquitos de flores secas para mantener las enfermedades a raya, y nadie reparaba en ese muchacho larguirucho. Un hombre había muerto acurrucado en un rincón, entre dos edificios, y se le acumulaban las moscas en los ojos abiertos. Vasia se tragó las arcadas y continuó corriendo. A cada paso tenía que combatir el miedo de estar de nuevo en Moscú y, además, sola. Todos los ruidos, todos los olores, todas las esquinas de las calles le traían a la mente recuerdos que la paralizaban; se sentía como una niña corriendo por el cieno pegajoso de una pesadilla.

La muralla del palacio de Sérpujov estaba reforzada y vuelta a reforzar; arriba había una hilera de estacas de madera, además de los guardias de la puerta. Sin dejar de combatir ese miedo cerval que le revolvía el estómago, Vasia se detuvo y se preguntó cómo iba a…

Una voz le habló desde la parte de arriba de la muralla. Tuvo que mirar tres veces antes de ver quién era: el dvorovói de Olga. Le tendía ambas manos.

—Ven —le susurró—. Date prisa, corre.

Cuando se aferró a las manos que el dvorovói le ofrecía, le

parecieron de una solidez extraña. Antes los espíritus del hogar de Olga no eran más que una bruma tenue. Pero, en ese momento, el chert tiró de ella con fuerza. Vasia buscó un apoyo, alcanzó la parte de la superior de la muralla y la saltó.

Cayó al otro lado y se encontró en un patio silencioso, bañado de una luz bronceada; allí solo había unos cuantos sirvientes que andaban despacio. Respiró, buscó a tientas el olvido que evitaba que la viesen. Le resultaba casi demasiado difícil. Justo allí era donde *Solovéi*…

—Debo hablar con Varvara —le dijo Vasia al dvorovói entre dientes.

Pero este la asía de la mano y tiraba de ella hacia los baños.

—Debes ver a nuestra señora —le respondió.

Estaba tumbada en el baño como un cachorro. Dentro no hacía demasiado calor. El bánnik debía de estar haciendo todo lo que podía por ella, pensó Vasia. Todos los cherti de la casa debían de estar haciendo lo posible. Porque…

María se irguió, y Vasia se sorprendió al verle la cara a la niña; tenía los ojos marcados por dos medias lunas negras que parecían magulladuras.

—¡Tía! —gritó María—. ¡Tía Vasia!

Se lanzó a sus brazos, sollozando.

Vasia la estrechó entre los suyos.

—Masha, cariño, dime qué ha sucedido.

El sonido de las explicaciones ensordecidas que le dio la niña procedían de alguna parte cerca del esternón de Vasia.

—Tú te habías ido. Y *Solovéi* ya no estaba y el hombre del horno me dijo que, si podía, el que come mandaría a los muertos a nuestras casas. Así que hablé con los cherti y les di pan y me hice un corte en la mano y les di sangre tal como tú me habías indicado, y madre hizo que nadie fuera a la iglesia…

—Sí —dijo Vasia orgullosa, e interrumpió el torrente de explicaciones—. Lo has hecho muy bien, mi valiente niña.

María se enderezó de golpe.

—Voy a por madre y a por Varvara.

—Muy buena idea —asintió Vasia, pensando en que el día se acercaba a su fin.

No le gustaba tener que esconderse en el baño mientras María jugaba a ser la mensajera, pero tampoco se atrevía a permitir que los sirvientes la viesen y no estaba tan serena como para confiar en una magia que no acababa de comprender. El terror aún esperaba a agarrarla por la garganta.

—Los cherti dijeron que volverías —declaró contenta María—. Dijeron que volverías y que iríamos a un lugar junto a un lago donde no hace calor y hay caballos.

—Eso espero —dijo Vasia con fervor—. Venga, date prisa, María.

María se marchó corriendo. Cuando ya no estaba, Vasia respiró hondo varias veces para serenarse. Se giró hacia el bánnik.

—He llorado por un ruiseñor —dijo—. Pero María…

—Es tu heredera y tu espejo —contestó el bánnik—. Tendrá un caballo y se querrán tanto como la mano izquierda quiere a la derecha. Cuando crezca, cabalgará muy lejos y muy rápido. —Hizo una pausa—. Si ambas sobrevivís.

—Es un buen futuro —comentó Vasia, y al recordar se mordió el labio.

—El Oso desprecia a los cherti de las casas, dice que son herramientas para los humanos —dijo el bánnik—. Ayudaremos en lo que podamos. Su religioso nos tiene miedo.

—¿Su religioso?

—El sacerdote de la melena dorada. El Oso se ha adueñado de él y le ha dado la segunda visión que ahora tanto lo asusta. Están unidos.

—Ah… —De pronto, una serie de cosas le resultaron evidentes a Vasia—. Voy a matar a ese sacerdote. —No se trataba ni siquiera de una promesa. Era un hecho—. ¿Debilitaría eso al Oso?

—Sí —respondió el bánnik—. Pero quizá no te resulte fácil. El Oso lo protegerá.

Justo entonces, María entró corriendo en la penumbra del baño.

—Ya vienen —anunció, y frunció el ceño—. Creo que se alegrarán de verte.

Olga y Varvara aparecieron enseguida. Olga no parecía tan contenta como sorprendida.

—Vasia, diría que tu destino es asombrarme mediante visitas repentinas. —Hablaba cortante, pero le cogió las manos y se las apretó.

—Sasha me dijo que tú sabías que había sobrevivido.

—María lo sabía —aclaró Olga—. Y Varvara. Ellas nos lo dijeron. Yo tenía mis dudas, pero… —Dejó la frase sin acabar y le observó el rostro a su hermana—. ¿Cómo escapaste?

—Eso no importa —intervino Varvara—. Una vez nos pusiste a todos en peligro, muchacha. Y ahora lo has hecho de nuevo. ¿Te ha visto alguien?

—No —respondió Vasia—. Tampoco me vieron bajarme de la hoguera y no me verán ahora.

Olga palideció.

—Vasia, lo siento…

—No importa. El Oso planea destronar a Dmitri Ivánovich —les contó Vasia—. Sumir todo el país en el caos. Debemos impedírselo. —Tragó saliva y después, sin que le temblase la voz, consiguió decir —: Tengo que entrar en el palacio de Dmitri Ivánovich.

VEINTIDÓS
LA PRINCESA Y LA GUERRERA

a distracción de Sasha funcionaba mejor de lo esperado. *Tuman*, irritada por los gritos y entrenada para la guerra, se encabritaba y daba coces y volvía a encabritarse. Llegaron más guardias y después más aún, hasta que los tres monjes se vieron en el centro de una ruidosa multitud.

—Ha regresado.

—El hermano de la bruja.

—Aleksandr Peresvet.

—¿Quién va con él?

Era imposible que alguien hubiera visto a Vasia, pensó Sasha con aire sombrío. Todos lo miraban a él. Se reunió más y más gente. Los guardias tenían cara de no saber si colocarse mirándolo a él o hacia fuera, para no darle la espalda a la iracunda aglomeración. Una lechuga podrida apareció volando desde la muchedumbre y reventó a los pies del caballo de Sergui. Los cuatro animales se sobresaltaron y emprendieron el camino por la cuesta del kremlin. Volaron más hortalizas; después, una piedra. Sergui, que seguía sin inmutarse a lomos de su montura, alzó la mano y bendijo a las multitudes. Sasha acercó a *Tuman* a su maestro y ambos los protegieron con su cuerpo.

—Es una locura —musitó—. Rodión, vosotros dos id al monasterio del Arcángel. Esto podría ponerse aún más feo. Padre, por favor. Os mandaré un mensaje.

—De acuerdo —accedió Sergui—. Pero ten cuidado.

Sasha se alegró de ver que Rodión y su enorme caballo se abrían paso entre la gente y se marchaban con Sergui. Los guardias apremiaban a Sasha hacia el palacio de Dmitri: aquello se había convertido en una carrera por ver si llegaba antes de que la multitud creciese demasiado.

Así fue, y Sasha de alegró al oír que cerraban la puerta a su espalda y desmontar en el patio polvoriento. El gran príncipe estaba fuera, observando mientras un hombre domaba a un potro de tres años.

No tenía buen aspecto: eso fue lo primero que el monje pensó. Lo vio hinchado y ojeroso, con la mandíbula blanda; le vio una extraña rabia en la mirada.

El sacerdote de melena dorada estaba junto a Dmitri y presentaba un aspecto más encantador que nunca. Sus labios y sus manos eran delicados como los de una mujer; los ojos, de un azul imposible. Llevaba los ropajes de un obispo y erguía la cabeza para escuchar el clamor de la inquieta ciudad. Su rostro no se mostraba triunfal, solo irradiaba una seguridad respecto de su poder que a Sasha le pareció infinitamente peor.

Dmitri alcanzó a verlo y se puso rígido. No mostró bienvenida en el rostro, solo una nueva y extraña tensión.

Sasha, receloso, cruzó el patio sin quitarle ojo al sacerdote.

—Gosudar —le dijo a Dmitri con formalidad.

No quería hablar del padre Sergui mientras los escuchase ese hombre de mirada fría.

—¿Ahora vuelves, Sasha? —le espetó Dmitri—. ¿Ahora que la ciudad está repleta de enfermos e inquietud y a la gente le vale cualquier excusa?

Se detuvo a escuchar el ruido que venía de fuera; muchos se apiñaban a las puertas de la muralla.

—Dmitri Ivánovich —empezó a decir Sasha.

—No —lo interrumpió Dmitri—, no pienso escucharte. Voy a encerrarte, y ya puedes rezar para que baste con eso para acallar a la gente. Padre, ¿podríais comunicárselo?

Konstantín habló con una entonación perfecta de pena y coraje:

—Lo haré.

—Primo, debo hablar contigo —dijo Sasha, que odiaba a aquel hombre.

Dmitri lo miró a los ojos, y Sasha habría jurado que su expresión contenía algo, una advertencia. Después, se volvió gélida.

—Vas a estar bajo llave —declaró—. Hasta que yo me reúna con

los hombres santos y decida qué hacer contigo.

—Eudoxia está embarazada de nuevo y tiene miedo —le dijo Olga a Vasia—. Agradecerá cualquier distracción. Puedes entrar conmigo.

—Es muy arriesgado —objetó Vasia—. Yo había pensado que podría ir con Varvara. Dos sirvientas con un mensaje. ¿Quién se daría cuenta? Incluso yo sola. O que tú podrías enviarme con un hombre en el que confíes para que me ayude a saltar la muralla.

Les hizo un breve relato de la invisibilidad caprichosa que había descubierto la noche de la quema.

Olga se santiguó y entonces, ceñuda, negó con la cabeza.

—No sé qué poderes extraños habrás descubierto que tienes, pero Dmitri sigue apostando muchos guardias en la muralla. ¿Qué le pasará al sirviente si alguien lo ve? Moscú se ha vuelto medio salvaje. Todos temen la peste y les tienen miedo a los muertos y a las maldiciones. De hecho, este verano la ciudad ha pasado mucho miedo. Yo soy la princesa de Sérpujov, soy la que puede entrar allí con más facilidad. Si vas vestida de sirvienta, nadie reparará en ti, si es que alguien te ve.

—Pero tú…

—Dime que no es necesario —insistió Olga—. Dime que dejar las cosas como están no pondrá a mis hijos en peligro y a mi marido y mi ciudad. Dilo y me quedaré en casa con mucho gusto.

Vasia no podía decir eso ni nada parecido sin que pesara en su conciencia.

Olga y Varvara eran eficientes. Casi sin pronunciar ni una palabra, le buscaron a Vasia un vestido de sirvienta. Olga ordenó que les pusieran los arreos a sus caballos sin más dilación. María le pidió que le dejase ir con ellas, a lo que Olga respondió:

—Corazón mío, las calles están llenas de enfermos.

—Sí, y tú te vas —dijo María, rebelde.

—Sí. Pero no podemos prescindir de ti, mi querida y valiente niña.

—Cuida de ella —le encomendó Vasia al dvorovói de Olga, y le dio un fuerte abrazo a María.

Las hermanas salieron del palacio de Sérpujov cuando el crepúsculo mudaba a anochecer. Dentro del carruaje cerrado, el ambiente era agobiante; el sol planeaba rojizo. Desde fuera llegaban murmullos de inquietud, el olor a putrefacción de una ciudad sobrepoblada. Vestida de sirvienta, Vasia se sentía más desnuda que cuando llevaba ropa de chico.

—Debemos regresar al interior de tu muralla antes de que se ponga el sol —le dijo a Olga. Le costaba mucho que no se le notase el miedo en la voz. Este había vuelto a la superficie en cuanto habían salido del palacio y se habían adentrado en la ciudad—. Olia, si yo me retraso,

vete a casa sin mí.

—Por supuesto que lo haré —aseguró Olga. No pensaba cometer la estupidez de hacer un gran sacrificio, y Vasia sabía que ya arriesgaba más de lo que habría querido. Durante un rato, viajaron en silencio. Entonces—: No sé qué hacer por María —admitió de forma repentina —. Hago lo que puedo por protegerla, pero se parece demasiado a ti. Habla con cosas que yo no veo, se vuelve más huidiza a cada semana que pasa.

—No puedes protegerla de su propia naturaleza. Este no es su lugar.

—Tal vez no. Pero en Moscú al menos puedo protegerla de aquellos que quieran hacerle daño. ¿Qué pasará si el vulgo se entera de su secreto?

Vasia habló despacio:

—Hay una casa junto a un lago, en unas tierras salvajes. Allí es adonde fui yo después del incendio de Moscú. Es el sitio de donde venían nuestra abuela y nuestra bisabuela. Lo llevamos en la sangre. Cuando esto acabe, yo regresaré allí. Construiré un lugar donde los hombres y los cherti puedan estar a salvo. Si María viniese conmigo, crecería siendo libre. Podría montar a caballo y, si quisiera, podría casarse. O no. Olia, aquí se marchitará. Durante toda la vida llorará la pérdida de algo sin saber que lo ha perdido.

Las arrugas que Olga tenía alrededor de los ojos y la boca fruto de las preocupaciones se le intensificaron. Pero no respondió.

Volvió a hacerse el silencio entre ellas. Y después Olga habló y sorprendió a su hermana:

—¿Quién era él, Vasia?

Vasia levantó la mirada de inmediato.

—Admite que algo de percepción no me falta —dijo Olga respondiendo a su expresión—. He visto suficientes chicas casadas.

—Es… —contestó Vasia, que de pronto se puso nerviosa, pero de una manera diferente—. Es el… —Calló de repente—. No es un hombre. Es… de esa gente que no se ve.

Pensaba que su hermana mayor reaccionaría mal. Sin embargo, Olga se limitó a fruncir el ceño. Le observó el rostro.

—¿Tú estabas dispuesta?

Vasia no sabía si su hermana se horrorizaría más si respondía que lo estaba o que no. Pero solo había una verdad:

—Sí. Me ha salvado la vida. Más de una vez.

—¿Os habéis casado?

—No —dijo Vasia—. No sé si podemos. ¿Qué sacramento lo obliga a él?

Olga parecía triste.

—En ese caso, vives más allá de la mirada de Dios. Temo por tu alma.

—Yo no. Él ha sido… —Vasia calló, pero enseguida terminó—: Me ha dado muchas alegrías. —Y seca, agregó—: Y también ha sido una gran fuente de frustración.

Olga sonrió un momento. Vasia se acordó de que, años antes, su hermana había sido como las chicas que soñaban con el amor y con príncipes cuervo. Olga había desechado ese sueño, tal como era el deber de las mujeres. Quizá no lo lamentase, dado que el príncipe cuervo era extraño y guardaba muchos secretos y podía arrastrarte a un mundo muy peligroso.

—¿Te gustaría conocerlo? —preguntó Vasia de pronto.

—¿Yo? —se extrañó Olga, y apretó los labios—. Sí. Hasta una joven enamorada de un demonio necesita que alguien negocie por ella.

Vasia se mordió los labios; no sabía si alegrarse o preocuparse.

Estaban llegando a la muralla de Dmitri. En toda la ciudad había más ruido. Un grupo de gente clamaba ante la puerta. Vasia se estremeció.

Entonces, una voz musical y solitaria se alzó sobre el griterío. Silenció a la turba. La controló.

Una voz que Vasia conocía. Sintió más miedo que en toda su vida. Se quedó sin respiración; de repente, estaba bañada en sudor frío. Lo único que la hizo volver en sí fue la mano inclemente de su hermana.

—No te atrevas a desmayarte —le exigió Olga—. Dices que puedes hacer que no te vean. ¿Te verá él? Es un hombre santo. Y una vez quiso verte muerta.

Vasia trató de pensar a pesar del miedo que le aleteaba en la cabeza. Konstantín no era un hombre santo, pero además ahora veía a los cherti. El Oso le había concedido ese poder. ¿Podría verla a ella?

—No lo sé —admitió.

El carruaje se detenía. Vasia pensó que, si no respiraba aire fresco, se ahogaría.

La voz de Konstantín se oyó de nuevo: serena y mesurada, justo a su lado. Vasia tuvo que apretar los dientes y los puños para evitar emitir cualquier ruido. Le temblaba todo el cuerpo.

Entonces se oyó a la muchedumbre, que se apartaba a regañadientes para dejarlas pasar. Olga, inmóvil sobre el cojín de lana, aparentaba calma. Sin embargo, miraba con preocupación a Vasia, que tenía la tez grisácea y sudaba.

Esta consiguió hablar con las mandíbulas apretadas:

—Estoy bien, Olia. Es solo que me viene a la memoria…

—Lo sé. —Olga respiró hondo—. De acuerdo —dijo firme—, sígueme la corriente.

No había tiempo para más. La puerta chirrió y, al cabo de un momento, entraron en el patio del gran príncipe de Moscú.
El sol de la tarde caía, y Olga estaba radiante con su tocado enjoyado, la cabellera trenzada con seda y ornamentos de plata.

Fue la primera en apearse. Vasia, que se aferraba a su coraje como si le fuera la vida en ello, bajó la segunda. Olga se agarró al brazo de su hermana de inmediato, a todas luces buscando apoyo. Sin embargo, era la princesa de Sérpujov quien controlaba la situación; arrastró a Vasia hacia la escalera del terem y la sostuvo cuando ella flaqueaba.

—No mires atrás —musitó Olga—. Dentro de un instante, entrará por la puerta. Pero el terem es un lugar seguro. Tendrás que esperar un poco, y entonces te mandaré a hacer un recado; mantente fuera de la vista de todos y no te pasará nada.

Parecía sensato. Sin embargo, Vasia le echó una ojeada al sol y vio que había bajado aún más. Les quedaba una hora como mucho, y estaba tan asustada y tenía tantos recuerdos aterradores metidos en la cabeza que le costaba pensar.

Vio el establo nuevo, construido sobre las ruinas del anterior. Llegaron a la escalera del terem, cuyos peldaños Vasia había subido por última vez a oscuras, para rescatar a María. Detrás de ella, en alguna parte, se encontraba Konstantín Nikonóvich, que había estado a punto de matarla de la manera más cruel posible. Y ahora se había aliado con el rey del caos.

¿Dónde estaba Morozko? ¿Dónde estaban Sasha y Sergui? ¿Cómo…?

Olga, siempre regia, la apremió. Subieron por la escalera, las dejaron entrar. Vasia, que luchaba por serenarse, sintió alivio en cuanto la puerta del terem se cerró a su espalda. Pero habían entrado en el salón que Kaschei había llenado de ilusiones y donde por poco no había matado a María y también a ella.

Vasia dio tal bocanada de aire que pareció un sollozo y Olga le lanzó una mirada severa: «No te atrevas a venirte abajo ahora, hermana». Justo en ese momento, Eudoxia Dmitrieva, gran princesa de Moscú, recibió a Olga muy gustosa. Encerradas en aquellas salas sofocantes, Eudoxia y sus mujeres se morían por distraerse con cualquier cosa.

Vasia fue a colocarse junto a la pared, con el resto de los sirvientes. A duras penas era capaz de llenar los pulmones de aire, de tanto que la atenazaba el miedo. Al cabo de poco, Olga consideraría que ya era

seguro y…

La puerta del terem se abrió. Vasia se quedó paralizada.

La cabellera dorada de Konstantín brilló en la penumbra. Tenía la cara tan serena como siempre, pero su mirada delataba su desconcierto y preocupación.

Vasia se arrinconó en las sombras de la pared justo cuando Olga levantaba la visita, veía a Konstantín y, de inmediato, se desmayaba con una destreza y veracidad sorprendentes. Cayó sobre una mesa donde había confites y vino, los hizo saltar por los aires y todo quedó pegajoso.

Si la función que Sasha había puesto en escena ante la muralla había sido algo forzada, allí todo el mundo se creyó la distracción que Olga había causado. Las mujeres formaron un corro a su alrededor de inmediato y hasta Konstantín, que aún estaba junto a la puerta, se acercó un par de pasos. Vasia tuvo sitio suficiente para rodearlo.

«No te ve. Créetelo, créetelo».

Corrió hacia la puerta.

Sin embargo, la vio. Ella lo oyó coger aire de golpe y se volvió hacia él.

Se miraron.

En el rostro de Konstantín apareció una mezcla de sorpresa y horror y rabia y miedo. A ella le temblaron las piernas, se le llenó el estómago de jugos ácidos. Durante un segundo, como cuando cae un rayo, ambos se quedaron inmóviles, mirándose.

Entonces, ella dio media vuelta y echó a correr. No se trataba de una carrera con un propósito noble como el de encontrar la brida y ponerle fin a todo aquello. No, en ese momento corría por su vida.

A su espalda, oyó que la puerta del terem se abría de golpe y también la voz potente del sacerdote dando gritos. Pero ella ya se había metido por otra del pasillo, había cruzado una sala llena de telares como si fuera un fantasma, había salido y había descendido. El pánico tembloroso de las últimas horas se había liberado y lo único que quería hacer era correr.

Se escabulló hacia otra estancia, vio que estaba vacía y, haciendo un esfuerzo desesperado, se detuvo y se obligó a pensar.

La brida. Debía conseguir la brida. Antes de que se pusiera el sol. Si lograba mantenerlos a todos a salvo hasta la medianoche, quizá el camino que atravesaba la Medianoche los salvaría. Quizá.

O tal vez muriese dando alaridos.

Oyó voces al otro lado de la puerta que daba al exterior. Había otra que conducía hacia las tripas del palacio de Dmitri; huyó por esa. El palacio era una madriguera. Techos bajos, salas en penumbra,

muchas de ellas llenas de provisiones: botas de vino y barriles de harina y alfombras de seda con dibujos. En otras estancias había talleres donde tejían telas o fabricaban muebles de madera o zapatos o botas.

Vasia, sin dejar de correr, dio con una sala llena de fardos de lana y se escondió detrás del más grande. Se arrodilló, sacó su pequeña daga y, con dedos temblorosos, se hizo un corte en la mano y giró la palma para que las gotas cayesen al suelo.

—Maestro —le dijo al aire con la voz quebradiza—, ¿me ayudas?

No pretendo hacerle ningún daño a este hogar.

Más abajo, en el patio, Vasia oyó reniegos, hombres que daban voces, chillidos de mujeres. Una sirvienta atravesó corriendo la sala de los fardos.

—Dicen que hay alguien en el palacio.

—¡Una bruja!

—¡Un fantasma!

El domovói de Dmitri salió de detrás de uno de los fardos de lana, casi invisible. Susurró:

—Aquí estás en peligro. El sacerdote te matará por mero odio, y el Oso para fastidiar a su hermano.

—Me da igual lo que me pase a mí —contestó Vasia, aunque su voz jadeante contradecía la valentía que quería mostrar— mientras mi hermana y mi hermano salgan con vida. ¿Dónde está el tesoro?

—Sígueme —dijo el domovói.

Vasia respiró hondo y lo siguió. De pronto, se alegraba de todas las veces que le había dado un mendrugo de pan al espíritu de un hogar, puesto que todos esos tributos hogareños, el pan y la sangre, daban vida a los pies de aquel domovói mientras él la guiaba por el laberinto que era el palacio de Dmitri.

Bajaron y volvieron a bajar hasta llegar a un pasaje donde olía a tierra y había una gran puerta con incrustaciones de hierro. Vasia pensó en cuevas y trampas. Todavía respiraba más deprisa de lo que requería el ejercicio que había hecho.

—Aquí —indicó el domovói—. Rápido.

Al cabo de un momento, Vasia oyó pisadas fuertes y enérgicas. Las sombras se desplazaban por la pared; disponía tan solo de un instante.

Presa del pánico, olvidó que podía ser invisible; olvidó pedirle al domovói que le abriese la puerta. Lo que hizo en lugar de eso, fue abalanzarse hacia ella, motivada por las pisadas que venían de arriba, y apoyar la mano en la madera. La realidad se distorsionó; la puerta cedió. Cogió aire de golpe, cayó adentro y corrió a esconderse en un rincón, detrás de unos escudos de bronce grabado.

Se oyeron voces en el pasillo.

—He oído algo.

—Te lo habrás imaginado.

Una pausa.

—La puerta está entornada.

Un chirrido cuando esta se abrió de par en par. Una pisada fuerte.

—Aquí no hay nadie.

—¿Quién habrá sido el necio que la ha dejado abierta?

—¿Un ladrón?

—Registra la sala.

¿Después de todo aquello? ¿Iban a encontrarla allí y a sacarla a rastras a las calles de Moscú, donde la esperaría Konstantín?

No, de eso nada.

De pronto, fuera se oyó un trueno que parecía querer dar voz al pánico y al coraje que sentía. El palacio tembló. Entonces resonó el rugido repentino de la lluvia.

A los hombres se les apagaron las antorchas. Vasia los oyó renegar.

Le temblaban las manos. El ruido de la tormenta, la oscuridad que la rodeaba y la gran puerta que se había abierto con solo tocarla eran tres piezas de una pesadilla. La realidad mudaba demasiado rápido como para comprenderla.

El susto que se habían dado los dos hombres con el ruido y la inesperada oscuridad le habían otorgado un poco de tiempo, pero nada más. Enseguida encenderían las antorchas, la buscarían y la encontrarían. ¿Sería capaz esa vez de volverse invisible mientras ellos escudriñaban aquella sala pequeña?

No estaba segura. Así que apretó los puños y pensó en Morozko. Pensó en el sueño que el rey del invierno infundía con las manos, que era como la muerte. Sueño. Los hombres se dormirían. Si ella conseguía olvidar que estaban despiertos.

Lo olvidó. Y ellos durmieron. Se desplomaron sobre el suelo de tierra del tesoro. Los gritos se apagaron.

Morozko apareció, entre un parpadeo y el siguiente. Vasia no había hecho dormir a los hombres. Había sido él. Estaba allí, en persona, real, con ella en la sala del tesoro.

El rey del invierno le clavó la mirada pálida. Lo contempló. Era él, de verdad. De algún modo, lo había atraído recordando su poder.

Como si hacerlo aparecer fuese más fácil que invocar el sueño ella misma.

Lo había invocado. Había invocado al rey del invierno como si fuese un espíritu errante.

Los dos se dieron cuenta a la vez. La sorpresa que mostraba el

rostro de Morozko era el reflejo de la que ella sentía.

Durante un instante, ambos guardaron silencio. Después, él habló:

—¿Una tormenta, Vasia? —dijo con esfuerzo.

Con los labios secos, ella susurró:

—No he sido yo. Ha ocurrido, sin más.

Morozko negó con la cabeza.

—No ha ocurrido sin más. Y ahora que llueve, fuera está más oscuro. Ya no hace falta que se demore. ¿Cómo eres tan necia? ¡No puedo distraerlo desde un sótano!

Morozko no estaba herido, pero su aspecto, aunque ella no sabía definirlo, era maltrecho. Tenía la mirada desaforada y parecía que hubiera luchado. Tal vez había sido así, hasta que ella lo había arrancado de su sitio sin saberlo.

—Ha sido sin querer —explicó Vasia con un hilo de voz—. Tenía mucho miedo. —La realidad ondeaba a su alrededor como un trozo de tela al viento. Dudaba de si Morozko estaba allí o si era su imaginación—. Tengo mucho miedo…

Sin pensar, ahuecó las manos y vio que, de pronto, se le llenaban de llamas azules con las que le vio bien el rostro. Fuego en las manos… y no le quemaba. Estaba a punto de soltar una carcajada enloquecida; el terror ciego se mezclaba con ese poder recién descubierto.

—Konstantín me ha visto —murmuró—. He salido corriendo; tenía tanto miedo que no he podido evitar recordar. Así que llamé a la tormenta. Y ahora estás aquí. Dos demonios y dos personas… —Sabía que hablaba sin sentido—. ¿Dónde está la brida? —Miró a su alrededor y agarró el fuego que le salía de las manos como si fuera una lámpara normal.

—Vasia —dijo Morozko—, basta de magia. Déjalo. Basta por un día. Se te distorsionará tanto la mente que la romperás.

—No se me distorsiona la mente. —Levantó el fuego para verlo—. Estás aquí, ¿verdad? Es lo demás lo que se distorsiona. El mundo entero se distorsiona. —Vasia temblaba; las llamas daban sacudidas.

—No existe diferencia entre el mundo exterior y el mundo interior — respondió el rey del invierno—. Cierra las manos. Déjalo.

Abrió la puerta un poco más para que entrase algo de luz del pasillo. Después se acercó a ella, le rodeó las manos con las suyas y le hizo cerrar los puños alrededor de las llamas. Se extinguieron tan deprisa como habían aparecido.

—Vasia, la mera presencia de mi hermano provoca miedo y deja una estela de locura. Debes…

Ella casi no lo oía. Temblorosa, miró a su alrededor buscando la

brida dorada. ¿Dónde estaba Olga? ¿Qué había hecho Konstantín? ¿Qué hacía en ese momento? Se soltó de Morozko y se arrodilló junto a un gran baúl con incrustaciones metálicas. Cuando empujó la tapa, esta cedió. Cómo no. En las pesadillas no había cerrojos. Aquello era un sueño: podía hacer lo que quisiera. ¿De verdad era una fugitiva en Moscú y había invocado al dios de la muerte en un sótano?

—Basta —dijo Morozko a su espalda—. Vas a volverte loca con cosas imposibles. —Posó las manos frescas e insustanciales en sus hombros—. Vasia, escucha. Escucha. Escúchame. —Ella no lo oía; contemplaba el contenido del baúl casi sin darse cuenta de que le temblaban las manos. Esa vez, Morozko la levantó, le dio media vuelta y la miró a la cara. Susurró algo desagradable entre dientes —. Dime cosas que sean reales. Dime.

Ella lo miró sin ver y se echó a reír como una loca.

—Nada es real. La Medianoche es un lugar y fuera hay una tormenta en una noche clara, y tú no estabas aquí y ahora sí lo estás, y tengo muchísimo miedo…

Muy serio, él dijo:

—Te llamas Vasilisa Petrovna. Tu padre era un señor rural que se llamaba Piotr Vladímirovich. De niña robabas tortas de miel… No, mírame. —La obligó a levantar la cara y continuó con la extraña retahíla. Le decía cosas que eran verdad. Cosas que no formaban parte de la pesadilla. Prosiguió sin piedad alguna—: Y entonces una turba mató a tu caballo.

Ella intentó soltarse y negar esa verdad. Tal vez, pensó, pudiera conseguir que *Solovéi* no hubiera muerto, ya que en esa pesadilla todo era posible. Pero Morozko la sacudió, le levantó la barbilla para que tuviese que mirarlo a los ojos otra vez, le habló al oído, la voz del invierno en aquel sótano sofocante; le recordó las alegrías y los errores, las cosas que amaba y sus defectos, hasta que Vasia se encontró de nuevo en su propio pellejo, afectada pero capaz de pensar.

Cayó en lo cerca que había estado, dentro de aquel tesoro oscuro donde la realidad se había desplomado como un árbol podrido, de volverse loca. También cayó en lo que le había sucedido a Kaschei, en cómo se había convertido en un monstruo.

—Dios —susurró—. Ded Grib me dijo que la magia enloquece a los hombres. Pero yo no comprendía que…

Él le escrutó la mirada y, entonces, dio la sensación de perder cierta tensión indefinible.

—¿Por qué crees que son tan pocas las personas que hacen magia? —le preguntó.

Morozko se serenó y se apartó. Ella aún sentía la presión de los dedos y se dio cuenta de la fuerza con la que la había sujetado. Tan fuerte como ella lo había sostenido a él.

—Los cherti pueden —dijo Vasia.

—Los cherti hacen trucos —respondió él—. Los hombres y las mujeres son mucho más fuertes. —Calló un instante—. Si no, se vuelven locos. —Se arrodilló junto al baúl abierto—. Y es mucho más fácil caer presa del pánico y de la locura cuando el Oso anda suelto.

Ella respiró hondo y se arrodilló junto a él, ante el baúl. Dentro estaba la brida dorada.

Vasia la había visto dos veces: una a plena luz del día cuando *Pozhar* la llevaba puesta y otra vez en un establo a oscuras, donde el oro palidecía junto al brillo de la yegua. Pero esa vez descansaba sobre un hermoso cojín y de ella manaba un resplandor desagradable.

Morozko la cogió con las manos y las piezas se vertieron sobre sus dedos como si fueran de agua.

—Ningún cherti podría haberlo fabricado —dijo, y le dio la vuelta —. No sé cómo lo hizo Kaschei. —Parecía debatirse entre la admiración y el horror—. Pero creo que sirve para encadenar cualquier cosa a la que se lo pongas, ya sea de carne y hueso o un espíritu.

Ella tendió las manos hacia el objeto, pero con miedo. El oro era pesado, flexible; el bocado era horrible, con las puntas de los extremos. Vasia se estremeció de pura pena al pensar en las cicatrices que tenía *Pozhar* en el hocico. Se apresuró a desatar las correas y las hebillas, las riendas y la cabezada, de modo que se quedó con dos cuerdas doradas. Tiró el bocado al suelo. Las demás piezas las tenía en las manos, como un puñado de serpientes inmóviles.

—¿Esto te sirve para algo? —le preguntó a Morozko, y se las ofreció.

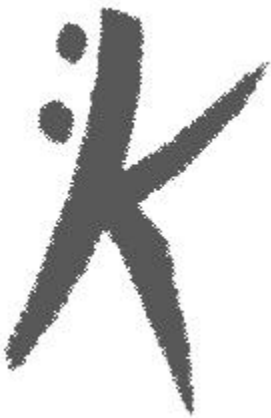
El tocó el oro y vaciló.

—No —respondió—. Es magia hecha por mortales para mortales.

—De acuerdo. —Vasia se enrolló las cuerdas doradas, una alrededor de cada muñeca, para desenroscarlas deprisa en cuanto las necesitase—. Vamos a buscarlo.

Fuera restalló el chasquido de otro trueno.

VEINTITRÉS
FE Y MIEDO



onstantín terminó de apaciguar a la muchedumbre que había a las puertas del palacio del gran príncipe de Moscú. Los mozos habían desaparejado a los caballos del carruaje de la princesa de Sérpujov; ella se había esfumado con su sirvienta, camino del terem.

Un día, pensó Konstantín muy serio, dejaría de tranquilizar a la gente de Moscú y volvería a incitarlos a cometer salvajadas. Se acordaba del poder de aquella noche: miles de personas dispuestas a escuchar todo lo que él dijese.

Anhelaba ese poder.

«Pronto», le había prometido el demonio. «Pronto». Pero en ese momento debía regresar con el gran príncipe y asegurarse de que no hacía caso de Aleksandr Peresvet.

Se giró para cruzar el patio y vio una criatura pequeña y flaca que se interponía en su camino.

—Pobre tonto —dijo el dvorovói de Dmitri, y Konstantín no le hizo caso, sino que apretó los labios y siguió por su camino—. ¿Sabes que te ha mentido? No está muerta.

Konstantín no pudo evitar frenar el paso y volver la cabeza.

—¿Quién?

—Ella —respondió el dvorovói—. Ve al terem a verlo tú mismo. El

Oso traiciona a todos los que lo siguen.

—A mí no me traicionaría —afirmó Konstantín, que miraba al dvorovói con repulsión—. Me necesita.

—Ve a verlo tú mismo —susurró de nuevo el dvorovói—. Y recuerda: tú eres más fuerte que él.

—No soy más que un hombre. Él es un demonio.

—Y está sometido a tu sangre. Cuando llegue el momento, recuérdalo. —El dvorovói esbozó una sonrisa lenta y señaló la escalera del terem.

Konstantín vaciló. Y después se dirigió hacia el terem.

No sabía qué le había dicho a la sirvienta; pero, al parecer, había funcionado, porque entró y parpadeó en la penumbra. La princesa de Sérpujov se desmayó sin mirarlo siquiera y Konstantín sintió repulsión al instante. No era más que una mujer que había ido a visitar a sus congéneres.

Entonces una sirvienta corrió hacia la puerta y él reconoció a Vasia. Vasilisa Petrovna.

Estaba viva.

La miró durante un instante largo y eléctrico. Tenía una cicatriz en la cara y se había cortado la cabellera negra, pero era ella.

Entonces ella salió huyendo y él gritó, casi sin saber lo que decía.

La siguió a ciegas, mirando en todas direcciones para ver adónde había ido. Entonces se topó con el Oso en el patio.

Medved arrastraba a un hombre. O quizá no fuese un hombre, sino otro demonio. Uno que tenía los ojos casi incoloros, muy alertas y que, por algún motivo extraño, le resultaba familiar. Su contorno parecía fundirse con las sombras del final del día.

—Está aquí —le dijo jadeante Konstantín al Oso—. Vasilisa Petrovna.

Durante un segundo, pensó que el otro demonio sonreía. El Oso se volvió y le propinó una bofetada.

—¿Qué tramas, hermano? —le preguntó—. Te lo veo en los ojos. Hay algo. ¿Por qué la has dejado venir? ¿Qué va a hacer?

El demonio no dijo nada. El Oso se dirigió de nuevo a Konstantín:

—Reúne a los hombres. Ve a buscarla, hombre de Dios.

Konstantín no se movió.

—Lo sabías. Sabías que estaba viva. Me mentiste.

—Lo sabía —respondió impaciente el demonio—. Pero ¿qué importa? Va a morir ahora. Los dos nos ocuparemos de que así sea.

Konstantín estaba sin palabras. Vasia había sobrevivido. Al final había vencido ella. Hasta su propio monstruo estaba de su parte y le había guardado el secreto. ¿Era posible que todo el mundo estuviese

en contra de Konstantín? No solo Dios, sino también el demonio. ¿De qué había servido todo? ¿De qué habían servido el sufrimiento y los muertos, la gloria y las cenizas, el calor y la vergüenza de ese verano?

El Oso había rellenado el enorme hueco que había abierto en su fe con su mera presencia magnética y, muy a su pesar, Konstantín había acabado creyendo en algo nuevo. No en la fe, sino en lo real que era el poder. En su alianza con su monstruo particular.

Y en ese momento esa creencia se hacía añicos a sus pies.

—Me mentiste —repitió.

—Es verdad que miento —dijo el Oso, pero con el ceño fruncido.

El otro demonio alzó la cabeza y los miró a ambos.

—Hermano, yo podría habértelo advertido —dijo con sequedad y agotamiento en la voz—. Que no mintieses.

Entonces, ocurrieron dos cosas.

El demonio que el Oso aferraba desapareció de repente, como si jamás hubiera estado allí. El Oso se quedó boquiabierto mientras se miraba la mano vacía.

Y Konstantín, en lugar de salir y unirse a la guardia que buscaba a Vasia, se adentró en el terem sin hacer ruido y con el alma encendida de tanta resolución y desesperación.

El domovói, con la mirada desaforada, encontró a Vasia y a Morozko a la entrada del tesoro.

—¿Qué pasa? —preguntó Vasia.

—Ha oscurecido. ¡El Oso los dejará entrar! —gritó el domovói con todo el pelo de punta—. El dvorovói no puede impedir que abran la puerta de la muralla, y creo que yo no seré capaz de proteger la casa.

Se oyó el chasquido de otro trueno.

—Mi hermano se ha cansado de las sutilezas —dijo Morozko.

—Vamos —contestó Vasia.

Salieron corriendo del palacio, irrumpieron en un rellano y miraron el paisaje transformado. La lluvia caía con fuerza y regularidad, iluminada por los fogonazos intermitentes de los rayos. El patio ya estaba inundado de barro, pero en el centro había unos cuantos hombres apiñados y muy quietos.

Forzando la vista a través de la lluvia, Vasia vio que eran guardias. Eran los guardias de Olga y los de Dmitri, perplejos.

El grupo se separó. Vasia alcanzó a ver a Konstantín Nikonóvich, con la melena dorada mojada en mitad del patio.

Sujetaba a su hermana Olga del brazo.

Le había puesto un cuchillo en el cuello.

La llamaba con su hermosa voz.

Los guardias, según veía, se debatían entre temer por la vida de la

princesa de Sérpujov y someterse con perplejidad a aquel santo loco. Se quedaron inmóviles; si alguno le protestó al sacerdote, el ruido de la lluvia impidió que se oyese. Si algún guardia se acercaba, Konstantín retrocedía con el cuchillo pegado a la garganta de Olga.

—¡Sal! —rugió—. ¡Bruja! Sal o la mato.

El primer impulso abrumador que le dictó el instinto fue correr a por su hermana; sin embargo, se obligó a detenerse y pensar. Si se entregaba, ¿conseguiría una tregua para Olga? Quizá sí, pero solo si su hermana renegaba de ella. Aun así, Vasia dudó. El Oso estaba detrás del sacerdote, pero Medved no observaba a Konstantín, sino que dirigía la mirada hacia la oscuridad empapada.

—Ha llamado a los muertos —le contó Morozko sin apartar la vista de su mellizo—. Debes sacar a tu hermana del patio.

Vasia no necesitaba oír más.

—Ven conmigo —le pidió.

Se armó de valor y salió bajo la lluvia con la cabeza descubierta.

Los guardias no la habrían reconocido en aquella penumbra tormentosa: una chica que se suponía que había muerto. En cambio, Konstantín le clavó la mirada en cuanto pisó el patio y se quedó en silencio mientras la observaba acercarse.

Un guardia volvió la cabeza, después otro. Vasia los oyó hablar:

—¿No será…?

—No, no puede ser.

—Lo es. El santo padre lo sabía.

—¿Es un fantasma?

—Una mujer.

—Una bruja.

Las espadas desenvainadas apuntaron hacia ella. Pero ella no hizo caso. El Oso, el sacerdote, su hermana: eso era todo lo que Vasia veía.

Entre Konstantín y ella había tal torrente de rabia y de recuerdos amargos que debieron de percibirlo hasta los guardias, puesto que se apartaron a su paso. Aunque después cerraron filas a su espalda, empuñando las espadas.

Ella tenía en la cabeza el recuerdo crudo de la última vez que se había enfrentado a Konstantín Nikonóvich. Entre ellos se había derramado la sangre de su caballo, su propia vida.

En ese momento, era Olga la que había quedado atrapada en el odio que se tenían. Vasia pensó en la jaula de fuego y sintió un miedo letal.

Pero no le tembló la voz:

—Estoy aquí —dijo Vasia—. Suelta a mi hermana.

Konstantín no habló de inmediato. Fue el Oso. ¿Se lo había imaginado

ella o su rostro había mostrado un instante de inquietud?

—¿Sigues cuerda? —le preguntó el Oso a Vasia—. Qué lástima. Bienvenido de nuevo, hermano —añadió al dirigirse a Morozko—. ¿Qué magia te ha arrancado antes de mis manos cuando…? —Dejó la frase a medias y miró a Vasia y al rey del invierno—. Ah —dedujo en voz baja—. Más fuerte de lo que yo habría pensado: su poder y vuestro vínculo, las dos cosas juntas. Pero no importa. ¿Tienes ganas de que te venza otra vez?

Morozko no respondió. Miraba hacia la puerta de la muralla como si pudiera ver más allá de la madera con remaches de bronce.

—Deprisa, Vasia —musitó.

—No puedes impedirlo —repuso Medved.

Konstantín se estremeció al oír la voz del Oso. El cuchillo empezaba a deshilachar el velo con el que Olga se tapaba la cara. Como si hablase con un caballo asustado, Vasia le dijo al sacerdote:

—¿Qué quieres, bátiushka?

Konstantín no respondió; ella se dio cuenta de que en realidad no lo sabía. Lo único que había conseguido con sus plegarias era el silencio de Dios. Encomendándole su alma al Oso no se había ganado la sinceridad de la criatura ni su lealtad. Presa del odio hiriente que se tenía a sí mismo, quería hacerle daño a Vasia a cualquier precio y no había pensado más allá de eso.

Le temblaron las manos. Lo único que evitaba que Olga recibiese un corte accidental eran el velo y el tocado. El Oso contempló la escena con aprobación y se empapó de aquellas emociones descarnadas, pero mantenía casi toda su atención en el mundo de fuera de las murallas de Dmitri.

Olga estaba pálida hasta los labios, pero conservaba la dignidad. Miró a Vasia a los ojos sin temblar. Con fe.

Vasia le mostró las manos abiertas a Konstantín.

—Me rendiré ante ti, bátiushka. Pero debes dejar que mi hermana suba al terem. Déjala ir con las mujeres.

—¿Quieres engañarme, bruja? —La voz de Konstantín no había perdido ni un ápice de belleza, pero no le quedaba ni rastro de control. Era un estruendo quebradizo—. También te rendiste ante el fuego, pero eso no era más que un truco. ¿Vas a engañarme otra vez? Tú y tus demonios. Atadle las manos —les ordenó a los guardias—. Atadle las manos y los pies. La encerraré en una iglesia donde los demonios no pueden entrar sin invitación y así no podrá hacer más trucos.

Los guardias se movieron inquietos, aunque ninguno avanzó con decisión.

—¡Ya! —chilló Konstantín, y dio un pisotón—. ¡De lo contrario, sus demonios vendrán a por nosotros!

Muerto de miedo, dirigió la mirada a Morozko, que estaba junto a Vasia, y después hacia el Oso, que estaba a su lado, y después miró a los cherti que se habían reunido en el patio, vigilantes…

Pero no vigilaban el drama que se desarrollaba en el patio. Vigilaban la muralla. A pesar de la lluvia, a Vasia le llegó el olor a podrido. Una leve curva triunfal apareció en los labios del Oso. No quedaba tiempo. Debía sacar a Olia de allí.

Una nueva voz llenó el silencio tenso:

—Santo padre, ¿qué pasa aquí?

Dmitri Ivánovich salió al patio. Sus sirvientes se apresuraban tras él, olvidados; la lluvia le había oscurecido la larga melena amarilla, que se rizaba bajo el gorro. Los guardias se apartaron para abrirle paso. El gran príncipe se detuvo en el centro del corro y miró a Vasia. Con fascinación. Sin embargo, Vasia reparó en que no lo hacía con sorpresa. Le devolvió la mirada con una esperanza repentina.

—¿Lo veis? —espetó Konstantín sin soltar ni un poco a Olga. Había recobrado parte del control sobre la voz y las palabras sonaron como un puñetazo—. Ahí está la bruja que incendió Moscú. Pensábamos que había recibido su justo castigo. Pero, gracias a la magia negra, aquí está.

Esa vez, los guardias gruñeron para darle la razón. Una docena de espadas apuntaron al pecho de Vasia.

—Aguántalos un momento más —le dijo el Oso a Konstantín— y saldremos victoriosos.

El sacerdote torció el gesto con un espasmo de rabia.

—Vasia, dile a Dmitri que debéis refugiaros —intervino Morozko —. No hay tiempo.

—Dmitri Ivánovich, debemos entrar en el palacio —dijo ella—. Ahora.

—Y tanto que eres una bruja —respondió Dmitri con frialdad—. Y volverás a la hoguera aunque me cueste mi reinado. Aquí no sobreviven brujas. Santo padre —llamó a Konstantín—, por favor. Estas dos mujeres se enfrentarán a la justicia más severa. Pero debe hacerse ante toda la gente, no en el barro del patio.

Konstantín vaciló.

De pronto, el Oso rugió:

—Mentiras, te miente. Lo sabe. Se lo ha contado el monje.

La puerta de la muralla tembló. Se oyeron gritos que venían de la ciudad. Un rayo centelleó entre el torrente de agua que caía del cielo.

—¡Atrás! —gritó Morozko, y esta vez lo oyeron los hombres. Más

de uno giró la cabeza con inquietud, preguntándose quién había hablado. Su rostro dejaba ver el horror—. Refugiaos dentro de la muralla o todos habréis muerto antes de que salga la luna.

A lomos del viento llegaba un olor que a Vasia le puso el vello de punta. Más gritos desde la ciudad. Cuando otro rayo iluminó el patio, vio al dvorovói empujando el portón de madera con las dos manos mientras este temblaba.

—Bátiushka, te lo ruego —le dijo a Konstantín, y se lanzó al barro, a suplicarle a los pies.

El sacerdote la siguió con la mirada; solo un instante, pero con eso bastó. Dmitri se abalanzó a por Olga y se la arrancó al sacerdote justo cuando la puerta de la muralla se abría de par en par. El cuchillo de Konstantín se enredó en el velo de Olga y se lo rasgó por un lado a la altura de la barbilla, pero ella estaba ilesa, y Vasia se había levantado y retrocedía deprisa.

Entonces los muertos entraron en el patio del gran príncipe de Moscú.

Ese verano, el brote de peste no había sido tan virulento como podría haber sido, a diferencia de diez años antes. Solo había salpicado a los pobres de Moscú como fajina que se resiste a prender del todo.

No obstante, los muertos habían muerto asustados y ellos eran a los que el Oso podía recurrir. En ese momento, el resultado del trabajo de todo ese verano entró por la puerta. Los había que llevaban la ropa con la que los habían enterrado, pero otros estaban desnudos y tenían en el cuerpo las marcas negras e hinchadas que los habían matado. Lo peor de todo era que aún había miedo en sus miradas. Seguían asustados y buscaban algo conocido en la oscuridad.

Uno de los guardias de Dmitri, sin dejar de mirarlos, gritó:

—Santo padre, ¡salvadnos!

Konstantín no emitió ningún ruido; estaba petrificado, con el cuchillo todavía en la mano. Vasia quería matarlo; en toda su vida no había sentido semejante deseo de matar a nadie. Quería clavarle el cuchillo en el corazón.

Sin embargo, no había tiempo. Su familia significaba más que su propio dolor.

Ante el silencio de Konstantín, los guardias empezaron a retroceder y a flaquear. Dmitri aún sostenía a Olga y sorprendió a su prima al hablarle con voz tranquila y clara:

—Vasia, ¿podemos matar a esas cosas como a los hombres?

Ella pronunció la respuesta que le susurró Morozko al oído:

—No. El fuego los frena y las heridas también, pero eso es todo.

Dmitri lanzó al cielo una mirada de irritación. Llovía a cántaros.

—Nada de fuego, tendrá que ser hiriéndolos —dijo, y levantó la voz para dar órdenes concisas.

Dmitri no poseía el control de Konstantín ni ese tono líquido y bello, pero mientras alentaba a sus hombres, su voz sonaba alta y briosa, casi alegre. De pronto, ya no eran un puñado de hombres asustados que retrocedían ante algo horrible. De pronto, eran guerreros agrupados para enfrentarse al enemigo.

Justo a tiempo. Enarbolaron las espadas a la par que las criaturas muertas se abalanzaban hacia ellos con las bocas abiertas. Por la puerta entraban cada vez más muertos. Un docena, más.

—¡Morozko! —exclamó Vasia—. ¿Puedes…?

—Puedo sacrificarlos tocándolos —contestó él—. Pero no controlarlos a todos.

—Tenemos que entrar en el palacio —dijo Vasia.

En ese momento, sostenía a Olga, a quien, acostumbrada al suelo liso del terem, el lodo del patio entorpecía al caminar. Dmitri había avanzado con sus hombres y con los de Olga; habían formado, alrededor de las mujeres, un cuadrado con las armas a modo de espinas, y todos juntos retrocedían hacia la puerta del palacio.

Konstantín seguía bajo la lluvia, como helado. El Oso estaba a su lado con la mirada encendida, alentando con alegría a su ejército.

El primer upyr chocó contra los guardias de Dmitri. Un hombre chilló. Konstantín se estremeció. La víctima era poco más que un niño y ya estaba en el suelo con la garganta desgarrada.

Morozko siempre usaba las manos con suavidad, pero cuando devolvió al upyr a la muerte y se giró para hacerles lo mismo a otros dos, su expresión era salvaje.

Vasia sabía que Olga y ella no alcanzarían la puerta. En el patio, a la luz de los rayos, cada vez entraban más upyr. El cuadrado que los guardias habían formado estaba rodeado y sus cuerpos frágiles eran lo único que se interponía entre Olga y…

Tenían que encadenar al Oso. Debían hacerlo.

Vasia le apretó la mano a su hermana.

—Olia, tengo que ayudar —le dijo.

—No te preocupes por mí —respondió Olga con firmeza—. Que Dios te acompañe. —Juntó las manos para rezar.

Vasia soltó a su hermana y se colocó al lado de Dmitri Iványovich, en línea con sus hombres.

Los soldados mantenían a los muertos a raya con las lanzas, con cara de terror enfermizo, pero Dmitri tuvo que avanzar para decapitar a uno y otro se adelantó aprovechando el hueco que había quedado en la hilera.

Vasia cerró los puños y olvidó que la criatura muerta no estaba en llamas.

La criatura prendió como una antorcha; después otra y otra más. No ardían mucho tiempo; la lluvia apagaba las llamas y los muertos seguían andando y gimiendo, pero chamuscados.

Y Dmitri lo vio. Cuando la siguiente criatura entró en combustión, su espada surcó reluciente el agua y las llamas y le cortó la cabeza.

Le sonrió a Vasia con auténtico placer. Tenía sangre en la mejilla.

—Sabía que tenías poderes impuros —le dijo.

—Da gracias por ello, primo —replicó Vasia.

—Vaya si las doy —contestó el gran príncipe de Moscú. Su sonrisa alentó a Vasia, a pesar de la lluvia constante, a pesar de que el patio estuviese colmado de criaturas de pesadilla. Dmitri escudriñó a su alrededor—. Pero espero que tengas algo mejor que esas llamitas…, prima.

Vasia se dio cuenta de que sonreía porque él había reconocido su parentesco; Dmitri enterró la espada en otro upyr y dio un salto atrás para refugiarse tras la protección de las lanzas de sus hombres. Ella les prendió fuego a tres más y, aunque la imagen era aterradora, la lluvia los apagó. Las criaturas muertas recelaban de las espadas de los hombres y les tenían un miedo cerval a las manos de Morozko. Pero el dios de la muerte no era más que un espectro bajo la lluvia, una silueta negra, remota y terrible, y ya habían caído seis hombres vivientes, que no se movían.

El Oso había adquirido proporciones gigantescas, gordo gracias al calor del verano, a la enfermedad y el sufrimiento, y mientras instaba a su ejército, a Vasia su voz le parecía más potente que los truenos. Medved ya no tenía apariencia de hombre; tenía la forma de un oso y los hombros tan anchos que con ellos podría haber eclipsado las estrellas.

Dmitri atravesó otro upyr con la espada, pero se le quedó enganchada. El muerto se negaba a soltarla, y Vasia lo arrastró al cuadrado seguro que formaban los guardias justo a tiempo. El espacio se había reducido.

—Estáis sangrando los dos —dijo Olga con un leve temblor en la voz.

Vasia se miró y vio que era cierto: tenía un arañazo en el brazo y Dmitri otro en la mejilla.

—No temas, Olga Vladimírova —le respondió el gran príncipe.

Seguía sonriendo, una sonrisa tranquila y luminosa, y Vasia entendió una vez más que su hermano le fuese tan fiel a aquel hombre.

En el perímetro de los guardias, uno de ellos gritó y Morozko se abalanzó hacia allá, aunque ya era demasiado tarde para salvarlo.

El Oso se rio mientras su hermano derribaba a la criatura muerta. Aún había más atravesando la puerta de la muralla.

—¿Dónde está Sasha? —le preguntó Vasia a Dmitri.

—Ha ido al monasterio a por Sergui, cómo no —dijo el gran príncipe —. Lo he mandado marchar en cuanto el sacerdote se ha vuelto loco. Y menos mal. Este es trabajo para hombres santos, no para guerreros; si no recibimos ayuda, moriremos todos.

Lo había dicho con muchísima sencillez: como un general sopesando las posibilidades con las que contaba su ejército. Pero entonces sus ojos entornados toparon con Konstantín, que estaba inmóvil junto a la sombra descomunal del Oso. En ella había muerte. Los muertos no se fijaban en el sacerdote.

—Sabía que el sacerdote tramaba algo porque no paraba de repetir lo malvado que era mi primo —explicó Dmitri, y descabezó a otra criatura muerta mientras hablaba entre gruñidos—. He hecho que metieran a Sasha en el calabozo solo para engañar a Konstantín. Cuando he bajado a verlo, me lo ha contado todo. Y ha sido justo a tiempo. Pensaba que el sacerdote era un charlatán, pero jamás se me habría ocurrido…

A Dmitri le parecía que Konstantín hacía todo eso él solo, que él controlaba a los muertos. No veía al Oso. En cambio, Vasia sabía la verdad. Ella le veía el rostro atormentado al religioso cada vez que un rayo daba un fogonazo; y también veía al Oso, feroz, dichoso, indomable.

—Debo acercarme a Konstantín —dijo—. Está junto al demonio que ha provocado todo esto. Pero si cruzo el patio, perderé la vida.

Dmitri frunció los labios. Sin decir nada. Al cabo de una pausa breve, asintió una vez, se volvió y se puso a dar órdenes cortantes a sus hombres.

—No tienes poder sobre los muertos —le susurró el dvorovói a Konstantín al oído.

Konstantín a duras penas reaccionó al sonido, de tan sumido que estaba en el pánico.

—Pero tienes poder sobre él.

Despacio, Konstantín se giró.

—¿Tengo poder?

—Con tu sangre puedes encadenar al demonio —le explicó el dvorovói—. No estás desamparado.

Vasia no percibía ningún olor que no fuese tierra y podredumbre y sangre seca. La lluvia intensa empapaba el aire, igual que el ruido de

pasos trabajosos. La luz de un rayo iluminó la escabrosa escena. Oía a Olga, que rezaba en voz baja y sin parar, protegida por el grupo de hombres.

Un fogonazo horrible de luz azul y blanca le encendió el rostro a Morozko; la lluvia le pegaba el pelo al cráneo, no tenía aspecto de humano. Vasia le veía en los ojos el reflejo de las estrellas del bosque que había más allá de la vida. Lo cogió del brazo cuando él pasaba junto al corro de hombres. Él se volvió hacia ella. Durante un momento, a través de sus ojos miraba todo el peso de su poder extraño, de sus años infinitos. Y después su rostro recuperó un poco de humanidad.

—Tenemos que alcanzar al Oso —le dijo ella.

Él asintió con la cabeza. No estaba segura de si era capaz de hablar.

Dmitri continuaba dando órdenes:

—Voy a dividir a los hombres en dos. Una mitad se queda con la princesa. La otra mitad formará una cuña para cruzar el patio. Haz lo que puedas para ayudarnos —le dijo a Vasia.

Cuando Dmitri acabó, los hombres se dividieron de inmediato. A Olga la rodeó un corro menguado que retrocedió hacia la puerta del palacio.

El resto formó una cuña y avanzó, dando gritos, en dirección al Oso y a Konstantín, a través de la masa de muertos.

Vasia corría con ellos, y una docena de upyr prendió fuego a cada lado. Con mano rauda, Morozko atrapaba a los muertos por la muñeca y por la garganta y los hacía desaparecer.

Había muchísimos. El avance se frenó, pero siguieron acercándose al Oso. Cada vez estaban más cerca. Los hombres empezaron a flaquear. Sus rostros delataban un miedo atroz. De pronto, hasta Dmitri parecía asustado.

Era obra del Oso, que sonreía de oreja a oreja. Mientras los hombres titubeaban, los upyr atacaron con fuerzas renovadas. Uno de los hombres de Dmitri cayó con la garganta desgarrada y después otro. El tercero chilló despavorido cuando una dentadura afilada se le hundió en la muñeca.

Vasia apretó la mandíbula. El miedo también la azotaba, pero no era real. Ella lo sabía. Era un truco del Oso. Volvió a dar rienda suelta al fuego que llevaba en el alma y esa vez se prendió el pelaje empapado del Oso.

Medved volvió la cabeza, dio una dentellada y las llamas se apagaron de inmediato. Sin embargo, Vasia había aprovechado el instante en que él no prestaba atención. Mientras Morozko mantenía a

los muertos alejados de ella, recorrió los últimos pasos de un salto, se desenroscó la cuerda dorada de las muñecas y se la echó en la cabeza.

De algún modo, el Oso la esquivó. Esquivó la cuerda en el aire. Se rio y se lanzó hacia Morozko con las fauces abiertas para morderle. Aunque el demonio de las heladas se apartó, Vasia no tuvo tiempo suficiente de intentarlo de nuevo, ya que el movimiento lo había alejado de ella y los muertos la habían acorralado.

—¡Vasia! —gritó Morozko.

Una mano viscosa la agarró del pelo; Vasia no se molestó en mirar antes de prenderle fuego. El muerto retrocedió dando alaridos. Pero había demasiados. La cuña de Dmitri se había hecho añicos; había hombres librando batallas individuales por todo el patio. El Oso mantenía a Morozko alejado de Vasia, y los muertos continuaban acercándose…

Entonces resonó una voz nueva que venía desde la puerta de la muralla. No era un chert ni una criatura muerta. Era su hermano, que enarbolaba una espada. A su lado estaba su maestro, Sergui Rádonezhski. Ambos tenían un aspecto desaliñado, como si el camino por aquellas calles peligrosas hubiese sido arduo. Las gotas de lluvia corrían por la hoja de la espada de Sasha.

Sergui levantó la mano e hizo la señal de la cruz.

—En el nombre del Padre —dijo.

Por asombroso que pareciese, las criaturas muertas se quedaron quietas. Incluso el Oso se detuvo al oír esa voz. En algún lugar de la oscuridad, empezó a sonar un campana.

Hasta el rey del invierno mostró un ápice de miedo en la mirada.

Un rayo le iluminó la cara a Konstantín; se hallaba boquiabierto, asombrado y horrorizado. Vasia pensó: «Estaba convencido de que en este mundo no había nada más que los demonios y su propia voluntad».

Sergui rezaba en voz baja, con mesura. Pero su voz cortaba a través de la lluvia intensa y todas las palabras resonaban con claridad por el patio.

Los muertos seguían sin moverse.

—Id en paz —terminó Sergui—. No volváis a perturbar el mundo de los vivos.

Y, aunque parecía imposible, los muertos se desmoronaron y cayeron al suelo.

Morozko soltó aire, jadeante.

Vasia vio que el Oso crispaba el rostro con rabia. Había subestimado la fe de los hombres y su ejército había desaparecido así como así. Pero él, Medved, seguía sin cadenas, seguía vivo. Podía huir

y perderse en la noche, en la tormenta.

—Morozko —lo llamó ella—. Rápido.

No obstante, la luz de otro rayo les mostró a Konstantín, de pie ante la sombra descomunal del Oso, con la melena dorada oscurecida por la lluvia. Una ráfaga de aire le llevó la voz del sacerdote y Vasia la oyó sin la menor dificultad:

—Así que también me mentiste sobre eso —estaba diciendo Konstantín en voz baja pero clara—. Me dijiste que Dios no existía. Pero el santo padre ha rezado y…

—Dios no existe —oyó Vasia que decía el Oso—. Solo existe la fe.

—¿Qué diferencia hay?

—No lo sé. Venga, debemos irnos.

—Demonio, me has mentido. Me has mentido de nuevo. —Esa voz perfecta se quebró y sonó como la tos de un anciano—. Dios estaba presente; estaba presente todo el tiempo.

—Puede ser —respondió el Oso—. O puede que no. La verdad es que nadie lo sabe: ni hombres ni demonios. Ven conmigo. Si te quedas, te matarán.

Konstantín no apartaba la mirada del Oso.

—No —contestó—. No lo harán. —Levantó la hoja del cuchillo—. Vuelve al agujero de donde saliste. Tengo un poder. Los demonios me lo han dicho y tiempo atrás también fui un hombre de Dios.

El Oso dio un zarpazo. Pero el sacerdote fue más rápido. En un abrir y cerrar de ojos, se pasó la hoja del cuchillo por el pescuezo.

El Oso atrapó el cuchillo y se lo arrebató. Demasiado tarde. Ninguno de los dos emitió sonido alguno. Cayó otro rayo. Vasia le vio la cara al Oso, lo vio atrapar a Konstantín al vuelo, taparle con las manos, manos que se habían vuelto humanas, el torrente de sangre que manaba por la raja que el sacerdote tenía en la garganta.

Vasia avanzó, le echó la cuerda alrededor del cuello y apretó.

Esa vez no la esquivó. No podía porque el sacrificio del sacerdote ya lo tenía atrapado. No hizo más que estremecerse y agachar la cabeza ante el poder de la cuerda.

Vasia le ató el otro artefacto dorado alrededor de las muñecas. El Oso no se movió.

En ese momento, Vasia debería haber saboreado el triunfo.

Se había terminado, habían ganado.

Pero cuando el Oso la miró a los ojos, su expresión carecía de rabia. Miró detrás de ella, hacia su mellizo.

—Por favor —le suplicó.

¿Por favor? ¿Por favor, ten piedad? ¿Libérame de nuevo? Vasia pensó que no podía ser eso. No comprendía nada.

El Oso volvió a mirar al sacerdote, que se moría en el barro; casi no parecía ser consciente de la cuerda dorada.

La voz de Morozko era triunfal, pero también contenía un matiz extraño, como una comprensión remisa:

—Sabes que no lo haré.

El Oso torció la boca. No era una sonrisa.

—Sabía que no lo harías. Pero tenía que intentarlo.

La cabeza dorada y azul estaba oscura por efecto de la lluvia, pálida por efecto de la muerte. Konstantín levantó una mano que sangraba en la oscuridad. El Oso le dijo a Vasia:

—Déjame tocarlo, maldita seas.

Y ella se apartó anonadada y permitió que el Oso se arrodillase y le agarrase la mano temblorosa al sacerdote. La envolvió en sus dedos gruesos sin hacer caso de que tenía las muñecas atadas.

—Eres necio, hombre de Dios —murmuró—. No lo entendías.

Konstantín dijo en un susurro ensangrentado:

—¿Qué no entendía?

—Que tengo fe, a mi manera —respondió el Oso, y torció los labios —. Amaba tus manos.

La mano del artista, con sus dedos expresivos y las uñas estrechas y crueles, yacía flácida como un pájaro muerto entre las del chert. Los ojos de Konstantín, lechosos y fijos en el Oso, lo miraban con expresión desconcertada.

—Eres un demonio —repitió, y dio una bocanada de aire a medida que se quedaba sin vida—. No sé… ¿No te han derrotado?

—Me han derrotado, hombre de Dios.

Konstantín contemplaba algo, pero Vasia no sabía el qué. Quizá viese la cara que tenía delante: una criatura a la que amaba y denigraba como se amaba y se denigraba a sí mismo.

Quizá solo viese un bosque iluminado por la luz de las estrellas y un camino sin vuelta atrás.

Quizá hubiera encontrado la paz, al final.

Quizá solo hubiera silencio.

El Oso le posó la cabeza en el barro; ya no tenía el pelo dorado, sino negro por el agua y la sangre. Vasia se dio cuenta de que se había tapado la boca con la mano. Se suponía que los malvados no lloraban la pérdida de nadie ni lamentaban nada, que al final no veían a su Dios silente en la constancia de la fe ajena.

Poco a poco, el Oso le soltó la mano al sacerdote y se levantó despacio. Era como si la cuerda dorada le pesara mientras relucía con ese resplandor almibarado. Aún atadas, las manos del Oso se cerraron alrededor de las del rey del invierno.

—Hermano, llévate al sacerdote con cuidado —le pidió—. Ahora es tuyo, no mío. —Volvió a mirar la silueta tendida en el barro.

—Al final no es de ninguno de los dos —dijo Morozko.

Vasia se santiguó casi sin ser consciente de lo que hacía.

A Konstantín se le habían llenado los ojos abiertos con el agua de la lluvia, que se le derramaba por los lados y le caía por las sienes como si fueran lágrimas.

—Has vencido —le dijo el Oso a Vasia, e hizo una reverencia antes de señalar a todos los muertos con un gesto y hablar con una voz más fría de la que le había oído usar a Morozko—: Espero que te alegre.

Ella no respondió.

—En la plegaria de ese hombre has visto tu final —continuó el Oso, y señaló a Sergui con la barbilla—. Hermano, tú y yo estaremos encerrados en nuestra contienda interminable hasta que nos convirtamos en cenizas y escarcha y el mundo haya cambiado. Ya no queda esperanza para los cherti.

—Vamos a compartir este mundo —aseguró Vasia—. Habrá lugar para todos: hombres y demonios y también para las campanas.

El Oso se rio de ella, una risa suave.

—¿Nos vamos, mellizo?

Morozko, sin mediar palabra, tendió el brazo y cogió la atadura de oro que tenía alrededor de las muñecas. Se levantó un viento gélido y ambos desaparecieron en la oscuridad.

A Dmitri le corría el agua por el pelo y por el brazo ensangrentado con el que sostenía la espada. Cruzó el patio a zancadas y se apartó el pelo empapado de los ojos.

—Me alegro de que no estés muerta —le dijo a Vasia—, prima.

—Yo también —respondió Vasia con sarcasmo.

Dmitri se dirigió a la vez a ella y a su hermano:

—Llevaos a la princesa de Sérpujov a casa y, después, volved los dos. En secreto, por el amor de Dios. Esto no ha acabado. Lo que viene ahora será peor que un puñado de hombres muertos.

Sin decir nada más, los dejó allí, cruzó el dvor salpicando en los charcos y se puso a dar órdenes.

—¿Qué viene ahora? —le preguntó Vasia a Sasha.

—Vienen los tártaros —contestó él—. Vamos a llevar a Olia a casa; necesito ropa seca.

QUINTA PARTE

VEINTICUATRO
GIROS

na vez que Olga estuvo a salvo en el terem de su palacio, Vasia y Sasha se quitaron la ropa sucia y empapada, se pusieron prendas secas y corrieron a reunirse con el gran príncipe. Vasia se echó a los hombros la capa que le habían regalado en la Medianoche; la lluvia había hecho bajar la temperatura y esa noche tan húmeda hacía frío.

Los dejaron pasar por la puerta trasera sin llamar la atención y los llevaron deprisa y en silencio a la pequeña antecámara de Dmitri. El viento rugía a través de las ventanas, abiertas de par en par. No había sirvientes, solo una mesa puesta donde había una jarra con cuatro vasos, pan, pescado ahumado y setas encurtidas. Comida sencilla, en honor a Sergui; el viejo monje los esperaba con el gran príncipe. Bebía hidromiel despacio, con cara de estar muy cansado.

Dmitri contrastaba con él, inquieto y lleno de vida, infatigable entre las vides, las flores y los santos que había pintados en las paredes.

—Sentaos los dos —dijo cuando aparecieron Sasha y Vasia—. Mañana debo consultarlo con mis boyardos, pero primero quiero tener clara mi decisión.

Se sirvieron vino, y Vasia, que apenas había tomado unos bocados insípidos cuando se habían detenido a descansar junto al río, dio buena cuenta del pan y del rico pescado aceitoso mientras escuchaba a

los demás.

—Debería haberlo sabido —empezó Dmitri—. Un charlatán de pelo amarillo que llega a Moscú como si nada, a exorcizar a los muertos. Creímos que era el poder de Dios. Y estaba en liga con el demonio desde el principio.

Vasia deseó que no hablase de ese tema. No paraba de ver el rostro de Konstantín bajo la lluvia.

—Me alegro de que nos hayamos librado de él —continuó Dmitri.

—Con lo cansados que estamos, no nos habrás hecho venir para presumir, ¿verdad? —replicó Sergui.

—No —contestó Dmitri, cuyo humor triunfal empezó a desvanecerse —. Durante un tiempo me han ido llegando noticias: los tártaros están en el bajo Volga y marchan hacia el norte. Mamái viene a pesar de todo. No sabemos nada de Vladímir Andréyevich. La plata…

—La plata se perdió —dijo Vasia al recordar, y todos los presentes la miraron—. Se perdió en una inundación. —Dejó el vaso a un lado y enderezó la espalda—. Si la plata era el rescate de Moscovia, Dmitri Iványovich, Moscovia no tiene rescate. —Seguían contemplándola. Vasia les devolvió la mirada a todos con firmeza—. Os juro que es verdad. ¿Queréis saber por qué lo sé?

—Yo no. —Dmitri se santiguó—. Prefiero saber otras cosas. ¿Cómo está Vladimir? ¿Vivo o muerto? ¿Lo han capturado?

—Eso no lo sé. —Vasia hizo una pausa—. Pero podría averiguarlo.

Dmitri se limitó a fruncir el ceño con aire pensativo y dio unas vueltas por la antecámara: serio, inquieto, leonino.

—Si mis espías confirman lo que has dicho sobre la plata, les mandaré un mensaje a los príncipes de la Rus. No nos queda otra alternativa. Debemos agrupar los ejércitos en Kolomna antes de que la luna se oscurezca y marchar hacia el sur para la batalla. ¿O acaso vamos a permitir que infesten la Rus?

Dmitri hablaba con todos, pero tenía la vista fija en Sasha, que tiempo atrás le había pedido que no entrase en combate con los tártaros.

Lo único que Sasha dijo, con la misma seriedad que Dmitri, fue:

—¿Qué príncipes acudirán a la llamada?

—Rostov, Starodub —enumeró Dmitri mientras iba levantando un dedo por cada principado sin dejar de caminar por la estancia—. Los que son mis vasallos. Nizhni Nóvgorod, porque el príncipe es mi suegro. Tver, en honor al tratado. Sin embargo, ojalá contase con el príncipe de Sérpujov. En el consejo es muy astuto, además de leal, y necesitaré sus hombres. —Se detuvo y miró a Vasia.

—¿Qué hay de Oleg de Riazán? —preguntó Sasha.

—Oleg no vendrá —contestó Dmitri—. Riazán está demasiado cerca de Sarái y él es precavido por naturaleza. No se arriesgará ni le importará lo que digan sus boyardos. Si hace algo, será marchar con Mamái. Nosotros lucharemos como sea, sin Riazán y sin Sérpujov si es lo que hay que hacer. ¿Tenemos otra elección? Hemos intentado pagar el rescate de Moscovia, pero no lo hemos logrado. Así pues, ¿nos sometemos o luchamos?

Esa vez la pregunta iba dirigida a los tres.

Nadie dijo nada.

—Mañana enviaré emisarios a los príncipes —decidió Dmitri—. Padre —le hablaba a Sergui—, ¿vendréis con nosotros a bendecir al ejército?

—Sí, hijo mío —respondió este, que parecía agotado—. Aunque sabes que la victoria tendrá un precio.

—Si pudiera, evitaría entrar en guerra —repuso el gran príncipe—. Pero no puedo, así que… —Se le iluminó la cara—. Por fin habrá una batalla, tras un verano lleno de miedos y temores. Si Dios quiere, será el momento en el que nos deshagamos del yugo.

«Que Dios los ayude —pensó Vasia. Cuando Dmitri hablaba así, todos le creían. No le hacía falta preguntarlo para saber que los príncipes acudirían a la llamada—. Que Dios nos ampare a todos».

El gran príncipe se dirigió de forma repentina a ella:

—Cuento con la espada de tu hermano y con la bendición del santo padre. ¿Qué me darás tú, Vasilisa Petrovna? Me apenó pensar que habías muerto. Y después me dijeron que habías incendiado mi ciudad.

Ella se levantó para hablar con él.

—Me confieso culpable ante ti, gosudar —dijo—. Sin embargo, dos veces he ayudado a vencer a los enemigos de la ciudad. El incendio fue culpa mía, pero la tormenta de nieve que hubo a continuación también la llamé yo. En cuanto a castigo, ya lo he recibido. —Volvió la cabeza para que la luz del fuego resaltase la cicatriz que tenía en la cara. Sin que nadie se diese cuenta, cogió la talla del ruiseñor que llevaba en la manga, si bien esa pena no pensaba exhibirla ante aquellos hombres—. ¿Qué quieres de mí?

—Has estado a punto de morir en el fuego dos veces y, sin embargo, las dos has vuelto a salvar la ciudad del mal. Quizá deberíamos darte una recompensa. ¿Qué quieres tú, Vasilisa Petrovna?

Ya sabía la respuesta y no se anduvo por las ramas:

—Hay una manera de saber si Vladímir Andréyevich está vivo o muerto. Si está vivo, iré a buscarlo. ¿Reunirás a los ejércitos dentro de

dos semanas?

—Sí —contestó cauteloso Dmitri—. Pero…

—Allí estaré —lo interrumpió ella—. Y si Vladímir Andréyevich está vivo, acudirá también con sus hombres.

—Imposible —respondió Dmitri.

—Si lo consigo, consideraré mi deuda saldada; a ti y a la ciudad. ¿Y ahora? Te pido que confíes en mí. No en el chico llamado Vasili Petróvich que no existía, sino en mí.

—¿Por qué debería confiar en ti, Vasilisa Petrovna? —preguntó Dmitri, aunque con una mirada cargada de intenciones—. Eres bruja.

—Ha defendido a la Iglesia del mal —terció Sergui, y se santiguó —. Los caminos de Dios son inescrutables.

Vasia también se santiguó.

—Puede que sea bruja, Dmitri Ivánovich, pero los poderes de la Rus deben aliarse: los príncipes y la Iglesia deben aunar sus fuerzas con el mundo invisible. De lo contrario, no hay ninguna esperanza de conseguir la victoria.

«Primero necesitaba hombres para ayudarme a derrotar a un demonio —pensó—. Y ahora necesito a los demonios para que me ayuden a derrotar a otros hombres».

Pero ¿quién más que ella podía hacerlo? «Puedes ser el puente entre los hombres y los cherti», había dicho Morozko. Creyó que por fin lo había comprendido.

Durante un momento no se oyó más sonido que el viento triunfal que soplaba a través de las ventanas. Entonces, sin más, Dmitri dijo:

—Confío en ti. —Con cuidado, le posó la mano en la cabeza: la bendición de un príncipe a una guerrera. Vasia se quedó muy quieta —. ¿Qué necesitas?

Vasia reflexionó. Todavía estaba radiante por culpa de las palabras: «Confío en ti».

—Ropa como la que llevaría el hijo de un comerciante — respondió.

—Primo —intervino Sasha—. Si se va, yo debo ir con ella. Ha hecho suficientes viajes sin ningún pariente.

Dmitri se mostró sorprendido.

—Te necesito aquí. Tú hablas tártaro, conoces las tierras que hay entre aquí y Sarái.

Sasha no dijo nada.

De pronto, Dmitri comprendió. Tal vez hubiese recordado la noche de la hoguera, cuando la hermana de Sasha tuvo que enfrentarse sola a la oscuridad.

—No te lo impediré, Sasha —aceptó a regañadientes—. Pero debes

estar en el punto de reunión tanto si Vasia lo consigue como si no.

—Sasha… —empezó a decir ella.

Pero, al mismo tiempo, él se acercó y le susurró:

—Lloré por ti. Incluso cuando Varvara me dijo que estabas viva, lloré. Me odié a mí mismo por permitir que mi hermana se enfrentase sola a semejante horror y me odié aún más cuando reapareciste en mi campamento, tan cambiada. No dejaré que vayas sola.

Vasia le puso la mano en el brazo.

—Entonces, si esta noche vienes conmigo —le apretó el brazo y se miraron a los ojos—, te advierto que el camino transcurre por la oscuridad.

—Pues viajaremos por la oscuridad, hermana —contestó él.

Cuando regresaron al palacio de Olga, Varvara los esperaba en los baños. Sasha se lavó con prisas y se acostó. Faltaba poco para la medianoche: la hora de su partida. En cambio, Vasia se entretuvo más.

—No llegué a darte las gracias —le dijo a Varvara—. Por aquella noche, donde el río. Me salvaste la vida.

—Yo no habría hecho nada —respondió ella—. No sabía qué hacer por ti aparte de llorar tu pérdida. Pero Polunochnitsa me habló.

Hacía muchísimo que no oía su voz. Me dijo lo que había que hacer, así que fui adonde estaba la hoguera.

—Varvara —dijo Vasia—, en las tierras de la Medianoche conocí a tu madre.

Varvara apretó los labios.

—Supongo que pensaba que eras una repetición de Tamara. Solo que una hija que podía controlar, una que no estaba enamorada de un hechicero.

Vasia no tenía respuesta para eso. Así que le preguntó:

—¿Por qué viniste a Moscú? ¿Por qué ser sirvienta?

El rostro de Varvara delató una rabia muy antigua.

—No tengo el don de la vista —explicó—. No veo a los cherti; oigo a los más fuertes y domino un poco el habla de los caballos, pero eso es todo. Para mí, el reino de mi madre no albergaba maravillas, solo frío y peligros y aislamiento y, más adelante, su ira. Había sido demasiado dura con Tamara, así que me marché y fui a buscarla. Al cabo de un tiempo, llegué a Moscú, esta ciudad de hombres. Aquí encontré a mi hermana, pero yo ya no podía ayudarla; estaba apagada y vagaba arrastrando el peso de una pena que superaba sus fuerzas. Había dado a luz a una hija que protegí como pude.

Vasia asintió.

—Pero cuando mandaron a la hija al norte a casarse, no fui con ella. Tenía a su aya y el marido era un buen hombre. No quería vivir

en otra tierra donde solo había bosques y no había gente. Me gustaba el sonido de las campanas, el color y el alboroto de Moscú. Así que me quedé y esperé. Tras un tiempo, llegó otra niña de mi sangre y yo volví a ser una persona entera, al cuidado de tu hermana y de sus hijos.

—Pero ¿por qué ser sirvienta?

—¿Y tú me lo preguntas? —repuso Varvara, malhumorada—. Las sirvientas tienen más libertad que las mujeres nobles. Podía ir adonde quisiera, tomar el sol con la cabeza descubierta. Era feliz. En cambio, las brujas mueren solas. Lo aprendí de mi madre y de mi hermana. ¿Acaso tu don te ha proporcionado la felicidad, doncella del fuego?

—Sí —respondió Vasia sin entrar en detalles—. Pero también muchas penas. —Su voz dejaba traslucir un ápice de ira—. Si los conocías a ambos, a Tamara y a Kasian, ¿por qué no hiciste nada por ella cuando murió? ¿Por qué no nos avisaste cuando Kasian vino a Moscú?

Varvara no se movió, pero de un momento a otro se le marcó el rostro con líneas afiladas y surcos: los ecos de un dolor muy antiguo.

—Sabía que el fantasma de mi hermana rondaba por el palacio; no podía hacer que se marchase e ignoraba por qué seguía aquí. Kasian ni siquiera lo sabía cuando llegó. En Moscú llevaba una cara distinta de la que tenía cuando sedujo a Tamara junto al lago, en el solsticio de verano. —Debió de ver en su mirada que Vasia dudaba, puesto que le espetó—: Yo no soy como tú, con tus ojos inmortales y tu demencial valentía. Yo no soy más que una mujer que no es digna de su linaje y ha hecho lo que ha podido para cuidar de los suyos.

Vasia no respondió, sino que estiró el brazo, le cogió la mano y durante un rato ninguna de las dos habló.

—¿Se lo contarás a mi hermana?

Varvara abrió la boca para contestar algo cortante…, pero se lo pensó dos veces.

—Nunca me he atrevido —admitió a regañadientes, con una pizca de duda en la voz—. ¿Por qué iba a creerme? No parezco lo bastante vieja para ser la tía abuela de nadie.

—Me da la impresión de que últimamente Olga ha visto más cosas asombrosas de la cuenta; te creerá. Creo que deberías decírselo, ella se alegraría. Aunque entiendo tu punto de vista. —Vasia miró a Varvara como si fuera la primera vez: su cuerpo era fuerte; su cabellera, rubia con apenas un puñado de canas—. ¿Cuántos años tienes?

Varvara se encogió de hombros.

—No lo sé. Más de los que aparento. Nuestra madre no nos dijo quién nos engendró, pero yo siempre he dado por sentado que lo larga

que está siendo mi vida era un regalo de su parte. Quienquiera que fuese. Aquí soy feliz, Vasilisa Petrovna, de verdad. Nunca que querido poder, solo gente de la que cuidar. Salva Moscú para ellos y lleva a mi María salvaje a algún lugar donde pueda respirar, y yo estaré contenta.

Vasia sonrió.

—Eso haré, tía.

Varvara se marchó, y Vasia acabó de bañarse y vestirse. Ya limpia, salió a la pasarela cubierta que conectaba el baño con el terem. El chaparrón continuaba, pero se había suavizado. Los rayos caían con menos frecuencia a medida que la tormenta se alejaba.

Tardó un momento en ver la sombra. Se quedó quieta, notando la aspereza de la puerta de los baños a la espalda. Con un hilo de voz, habló:

—¿Ya está hecho?

—Está hecho —confirmó Morozko—. Encadenado por mi poder, por el sacrificio de su religioso y por la brida de oro de Kaschei: las tres cosas a la vez. Jamás volverá a ser libre.

La lluvia que caía era fría y se llevaba el polvo del verano.

Vasia soltó la puerta. Las gotas susurraban en el tejado. Cruzó la pasarela para verle la cara, para hacerle una pregunta que la atribulaba:

—¿A qué se refería el Oso —le preguntó— cuando ha dicho «por favor»?

Morozko frunció el ceño, pero en lugar de responder con palabras, levantó la mano y la ahuecó. Se le encharcó de agua.

—Me preguntaba si lo querrías saber —dijo—. Dame la mano.

Vasia se la dio. Él dejó que el agua le corriese por los cortes que tenía en el brazo y en los dedos. Sanaron con la punzada de dolor de siempre, en un abrir y cerrar de ojos. Ella retiró la mano de golpe.

—El agua de la muerte —explicó Morozko, y dejó que las gotas que quedaban se esparciesen por ahí—. Ese es mi poder: puedo restaurar los cuerpos, vivos o muertos.

Vasia sabía que él sanaba las heridas porque, la noche que lo conoció, le curó las lesiones que le había provocado el frío. Pero no lo había relacionado con el cuento, no había pensado que…

—Me dijiste que solo podías curar heridas que hubieras infligido tú.

—Así es.

—¿Otra mentira?

Él apretó los labios con fuerza.

—Es parte de la verdad.

—¿El Oso quería que le salvases la vida a Konstantín?

—Salvarlo no —respondió—. Yo puedo curar, pero en su caso ya era demasiado tarde para mí. Medved quería que le sanase las heridas corporales y así él podría devolverle la vida. Juntos, mi hermano y yo podemos hacer que los muertos revivan, ya que el don de Medved es el agua de la vida. Por eso me lo ha pedido por favor.

Con el ceño fruncido, Vasia vio que se le habían curado los dedos, que tenía cicatrices en las palmas y en las muñecas.

—Sin embargo —añadió Morozko—, no actuamos juntos. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Es un monstruo, y su poder es monstruoso.

—El Oso ha llorado —dijo Vasia—. Ha llorado la muerte del padre Konstantín.

Morozko emitió un sonido impaciente.

—Los malvados también se apenan, Vasia.

Ella no contestó. Se quedó quieta mientras la lluvia caía a su alrededor, abrumada una vez más por todas las cosas que desconocía. El rey del invierno formaba parte de la tormenta que aún no amainaba; su humanidad no era más que una sombra de su verdadera naturaleza y su poder aumentaba a medida que el verano decaía. Le brillaban los ojos en la oscuridad. No obstante, había cuidado de ella, había tramado con ella. ¿Por qué pensaba siquiera un instante en el Oso o en Konstantín? Ambos eran asesinos y ambos habían desaparecido.

Se sacudió la inquietud y dijo:

—¿Vienes a conocer a mi hermana? Se lo he prometido.

Morozko se mostró sorprendido.

—¿Quieres que acuda a ella como tu pretendiente y le pida permiso? —le preguntó—. ¿Eso cambiará algo? Quizá sea peor.

—Aun así. Si no, yo…

—No soy un hombre, Vasia. No estoy sujeto a ningún sacramento; no puedo casarme contigo de acuerdo a las leyes de tu Dios ni de tu pueblo. Si buscas recuperar el honor a ojos de tu hermana, no lo conseguirás.

Ella sabía de sobra que eso era cierto. Pero.

—Quiero que la conozcas igualmente —insistió—. Así al menos quizá no tema por mí.

Hubo un silencio y después se dio cuenta de que él se reía sin hacer ruido, con leves sacudidas. Cruzó los brazos, ofendida.

Morozko la miró con ojos cristalinos.

—No es probable que yo tranquilice a ninguna hermana —dijo cuando paró de reír—. Pero, si quieres, iré a conocerla.

Olga estaba en los aposentos de María, cuidando de ella mientras

dormía. Las marcas del esfuerzo continuado ensombrecían el rostro pálido y delgado de la niña. Había aceptado una tarea demasiado grande siendo demasiado pequeña, y su madre no tenía mucho mejor aspecto.

Vasia se detuvo junto a la puerta; de pronto, no estaba segura de si era bienvenida.

Sobre la cama había colchas rellenas de plumas, además de pieles y lana tejida. Durante un momento, Vasia quiso volver a ser una niña, dejarse caer junto a María y dormirse mientras su hermana le acariciaba el pelo. Pero Olga se giró al oír sus pisadas suaves y el deseo se desvaneció. No podía echarse atrás.

Vasia cruzó el dormitorio y le acarició la mejilla a María.

—¿Estará bien? —preguntó.

—Creo que es solo cansancio —dijo Olga.

—Ha sido muy valiente.

Olga le alisó el pelo y no añadió nada.

—Olia —musitó Vasia, nerviosa. La compostura de la que se había armado en el salón de Dmitri parecía haberla abandonado—. Te dije… Te dije que lo conocerías. Si querías.

Olga frunció el ceño.

—¿Te refieres a él, Vasia?

—Me lo pediste. Está aquí. ¿Quieres que entre?

Morozko no esperó a la respuesta y tampoco pasó por la puerta como una persona. Simplemente salió de entre las sombras. El domovói, que había estado sentado junto al horno, se levantó de un brinco y se puso en guardia. María se revolvió en la cama.

—No voy a hacerles daño, pequeño —dijo Morozko, que se dirigió primero al domovói.

Olga también se había levantado de golpe; estaba delante de la cama de María como si quisiera defender a su hija del mal. Vasia, rígida de los nervios, de repente vio al demonio de las heladas tal como lo veía su hermana: una sombra de ojos fríos. Empezó a dudar de su plan. Morozko se acercó a Olga y le hizo una reverencia.

—Os conozco —susurró Olga—. ¿A qué venís?

—No vengo a por una vida —respondió Morozko. Hablaba con voz firme, pero Vasia lo notó precavido.

—Me acuerdo de él —le dijo Olga a Vasia—. Me acuerdo. Se llevó a mi hija.

—No… Él… —empezó a decir Vasia con torpeza.

Morozko le clavó una mirada dura. Vasia calló.

El rostro de Morozko continuaba igual, pero tenía el cuerpo tenso del esfuerzo. Vasia entendió el motivo. Había querido acercarse a la

humanidad lo suficiente para que se acordasen de él, para seguir existiendo. Pero Vasia lo había atraído a la humanidad cada vez más, como una polilla a la llama de una vela. Y en ese momento debía mirar a Olga, comprender el tormento en su semblante y cargar con ello por los largos caminos de su vida.

No quería hacerlo. Sin embargo, no se movió del sitio.

—Aunque no sea un gran consuelo —dijo Morozko con cuidado—, tu hija mayor tiene una larga vida por delante. Y la pequeña… Me acordaré de ella.

—Eres un demonio —espetó Olga—. Mi pequeña ni siquiera tenía nombre.

—La recordaré de todos modos —afirmó el rey del invierno.

Olga lo contempló un segundo y, de pronto, se vino abajo; se le dobló el cuerpo de la pena que sentía. Se tapó la cara con las manos.

Vasia, sin saber qué hacer, se acercó a su hermana y probó a abrazarla.

—¿Olia? —murmuró—. Olia, lo siento. Lo siento mucho.

Olga no respondió, y Morozko se quedó donde estaba. No volvió a hablar.

Hubo un silencio prolongado. Olga respiró hondo. Tenía los ojos mojados.

—No había llorado… No desde la noche que la perdí. —Vasia la abrazaba con fuerza y Olga le retiró los brazos con delicadeza—. ¿Por qué mi hermana? —le preguntó a Morozko—. De todas las mujeres del mundo, ¿por qué ella?

—Por su sangre —respondió Morozko—. Y, más tarde, por su coraje.

—¿Tienes algo que ofrecerle a ella? —le dijo Olga, y añadió con tono significativo—: Aparte de susurros en la oscuridad.

Vasia reprimió un sonido de protesta. Si la pregunta había sorprendido a Morozko, él no lo mostró.

—Todas las tierras del invierno. Los árboles negros y la escarcha plateada. Oro y objetos valiosos que el hombre ha fabricado; si lo desea, puede llenarse las manos de riqueza.

—¿Vas a negarle la primavera y el verano?

—No le negaré nada. Pero hay lugares a los que ella puede ir adonde no podré seguirla con facilidad.

—No es un hombre —le dijo Olga a Vasia sin apartar la mirada del rey del invierno—. No será un marido.

Vasia agachó la cabeza.

—Nunca he querido un marido. Ha dejado el invierno atrás por venir conmigo, por el bien de Moscú. Me basta con eso.

—¿Y crees que no te hará daño al final? ¡Acuérdate de la chica muerta del cuento!

—Yo no soy esa chica.

—¿Qué pasa si este… enlace resulta ser tu condena?

—Ya estoy condenada —dijo Vasia—. Según todas las leyes de Dios y de los hombres. Pero no quiero estar sola.

Olga suspiró y habló con tristeza:

—Como tú digas, hermana. —De forma abrupta, agregó—: De acuerdo. Os doy mi bendición. Ahora pídele que se marche.

Vasia siguió a Morozko afuera. Esa vez, él salió por la puerta, a la manera ordinaria. Pero, cuando ya estaba al otro lado, se detuvo con la cabeza gacha, como un hombre después de un trabajo arduo.

—A los baños.

Ella le cogió la mano y lo condujo hasta allá, le cerró la puerta a la oscuridad, olvidó que en la estancia no ardía ninguna vela. Cuatro prendieron al mismo tiempo. Él se dejó caer en uno de los bancos de la sala exterior y cogió aire, tembloroso. Los baños eran lugares donde la gente nacía y moría, lugares de transformación y magia, y tal vez también lugares para recordar. Allí dentro respiraba con mayor facilidad. Aun así…

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Él no respondió a eso.

—No puedo quedarme —fue lo que dijo. Tenía los ojos pálidos como el agua, los dedos de las manos entrelazados, las falanges visibles a la luz de las velas—. No puedo. Todavía no es el momento de que yo esté aquí. Debo regresar a mis tierras. Soy… —Dejó la frase inacabada, pero enseguida declaró—: Soy el invierno y llevo demasiado tiempo separado de mí mismo.

—¿Es ese el único motivo? —quiso saber ella.

Él no la miraba. Se obligó a relajar las manos, que se aferraban entre sí, y se las colocó sobre las rodillas. Aunque casi inaudible, dijo:

—No puedo aprender más nombres. Me acerca demasiado a…

—¿Te acerca demasiado a qué? ¿A la mortalidad? ¿Podrías convertirte en mortal?

Él la miró sin dar crédito.

—¿Cómo, si no estoy hecho de carne y hueso? No obstante, noto que me arrastra.

—Entonces creo que siempre te arrastrará —dijo Vasia—. Mientras estemos… A menos que… me olvides.

Morozko se puso en pie.

—Esa decisión ya está tomada —replicó—. Pero debo regresar a mis tierras. No eres la única que se arriesga a enloquecer con las

imposibilidades, y con esta ya no puedo más. Mi lugar no es el mundo del verano. Vasia, has hecho todo lo que debías. Ven conmigo.

Al oír sus palabras, la atravesó un rayo de añoranza por los cielos azules y los bancos de nieve, por lugares vírgenes y el silencio, por la casa del abetal iluminada por el fuego de la chimenea, por sus manos en la oscuridad. Podría irse con él y dejar atrás las actividades de los hombres, dejar la ciudad que le había costado la vida a *Solovéi*.

Pero, aún mientras lo pensaba, dijo:

—No puedo. Todavía no ha terminado.

—Tu parte está hecha. Si Dmitri entra en guerra contra los tártaros, será una guerra entre hombres, no de los cherti.

—¡Una guerra que ha provocado el Oso!

—Una guerra que podría haber estallado de todos modos —respondió Morozko—. Una guerra que lleva años gestándose.

Vasia se tocó la mejilla, donde tenía la cicatriz de la pedrada que le habían dado cuando iba camino de su muerte.

—Lo sé —asintió—. Pero soy rusa, y ellos son mi pueblo.

—Te echaron a la hoguera —le recordó Morozko—. No les debes nada. Ven conmigo.

—¿Y quién seré si voy contigo? —exigió saber—. Una mera doncella de las nieves, la novia del rey del invierno; el mundo me olvidará, ¡igual que a ti! —Vio que él se estremecía al oír esas palabras. Vasia se mordió el labio y le preguntó con más calma—: ¿Quién soy yo si no puedo ayudar a mi pueblo?

—Tu pueblo es más que una sola batalla mal planeada.

—Liberaste a tu hermano porque pensabas que yo podía evitar que los cherti de este mundo se desvaneciesen. Y tal vez pueda. Pero la otra Rus, la Rus de los hombres y las mujeres, pagó el precio, y voy a arreglarlo. La maldad del Oso no abarca solo Moscú. Mi tarea no ha terminado.

—¿Y si mueres? ¿Crees que quiero llevarte en brazos hacia la oscuridad y no volver a verte?

—Sé que no. —Llenó los pulmones, con esfuerzo—. Aun así, tengo que intentarlo.

Por el bien de Vasia, Morozko se había aliado con Sasha, había pedido el perdón de Olga, había ido a Moscú en verano y encadenado al Oso. Pero Vasia había alcanzado el límite de las fuerzas y la voluntad de Morozko. No pensaba luchar en la guerra de Dmitri.

En cambio, ella sí. Porque quería ser más que una doncella de las nieves. Quería contar con la fe de Dmitri, quería que le posara la mano en la cabeza. Quería una victoria conseguida a base de coraje.

Sin embargo, también quería al rey del invierno. En mitad del

humo y el polvo y el hedor de Moscú, él era brisa con olor a pino y agua fría y quietud. No podía pensar de tanto que lo deseaba.

Morozko vio que Vasia vacilaba. Se miraron en la oscuridad, y él acortó la distancia que los separaba.

No fue delicado. Estaba enfadado, y ella también: desconcertada y anhelante, y cuando se tocaron fue con aspereza. Al besarlo, ella advirtió que su tacto era el de la carne, que la hora y el lugar y la pasión que sentía por él lo habían traído de golpe a la realidad. El silencio se prolongó mientras sus manos decían las cosas que ellos no podían pronunciar y, en ese momento, Vasia estuvo a punto de acceder. Estuvo a punto de dejar que la llevase a su caballo blanco y la sacara de allí en mitad de la noche. No quería pensar más.

No obstante, debía pensar. Tamara había permitido que su demonio particular la arrullase con sueños de amor hasta que acabó perdiendo todo lo que le importaba.

Ella no era Tamara. Vasia se separó de golpe, dio una bocanada de aire y él la soltó.

—Vuelve al invierno —se oyó decir con voz ronca—. Voy a enfilar el camino que atraviesa la Medianoche para encontrar a mi cuñado, si es que sigue con vida. Voy a ayudar a Dmitri Ivánovich a ganar esta guerra.

Morozko se quedó inmóvil. Poco a poco, la rabia y la confusión y el deseo se borraron de su expresión.

—Vladímir Andréyevich está vivo —le confió—. Pero no sé dónde se encuentra. Vasia, no puedo acompañarte en este camino.

—Lo encontraré.

—Lo encontrarás —dijo Morozko con certeza y cansancio, y le hizo una reverencia con expresión remota y los sentimientos encerrados muy dentro—. Búscame con las primeras heladas.

Salió de los baños como un fantasma. Ella se apresuró tras él; seguía enfadada, pero no quería que se marchase así, ambos con una herida sin sanar. Lo había enfrentado a su propia naturaleza, un enemigo demasiado poderoso.

Morozko salió al patio y alzó el rostro hacia el cielo nocturno. Por un instante, el viento fue el auténtico viento intenso del invierno que te congela el aliento en los labios.

De pronto, se volvió hacia ella y en su rostro había sentimientos de nuevo, como si él no pudiera evitarlo.

—Cuídate y no me olvides, snegurochka —le pidió.

—No te olvidaré. Morozko… —Él ya casi no estaba, el viento parecía soplar a través de él—. Yo también te quise, de la manera que pude —susurró.

Se miraron. Y él desapareció, se fue con el viento, ondeando por el aire.

VEINTICINCO
EL CAMINO QUE ATRAVIESA LA OSCURIDAD

asha y Vasia partieron poco antes de la medianoche.

—Lo siento —se disculpó él con Olga antes de irse—. Por lo que dije la última vez que nos despedimos.

Ella estuvo a punto de sonreír, pero las comisuras de la boca le apuntaron hacia abajo.

—Yo también estaba enfadada. Ya debería haberme acostumbrado a las despedidas, hermano.

—Si las cosas nos salen mal en el sur —dijo Sasha—, no debes quedarte en Moscú. Lleva a los niños a Lesnaya Zemliá.

—Lo sé —respondió la princesa de Sérpujov.

Los hermanos se miraron con desaliento. Olga había sobrevivido a tres asedios; Sasha llevaba luchando en las batallas de Dmitri desde que los dos eran poco más que un par de niños.

Mientras los observaba, Vasia pensó con cierta incomodidad que, aunque había visto muchas cosas, no conocía la guerra.

—Id con Dios —se despidió Olga.

Vasia y Sasha salieron de Moscú. Fuera de la muralla, el posad descansaba. El viento frío y fuerte se había llevado consigo el hedor de la enfermedad. Al menos los muertos yacían tranquilos.

Vasia guio a su hermano hacia el bosque, al mismo lugar donde Varvara le había indicado el camino que atravesaba la Medianoche.

¿Cuánto tiempo había pasado? Desde esa noche, en la Rus habían transcurrido dos estaciones, pero Vasia había perdido la cuenta de los días que había vivido.

En algún lugar de Moscú sonó una campana. Más allá de los árboles, se alzaban las blancas murallas de la ciudad. Cogió a Sasha de la mano. Era la medianoche. La oscuridad adquirió una textura más salvaje: una amenaza nueva y una belleza más intensa. Dio un paso adelante y tiró de su hermano.

—Piensa en nuestro primo —dijo.

Un paso, otro paso, y Sasha soltó aire con sorpresa.

Moscú había desaparecido. Estaban en una arboleda seca y pálida donde había un puñado de olmos. Entre los dedos de sus pies descalzos, Vasia tenía polvo en lugar de barro, y del cielo colgaban bajas las grandes estrellas del final del verano. Era otra medianoche.

—Dios mío —susurró Sasha—. Es el bosque que hay cerca de Sérpujov.

—Te lo advertí —dijo ella—. Este camino es rápido, pero… —Dejó la frase sin acabar.

Voron, el semental negro, emergió entre dos árboles. Los ojos como luceros del alba de su jinete brillaban en la oscuridad.

Sasha agarró la empuñadura de la espada. Tal vez las tierras de la Medianoche le hubieran despertado algo en la sangre, porque veía al caballo y a su jinete.

—Es la Señora de la Medianoche —aclaró Vasia sin apartar la mirada de la chert—. Este es su reino. —Inclinó la cabeza.

Sasha se santiguó. Polunochnitsa le sonrió con ademán burlón y desmontó.

—Que Dios te acompañe —dijo Sasha con cautela.

—Espero que no —repuso Polunochnitsa. *Voron* agitó la cabeza y las orejas, incómodo. Medianoche se dirigió a Vasia—: ¿Has vuelto a mi reino? ¿Estás orgullosa de tu victoria?

—Ganamos, es cierto —respondió Vasia con algo de recelo.

—No, no ganasteis. ¿Cuál crees que es la verdadera batalla, necia arrogante? Tú nunca lo has entendido.

Vasia no dijo nada.

Entre dientes, Medianoche prosiguió:

—Esperábamos, o yo esperaba, que fueras diferente. Que rompieses el círculo infinito de venganza y reclusión. Pero has avivado la contienda entre ese par de mellizos idiotas.

—¿De qué hablas? —inquirió Vasia—. Salvamos Moscú de los muertos. No sé por qué te enfadas. El Oso es malvado. Malvado. Y ahora está encadenado. La Rus está a salvo.

—¿Eso crees? —le preguntó la Medianoche—. Sigues sin entender. —La furia y el desprecio y la decepción le nadaban en la mirada—. No puedes gobernar a los cherti ni vivir en la casa junto al lago ni evitar que nos desvanezcamos. Has fracasado. Para ti, el camino hacia la casa está cerrado; te lo cierro yo, a riesgo de ganarme la furia de la anciana. No tendrá heredera. Me despido, Vasilisa Petrovna.

Desapareció tan rápido como había aparecido, un remolino de cabello pálido a lomos de *Voron*. Lo último que Vasia oyó fue el golpeteo cada vez más suave de los cascos. Afectada, contemplaba el lugar en el que había desaparecido. Sasha estaba desconcertado.

—¿Qué significa eso?

—No entiendo por qué se enfada —admitió Vasia, aunque inquieta —. Debemos continuar, no te alejes de mí. No debemos separarnos.

Anduvieron con cautela, puesto que Vasia temía la ira de Medianoche; aquel era el lugar donde residía su poder. Sasha la seguía mientras observaba las sombras, confundido por cómo cambiaban las noches. Pero la seguía. Confiaba en ella.

Más tarde, Vasia se culpó a sí misma.

VEINTISEIS
LA HORDA DE ORO

o hubo ningún aviso. No vieron ningún resplandor desde la distancia, no oyeron ruidos. Simplemente, de pronto salieron de la oscuridad y entraron en el círculo de luz de una hoguera, donde se oían risas.

Por un instante, ambos se quedaron paralizados.

Los que festejaban también. Vasia alcanzó a distinguir armas: espadas curvas y arcos cortos descordados. Notó el olor de caballos y vio el centelleo de sus ojos, que observaban desde la oscuridad.

A su alrededor, los hombres se levantaron de un salto. No se comunicaban en ruso. Sonaba como el habla que había oído una noche oscura de invierno, cuando había rescatado a unas niñas de las garras de…, de…

—¡Atrás! —le advirtió Vasia a Sasha.

Con el rabillo del ojo, alcanzó a ver una cabellera pálida y el rostro inmutable y triunfal de Medianoche. Creyó oír un susurro: «Si no aprendes, mueres, Vasilisa Petrovna».

Espadas enarboladas por una docena de hombres. Cuando su hermano desenvainó, la suya reflejó la luz de la hoguera.

—¡Tártaros! —gritó Sasha—. Vasia, vete.

—¡No! —Ella aún intentaba que retrocediese—. Lo único que hay que hacer es volver a entrar en la Medianoche.

Sin embargo, los soldados estaban a punto de rodearlos; Vasia no

veía el camino que atravesaba la Medianoche.

—Vasia —dijo Sasha con un tono de voz terrible por lo sereno que era—, yo soy monje. A mí no me matarán. Pero a ti… Corre. ¡Corre!

Se abalanzó sobre los espadados y apartó a unos cuantos. Ella se alejó de la melé caminando de espaldas y quiso que el campamento se sumiera en una tormenta repentina de luz. Las llamas del fuego avivado hicieron retroceder a los tártaros justo cuando la espada de su hermano topaba con otra y del golpe salían chispas.

Allí estaba el camino que atraviesa la Medianoche, justo donde no alcanzaba la luz. El fuego se avivó de nuevo y asustó a los hombres, y ella gritó:

—Sasha, por aquí…

O empezó a gritar. Porque la empuñadura de una espada la alcanzó en la sien y el mundo quedó a oscuras.

Sasha, al ver que su hermana caía, soltó la espada y le habló en tártaro al que la había derribado:

—Soy un hombre de Dios y ese es mi sirviente. No le hagáis daño.

—Sin duda, sois un hombre de Dios —contestó el tártaro, que hablaba ruso con algo de acento—. Sois Aleksandr Peresvet. Pero ese no es vuestro sirviente.

La voz le sonaba un poco, aunque no le veía la cara. El hombre estaba de pie junto a Vasia, al otro lado de la hoguera, y la levantó del suelo. Ella intentó abrir los ojos; de la brecha que le cruzaba la frente brotó un laberinto de sangre que le cubrió la cara.

—Esta es vuestra hermana, la bruja. —El tártaro parecía satisfecho y también desconcertado—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Sois espías de Dmitri? ¿Por qué envía a sus primos a hacer semejante tarea?

Mudo por la sorpresa, Sasha no dijo nada. Había reconocido al tártaro.

—Venga —añadió este en su idioma después de echarse a Vasia al hombro—, atadle las manos al monje y seguidme. El general querrá que le informemos.

Alguien la llevaba a cuestas. Cada paso le hacía temblar la cabeza. Vomitó. Un dolor como de esquirlas de hielo le recorrió el cráneo. El hombre que cargaba con ella exclamó con repulsión:

—Si vuelves a hacer eso —la voz le sonaba—, yo mismo te daré una paliza cuando el general haya terminado contigo.

Vasia intentó mirar a su alrededor buscando el camino de la Medianoche. No lo vio. Debía de haberlo perdido al quedar inconsciente. La noche había avanzado y estaban atrapados hasta la medianoche del día siguiente.

Tenía los sentidos afectados. No era capaz de desaparecer junto con su hermano ante la mirada del campamento entero. O quizá sí, pero mientras intentaba urdir un plan, se le quebró el pensamiento.

Cuando recobró la consciencia, algo se alzaba ante ella, algo que no distinguía. Era una construcción redonda hecha de fieltro.

Alguien abrió una solapa y la metieron por el hueco. El terror le atenazó la garganta y el estómago. ¿Dónde estaba su hermano?

Dentro había hombres, no sabía cuántos. En el centro había dos de pie, bien vestidos e iluminados por un fogón pequeño y una lámpara que colgaba de arriba. La persona que cargaba con Vasia la dejó caer, y ella se revolvió y se puso de rodillas como pudo. Se percató de la riqueza del lugar: la lámpara era de plata forjada, olía a carne grasienta y debajo de sus rodillas había una alfombra. A su alrededor, el zumbido desorientador de una lengua que no comprendía. Lanzaron a Sasha al suelo, a su lado.

Uno de los hombres de finos ropajes era tártaro. El otro, ruso, y ese habló primero:

—¿Qué es esto?

—Esto… —repitió esa voz que le sonaba a su espalda.

Vasia quiso volverse, pero una punzada de dolor en la cabeza la obligó a coger aire de golpe y quedarse quieta. Pero entonces el hombre se acercó y pudo verle la cara. Lo conocía. Había intentado matarla en un bosque, a las afueras de Moscú. Con la ayuda de un hechicero malvado había estado a punto de deponer a Dmitri Iványovich.

—Esto es que, según parece —dijo sonriente Chelubéi, hablando en ruso—, Dmitri Iványovich ha concebido una nueva manera de deshacerse de sus primos.

El alto al que llamaban «témnik», general, tenía que ser Mamái, aunque Sasha lo conocía solo por su reputación. Al ruso no lo reconocía.

—¿Primos? —preguntó el témnik en su idioma.

Mamái era un hombre de mediana edad, cansado, digno y de pelo cano. Había sido leal a Berdi Beg, uno de los innumerables kanes, pero Berdi solo había estado en el trono durante dos años. Mamái llevaba desde entonces tramando una conspiración para recuperar el puesto, pero el hecho de no ser descendiente del gran kan era un obstáculo. Sasha sabía, y seguramente lo sabía todo el ejército tártaro, que Mamái debía vencer a Dmitri de manera contundente; de lo contrario, alguna facción rival de la conflictiva Horda se alzaría y acabaría con él.

Los hombres que se lo jugaban todo eran peligrosos.

—Este monje es el santo Aleksandr Peresvet, seguro que habéis oído hablar de él —explicó Chelubéi, sin quitarle ojo a Vasia—. Y este, cuando lo conocí en Moscú, me dijeron que era de alta cuna, el hermano de Aleksandr Peresvet. Aunque era mentira —prosiguió en voz baja—. No se trata de un chico, sino de una chica. Una joven bruja. Engañó a todo Moscú vistiéndose de varón. Me gustaría mucho saber por qué los manda aquí Dmitri: una bruja y un monje. ¿Son espías? ¿Vas a decírmelo, dévushka?

La última pregunta iba dirigida a Vasia, casi con delicadeza. Pero Sasha oyó la amenaza implícita.

Su hermana miró a Chelubéi, enmudecida. Tenía los ojos muy abiertos, aterrorizados, y la cara ensangrentada.

—Me habéis herido —susurró con un tono de voz abyecto y tembloroso que Sasha no le había oído en toda la vida.

—Aún voy a hacerte más daño —contestó Chelubéi con calma, y no era tanto una amenaza como una afirmación de algo seguro—. ¿Qué hacéis aquí?

—Nos han tendido una emboscada —susurró Vasia, aún con voz temblorosa—. Han matado a nuestros hombres. Nos hemos acercado al fuego en busca de ayuda.

Tenía los ojos grandes y oscuros, la mirada llena de terror y confusión, la mejilla empapada de sangre seca. Agachó la cabeza y después volvió a mirar a Chelubéi. Esa vez dos lágrimas se abrieron paso entre la sangre.

Sasha pensó que se excedía en la representación del papel de chica indefensa, pero entonces vio que el semblante de Chelubéi pasaba de mostrar recelo a desprecio. En su mente, susurró una plegaria para expresar su gratitud. Quiso desviar la atención hacia él y dijo:

—No la asustéis. Hemos topado con vosotros por accidente. No somos espías.

—Claro que sí —dijo Chelubéi con voz sedosa al volverse hacia él —. Y vuestra hermana viaja sola con vos vestida de manera tan poco modesta, y eso también es por accidente.

—La llevaba a un convento —mintió Sasha—. El gran príncipe me lo requirió. Unos ladrones asaltaron nuestra caravana; nos hemos quedado solos, sin socorro. Le arrancaron el vestido, nos han dejado sin nada más que lo que veis. Hemos vagado hambrientos durante unos días y, al ver las fogatas, hemos venido. Creíamos que recibiríamos ayuda, no humillación.

—Aun así, estoy perplejo —dijo Chelubéi con ironía y acidez—. ¿Qué hace el principal consejero del gran príncipe de Moscú llevando a su hermana a una casa religiosa en estos tiempos?

—Aconsejé a Dmitri Iványovich que no se embarcase en una guerra —contestó Sasha—. Enfadado, me ordenó alejarme de él.

—Bien —intervino Mamái con brío—, si ese es el caso, no tendréis dificultad a la hora de informarnos de las intenciones y preparativos de vuestro primo y así regresar a vuestros rezos.

—No sé nada de los preparativos de Dmitri. Ya os he dicho que…

Chelubéi lo abofeteó con el dorso de la mano; fue un golpe tan fuerte que lo derribó. Vasia gritó, se arrojó a los pies del tártaro y se interpuso a tiempo de evitar que le propinase una patada en el estómago a Sasha.

—Por favor —chilló—. Por favor, no le hagáis daño.

Chelubéi no hizo caso, pero la miró ceñudo mientras ella se arrodillaba ante él con las manos entrelazadas. Nadie consideraría que Vasia era una mujer hermosa, pero el atrevimiento de sus huesos y sus ojos grandes llamaban la atención y la mantenían. A Sasha, que sangraba por el labio, le perturbó ver que los hombres volvían a fijarse en ella, pero esa vez de un modo diferente. Y ella los alentaba, maldita sea, para que lo dejasen a él en paz.

—Perdóname —repuso Chelubéi con calma— si no creo a tu hermano.

—Solo ha dicho la verdad —susurró ella con un hilo de voz.

Mamái se dirigió al ruso de forma abrupta:

—¿Qué decís, Oleg Iványovich? ¿Mienten?

El rostro barbado del ruso era inescrutable, pero Sasha conocía el nombre. Era el gran príncipe de Riazán, que se había puesto de parte del tártaro.

Oleg apretó los labios.

—No sé si mienten, pero la historia del monje parece plausible. ¿Qué motivos tendría Dmitri Iványovich para mandar a sus dos primos a espiar, sobre todo a una chica vestida de hombre? —Miró a Vasia con total desaprobación.

—Es una bruja, posee poderes extraños —insistió Chelubéi—. Incendió nuestro campamento de forma antinatural; en Moscú embrujó a mi caballo.

Todas las miradas se dirigieron a Vasia. Ella no enfocaba la suya, le temblaban los labios. Aún le manaba sangre del corte de la cabeza y se le estaba formando un bulto. Lloraba casi sin hacer ruido.

—Es cierto —dijo Oleg al cabo de un silencio revelador—. Tiene un aspecto espantoso. ¿Cómo se llama la chica? —Eso último lo había dicho en ruso y Vasia, con el rostro vacío de expresión, no respondió. Chelubéi levantó la mano una vez más, pero la voz de Oleg lo detuvo antes de azotarla—: ¿Ahora abofeteáis a chicas que tienen las manos

atadas?

—Os lo he dicho —insistió iracundo Chelubéi—. ¡Es una bruja!

—No veo pruebas de ello —contestó Oleg—. Diré, además, que ya es tarde y que quizá podríamos decidir su destino por la mañana.

—Yo mismo me ocuparé de ellos —dijo Chelubéi.

Su mirada tenía un brillo ansioso y el recuerdo fresco de las humillaciones que había sufrido en Moscú. Quizá la chica de ojos verdes que vestía como un chico le provocase curiosidad. Quizá también estuviera presente ese día en el río, cuando Kasian reveló su secreto ante todo Moscú de la forma más cruel posible.

—Dmitri Ivánovich pagará un rescate por ella —intervino Sasha—. Eso si no sufre ningún daño.

Nadie le hizo caso.

—Muy bien —accedió Mamái—. Ocupaos vos de ellos y contadme lo que averigüéis. Oleg Ivánovich…

—El metropolitano tendrá algo que decir si el sacerdote muere torturado —dijo Oleg.

Sasha cogió aire para calmarse.

—Aseguraos de que sobrevive —le advirtió Mamái a Chelubéi.

—General —le dijo Oleg a Mamái, y miró de nuevo a Vasia—, la chica pasará la noche en mi tienda. Tal vez hable conmigo cuando esté separada de su hermano, sola y asustada.

Chelubéi parecía decepcionado. Había abierto la boca para hablar, pero Mamái se lo impidió con cara de divertirse:

—Como deseéis. Aunque está un poco flaca, ¿no?

Oleg hizo una reverencia y levantó a Vasia. Vasia no había entendido gran parte de la conversación, ya que casi todo lo habían dicho en tártaro. Miró a Sasha fijamente.

—No temas —le dijo él.

Parco consuelo: Vasia no temía por sí misma, sino por su hermano.

VEINTISIETE
OLEG DE RIAZÁN

uera de la tienda de Mamái, Oleg resopló con los dientes apretados. Aparecieron dos hombres armados que los siguieron. Se fijaron en Vasia con curiosidad y después volvieron al acostumbrado rostro inexpresivo. Ella sentía un miedo atroz por su hermano. Todo había sucedido demasiado deprisa. Medianoche podía burlarse de ella y amenazarla, pero jamás se le habría ocurrido pensar que la sirvienta de su bisabuela la traicionaría y la entregaría a los tártaros. Por el amor de Dios, ¿por qué lo había hecho?

«Has fracasado», le había dicho.

Oleg tiraba de ella. Vasia empezó a reflexionar. Si conseguía escapar, ¿podría volver la medianoche siguiente a por su hermano? En aquel gran campamento, con la cara pegajosa de la sangre, la magia se le antojó tan distante como las estrellas impasibles.

En la oscuridad se alzaba otra tienda redonda, aunque más pequeña que la de Mamái. Oleg la hizo entrar, pasó tras ella y mandó salir a sus sirvientes, que lo miraban dudosos.

Allí no había horno, solo una lámpara solitaria de arcilla. Alcanzó a ver un lugar austero, un montón ordenado de mantas de piel, y enseguida habló Oleg:

—¿Viajas a un convento? ¿Vestida de esa manera? ¿Y os han atacado unos bandidos? ¿Y después tu hermano y tú habéis sido tan necios como para dar con las hogueras de Chelubéi? ¿Tan tonto me

creéis? Dime la verdad, muchacha.

Ella intentó serenarse.

—Mi hermano os ha dicho la verdad.

—No eres cobarde, lo admito. —Calló un momento—. Dévushka, puedo ayudarte. Pero debo saber la verdad.

Vasia dejó que se le llenasen los ojos de lágrimas. No le costó: el dolor que tenía en la cabeza era abominable.

—Os la hemos contado —susurró de nuevo.

—De acuerdo —respondió Oleg—. Como quieras. Mañana te entregaré a Chelubéi y él te arrancará la verdad. —Se sentó a quitarse las botas.

Vasia lo observó un momento.

—Sois un hombre de la Rus, pero lucháis en el bando enemigo —dijo—. ¿Esperáis que confíe en vos?

Oleg levantó la vista.

—Lucho con la Horda —precisó, y dejó una bota a un lado—. Porque no estoy tan ansioso como se diría de Dmitri Ivánovich por permitir que arrasen con mi ciudad y se lleven a mi gente como esclavos. Eso no significa que no pueda ayudarte. Y tampoco que no esté dispuesto a imponerte un gran sufrimiento si me haces enfadar.

La segunda bota acabó donde la primera, y después Oleg se quitó el gorro y lo lanzó sobre el montón de pieles. La miró de arriba abajo, evaluándola.

«Olvida —pensó ella—. Olvida que te ve». Sin embargo, no era capaz de concentrarse, puesto que tenía una barra de hierro al rojo vivo atravesada en la cabeza. Descalzo y decidido, Oleg se acercó a ella. Sin mediar palabra, le cogió las muñecas atadas con una mano y le pasó la otra por todo el cuerpo buscando armas. Iba desarmada. Alguien le había quitado la daga después del mazazo que le habían propinado junto a la hoguera de Chelubéi.

—Bueno —dijo mientras le palpaba el cuerpo—, supongo que al final es cierto: eres una chica.

Ella le dio un pisotón en el pie. Él la abofeteó.

Cuando volvió en sí, Vasia vio que estaba tendida en el suelo, que él le había cortado las ataduras. Levantó la cabeza. Oleg se había sentado en el montón de pieles y pasaba una piedra de afilar por la hoja de su espada desenvainada, que se había colocado sobre las rodillas.

—¿Estás despierta? —le preguntó—. Vamos a empezar otra vez. Dime la verdad, dévushka.

Ella se puso en pie, no sin esfuerzo.

—Y si no, ¿qué? ¿Vais a torturarme?

Le vio un instante de aversión en el rostro.

—Puede que, con lo decidida que estás a sufrir noblemente, no se te haya ocurrido, pero estás mejor conmigo que con Chelubéi. A él lo avergonzaron en Moscú, y todo el ejército conoce la historia. Y si se siente inspirado, quizá te fuerce delante de tu hermano para compartir un poco esa humillación.

—Entonces, ¿esas son mis opciones? ¿Que me violen en público o que sea aquí, en privado?

Él sonrió.

—Por suerte para ti, prefiero a las mujeres que tienen aspecto de mujer y se comportan como una. Dime lo que quiero saber y te protegeré de Chelubéi.

Se miraron a los ojos. Vasia respiró hondo y se la jugó:

—Tengo un mensaje del gran príncipe de Moscú.

Él afiló las facciones.

—¿Tú? Qué extraña elección para una mensajera.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy aquí, ¿verdad?

Oleg dejó la espada y la piedra de afilar a un lado.

—Eso es cierto. Pero podrías estar mintiendo. ¿Tienes alguna muestra o señal? Si la tenías, te la habrás comido, porque juro que no la llevas encima.

Ella no sabía si era capaz de aquello. Pero serenó la voz cuanto pudo y dijo:

—Tengo una señal.

—Muy bien. Muéstramela.

—Lo haré. Si me explicas por qué ha dicho Chelubéi que Dmitri Ivánovich ha inventado una manera nueva de deshacerse de sus primos.

Oleg se encogió de hombros.

—El príncipe de Sérpujov también es prisionero en este campamento. ¿No se preguntaba Dmitri adónde había ido? —Oleg hizo una pausa—. Ah… Conque mensajera. ¿No seréis una partida de rescate? Las dos posibilidades resultan improbables.

Vasia no respondió.

—En cualquier caso, es una mala planificación por parte de Dmitri —concluyó Oleg—. Ahora Mamái tiene a tres de sus primos hermanos. —Cruzó los brazos—. Veamos, ¿cuál es la señal de la que me hablas?

Sin hacer caso del dolor que le partía la cabeza en dos, Vasia ahuecó las manos y se las llenó del recuerdo de la hoguera.

Oleg renegó, se levantó de un salto y se apartó del fuego que ella tenía en las manos.

Vasia continuaba arrodillada en el suelo; lo miró a través de las llamas.

—Oleg Ivánovich, Mamái perderá esta guerra.

—¿Un ejército de chusma de la Rus va a derrotar a la Horda de Oro? —Oleg hablaba con un hilo de voz, casi sin aliento; no apartaba los ojos de las llamas. Tendió la mano para tocarlas y la retiró de golpe al sentir el calor. El fuego no le dolía a Vasia, aunque él veía cómo se le quemaba el vello de los brazos—. Ese truco está muy bien. ¿Se ha aliado Dmitri con los demonios? Con eso no basta para derrotar a un ejército. ¿Sabes cuántos caballos tiene Mamái? ¿Cuántas flechas, cuántos soldados? Si todos los hombres de la Rus luchasen en el bando de Dmitri, seguirían teniendo que enfrentarse a dos por cada uno de su bando.

Aun así, Oleg no le quitaba ojo al fuego que Vasia tenía en las manos.

Ella tenía todos los nervios en guardia, a pesar de cuánto le dolía la cabeza y el resto del cuerpo; quería mantener la expresión impávida, conservar el recuerdo del fuego. Oleg se había puesto del lado del enemigo a fin de proteger a su pueblo. Era un hombre práctico. Alguien con quien quizá pudiese razonar.

—¿Trucos con fuego? ¿Eso es lo que pensáis? No. El fuego y el agua y la oscuridad van de la mano; los poderes ancestrales de estas tierras lucharán junto con los nuevos. —Al menos esperaba que fuese verdad—. Vuestro general va a perder. Yo soy la señal y también la prueba.

—¿De que Dmitri Ivánovich ha vendido su alma a cambio de magia negra? —Oleg se santiguó.

—¿Defender la tierra que nos ha visto nacer es magia negra? —De pronto, cerró las manos y las llamas se apagaron—. ¿Por qué me habéis separado de Chelubéi, Oleg Ivánovich?

—Ha sido un derroche de bondad —contestó Oleg—. Aparte, el tártaro no me cae bien. —Nervioso, tendió la mano para tocarle las palmas y vio que las tenía frescas.

—El bando de Dmitri cuenta con poderes que no se ven —dijo ella —. Tenemos poderes que no se ven. Es mejor luchar por los vuestros, Oleg Ivánovich, que defender a un conquistador. ¿Me ayudaréis?

Vasia habría jurado que él dudaba. Entonces esbozó una sonrisa amarga.

—Eres muy persuasiva. Casi me convences de que te ha enviado Dmitri. Es más listo de lo que yo pensaba. Pero hace ya mucho tiempo que no creo en los cuentos de hadas, dévushka. Te diré lo que voy a hacer: voy a decirle a Mamái que no eres más que una necia que va

camino del convento, pero que lo mejor es que, en vez de venderte como esclava, entres a formar parte de mis sirvientes. Cuando acabe la guerra, puedes hacer trucos con fuego para mí, en Riazán. No dejes que nadie te vea haciéndolo. Los tártaros sienten pavor por las brujas.

El insoportable dolor de cabeza empeoraba. Se le nublaba la vista. Agarró a Oleg por la muñeca. Se había quedado sin trucos, apuestas y engaños.

—Por favor —le rogó.

A través de la niebla de la inminente pérdida de conciencia, Vasia oyó que él susurraba:

—Te ofrezco un trato: si tú sola encuentras y salvas a tu hermano y al príncipe de Sérpujov y lo haces de tal manera que mis hombres y mis boyardos cuestionen a quién le son leales, tal vez esa sea la señal que necesitamos y haré caso de lo que me dices. Hasta entonces, le seré fiel al tártaro.

No estaba segura de si esa noche había dormido o si, simplemente, el dolor que tenía en la cabeza la había sumido en la inconsciencia. En sus sueños se habían atravesado rostros que la observaban y esperaban. Morozko atribulado, el Oso resuelto, Medianoche enfadada. Su tatarabuela, la loca que se había perdido en la Medianoche. «Has sobrevivido al fuego tres veces, pero no has entendido el acertijo final».

Después soñó con su hermano: lo torturaban hasta que Chelubéi lo mataba sin dejar de reírse.

Se despertó dando bocanadas de aire, en la hora oscura antes del alba, y vio que estaba al abrigo de algo suave. Alguien le había limpiado la sangre seca de la cara. Se quedó quieta. El dolor de cabeza se había reducido a un murmullo sordo. Se volvió y vio a Oleg, que estaba despierto a su lado, tumbado bocabajo, observándola.

—¿Cómo se aprende a sostener fuego en las manos? —preguntó él, como si continuasen una conversación de la noche anterior.

La luz pálida del amanecer entraba desde fuera. Compartían el montón de pieles. Vasia se incorporó de golpe.

Él no se movió del sitio.

—¿He ofendido tu virtud? ¿Después de que aparecieses en un campamento tártaro a medianoche vestida con ropa de chico?

Vasia salió de debajo de las mantas como un gato y tal vez su expresión lo convenciese, puesto que añadió de buen talante, con cara de diversión:

—¿Crees que te tocaría, bruja? Es que hacía mucho que no dormía calentito con una chica, aunque sea una tan huesuda. Te lo agradezco. ¿O habrías preferido el suelo?

—Así es —respondió con frialdad.

—Muy bien —dijo él con placidez mientras se levantaba—. Ya que estás decidida a sufrir, puedes caminar atada a mis estribos, así Mamái no pensará que soy un blando. Va a ser un día largo para ti.

Oleg salió de la tienda, que él llamaba ger. A Vasia le iba la cabeza a gran velocidad. ¿Debía escapar? ¿Olvidar que la veían y atravesar el campamento hasta dar con su hermano? Pero ¿sería capaz de olvidar que a él también lo veían? ¿Qué pasaba si estaba herido? Muy a su pesar, decidió que no debía proceder así. Lo mejor, lo más sensato, era esperar a la medianoche. No tendría más que una oportunidad.

Oleg le mandó a un hombre que traía un vaso de algo apestoso. Leche fermentada de yegua. Era espesa, grumosa, agria. Se le revolvió el estómago. Cuando Oleg reapareció, le dijo:

—Ya sé que no huele muy bien, pero los tártaros marchan durante días solo con eso y la sangre de sus caballos. Bébetelo, bruja.

Ella bebió e intentó no atragantarse. Cuando Oleg se acercó a atarle las muñecas de nuevo, le preguntó:

—Oleg Ivánovich, ¿mi hermano está bien?

Él le apretó la cuerda alrededor de las muñecas con cara de no tener intención de contestar. Pero después respondió cortante:

—Está vivo, aunque quizá desearía no estarlo. Y no ha cambiado su historia. Le he dicho a Mamái que tú no sabes nada, que no eres más que una idiota. Me ha creído, aunque Chelubéi no. Ándate con cuidado con él.

«A medianoche —se dijo Vasia mientras intentaba no temblar—. Solo tenemos que sobrevivir hasta la medianoche».

Oleg la sacó a rastras, ante el sol naciente, y ella se estremeció. A plena luz del día, el campamento era más grande que un pueblo, más grande que una ciudad. Las tiendas y las cuerdas a las que ataban los caballos se extendían hasta donde le alcanzaba la vista y los arbustos le impedían ver más allá. Había cientos de hombres. Miles. Decenas de miles. No tenía más cifras para ello. Más caballos que hombres, carretas por todas partes. ¿Cómo iba Dmitri a reunir un ejército tan grande como ese? ¿Cómo podía esperar conseguir una victoria?

El caballo de Oleg era una yegua alazana, fornida y de cabeza grande. Su mirada era amable e inteligente. Oleg le dio unas palmadas afectuosas en el cuello.

—Hola —saludó Vasia a la yegua alazana con el cuerpo, tal como hablan los caballos.

La yegua agitó una oreja con vacilación.

—Hola —respondió—. No eres un caballo.

—No —dijo Vasia mientras Oleg ataba la cuerda que llevaba

alrededor de las muñecas a la silla y saltaba a lomos de la yegua—. Pero te entiendo. ¿Puedes ayudarme?

La yegua parecía desconcertada, aunque no reacia.

—¿Cómo? —le preguntó, y echó a trotar de golpe cuando Oleg le dio un toque con la pantorrilla.

Vasia, que intentaba pensar en la manera de explicárselo, tuvo que seguirlos a rastras mientras rezaba para que le aguantasen las fuerzas. No tardó en darse cuenta de que Oleg la mantenía cerca de él para humillarla, pero también para alejarla de los elementos más desagradables de un ejército en marcha. Quizá la creyese más de lo que dejaba ver cuando había dicho que la enviaba Dmitri Iványovich. Quizá no fuese tan leal a los tártaros como hacía pensar. La primera vez que alguien le lanzó estiércol de caballo, él contestó con un falso tono amable y no volvieron a molestarla.

No obstante, el día se le hacía duro y las horas pasaban despacio. Le entraba polvo en los ojos, en la boca. A media mañana llovió y el polvo se convirtió en barro y, durante un rato, eso fue un alivio, hasta que empezó a temblar y la ropa mojada comenzó a rozarle el cuerpo. Entonces salió el sol y sudó de nuevo.

Había convencido a la yegua alazana de que le hiciera el camino lo más fácil posible avanzando en línea recta, así no derribaría a Vasia. Pero la yegua tuvo que mantenerse al trote hora tras hora.

Iba tirando de ella, que jadeaba con los brazos y piernas en llamas; el corte de la cabeza le palpitaba de dolor. Oleg no miraba atrás.

No se detuvieron hasta que el sol estaba en su punto álgido, y la pausa fue breve. En cuanto pararon, Vasia se dejó caer contra la cómoda pata delantera de la yegua y se estremeció. Oyó que Oleg desmontaba.

—¿Más brujería? —le preguntó tranquilo.

Ella levantó la cabeza dolorida y parpadeó mientras lo miraba con resentimiento.

—A esta la he criado desde que era una potrilla —explicó, y le dio una palmada a la yegua en el cuello—. Todavía no te ha mordido y ahora te apoyas en ella como si fuera un caballo de tiro.

—A lo mejor es que no le gustan los hombres —replicó Vasia, y se secó el sudor de la frente.

Él soltó un resoplido.

—Puede ser. Toma. —Le dio un odre de hidromiel. Ella bebió unos cuantos tragos buenos y se secó la boca con el dorso de la mano—. Seguimos hasta que se ponga el sol —dijo, y apoyó el pie en el estribo —. Eres más fuerte de lo que aparentas. Por fortuna para ti.

Vasia rezó y pidió llegar a la medianoche.

Antes de que Oleg pudiera montar de nuevo, la yegua inclinó una oreja y Chelubéi apareció a medio trote. El príncipe se volvió con aspecto receloso.

—Ya no eres tan orgullosa, ¿verdad, muchacha? —dijo Chelubéi en ruso.

—Quiero ver a mi hermano —contestó ella.

—No, no quieres. Lo está pasando peor que tú —repuso Chelubéi —. Él mismo podría ponérselo más fácil, pero no hace más que repetir las mentiras una y otra vez, sin importarle lo que le hagan las moscas en la espalda.

Vasia se tragó las náuseas.

—Es un hombre de la Iglesia —le soltó—. ¡No tenéis derecho a hacerle daño!

—Si se hubiese quedado en su monasterio —dijo Chelubéi—, no le haría nada. Los hombres de la Iglesia deberían limitarse a rezar. — Se inclinó hacia ella. Entre los hombres de Oleg, más de uno se volvía a mirar—. O uno de los dos me dice lo que quiero saber, o lo mato esta noche.

Chelubéi había puesto su caballo junto al de Oleg. Vasia no se movió; sin embargo, de pronto la yegua alazana dio una coz con ambas patas traseras y alcanzó al de Chelubéi en el flanco. El caballo relinchó, dio un respingo, derribó a su jinete y retrocedió con los ojos desorbitados y un par de heridas con forma de casco en el pelaje.

La alazana de Oleg se encabritó, dio media vuelta y tiró a Vasia al suelo. Vasia se alegró, a pesar del daño que se hizo al caer en la tierra. Así nadie se daría cuenta de que lo había hecho ella a propósito. Oleg saltó y agarró al caballo por la brida.

Todos sus hombres se echaron a reír.

—¡Bruja! —ladró Chelubéi al tiempo que se levantaba de la tierra polvorienta.

Ella se sorprendió de ver que parecía algo asustado, además de rabioso.

—Tú…

—No podéis culpar a una muchacha de que mi caballo tenga mal carácter —respondió Oleg con tranquilidad a su espalda—. Habéis acercado demasiado vuestra yegua.

—Me la llevo conmigo —dijo Chelubéi—. Es peligrosa.

—¿A la yegua o a la chica? —preguntó inocente Oleg.

Los hombres se rieron de nuevo, aunque Vasia no le quitaba ojo a Chelubéi. Los rusos se acercaban a ambos lados, cerraban filas contra el tártaro. Alguien había agarrado las riendas de su caballo.

Él la miraba con una especie de fascinación iracunda. Pero, de

repente, dio media vuelta y ordenó:

—Traedme la chica al anochecer.

Dicho eso, montó y espoleó a la yegua hacia el otro extremo de la columna polvorienta.

Vasia lo observó mientras se alejaba. Oleg negaba con la cabeza.

—Pensaba que, como mínimo, Dmitri Ivánovich sería un hombre con sentido común —dijo—, pero mira que mandar a sus primos a la muerte de esta manera… ¿Y para qué? —Al ver que ella seguía pálida y asustada, añadió con un tono brusco aunque de consuelo —: Toma. —Y le dio un pedazo de pan plano.

Ella no podría haber comido aunque su vida dependiese de ello, así que se lo guardó en la manga para más adelante.

La tarde se hizo muy larga, y a los hombres de Riazán empezó a sucederles algo extraño. Sus caballos iban cada vez más despacio. No cojeaban ni estaban enfermos. Pero, por mucho que los espoleasen y les diesen golpes con las pantorrillas, los caballos echaban a galopar con pesadez y se detenían unos pasos más adelante con las orejas pegadas a la cabeza.

Oleg y sus hombres acabaron rezagándose respecto a la columna de los tártaros, que avanzaba deprisa. Al caer la noche, la habían perdido de vista. Lo único que les mostraba la ubicación del resto del ejército era la nube de polvo que se levantaba en el cielo verde y amarillento.

Vasia tenía los brazos y las piernas molidos. Tenía la cabeza a punto de reventar por el esfuerzo que le suponía negociar en silencio con toda una columna de caballos. Por suerte, la yegua de Oleg era una criatura sensata a la que los demás admiraban. Le fue de mucha ayuda a la hora de provocar el retraso que necesitaba. Si iban a llevarla a rastras hasta Chelubéi, quería que fuese a medianoche o casi.

Llegaron a un vado en el río y se detuvieron para que los caballos bebiesen. Vasia cogió aire de golpe al ver el agua y se arrodilló en la orilla. Bebió grandes tragos y, cuando Oleg la agarró de los brazos, la levantó y la volvió hacia él con las manos aún mojadas, la pilló del todo por sorpresa.

—Vamos a ver —dijo él muy serio—. ¿Eres tú?

—¿Si soy yo el qué?

Oleg le dio tal sacudida que se mordió la lengua sin querer. Notó el sabor de la sangre. Eso le recordó que, a pesar de que con ella tuviese detalles amables, ese príncipe estaba dispuesto a traicionar a Dmitri Ivánovich para mantener a su gente a salvo; la mataría sin pensárselo dos veces.

—Te he protegido, ¿acaso merezco que me engañes? —exigió saber —. Chelubéi asegura que en Moscú hechizaste un caballo. Tenía mis dudas, pero… —Señaló la columna que los había dejado atrás con un gesto medio irónico de la mano—. Aquí estamos. ¿Les has hecho algo a los caballos?

—No me habéis perdido de vista en ningún momento —contestó ella sin molestarse en disimular el agotamiento y la derrota—. ¿Cómo iba a hacerles algo a los caballos?

Él la observó unos instantes más con los ojos entornados.

—Tramas algo. ¿Qué es?

—Claro que tramo algo —respondió con agotamiento—. Intento pensar en la manera de salvarle la vida a mi hermano. Todavía no se me ha ocurrido nada ingenioso. —Se permitió mirarlo a los ojos —. ¿Se os ocurre alguna manera, Oleg Ivánovich? Haré cualquier cosa con tal de salvarlo.

Él cogió aire y la miró inquieto a los ojos.

—¿Cualquier cosa?

Ella no contestó, pero siguió mirándolo a los ojos.

Él apretó los labios y le miró la boca. De pronto, la soltó y dio media vuelta.

—Veré qué se puede hacer —dijo con voz entrecortada.

Era un hombre honrado, pensó Vasia, no era un necio; quizá amenazase con hacerlo, pero no yacería con la prima de Dmitri. No obstante, que se enfadase era señal de que la tentación de hacerlo existía. Y estaba muy molesto; Vasia se lo veía en la tensión del cuello. No volvió a sacudirla y tampoco pensaba en los caballos, y eso era lo que ella quería.

En cuanto a lo demás, bien, pensaba desaparecer de allí con su hermano antes de que volviese a salir el tema.

Oleg montó, espoleó a la yegua y tiró de ella. No hubo más paradas.

Era noche cerrada, mucho después de que hubiera salido la luna, cuando los rusos de Oleg recuperaron su posición en la hueste. Los caballos habían descansado y disfrutado muchísimo con el juego de Vasia, pero los hombres estaban sudorosos, taciturnos, doloridos.

A medida que los rusos rezagados entraban en el campamento a la luz de la luna, desde todas partes les lanzaban comentarios que sonaban a insultos amables. Los hombres, agotados, les gritaban a los inquietos caballos. Oleg no le había quitado ojo durante la última hora de la marcha, de eso Vasia estaba segura. Cuando por fin se detuvieron, Oleg desmontó de la silla y la miró con expresión funesta.

—Debo llevarte con Chelubéi.

Un pequeño germen de miedo se le instaló en las tripas. Pero se las apañó para decir:

—¿Adónde? ¿Dónde está mi hermano?

—En el ger de Mamái. —Debió de ver el miedo que, sin querer, mostraban sus ojos, ya que añadió con brusquedad—: No voy a dejarte allí, muchacha. Prepara la mejor expresión de ignorancia que sepas poner. Primero tengo que ocuparme de que los hombres se acomoden.

Vasia se quedó sentada en un tronco, cerca de un guardia. Miró la luna y trató de percibir la hora en los huesos. Era tarde, de eso no cabía duda. La ropa, empapada del calor que había pasado durante el día, le dio frío. Respiró hondo. Debía de ser casi medianoche. Tenía que serlo.

Pensaba con claridad, pero estaba muy cansada. Ya no sentía náuseas ni le dolía la cabeza. Intentó no darle vueltas al miedo que sentía por su hermano, sino concentrarse. Cosas pequeñas. Magia sin importancia que no estuviera más allá de las fuerzas que le quedaban y no la hiciese enloquecer. Sentada en la tierra que el día había calentado, olvidó lo fuertes que eran sus ataduras.

Y notó que la cuerda se aflojaba. Solo un poco. Se obligó a relajarse. La cuerda cedió un poco más, algo sutil. Ya podía mover las muñecas rozadas, consiguió girarlas.

Echó un vistazo a su alrededor y vio la mirada amigable de la alazana de Oleg. La yegua, servicial, se encabritó y relinchó. Todos los caballos rusos lo hicieron. Todos a la vez entraron en un éxtasis de miedo: daban corcovos, tiraban de las cuerdas con los ojos desorbitados, se rebelaban contra las maneas. A su alrededor, Vasia oía hombres renegando. Se dirigieron a las hileras de caballos, incluso el guardia que la vigilaba a ella. Nadie la miraba. Un tirón y se soltó las muñecas. El caos se extendía por el campamento como si el pánico de los animales infectase a sus congéneres.

No sabía dónde estaba la tienda de Mamái. Se sumergió en el remolino de hombres y caballos que iban de un sitio a otro y le tocó el cuello a la buena yegua. Aún no la habían desensillado; había hasta un puñal largo sujeto a la alforja.

—¿Me llevas? —le susurró.

La alazana agitó la cabeza de buen humor y Vasia montó de un salto. De golpe, veía lo que sucedía. Hizo que la yegua avanzase y miró por encima del hombro.

Juraría que Oleg de Riazán la había visto marcharse y no había dicho ni una palabra.

VEINTIOCHO
POZHAR

asia les susurraba a los caballos historias sobre fuego y lobos y otras cosas terribles. Allá adonde iba, dejaba el campamento sumido en el caos. Las hogueras se avivaban y soltaban chispas. Decenas de caballos (no decenas, sino más) entraban en pánico a la vez. Algunos salían huyendo e iban atropellando hombres a su paso; otros simplemente se encabritaban, daban coces y tiraban de las cuerdas con las que los habían atado. Vasia conducía a la yegua alazana a través de un mar de criaturas enloquecidas. Más de una vez se alegró del paso tan firme y la sensatez de su montura. El peligro le burbujeaba en la garganta y el estómago.

La oscuridad y el caos, pensó, eran incluso mejores aliados que la magia.

Cuando ya se acercaban a la tienda de Mamái, se deslizó por el costado de la yegua.

—Espérame —le pidió.

La yegua bajó el hocico con un gesto servicial. Allí los caballos también se corcoveaban; por todas partes había hombres renegando. Se armó de valor y entró en la tienda de Mamái, rezando entre dientes.

Allí encontró a su hermano, que estaba solo. Le habían atado los brazos al poste que sostenía la tienda, hacia arriba. Llevaba el torso desnudo y tenía la espalda en carne viva, obra de un látigo, y la cara

amoratada. Corrió hacia él.

Sasha la miró con ojos agotados. Le faltaban dos uñas de la mano derecha.

—Vasia —dijo—, vete.

—Sí. Me voy contigo. —Llevaba el cuchillo de la alforja de Oleg; cortó las ataduras con un solo golpe—. Vamos.

Pero Sasha negaba con la cabeza, con cara de estar aturdido.

—Lo saben… Que has alborotado los caballos. Chelubéi ha dicho algo de un semental alazán y una yegua en Moscú. Ha sabido que eras tú en cuanto ha empezado el ruido. Estaban preparados.

El sudor le caía hasta la barba; le brillaba en las sienes, en la tonsura. Ella se volvió de golpe.

Estaban en la entrada de la tienda: Mamái y Chelubéi, observando mientras a sus espaldas se acumulaban los soldados. Chelubéi dijo algo en su idioma, y Mamái respondió. Los miraban con avidez.

Vasia, sin quitarles ojo a los dos hombres, se agachó para ayudar a su hermano a levantarse. Él se alzó cuando ella tiró, pero era evidente que cada instante era puro sufrimiento.

—Apártate de él. Despacio —le ordenó Chelubéi en ruso, y ella vio su propia muerte lenta reflejada en sus ojos.

Vasia ya se había hartado. Ya no estaba desconcertada como después de que le diesen el golpe en la cabeza. Le prendió fuego a la tienda.

Las paredes de fieltro se encendieron por varios sitios. Ambos hombres dieron un salto adelante y gritaron alarmados. Vasia agarró a su hermano y tiró de él, aunque cojeaba, hacia el otro extremo de la tienda; entonces usó el puñal y rasgó el fieltro.

En lugar de salir, esperó, aguantó la respiración para no tragarse el humo y silbó una vez. La buena yegua acudió y hasta se arrodilló cuando se lo pidió, a pesar del humo y de las llamas, para que Sasha pudiera subir.

No obstante, sin ayuda no podía mantenerse a lomos de la yegua. Vasia tuvo que montar delante de él y hacer que se le sujetase a la cintura.

—Aguanta —le dijo.

La yegua echó a trotar justo cuando se oyó un grito tras ellos. Vasia se arriesgó a mirar. Chelubéi se había hecho con un caballo justo cuando ella salía de entre el humo. Con él iban otros seis hombres; no tardarían en alcanzarla. Era una carrera para ver si llegaba antes la medianoche o sus perseguidores.

Al principio pensó que ella ganaría. Faltaba poco para la medianoche, lo sentía en los huesos, y la yegua era veloz.

Pero el campamento estaba lleno de gente y el bullicio era inmenso; como no podían abrirse paso y derribar todo lo que se les ponía por delante, tenían que ir esquivando y dando giros. Sasha se aferraba a ella con todas sus fuerzas y su aliento se convertía en un silbido silencioso y dolorido cada vez que los cascos impactaban en el suelo. Por intrépida que fuese, la yegua empezaba a cansarse de cargar con los dos.

Vasia respiró y permitió que le vinieran a la memoria todos los recuerdos de la noche de la quema en Moscú. El terror y el poder.

La realidad se distorsionó al tiempo que todas las hogueras del campamento tártaro se convertían en triunfales columnas de llamas.

Aunque estaba mareada y le costaba controlarse, se arriesgó a mirar e intentó ver lo que le tapaba su hermano. La mayoría de los hombres que los perseguían se habían distanciado, ya que los caballos asustados se alejaban. Pero algunos aún controlaban sus monturas, y la de Chelubéi no había flaqueado. La yegua empezaba a perder velocidad. Y no había ni rastro de Medianoche.

Chelubéi le gritó a su caballo. Había alcanzado el flanco de la yegua que montaba Vasia y empuñaba la espada. Vasia tocó a su yegua y esta se desvió con las orejas pegadas a la cabeza, pero con eso perdieron aún más velocidad; Chelubéi los redirigía hacia el campamento para arrinconarlos. Sasha era un peso muerto. Chelubéi los alcanzó de nuevo: su caballo era más rápido. Enarboló la espada por segunda vez.

Antes de que asestase el golpe, Sasha se lanzó hacia un lado, se abalanzó sobre el tártaro y lo derribó al suelo.

—¡Sasha! —chilló ella.

La yegua recuperó el buen paso al instante, pero Vasia la hizo retroceder de inmediato. Su hermano y Chelubéi forcejeaban en el suelo, y el tártaro tenía las de ganar. Le giró la cara de un puñetazo y, a la luz del fuego de detrás, Vasia vio una chispa de sangre relucir en el aire. Entonces Chelubéi se levantó y dejó a Sasha tendido en el suelo. Llamó a su caballo y les dio órdenes a los demás jinetes.

Sasha se arrodilló con esfuerzo. Tenía la boca ensangrentada. Formó una palabra con los labios: «Corre».

Ella vaciló. La yegua lo notó y frenó el paso.

Justo entonces, una estela de llamas cruzó el cielo.

Era como una estrella fugaz: escarlata y azul y dorado. La estela de llamas perdió más y más altura y después se elevó como una ola y, de pronto, había una yegua alta y dorada reluciendo sobre la hierba, galopando a su lado.

Hubo gritos de rabia y admiración entre los tártaros.

—*Pozhar* —susurró Vasia.

La yegua le inclinó una de las orejas al otro caballo y volvió la otra hacia los hombres que los perseguían.

—Sube.

Vasia no se lo planteó. Se levantó sin dejar de galopar, sin perder el equilibrio, a lomos de la yegua alazana. *Pozhar* había frenado el paso para igualar el de la otra; entonces Vasia dio un paso hacia el lado con mucha ligereza y se dejó caer sobre la cruz dorada de la yegua. El pelaje de *Pozhar* le quemaba entre las piernas.

Unos cuantos de los hombres que se les acercaban llevaban arcos; una flecha le silbó al pasarle junto a la oreja. Estaban a tiro de arco, retrocediendo hacia el lugar donde se había quedado su hermano. ¿Qué podían hacer? La velocidad de *Pozhar* era un milagro, pero Sasha yacía en el suelo. Otro silbido y una flecha le rozó la mejilla justo cuando alcanzaba a ver el camino que atraviesa la Medianoche.

Entonces se le ocurrió una cosa tan temeraria que se quedó sin respiración. Con la rabia y el terror metidos en el corazón y los límites de sus conocimientos y habilidades tan evidentes, no se le ocurría nada más.

—Tenemos que volver a esta misma medianoche. Tenemos que volver a por él —le dijo Vasia muy seria a la yegua—. Pero primero debemos pedir ayuda.

«No has entendido», le había dicho Medianoche.

La yegua plantó una pata en el camino que atraviesa la Medianoche y a ambas se las tragó la oscuridad.

Cuando volviesen, sería al campamento tártaro y esa misma medianoche; de otro modo, no se habría marchado. Sin embargo, tenía la insoportable sensación de haber abandonado a su hermano, de haberlo dejado morir allí mientras ella galopaba a oscuras por la naturaleza y los árboles le abofeteaban la cara. Sollozó agachada sobre el cuello de la yegua durante una o dos zancadas, horrorizada; temía por la vida de Sasha, sentía auténtica repulsión por sus torpezas y los límites de sus conocimientos.

La yegua dorada no se movía como *Solovéi*. *Solovéi* tenía el tronco redondo y era fácil de montar. *Pozhar* era más rápida, más magra, la cruz era una cordillera dura y cada zancada era una gran sacudida, era como viajar en la cresta de un torrente.

Al cabo de un momento, Vasia levantó la cabeza y recobró el control. ¿Era capaz de hacerlo? Ni siquiera se lo habría planteado de no tener la imagen de su hermano ensangrentado y rodeado de enemigos grabada en la mente. Intentó pensar en otra cosa.

En cualquier cosa.

Pero no podía.

Así que se concentró en el lugar adonde quería ir. Esa parte era fácil y no le costó. Su sangre conocía el camino, casi no le hacía falta ni pensar en ello.

Al cabo de unos minutos al galope, salieron del bosque negro a un campo conocido donde el viento silbaba entre el trigo a medio cosechar. El cielo era un río de estrellas. Vasia se irguió. *Pozhar* frenó el paso, danzando, salvaje.

Sobre una pequeña colina había un pueblo menudo, al otro lado de los campos despejados. No se veía a la luz de las estrellas, pero Vasia conocía todos sus rincones y curvas. La añoranza le oprimió la garganta. Era medianoche en el pueblo donde había nacido. En algún lugar cercano, en su casa, estaban su hermano Aliosha y su hermana Irina.

Pero no había ido hasta allí por ellos. Algún día volvería y llevaría a María a conocer a sus parientes, comería buen pan sentada sobre la cálida hierba del verano. Pero en ese momento no debía buscar consuelo en aquel lugar: había ido con otra misión.

—*Pozhar*, ¿por qué has vuelto?

—Por Ded Grib —respondió la yegua—. Le han llegado noticias de todas las setas de la Rus; se hace el importante y le cuenta a todo el mundo que es tu mayor aliado. Hoy ha acudido a mí y me ha dicho que volvías a estar en peligro, que yo era una zoqueta por no ayudarte. He ido a buscarte solo para que se callase y luego he visto los fuegos que habías prendido. Eran buenos fuegos. — Hablaba casi con aprobación—. Además, no pesas mucho. Ni siquiera me resulta incómodo.

—Gracias —contestó Vasia—. ¿Me llevas más lejos?

—Eso depende. ¿Vamos a hacer algo interesante?

Vasia pensó en Morozko, alejado en el silencio blanco de su mundo invernal. Sabía que allí la esperaba una buena acogida. Pero no ayuda. Podía sacarlo una vez más del invierno como una sombra de sí mismo, y ¿de qué serviría? En su estado, no podía luchar contra un ejército de tártaros y salvar a su hermano.

Solo se ocurría una persona capaz de eso.

Muy seria, dijo:

—Más interesante de lo que piensas.

Una vez más, se preguntó si aquello era mortal, de tan temerario.

Pero entonces se acordó de Medianoche. De lo que había querido decir con «Esperábamos que fueras diferente».

Vasia creyó que lo sabía.

Cuando se lo indicó, *Pozhar* dio media vuelta y galopó entre los

árboles.

VEINTINUEVE
ENTRE EL INVIERNO Y LA PRIMAVERA

En la frontera entre el invierno y la primavera hay un claro. Tiempo atrás, Vasia habría dicho que el umbral de la primavera era un momento. Pero averiguó que también era un lugar al borde de las tierras del invierno.

En el centro del claro se alzaba un roble. El tronco tenía la misma amplitud que una cabaña de campesinos y las ramas se extendían como las vigas de una casa, como los barrotes de una prisión.

A los pies del árbol, apoyado en el tronco, con las rodillas pegadas al pecho, estaba Medved. Seguía siendo medianoche. En el claro no había luz, la luna se había puesto tras el horizonte. La única luz era la de *Pozhar* y el resplandor del oro que con el que el Oso tenía atadas las muñecas y el cuello. El bosque que los rodeaba estaba sumido en un silencio absoluto, pero Vasia tenía la sensación de que unos ojos los observaban sin ser vistos.

Medved no se movió al verlos, pero torció la boca con una expresión que distaba mucho de una sonrisa.

—¿Has venido a regodearte? —le preguntó.

Vasia desmontó. El demonio mostró una leve alarma al fijarse en su aspecto desaliñado, en el corte de la sien, en los pies llenos de barro. *Pozhar* retrocedió nerviosa mientras apuntaba al Oso con las orejas; tal vez recordase cuando uno de sus upyr le había hundido los dientes en el flanco.

Vasia avanzó.

El Oso enarcó la ceja que no era una cicatriz.

—¿O has venido a seducirme? —le dijo—. ¿No tienes suficiente con mi hermano?

Ella no dijo nada. Él no podía retroceder, ya que se apoyaba en el árbol, pero abrió más el ojo sano. Estaba tenso, atado bien fuerte con las cuerdas de oro.

—¿No? —se burló él—. Entonces ¿qué?

—¿Lloraste la muerte del sacerdote? —quiso saber Vasia.

El Oso ladeó la cabeza y la sorprendió con un sencillo: —Sí.

—¿Por qué?

—Era mío. Era hermoso. Podía crear y destruir con una sola palabra. Cantaba con toda su alma, igual que cuando escribía iconos. Ya no está. Claro que me apena su pérdida.

—Lo destrozaste.

—Puede ser. Pero las grietas ya existían.

Tal vez fuese el epitafio perfecto para el padre Konstantín: que lo llorase un espíritu del caos. El Oso apoyaba la cabeza en el tronco como si no tuviera ninguna preocupación, pero no le quitaba ojo.

—Dévushka, tú no has venido a lamentar la muerte de Konstantín Nikonóvich. ¿Por qué has venido?

—El general tártaro Mamái ha apresado a mi hermano. Y a mi cuñado también —explicó.

El Oso soltó una risotada.

—Gracias por decírmelo, muy amable. Espero que mueran dando alaridos.

—No puedo liberarlos yo sola —respondió ella—. Lo he intentado y he fracasado.

El Oso volvió a fijarse en su apariencia desaliñada.

—No me digas. —La sonrisa que esbozó era casi extravagante—. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

A Vasia le temblaban las manos.

—Quería salvarlos —dijo—. Y después debo salvar a la Rus de la invasión. Y no puedo hacerlo sola. Cuando ayudé a Morozko a encadenarte, entré a formar parte de la guerra entre tú y tu hermano. Pero ahora quiero que tú te unas a la mía. Medved, ¿me ayudas?

Lo había dejado perplejo. Abrió el ojo gris desmesuradamente. Sin embargo, habló con voz igual de ligera: —¿Quieres que te ayude?

—Te propongo un trato.

—¿Qué te hace pensar que cumpliré mi parte?

—Que no creo que desees pasarte toda la eternidad bajo este árbol.

—Muy bien. —Se inclinó hacia delante, tanto como se lo permitían

las ataduras de oro. Sus palabras eran poco más que un susurro hecho al oído—. ¿Cuál es el trato, dévushka?

—Te quitaré el artefacto dorado —dijo.

Con un dedo siguió la cuerda, desde la garganta a las muñecas. La brida de oro quería aguantar; era una herramienta hecha para que una criatura se sometiese a la voluntad de otra. Se resistía, pero, cuando Vasia metió un dedo por debajo y tiró para levantársela un poco de la piel, cedió.

Medved se estremeció.

Vasia no quería verle esperanza en la mirada. Quería que fuese un monstruo.

Pero los monstruos eran para los niños. A su manera, él tenía mucho poder y, por el bien de su hermano Sasha, Vasia lo necesitaba.

Con eso en mente, se rajó la piel del pulgar con el puñal. Él acercó la mano casi sin querer, atraído por las virtudes de su sangre. Ella la apartó antes de que la alcanzase.

—Si te suelto, me servirás tal como Medianoche sirve a mi bisabuela —exigió Vasia muy seria—. Lucharás en mi bando en las batallas y ayudarás a urdir mis victorias; si te llamo, acudirás. Jurarás no mentirme jamás y darme consejo sincero. No me traicionarás, sino que siempre me serás leal. También jurarás no volver a asolar la Rus con tus plagas: ni terror ni fuego ni muertos vivientes. Con esas condiciones, y solo esas, te liberaré.

Él se rio.

—Qué desfachatez la tuya —dijo—. ¿Y todo porque mi hermano se rebajó por esa cara tan fea? Dime: ¿por qué debería convertirme en tu perro?

Vasia sonrió.

—Porque el mundo es vasto y muy hermoso, y tú ya te has cansado de este claro. Aquella noche, junto al lago, vi cómo mirabas las estrellas. Porque, tal como tú mismo has visto, yo también soy un espíritu del caos y, adonde yo voy, me sigue el desorden. Esas cosas te gustan. Porque la contienda entre tú y tu hermano ha tocado a su fin, ya que ambos vais a uniros a la mía. Y quizá te guste servirme. Al menos será una batalla de intelectos.

Él soltó un resoplido.

—¿Hablas de tu intelecto, bruja?

—Está mejorando —replicó Vasia, y le tocó la cara con la mano donde tenía el corte que se había hecho con el filo del puñal.

Él se apartó de golpe, aunque su carne se volvió más sólida al contacto con los dedos de Vasia. Abrió y cerró las manos, atadas con la cuerda de oro.

La miró con la respiración acelerada.

—Vaya, ya sé por qué te deseaba mi hermano —susurró—. Doncella del mar, hija de bruja. Pero algún día la magia te enloquecerá. Igual que a todas las brujas y todos los hechiceros que han existido. Y entonces serás mía. Tal vez prefiera esperar.

—Algún día me moriré —dijo Vasia como si nada, y apartó la mano —. Me adentraré en la oscuridad, en el bosque entre dos mundos al que tu hermano guía a los muertos. Y seguiré siendo yo misma. Si estoy loca, no seré tuya. Y muerta no seré de él.

Él soltó media carcajada, pero el ojo gris la miraba con atención.

—Puede ser —respondió—. Aun así, ¿por qué intercambiar una prisión por la esclavitud? Llevar aquí la soga dorada, atrapado por la sangre del sacerdote, o llevarla en cualquier otra parte siendo esclavo de tu voluntad. No me ofreces ni mucho menos lo suficiente para conseguir que te ayude.

De pronto, *Pozhar* relinchó. Vasia no se volvió a mirar, pero, por algún motivo, el sonido le daba coraje. Sabía que no conservaría la lealtad de la yegua si adquiría un esclavo, fuera quien fuese, con la ayuda de aquel objeto dorado.

Respiró hondo.

—No llevarás la cuerda. No soy Kaschei el Inmortal. Me basta con tu palabra. ¿La cumplirás?

Él la miró fijamente.

Ella continuó:

—Supongo que sí, dado que tu hermano mellizo aceptó tu palabra. Júramelo y te liberaré. ¿O prefieres estar aquí sentado en lugar de librar una batalla?

Una súbita avidez hambrienta en su rostro.

—Una guerra… —dijo en voz muy baja.

Ella combatió los nervios, se obligó a hablar con calma: —Entre Mamái y Dmitri. Ya deberías saberlo: eres el que se aseguró de que la plata se perdiera.

El Oso se encogió de hombros.

—Lo único que hice fue echar pan al agua, dévushka. Y ver qué salía a comérselo.

—Sea como sea, se ha declarado la guerra; Dmitri no ha tenido otra opción. Y tú, amante de las batallas, puedes ayudarnos. ¿Vas a jurarme lealtad y venir conmigo a la noche?

Vasia se levantó y retrocedió unos pasos.

—Quizá prefieras quedarte aquí; quizá servir a una muchacha sea demasiado indigno para ti.

Él se rio y se rio y, después, dijo:

—Jamás, ni a lo largo de las vidas de mil hombres, he servido a nadie. —Volvió a mirarla unos instantes—. Pero eso hará que mi hermano entre en cólera.

Vasia se mordió el labio.

—Tienes mi palabra, Vasilisa Petrovna.

Se llevó las muñecas atadas a la boca y se dio un mordisco repentino justo donde el pulgar se unía a la palma. De la herida manó sangre clara de olor sulfúrico. Le tendió la mano de dedos gruesos.

—¿Qué le hace tu sangre a los que no están muertos? —le preguntó ella.

—Karachún te lo dijo, ¿no? —respondió él—. Te da vida, muchacha salvaje. ¿Acaso no he jurado no hacerte daño?

Ella vaciló y después le agarró la mano; su sangre se tornó viscosa sobre la piel; la de él le escoció en la herida. Vasia sintió una sacudida desagradable de energía que se llevó el cansancio que sentía. Retiró la mano y dijo: —Si abjuras de tu compromiso, volverás a este árbol, atado de pies y manos y por el cuello con las cuerdas de oro. Y te sacaré el otro ojo para que vivas a oscuras.

—Cuando te conocí junto a este mismo árbol eras una niña encantadora —comentó el Oso—. ¿Qué ha pasado?

El tono de voz era burlón, pero Vasia notó que se ponía tenso cuando ella empezó a desatarlo.

—¿Qué pasó? Amor, traición y tiempo —contestó Vasia—. ¿Qué le pasa a todo el que acaba entendiéndote con el paso de los años, Medved? La vida es lo que pasa.

Deslizó las manos por el oro aceitoso y desató las hebillas. Durante un instante se preguntó cómo la había hecho Kaschei. Tal vez en alguna parte estuviera la respuesta, en alguna parte estarían los secretos de la magia que iba más allá de prender fuego y ver cherti.

Tal vez algún día, en países lejanos, bajo cielos más salvajes, conociera esos secretos.

Entonces el oro se deslizó en un abrir y cerrar de ojos. El Oso estaba muy quieto, abría y cerraba los puños con una incredulidad que era incapaz de disimular. Vasia se levantó. El oro estaba dividido en dos piezas: lo que había sido las riendas y la cabezada de la brida. Se las enrolló alrededor de las muñecas: una fortuna terrible y brillante.

El Oso se levantó y se puso a su lado. Tenía la espalda recta, le relucía el ojo.

—Adelante, señora —dijo con cierta sorna—. ¿Adónde vamos?

—A por mi hermano —respondió Vasia muy seria—. Adonde todavía es medianoche y él sigue con vida. Pero primero… —Se volvió y vio algo en la oscuridad—. Polunochnitsa. —No dudaba de que

había acertado y, cómo no, el demonio de la Medianoche entró en el claro de inmediato. Los cascos enormes de *Voron* hacían crujir los helechos a su espalda—. Me has traicionado.

—Pero por fin lo has entendido —contestó Polunochnitsa—. Tu tarea nunca ha sido separar a los buenos de los malos. Tu tarea era unirnos. Somos un pueblo. —Ya no la miraba con ira.

Vasia avanzó a zancadas.

—Podrías habérmelo dicho. Han torturado a mi hermano.

—Eso no puede decírtelo nadie —respondió Polunochnitsa—. Tienes que entenderlo tú sola.

Su bisabuela le había dicho lo mismo. Vasia sentía que el Oso la observaba y lo oyó soltar una risa sorda cuando, sin mediar palabra, desenrolló la cuerda de oro, la lanzó y atrapó a Polunochnitsa por el cuello. El demonio de la Medianoche intentó soltarse, pero no lo logró, atrapada por el poder que residía en el oro. Emitió un único sonido de sorpresa y se quedó quieta, con los ojos desorbitados.

—No me gusta que me traicionen, Polunochnitsa —dijo Vasia—. Después de la hoguera no te apiadaste de mí, no te apiadaste de mi hermano. Quizá debería dejarte a ti atada a un árbol.

El semental negro relinchó y se encabritó. Vasia no se movió a pesar de que tenía sus enormes cascos a un palmo de distancia de la cara.

—Si me matas, *Voron*, me la llevaré conmigo. —El caballo se serenó y Vasia tuvo que endurecerse por dentro. Medianoche la miraba con auténtico miedo—. Medved me ha jurado lealtad y ahora tú también me la debes, Polunochnitsa. No volverás a traicionarme.

El demonio de la Medianoche la contemplaba con terror y fascinación reticente.

—Ahora sí que eres la heredera de Baba Yaga —dijo—. Cuando hayas acabado con los asuntos de los hombres, regresa al lago. A medianoche, la bruja te estará esperando.

—Todavía no he acabado —contestó Vasia con ademán funesto—. Voy a salvar a mi hermano. Tú también vas a jurarme tu lealtad, señora de la Medianoche, y vas a ayudarme.

—Se la juré a tu bisabuela.

—Y, tal como has dicho, yo soy su heredera.

Se miraron fijamente a los ojos, una batalla silenciosa. Medianoche fue la primera en apartar la vista.

—Está bien, lo juro —dijo.

—¿Qué juras?

—Servirte y obedecerte y no volver a traicionarte.

Vasia tiró de la cuerda de oro y liberó a Polunochnitsa.

—Juro que te daré el sustento que pueda —declaró—. Ya sea mi sangre o mi recuerdo. No podemos permitirnos seguir luchando entre nosotros.

El Oso, a su espalda, comentó con ligereza:

—Creo que esto va a ser divertido.

TREINTA
EL ENEMIGO DE MI ENEMIGO

asha no era del todo consciente de lo que había pasado tras derribar a Chelubéi de su montura. En el momento de hacerlo, no tenía la mente clara. Solo pensaba que había una espada y la garganta vulnerable de su hermana y, además, odiaba a ese tártaro más que a nadie en toda su vida. Odiaba su crueldad impersonal, su mente astuta, sus preguntas taimadas.

Así que, cuando el tártaro los alcanzó y se puso a su lado, vio una oportunidad y no dudó. Sin embargo, estaba herido y Chelubéi era fuerte. Un puñetazo en la mandíbula le hizo ver las estrellas, y después el tártaro se alzó sobre él y apremió a sus hombres a gritos. Sasha se arrodilló con esfuerzo y vio que su hermana, que seguía a caballo, daba la vuelta para rescatarlo.

«Vasia —intentó gritar—, corre».

Y el mundo se apagó. Cuando recobró la consciencia, seguía tumbado en el suelo. Chelubéi estaba de pie a su lado.

—Se ha ido —oyó que decía una voz—. Ha desaparecido.

Soltó aire con alivio, pero justo en ese instante Chelubéi le propinó una patada en las costillas. Se oyó el crujido de un hueso; Sasha se dobló, pero le faltaba el aire para gritar.

—Creo —dijo Chelubéi— que, después de la excitación de esta noche, el general no pondrá más objeciones a que mueras torturado. Levantadlo.

Pero los hombres ya no miraban al monje. Retrocedían con expresión aterrorizada.

El camino de vuelta a través de la Medianoche fue corto. La sangre de Vasia llamaba a gritos a la de su hermano, y *Pozhar* no le ponía reparos a volar por el bosque a velocidad temeraria. *Voron* galopaba a su lado. El semental negro era mucho más veloz que cualquier caballo mortal y, aun así, le costaba seguirle el ritmo a la yegua dorada.

Vasia penaba en silencio al tiempo que saboreaba la fuerza de su montura. El pájaro de fuego no era ni sería jamás su otro yo, pero la elegancia de *Pozhar* le recordaba esa pérdida.

El Oso corría en silencio junto a los caballos. Había renunciado a la forma humana; corría como una enorme bestia de sombras, alimentado por la sangre de Vasia. Durante la travesía, olía el cielo con los dientes al descubierto, casi incapaz de contener el entusiasmo.

—¿Esperas matar alguna criatura? —le preguntó Vasia.

—No —respondió el Oso—. Los muertos me traen sin cuidado. Lo mío son los vivos que sufren.

—Nuestra tarea es salvar a mi hermano —contestó ella con brusquedad—, no hacer sufrir a la gente. ¿Tan pronto olvidas tus juramentos, Medved?

Las dos cuerdas doradas emitían un resplandor fantasmagórico alrededor de las muñecas de Vasia. Él las miró con el ceño fruncido y habló al borde del gruñido: —He hecho una promesa.

—Al frente —anunció Medianoche.

Vasia forzó la vista para ver en la oscuridad. Delante de ellos, unas hogueras interrumpían la noche; el viento les llevó el olor de los hombres y los caballos.

Se echó hacia atrás y *Pozhar* frenó el paso, muy a su pesar. Abrió las fosas nasales con repugnancia, puesto que el olor de los hombres no le gustaba.

—He dejado a mi hermano en el lado norte del campamento, cerca de un riachuelo —le dijo a Polunochnitsa—. ¿Sigue ahí?

A modo de respuesta, Medianoche desmontó de su caballo, le puso la mano en el cuello al semental y le susurró. *Voron* alzó las patas delanteras hacia el cielo, su crin flotó en el aire con la ligereza de las plumas y un cuervo emprendió el vuelo hacia el cielo nocturno.

—*Solovéi* no hacía eso —dijo Vasia mientras veía al caballo negro convertirse y salir volando.

—¿Te refieres a adoptar su otra forma? Era demasiado joven —dijo Medianoche—. Aún era un potro. A los jóvenes el cambio les resulta muy difícil. Habría aprendido a controlar su naturaleza si…

—Si hubiera tenido tiempo —terminó Vasia con tono seco.

El Oso la miró con media sonrisa en la cara, como si notase el sabor de su dolor.

—Debemos seguir a *Voron* —dijo Medianoche.

—Monta detrás de mí —ordenó Vasia—. A menos que… ¿Te importa, *Pozhar*?

Por su aspecto, la yegua se planteaba negarse, aunque fuese solo para recordarle que podía hacerlo.

—De acuerdo —accedió irritada, y agitó la cola.

Vasia le tendió el brazo y le pareció que la chert no pesaba nada. Ambas sobre la yegua, avanzaron con el Oso pegado a *Pozhar*.

Algo más adelante, los árboles eran más escasos y un cuervo graznaba en la oscuridad.

Los tártaros continuaban donde los habían dejado. Algunos seguían a caballo; otros habían formado un corro desigual. Dos se agacharon de repente y tiraron, y Vasia alcanzó a ver la silueta en penumbra de su hermano mientras lo ponían de pie. Estaba cojo y llevaba la cabeza gacha.

—¿Puedes ahuyentarlos? —le preguntó al Oso. Se dio cuenta de que le temblaba la voz, de que no la controlaba.

—Quizá sí, señora —dijo Medved, y le ofreció su amplia sonrisa de perro—. Sigue al borde del pánico, me ayuda.

Ella lo miró con expresión pétrea y él cedió.

—Entonces haz algo útil. ¿Ves ese árbol de ahí? Préndele fuego.

Recordó la hoguera un instante y el árbol entró en combustión. Se había vuelto tan fácil que se preocupó. Estar cerca del Oso le avivaba el caos que llevaba en el corazón. Él le buscó los ojos con la mirada.

—Te iría bien volverte loca —murmuró—. Te sería más fácil. Podrías hacer toda la magia que quisieras si estuvieses loca. Tormentas y rayos y oscuridad en pleno día.

—¡Silencio! —exigió ella. El árbol incendiado ardió con más fuerza e irradió un remolino de luz dorada. La realidad titiló, así que Vasia se clavó las uñas en la palma de la mano y susurró su propio nombre con intención de que parase. Se obligó a hablar con calma—: ¿Vas a ahuyentarlos o no?

Sin dejar de sonreír y sin mediar palabra, el Oso se dirigió hacia el grupo de soldados y se acercó poco a poco. Los caballos retrocedieron asustados. Los hombres se volvían hacia la oscuridad con los ojos muy abiertos y la espada en la mano.

Dentro del círculo de luz se formó una sombra. Una sombra extraña y mutable que se arrastraba a hurtadillas hacia los hombres y los caballos. La sombra de una bestia invisible.

La voz suave del Oso parecía proceder de la propia sombra:

—¿Te metes con mi sirviente? —susurró—. ¿Le echas mano a lo que es mío? Morirás por ello. Morirás dando alaridos.

Su voz se coló en los oídos de los hombres, se les metió en la cabeza. La sombra se acercó todavía más y en el suelo danzaron siluetas retorcidas a la luz del fuego. Los hombres se echaron a temblar. Un gruñido suave y fantasmal inundó la noche. Parecía que las sombras saltasen. Al mismo tiempo, la chispa de un recuerdo de Vasia avivó las llamas del árbol.

Los hombres perdieron la compostura. Salieron huyendo a pie o a caballo hasta que solo quedó uno, de pie junto a la silueta tendida bocabajo de su hermano, gritándoles a los que corrían. Durante la estampida, habían soltado a Sasha.

El que se había quedado solo era Chelubéi. Vasia le dio un toque a *Pozhar* y cabalgó hacia la luz.

Chelubéi palideció. Bajó la espada.

—Se lo advertí —dijo—. Oleg y Mamái, qué necios. Se lo advertí.

Vasia le ofreció una sonrisa radiante que carecía de calidez.

—No deberías haberles dicho que era una chica. Si no lo hubieras hecho, quizá habrían creído que suponía un peligro.

Los ojos de *Pozhar* eran brasas; la crin, humo y chispas. Con solo tocarle el flanco, la yegua se encabritó. Atacó con las patas delanteras y entonces ni siquiera Chelubéi aguantó. Huyó, saltó a lomos de su caballo y salió disparado de allí. *Pozhar*, medio salvaje, fue tras él. Vasia la frenó al cabo de un par de zancadas desbocadas. La sangre le circulaba a toda velocidad; ella misma tenía que combatir el impulso de perseguir y atrapar a Chelubéi, no solo el de la yegua. Era como si la presencia del Oso las alentase a ambas a comportarse con demasiado ímpetu.

Pues bien, que las alentase cuanto quisiera; Vasia pensaba tomar sus propias decisiones.

—Mi hermano —dijo.

Se serenó y convenció a *Pozhar*, no sin dificultad, de dar la vuelta.

El Oso parecía algo decepcionado. Vasia no le prestó atención, sino que desmontó al lado de su hermano. Sasha estaba aovillado, abrazado a las rodillas. Tenía sangre en la boca, en la espalda; a la luz del fuego, se veía negra. Pero estaba vivo.

—Sasha —le dijo, y le acunó la cabeza—. Bratishka.

Él la levantó muy despacio.

—Te dije que huyeras —le murmuró con voz ronca.

—He vuelto.

—Qué fácil ha sido. Estoy decepcionado —se quejó el Oso a su espalda—. ¿Y ahora qué?

Sasha intentó sentarse y soltó un gemido de dolor.

—No —le dijo Vasia—. No, no tengas miedo. Me ha ayudado. — Con cuidado, le palpó el cuerpo a su hermano. La sangre que tenía en la mano y en la espalda estaba fría y pegajosa, y le costaba respirar del dolor que sentía, pero no le encontró ninguna herida reciente—. Sasha, debo ir al campamento y encontrar a Vladímir Andréyevich. ¿Puedes ponerte en pie? No debes quedarte aquí.

—Creo que puedo —respondió él.

Lo intentó, con mucho esfuerzo. Sin querer, se apoyó en la mano herida e hizo un ruido que apenas distaba de un grito. Pero se alzó y se apuntaló con Vasia. Ella se tambaleaba bajo el peso de su hermano, que a duras penas se mantenía consciente.

Tal vez eso fuese bueno, teniendo en cuenta lo que pensaría de sus aliados.

—¿Le dejas montar a lomos de *Voron*? —le pidió Vasia a Polunochnitsa—. Necesito que los tártaros no lo encuentren.

—¿Quieres que sea la niñera de un monje? —preguntó Polunochnitsa sin dar crédito.

Pero su expresión se tornó curiosa. A Vasia se le pasó por la cabeza que se podía convencer a un chert de probar cualquier cosa inusual con tal de aliviar el aburrimiento de la eternidad.

—Júrame que no le harás daño ni permitirás que se lo hagan y que tampoco lo asustarás —dijo Vasia—. Nos reuniremos aquí. Vamos a buscar a mi primo.

Sasha habló con la voz quebrada:

—Vasia, ¿acaso soy un niño de teta para que le hagas jurar todo eso? ¿Con quién me dejas?

—El camino de la Medianoche le despertaría el don de la visión incluso a un monje —intervino el Oso—. Es una decisión interesante.

Vasia le contestó a su hermano a regañadientes:

—Con la señora de la Medianoche.

—¿La que te odia?

—Hemos hecho un trato.

Medianoche lo evaluó de un vistazo.

—Te lo juro, Vasilisa Petrovna. Vamos, monje, sube a mi caballo.

Vasia no estaba segura de si confiarle su hermano a Medianoche era sensato, pero no le quedaba más remedio.

—Vamos —instó al Oso—, tenemos que liberar al príncipe de Sérpujov y después hay que persuadir a Oleg de Riazán de que está en el bando equivocado.

El Oso la siguió y dijo como si razonase consigo mismo:

—Puede que hasta lo disfrute. Aunque depende mucho de tu

método de persuasión.

Los fuegos que Vasia había encendido se habían reducido a brasas de color escarlata, pero el resplandor estaba por todas partes y por todo el campamento tártaro se veía una luz infernal. Los hombres, agotados, susurraban entre sí y atrapaban a los caballos, que sacaban espuma por la boca; se palpaba la inquietud en el ambiente. El Oso observó la estela de confusión con aire crítico.

—Admirable —comenté—. Todavía podré convertirte en una criatura del caos.

Ella se temía que el trabajo ya estaba prácticamente hecho, pero no pensaba admitírselo.

—¿Cuál es tu intención? —inquirió el Oso, y cuando ella le contó su plan, se rio—. Unos cuantos cadáveres andantes funcionarían mejor. Nada más adecuado para conseguir que la gente haga lo que quieras.

—¡No vamos a perturbar más almas de muertos! —le espetó Vasia.

—Antes de que esto acabe, te resultará tentador.

—Esta noche no —repuso ella—. ¿Sabes hacer fuego?

—Sí, y también apagarlo. El miedo y el fuego son mis herramientas, dulce doncella.

—¿Puedes husmear a mi primo?

—¿Sangre rusa? —preguntó—. ¿Te crees que soy la bruja de un cuento de hadas?

—¿Sí o no?

Él alzó la cabeza y olisqueó la noche.

—Sí. —Gruñó un poco—. Supongo que sí.

Vasia se volvió para hablar un momento con *Pozhar*. Después siguió al Oso a pie hacia el campamento tártaro. Con los primeros pasos, respiró hondo y olvidó que era algo más que una sombra que caminaba junto a otra sombra. Una con dientes.

Invisibles, se adentraron en el caos en el que se había sumido el campamento, y el Oso, en su elemento, pareció crecer. Se movía de manera certera entre el ruido y los grupos de caballos asustados y, allí por donde pasaba, los caballos daban respingos y se avivaban las llamas. Los hombres volvían los rostros sudados hacia la oscuridad. Él les sonreía y les hacía saltar chispas a la ropa.

—Ya basta —le regañó Vasia—. Encuentra a mi primo o te encadenaré con algo más que promesas.

—Aquí hay más de un ruso —protestó irritado el Oso—. No puedo…

Ella lo miró, y él acabó la frase casi con tono dócil, salvo por un indicio repentino de risa en la mirada.

—Pero hay uno que huele al lejano norte.

Ella lo siguió, caminaban más deprisa que antes. Por fin, el Oso se detuvo cerca del centro del campamento. El instinto le decía que se pegara a la tienda redonda para ocultarse en su sombra, pero eso significaría creer que los soldados la veían.

Y no era cierto. Con eso muy presente, se quedó donde estaba.

Delante de una hoguera bien atendida se veía la silueta de un hombre arrodillado y atado de pies y manos. A su alrededor, los soldados tranquilizaban a sus caballos nerviosos.

Cerca del fuego había tres hombres que discutían. Como tenían la luz detrás, Vasia tardó en reconocer a Mamái, Chelubéi y Oleg. Deseó comprender lo que decían.

—Deciden si matarlo o no —dijo la bestia a su lado—. Parece que tu huida los ha vuelto recelosos.

—¿Entiendes el tártaro?

—Entiendo el habla de los hombres —contestó el Oso.

Justo entonces, un fogonazo de luz nueva se vertió sobre el campamento e hizo que los caballos volvieran a entrar en pánico. Vasia no miró; sabía lo que vería: a *Pozhar* surcando el aire con una estela de humo mientras sus alas ardientes formaban arcos de color escarlata y azul y dorado y blanco.

—No puedo prenderle fuego a la tierra como hice en la ciudad —había dicho *Pozhar* cuando se lo había preguntado—. Eso fue… Estaba muy enfadada, estaba loca de rabia. No puedo repetirlo.

—No es necesario —le aseguró Vasia—. Deslúmbralos, nada más. Será un mensaje para mis paisanos. —Le dio unas palmadas reconfortantes, y *Pozhar* le mordió el hombro.

Por todo el campo, los hombres miraban el cielo. Se oyó el bullicio de las palabras que balbucían. Vasia oyó cuerdas de arcos y vio unas cuantas flechas disparadas hacia el cielo, pero *Pozhar* estaba fuera de su alcance. A uno de los rusos se le escapó un grito que silenció de inmediato: —¡Zhar Ptitsa!

—¿Puedes hacer que te vean? —le preguntó Vasia al Oso sin quitarle ojo al general.

—Con tu sangre —respondió él.

Ella le ofreció la mano del corte; él se amorró con glotonería, y después ella se soltó de un tirón.

—Entonces, en el momento adecuado —dijo.

Aferrándose al conocimiento de que no la veían, se acercó a la luz. Los tres hombres discutían, se gritaban los unos a los otros mientras el pájaro surcaba el cielo con un brillo imposible.

Vasia se acercó a ellos, desenroscó la cuerda de oro y se la enroscó

a Mamái alrededor del cuello.

El general soltó un grito ahogado y después se quedó inmóvil, atrapado por la magia de Kaschei y la voluntad de Vasia.

Todos los que estaban allí cerca se quedaron inmóviles. La veían.

—Buenas noches —los saludó Vasia. Le costaba respirar lo suficiente para hablar sin que le temblase la voz. Doce arqueros expertos la miraban fijamente; algunos incluso le apuntaban con una flecha—. No podréis matarme antes de que yo lo mate a él. Ni aunque me atraveséis con cien flechas.

Con una mano sostenía la cuerda de oro, pero en la otra tenía una daga que hacía presión en el cuello de Mamái. Le pareció oír la voz de Oleg interpretando sus palabras, pero no se volvió para verlo.

Chelubéi había desenvainado la espada; avanzó un paso, furioso, aunque se detuvo al oír el sonido de dolor que emitía el general.

—He venido a por el príncipe de Sérpujov —anunció Vasia.

Mamái soltó otro gemido ronco, y después dijo algo que sonaba a orden.

—¡Silencio! —gritó ella.

Cuando le clavó la daga un poco más, el general se quedó quieto.

Oleg la miraba boquiabierto, como un pez fuera del agua. En el cielo, el pájaro de fuego chilló y dio vueltas sobre un telón de nubes. Los caballos saltaron. Con el rabillo del ojo, Vasia alcanzó a ver hombres que, sin poder evitarlo, miraban hacia la luz.

Chelubéi fue el primero en volver en sí.

—No saldrás de aquí con vida, muchacha.

—Si no salgo viva —dijo Vasia— y Vladímir Andréyevich tampoco sobrevive, tu líder tampoco. ¿Vas a correr el riesgo?

—¡Disparad las flechas! —ordenó Chelubéi.

En ese instante, Vasia le hizo un tajo al general, lo suficiente para que chillase. Se le llenaron las manos de sangre con olor a cobre. Los arqueros vacilaron.

Medved aprovechó la situación para salir como si nada de la oscuridad: un enorme oso hecho de sombras. Su ojo bueno brillaba con una chispa de diversión infernal.

Se oyó una sola cuerda de arco y la flecha salió volando hacia cualquier parte. Y todos se quedaron paralizados del miedo.

Vasia interrumpió el silencio:

—Liberad al príncipe de Sérpujov o le prenderé fuego al campamento entero y dejaré cojos a todos los caballos. Él se comerá lo que quede. —Señaló al Oso con la barbilla.

La bestia enseñó la dentadura, tal como debía.

Mamái dijo algo con voz ronca. Sus hombres se apresuraron. Al

cabo de un momento, el hombre del río, el marido de su hermana, caminaba hacia ella con desconfianza. Parecía ileso. Entonces reconoció al chico de la noche de la crecida y lo miró con ojos como platos.

—Vladímir Andréyevich —lo llamó Vasia. A juzgar por la cara del príncipe, parecía que el rescate fuese aún peor que su cautiverio. Quiso tranquilizarlo—: Me envía Dmitri Iványovich. ¿Estáis bien? ¿Podéis cabalgar?

Él hundió la barbilla con ademán cauteloso y se santiguó. Nadie se movió.

—Venid conmigo —le dijo Vasia a su primo.

Él seguía sin mostrarse convencido. Ella retrocedió con Mamái, aún sujeto con la cuerda dorada.

Oleg no había hablado, pero la observaba muy atento. Ella respiró hondo.

—Ahora —le indicó al Oso.

Todas las hogueras del campamento se apagaron a la vez, todas las lámparas y las antorchas. El pájaro de fuego que surcaba el cielo era la única fuente de luz. Entonces, *Pozhar* descendió y los caballos volvieron a tirar de sus amarres y a soltar relinchos agudos.

Por encima del ruido, en la oscuridad, Vasia le susurró al general al oído: —Si continuáis por esta senda, moriréis. La Rus no será conquistada.

Lo lanzó a los brazos de sus hombres, le agarró la mano a su primo y lo llevó a las sombras justo cuando se oyeron las cuerdas de tres arcos. En ese instante, Vasia desapareció en la noche y, con ella, el Oso y Vladímir Andréyevich.

El Oso se reía mientras corrían.

—Qué asustados estaban de una bruja delgaducha. Ha sido una delicia. Ay, antes de que esto acabe, le habremos enseñado a todo el país a temer. —La miró con el ojo bueno y añadió con tono de reproche—: Deberías haberle rebanado el pescuezo a su líder, pero de verdad. Va a sobrevivir y sin consecuencias.

—Me han entregado a mi primo. Por honor, no podía…

El Oso soltó un vítor desagradable.

—¡Escuchad a la muchacha! El gran príncipe de Moscú le encomienda una tarea y de repente ella decide que es un boyardo lleno hasta arriba de cortesía guerrera. Me pregunto cuánto tardarás en aprender.

Vasia no dijo nada. Prefirió desviarse hacia un lugar al borde del campamento donde había caballos atados, cortar las cuerdas y decir: —Tomad, Vladímir Andréyevich. Montad.

Vladímir no se movió. No apartaba la mirada del Oso.

—¿Qué artes demoníacas son estas?

Contento, el Oso respondió:

—Las peores.

El príncipe de Sérpujov se santiguó con una mano temblorosa. Alguien gritó algo en tártaro. Vasia se volvió de golpe y vio que Medved, que disfrutaba de su horror, se había hecho visible, recortado sobre el cielo de fondo. Vladímir Andréyevich estaba a punto de huir de vuelta con sus enemigos.

Furiosa, Vasia desenroscó una de las cuerdas de oro y dijo:

—Medved, ¿somos aliados o no? Empiezo a hartarme de ti.

—Esa cosa no me gusta —respondió el Oso. Cerró la boca y dio la sensación de encogerse. Se acercaban varios hombres.

—Subid al caballo —le dijo Vasia a Vladímir.

No había silla de montar ni riendas, pero el príncipe de Sérpujov se subió a lomos del capón al tiempo que Vasia se subía a una yegua moteada.

—¿Quién eres? —susurró Vladímir con la voz helada de pavor.

—Soy la hermana pequeña de Olga —contestó Vasia—. ¡Vamos!

Le dio una palmada en los cuartos traseros al caballo de Vladímir y echaron a galopar por la hierba, esquivando árboles aquí y allá, en busca de la oscuridad, y por fin dejaron a los tártaros atrás.

El Oso se rio mientras galopaban.

—No me digas que no lo has disfrutado —le dijo a Vasia.

A modo de respuesta, a ella le surgió otra carcajada: la risueña dicha de cuando siembras el miedo en el corazón de tus enemigos. La reprimió, pero antes miró al rey del caos a los ojos y vio su deleite temerario reflejado en ellos.

Sasha y Medianoche estaban justo donde Vasia los había dejado, ambos a lomos de *Voron*. *Pozhar* también se reunió allí con ellos con su forma de caballo. Cada vez que tocaba el suelo con los cascos, levantaba chispas; sus ojos eran metal fundido.

Al verlos, Vasia sintió un gran alivio.

—Hermano Aleksandr —balbució Vladímir—. ¿Es posible…?

—Vladímir Andréyevich —saludó Sasha—. Vasia.

Vasia se sorprendió de ver que su hermano desmontaba al tiempo que ella se bajaba de la yegua tártara. Se abrazaron.

—Sasha, ¿cómo…?

Él llevaba la espalda vendada y la mano también. Estaba rígido, pero se movía sin perder el conocimiento del dolor.

Miró a Polunochnitsa.

—Cabalgamos hacia la oscuridad —contó con el ceño fruncido,

como si le costase recordar—. Yo estaba casi inconsciente. Se oía agua en las rocas. Una casa que olía a miel y ajo. Había una anciana que me vendó la espalda. Dijo…, dijo que prefería hijas, pero que yo le valía, que si me quería quedar. No sé lo que respondí. He dormido. No sé durante cuánto tiempo. Y siempre que despertaba, seguía siendo medianoche. Entonces vino Polunochnitsa y dijo que ya había dormido suficiente, y me ha traído. Casi… es como si la anciana nos llamase entristecida, aunque tal vez lo haya soñado.

Vasia miró a Polunochnitsa y enarcó una ceja.

—¿Lo has llevado al lago? ¿Cuánto tiempo ha estado allí?

—El suficiente —contestó impenitente Medianoche.

—¿Y no pensaste que podría volverse loco? —preguntó Vasia cortante.

—No, ha dormido la mayor parte del tiempo. Y se parece mucho a ti. —Lo miró como si le debiera algo—. Además, no podía estarse derecho y apestaba a sangre, y eso me molestaba. Lo más fácil era dejar que la bruja lo curase. Debes saber que se arrepiente de lo de Tamara, aunque esté muy enfadada.

—En ese caso, ha sido un acto de bondad, amiga mía —le dijo Vasia al demonio de la Medianoche.

Polunochnitsa se mostró recelosa y agradecida al mismo tiempo.

—Has conocido a nuestra bisabuela —añadió Vasia al dirigirse a su hermano—. Es una loca que vive en la Medianoche. Es cruel y está sola, pero a veces es amable.

—¿La anciana? —preguntó Sasha—. No. No puede ser. Nuestra bisabuela debe de estar muerta.

—Lo está. Pero en la Medianoche eso no importa.

Sasha se quedó pensativo.

—Me gustaría volver. Cuando esto acabe. Tanto si es cruel como si no, parecía saber muchísimas cosas.

—Quizá podamos ir juntos —sugirió Vasia.

—Quizá —dijo Sasha.

Se sonrieron como un par de niños planeando aventuras, en vez de ser una bruja y un monje a punto de luchar en una batalla.

Vladímir Andréyevich les lanzaba a ambos miradas funestas.

—Hermano Aleksandr —los interrumpió tenso, y se santiguó—. Qué ocasión tan extraña.

—Que Dios esté con vos —respondió Sasha.

—Por el amor de Dios, ¿qué…? —empezó a decir el príncipe de Sérpujov.

Pero Vasia se apresuró a interrumpirlo:

—Sasha os lo explicará mientras yo me ocupo de un último asunto.

Con suerte, tendremos compañía en el camino hacia el norte.

—Será mejor que te des prisa —dijo el Oso. Miraba el campamento tártaro con expresión crítica, puesto que habían empezado a encender las hogueras. *Pozhar* agitó las orejas ante el ruido lejano de los gritos furiosos—. Parece que alguien haya alborotado una colmena de abejas.

—Tú vienes conmigo —le respondió ella—. No me fío de dejarte aquí.

—Con razón —comentó el Oso. Miró el cielo y suspiró con placer.

Cuando Oleg de Riazán regresó por fin a su tienda, tenía el aspecto de un hombre que había vivido la eternidad en una noche. Apartó el fieltro de la puerta, entró y, por un momento, guardó silencio. Vasia sopló suave y la lámpara de arcilla cobró vida.

Oleg no parecía nada sorprendido.

—Si te encuentra el general, te matará lentamente.

Ella se acercó a la luz de la lámpara.

—No me encontrará. He vuelto a por vos.

—¿Sí?

—Habéis visto el pájaro de fuego en el cielo —dijo—. Habéis visto llamas en mitad de la noche y caballos corriendo despavoridos. Habéis visto al Oso entre las sombras. Habéis visto lo fuertes que somos. Vuestros hombres ya hablan entre susurros sobre el extraño poder del gran príncipe de Moscú, que llega incluso hasta el campamento tártaro.

—¿El extraño poder? Puede que Dmitri Ivánovich no se preocupe por la inmortalidad de su alma, pero ¿tengo que condenar yo la mía por aliarme con demonios?

—Sois un hombre práctico —respondió Vasia afable, y se acercó un poco más. Él se aferró las manos—. No habéis escogido bando por una cuestión de lealtad, sino para sobrevivir. Ahora veis que lo contrario quizá sea posible. Que podemos ganar. Bajo el poder del kan, jamás seréis nada más que un vasallo, Oleg Ivánovich. Si ganamos, seréis un príncipe por derecho propio.

Le costaba conseguir que no le flaquease la voz. Había empezado a temblar por llevar demasiado tiempo en la Medianoche. La presencia del Oso lo empeoraba. El chert era un nudo de oscuridad intensa que escuchaba desde las sombras.

—Bruja, ya tienes a tu hermano y a tu primo —dijo Oleg—. ¿No te basta con eso?

—No —contestó Vasia—. Llama a tus boyardos y ven con nosotros.

Oleg miraba en todas direcciones, no como si viese al Oso, sino como si percibiera su presencia. La lámpara de arcilla titiló y se

apagó; la oscuridad que la rodeaba aumentó.

Vasia le clavó una mirada a Medved y esa oscuridad retrocedió un poco.

—Venid con nosotros y conseguid una victoria —ofreció Vasia.

—Una victoria, tal vez —murmuró el Oso a su espalda—. ¿Quién sabe?

Oleg reculaba hacia la lámpara sin saber de qué tenía miedo.

—Mañana —dijo Vasia—. Haced que vuestros hombres vuelvan a rezagarse de la columna. Estaremos esperando.

Al cabo de un largo silencio, Oleg resolvió con firmeza:

—Mis hombres se quedan con Mamái.

Ella oyó el eco de su fracaso en las palabras de Oleg mientras el Oso suspiraba satisfecho, habiendo entendido.

—Si voy a traicionar al general, es mejor esperar al momento adecuado —terminó Oleg, y entonces Vasia comprendió, igual que el Oso.

Se miraron a los ojos.

—Me encantan los traidores astutos —comentó el Oso.

—Mis boyardos quieren luchar en el bando ruso. Creía que mi tarea era constreñir su necedad. Pero…

Vasia asintió a las palabras de Oleg. ¿Lo había convencido de arriesgar su estatus y su vida sin nada más que trucos de magia y cherti y su fe obstinada? Lo miró a la cara y sintió el peso de la fe del príncipe.

—Dmitri Ivánovich estará en Kolomna dentro de dos semanas —dijo —. ¿Acudiréis allí a presentar vuestros planes?

—Enviaré a un hombre —contestó él—, pero no puedo ir en persona. Mamái sospecharía.

—Sí podéis. Yo os llevaré y os devolveré en el transcurso de una sola noche.

Oleg la miró. Un matiz de humor socarrón le apareció en la cara.

—¿En un mortero? De acuerdo, bruja. Pero debes saber que, incluso si aunamos fuerzas, Dmitri y yo somos dos escarabajos conspirando para romper una roca.

—¿Dónde está vuestra fe? —le preguntó Vasia, y le sonrió—. Buscadme a medianoche, dentro de dos semanas.

TREINTA Y UNO
TODAS LAS RUSIAS

os hombres de la Rus se reunieron en Kolomna a lo largo de cuatro días fríos y grises. Uno a uno llegaron los príncipes: Rostov y Starodub, Pólotsk, Múrom, Tver, Moscú y los demás, mientras la lluvia fría susurraba en los campos embarrados.

Dmitri Iványovich hizo plantar la tienda en el centro de la hueste que crecía día a día y, la primera noche que estuvieron todos, convocó a los príncipes para pedirles consejo.

Estaban serios, fatigados por la leva y la marcha apresurada. Hacía tiempo que la luna se había puesto cuando el último entró en la tienda redonda de fieltro de Dmitri, y todos se miraban con recelo.

No faltaba mucho para la medianoche. Fuera estaban los caballos de los rusos, las carretas y las hogueras, que se extendían en todas las direcciones.

El príncipe había ido recibiendo noticias a lo largo de todo el día.

—Los tártaros se reúnen aquí —dijo. Tenía un mapa y señaló un terreno pantanoso en uno de los meandros del río Don, junto a la desembocadura de un afluente más pequeño. Lo llamaban el Campo de los Chorlos, por los pájaros que había entre la hierba alta —. Esperan refuerzos; ejércitos de Litva, mercenarios de Caffa. Debemos atacar antes de que lleguen. Si todo va bien, son tres días de marcha y una batalla al amanecer del cuarto día.

—¿En cuántos hombres nos aventajan? —preguntó Mijaíl de Tver.

Dmitri no respondió.

—Formaremos dos columnas —continuó—. Aquí. —Señaló de nuevo en el mapa—. Lanzas, escudos, para cercar a los caballos.

Usaremos el bosque para proteger los flancos. No les gusta atacar en terrenos arbolados, yerran el tiro con las flechas.

—¿Cuántos, Dmitri Ivánovich? —insistió Mijaíl.

Durante la mayor parte de su historia, Tver había sido un principado más grande que el de Moscú y, durante el resto, habían sido rivales; esa alianza no les resultaba fácil.

Dmitri no podía esquivar la respuesta:

—Tienen el doble de efectivos que nosotros, puede que un poco más. Pero…

Los hombres murmuraron entre ellos. Mijaíl de Tver habló de nuevo:

—¿Te han llegado noticias de Oleg de Riazán?

—Marcha con Mamái.

El murmullo se intensificó.

—No importa —continuó Dmitri—. Tenemos suficientes hombres. Contamos con la bendición del santo Sergius.

—¿Suficientes hombres? —le espetó Mijaíl de Tver—. Puede que la bendición nos valga para que nuestras almas se salven cuando acabe la matanza en el campo de batalla, ¡pero no para ganar esta lucha!

Dmitri se puso en pie. Su voz silenció momentáneamente los murmullos de los hombres.

—¿Dudas del poder de Dios, Mijaíl Andréyevich?

—¿Cómo sabremos si Dios está de nuestra parte? Quién sabe, a lo mejor Dios quiere que seamos humildes, buenos cristianos, y que nos sometamos a los tártaros.

—Tal vez sí —dijo una voz calmada desde la entrada de la tienda —. Pero, de ser así, ¿os habría enviado a los príncipes de Sérpujov y de Riazán?

Los hombres se volvieron hacia allá; unos cuantos empuñaron la espada. Al gran príncipe se le iluminó la mirada.

Vladímir Andréyevich entró en la tienda. Detrás iba Oleg de Riazán. Y tras ellos, el hermano Aleksandr, que añadió:

—Dios está con nosotros, príncipes de la Rus, pero no hay tiempo que perder.

El gran príncipe de Moscú no pudo escuchar toda la historia hasta muy tarde, una vez que hubieron hecho los correspondientes planes. Sasha y él salieron del campamento a caballo sin que nadie reparase en ellos, más allá de la luz y del humo y del ruido, hasta que llegaron a una hondonada oculta donde ardía una pequeña hoguera.

Mientras cabalgaban, Sasha sintió cierta inquietud al ver que la luna todavía no se había puesto.

Vasia había acampado en solitario y los esperaba. Aún tenía los pies descalzos y la cara sucia, pero se levantó con dignidad e hizo una reverencia ante el gran príncipe.

—Dios sea con vos —dijo.

A su espalda, donde estaba aún más oscuro, resplandecía *Pozhar*.

—Por Dios —musitó Dmitri, y se santiguó—. ¿Es un caballo?

Sasha tuvo que tragarse la risa cuando su hermana estiró el brazo hacia la yegua para acariciarla y esta echó las orejas atrás e intentó morderle la mano.

—Una bestia de leyenda —replicó Vasia, y sonrió.

La yegua resopló con desdén y se fue a pastar.

—Hace dos semanas —Dmitri intentaba verle la cara a la luz de la luna—, te marchaste a medianoche a salvar a tu primo. Y has vuelto con un ejército.

—¿Me lo estás agradeciendo? —le preguntó ella—. Lo conseguí en parte por accidente y, más que nada, a base de equivocaciones.

Vasia podía quitarle hierro al asunto, pensó Sasha, pero habían sido dos semanas muy amargas. Habían cabalgado a toda prisa hacia Sérpujov a través de la Medianoche, un viaje que había reducido a Vladímir a plegarias y susurros. Después había tenido lugar la leva frenética de sus hombres y la larga marcha bajo la lluvia para llegar a tiempo a Kolomna, ya que Vasia había dicho que no podía llevar a tantos hombres a través de la Medianoche.

—Te sorprendería cuántas victorias se consiguen de ese modo —repuso Dmitri.

Ante su escrutinio, Vasia mantenía la calma. Dmitri y ella parecían entenderse.

—Tu porte es distinto —dijo el gran príncipe, y, medio en broma, le preguntó—: ¿Has conseguido tu propio reino durante el viaje?

—Puede ser —dijo ella—. Al menos la responsabilidad de uno. De un pueblo tan viejo como estas tierras y de un país extraño y muy lejano. Pero ¿cómo lo has sabido?

—Un príncipe sabio sabe reconocer el poder.

Ella no dijo nada.

—Has traído ejércitos al lugar de encuentro —continuó Dmitri—. Si es cierto que gobiernas un reino, ¿participará tu pueblo en la lucha, kniazhná?

Ese apelativo, princesa, le resultó extraño a Sasha.

—¿Te puede la avaricia y quieres más hombres, Dmitri Ivánovich? —le preguntó Vasia.

Había recuperado un poco el color.

—Sí —respondió él—. Para ganar, necesito todas las bestias, todos los hombres y todas las criaturas.

Sasha no había advertido el parecido entre Dmitri Iványovich y su hermana. Sin embargo, lo vio en ese momento. Pasión, inteligencia, ambición incansable.

—He saldado la deuda con Moscú. ¿Me pides que reúna a mi gente y la lleve a tu guerra? Tus sacerdotes los llamarán demonios.

—Sí, te lo pido —dijo el príncipe al cabo de una brevísima pausa —. ¿Qué quieres a cambio?

Ella se quedó callada. Dmitri esperó. Sasha observaba la luz que reflejaba la hierba donde pastaba la yegua dorada y se preguntó qué significaba la expresión de su hermana.

—Quiero una promesa —dijo Vasia despacio—. Pero no solo tuya. También del padre Sergui.

Perplejo, aunque no reacio, Dmitri contestó:

—En ese caso, hablaremos con él por la mañana.

Vasia negó con la cabeza.

—Lo siento. Lo haría por su edad, pero tiene que ser aquí. Y enseguida.

—¿Por qué aquí? —preguntó Dmitri con brusquedad—. ¿Y por qué ahora?

—Porque es medianoche —contestó Vasia—, no hay tiempo que perder y yo no soy la única que debe oír lo que él diga.

Sasha se marchó al galope con *Tuman*, su yegua gris, y poco después regresó al claro con el padre Sergui. La luna se veía extraña en el cielo, inmóvil. Vasia, mientras esperaba a su hermano, se preguntó si él sabía que los había atrapado a los cuatro en la Medianoche hasta que decidiera seguir su camino o acostarse. Sin embargo, esa noche aún no podía dormir. Mientras esperaban al sacerdote, Dmitri y ella se pasaban el odre y hablaban en voz baja alrededor de la pequeña hoguera moribunda.

—¿De dónde sacas tan buenos caballos? —le preguntó Dmitri—. Primero el alazán y ahora este.

Miraba a *Pozhar* con codicia. La yegua dorada echó las orejas hacia atrás y se alejó.

—Te entiende, gosudar —respondió Vasia secamente—. No la he sacado de ninguna parte: ella eligió llevarme. Si quisieras ganarte la lealtad de un caballo como este, tendrías que atravesar tres veces nueve reinos en la oscuridad. Te sugiero que te preocupes primero de las tribulaciones de tu país.

Dmitri no se mostró disuadido. Tenía la boca abierta, con más

preguntas preparadas, pero Vasia se levantó deprisa cuando llegaron los monjes y se santiguó.

—Bendito seáis, padre.

—Que el Señor te bendiga —contestó el anciano monje.

Vasia respiró hondo y les dijo lo que quería.

Después, Sergui guardó silencio un buen rato, y Sasha y el príncipe lo contemplaron con el ceño fruncido.

—Son malvados —dijo Sergui al final—. Son las fuerzas impuras de la tierra.

—Los hombres también son malvados —respondió Vasia rotunda —. Y buenos y todo lo que separa esas dos cosas. Los cherti son, igual que los hombres son, sin más; como también la tierra es. Los cherti a veces son sabios; otras, necios; unos son buenos y otros, crueles. Dios reina en el mundo del más allá, pero ¿qué hay de este? Los hombres buscan la salvación en el cielo y también hacen ofrendas a los espíritus de la tierra para proteger sus hogares del mal. ¿Acaso no ha hecho Dios a los cherti del mismo modo que ha hecho todo lo que hay en el cielo y en la tierra? —Abrió las manos—. Este es el precio de mi ayuda: juradme que no condenaréis a las brujas a la hoguera. Juradme que no condenaréis a aquellos que dejen ofrendas en la puerta del horno. Permitid que nuestra gente conserve la fe en ambas cosas. —Miró a Dmitri—. Mientras tú o tus descendientes mantengáis el trono de Moscovia, y vuestros monjes —dijo mirando a Sergui— funden monasterios, construyan iglesias y cuelguen campanas, ordenadles también permitir a la gente conservar ambas fes. A cambio de vuestras promesas, me adentraré en la noche y traeré ayuda del resto de la Rus.

Durante un rato, nadie dijo nada.

Vasia esperó de pie, en silencio, erguida y seria. Sergui tenía la cabeza gacha y movía los labios durante una plegaria silenciosa.

—¿Y si no aceptamos? —preguntó Dmitri.

—Entonces me iré esta misma noche —respondió Vasia—. Pasaré los días tratando de proteger todo lo que pueda durante todo el tiempo que pueda. Vosotros dos haréis lo mismo, pero todos seremos mucho más débiles.

—Si accedemos y ganamos la batalla, ¿qué ocurrirá? —quiso saber Dmitri—. Si vuelvo a necesitarte, ¿acudirás?

—Si hacéis lo que os pido ahora —dijo Vasia—, mientras dure tu reinado, si me llamas, acudiré.

Una vez más, se midieron el uno al otro.

—Accedo —respondió Dmitri— si el padre Sergui también accede. Un país fuerte no puede permitirse dividir las fuerzas. Ni siquiera cuando parte de ellas no son hombres.

Sergui irguió la cabeza.

—Yo también accedo —afirmó—. Los caminos de Dios son inescrutables.

—Soy testigo de ello.

Vasia abrió la mano. En la base del pulgar tenía una línea fina de sangre, negra a la luz tenue de la luna. Dejó que unas gotas se derramasen sobre la tierra, y aparecieron dos figuras. Una era un hombre tuerto. La otra era una mujer con la piel del color de la noche.

Dmitri retrocedió de golpe; Sasha, que los había visto desde el principio, se quedó quieto en el sitio. Sergui entornó los ojos y musitó otra plegaria.

—Todos hemos sido testigos de vuestra promesa —dijo Vasia—. Y esperamos que la cumpláis.

Dmitri y Sergui, visiblemente afectados, se despidieron y regresaron a caballo a sus lechos de Kolomna. Polunochnitsa dijo:

—He sido testigo de las promesas de esos hombres. ¿Debo quedarme? Yo no soy Medved; no siento un amor infinito por el comportamiento extraño de los hombres.

—No —respondió Vasia—. Vete si quieres. Pero si te llamo de nuevo, ¿vendrás?

—Lo haré —asintió Medianoche—. Aunque solo sea para ver el final. Tú cuentas con su promesa, pero debes mantener la tuya y luchar.

Hizo una reverencia y desapareció en la oscuridad.

—¿Adónde vas?

Ella no levantó la vista; le echaba hojas mojadas al fuego. La hoguera se apagó con un siseo y el claro se empapó de la luz gris de las estrellas.

—Voy a buscar a Oleg para llevarlo con sus hombres —dijo Vasia, y se enderezó—. Ocúpate de que nadie sepa que ha estado aquí; estoy segura de que en el campamento de Dmitri hay al menos un puñado de espías. Aunque, de todos modos —dijo, y sonrió—, ¿quién iba a creerles? Hoy ha estado con Mamái y mañana lo estará de nuevo.

Fue adonde la yegua dorada.

Paciente, Sasha la siguió.

—Después de eso, entonces. ¿Qué piensas hacer?

Vasia había posado una mano en el cuello de la yegua. Miró por encima del hombro y contraatacó con otra pregunta.

—¿Dónde piensa Dmitri enfrentarse a los tártaros?

—Van a conducir a los ejércitos a un lugar llamado el Campo de los Chorlos —dijo Sasha—. En Kulikovo. Está a unas jornadas de distancia. Dmitri debe atacar antes de que les lleguen los refuerzos.

Tres días, según dice.

—Si te quedas con el ejército —dijo Vasia—, no me costará encontrarlo. Volveré dentro de tres días.

—Pero ¿adónde vas? —insistió su hermano.

—A hostigar al enemigo.

Lo dijo sin mirarlo. Tenía la vista fija detrás de él, en la oscuridad, y fruncía el ceño. *Pozhar* movía las orejas atrás y adelante, pero no intentó morder ni una sola vez.

Sasha la cogió del brazo y le hizo volverse. La yegua relinchó irritada y soltó un resoplido. Vasia, de tan agotada, no era más que un cascarón vacío, aunque tenía un resplandor sobrenatural en la mirada.

—Vasia. —Lo dijo con frialdad, como antídoto a la risa temeraria que acechaba en los ojos de su hermana—. ¿Qué crees que será de ti si vives a oscuras con demonios y haciendo magia negra?

—¿De mí? —le soltó—. Me estoy convirtiendo en quien soy, hermano. Soy una bruja y voy a salvarnos. ¿No has oído a Dmitri?

Sasha echó un vistazo rápido detrás de la yegua dorada; desde allí vigilaba el hombre tuerto, apenas visible con la luz de las estrellas en la oscuridad de la medianoche. Le apretó el brazo con más fuerza.

—Eres mi hermana —dijo Sasha—. Eres la tía de María. Tu padre era Piotr Vladímirovich, de Lesnaya Zemliá. Si pasas demasiado tiempo sola en la oscuridad, olvidarás que eres más que la bruja del bosque, te olvidarás de volver a la luz del día. Vasia, eres más que esta criatura nocturna, esta…

—¿Esta qué, hermano?

—Esta cosa —continuó él implacable, y señaló con la barbilla al demonio que los observaba—. Quiere que te olvides de ti misma. Si te volvieses loca, se alegraría; si te dejases llevar por tu lado salvaje y te perdieras para siempre en el bosque oscuro como nuestra bisabuela. ¿Sabes cuánto arriesgas viajando sola con esa criatura?

—No lo sabe —intervino el Oso, que escuchaba.

Vasia no le hizo caso.

—Estoy aprendiendo —contestó—. Pero incluso si no fuese así, ¿me queda otra alternativa?

—Sí —dijo Sasha—. Vuelve conmigo a Kolomna y yo cuidaré de ti.

—Hermano, no puedo. ¿No has oído la promesa que le he hecho a Dmitri?

—Maldito sea Dmitri; él solo piensa en su corona.

—Sasha, no temas por mí.

—Sí temo —respondió él—. Por tu vida y por tu alma.

—Ambas están en mis manos, no en las tuyas —dijo con suavidad. Sin embargo, su expresión había perdido parte de su lado salvaje.

Respiró hondo—. No olvidaré lo que me has dicho. Soy tu hermana y te quiero. Incluso mientras estoy vagando por la oscuridad.

—Vasia —dijo él con tanta reticencia que le pesaba—, es mejor el rey del invierno que la bestia.

—Ambos tenéis un concepto exagerado sobre las buenas cualidades de mi hermano —replicó el Oso.

Al mismo tiempo, Vasia le espetó:

—¡El rey del invierno no está aquí! —Cuando se calmó un poco, continuó—: No es invierno. Así que debo valerme de las herramientas que tengo.

La yegua agitó las crines y dio un pisotón; era evidente que estaba ansiosa por partir.

—Ya nos vamos —le dijo Vasia como si el animal hubiera hablado. Tenía la voz algo ronca. Se apartó del monje—. Que vaya bien, Sasha. —Saltó a lomos de la yegua y miró el rostro atribulado de su hermano —. No olvidaré lo que me has dicho.

—Dentro de tres días —dijo Vasia.

La yegua dio un salto adelante, levantó las patas delanteras y ambas se perdieron en la oscuridad de la noche. El demonio miró a Sasha, le guiñó el ojo y las siguió.

Vasia dejó a Oleg donde lo había encontrado: al borde de la estepa fragosa en la que habían acampado sus hombres, a un día de marcha de Kulikovo. *Pozhar* le dio una coz al gran príncipe de Riazán justo cuando él se deslizaba por su flanco dorado y declaró de manera muy definitiva:

—Es la última vez que llevo a uno de su especie. Pesa mucho.

Al mismo tiempo, Oleg dijo:

—Te dejo a ti lo de cabalgar a lomos de caballos legendarios, joven bruja. Es como viajar sobre una tormenta.

Vasia no pudo evitar reírse.

—Si yo fuera vos, retrasaría la marcha para unirme a Mamái. Van a tener unos días malos. Nos vemos en la batalla.

—Si Dios quiere —contestó Oleg Ivánovich, e hizo una reverencia.

Vasia inclinó la cabeza, dio la vuelta con *Pozhar*, y entraron en el camino que atraviesa la Medianoche.

«Dios, qué harta estoy de la oscuridad», pensó Vasia. Con el paso firme de *Pozhar*, la noche y el paisaje cambiante se le hacían menos pesados, pero el balanceo de la yegua al galopar, los huesos prominentes de la cruz y las zancadas rápidas no le proporcionaban ningún consuelo. Se frotó la cara e intentó centrarse. La advertencia que le había hecho su hermano le había afectado. Tenía razón. Todas las piedras angulares de su vida habían desaparecido: su hogar y su familia, y a veces hasta

le parecía que se había perdido a sí misma en la hoguera. Ni siquiera tenía a Morozko, que no regresaría hasta la primera nevada. Y ahora su compañero en la oscuridad era una criatura cuya naturaleza encarnaba la locura. Sin embargo, a veces hablaba como una persona corriente, incluso sensible, y, siempre que eso pasaba, Vasia tenía que recordarse que no debía bajar la guardia.

En ese momento, el Oso le seguía el paso a la yegua, con su forma de bestia.

—Los hombres no cumplirán su palabra —advirtió.

—No recuerdo haberte pedido tu opinión —le soltó ella.

—Lo mejor es que los cherti luchemos contra ellos, antes de que nos destruyan. —Aunque hablaba bajo, en su voz Vasia oía el eco de los gritos de los hombres—. O mejor aún: dejemos que los rusos y los tártaros se destruyan entre sí.

—Dmitri y Sergui cumplirán su palabra —repuso ella.

—¿Te has parado a pensar en el precio que vas a pagar por entrometerte en su guerra? —le preguntó él—. ¿Por la promesa de Dmitri y su admiración? Te he visto los ojos cuando te ha llamado princesa.

—¿Crees que el precio no merece el riesgo?

—Eso depende —contestó el Oso mientras atravesaban veloces la Medianoche—. No estoy seguro de que sepas a qué te arriesgas.

No respondió. Se fiaba tan poco del Oso cuando hablaba con sensatez como cuando era malvado.

A la luz de la luna, el lago estaba oscuro, negro y ondeante con centellas blancas en las crestas de las olas. Esa vez no había tenido que hacer un viaje largo y aterrador a pie; había encontrado el lago enseguida, como si su sangre lo recordase.

Pozhar, el Oso y Vasia salieron del bosque y se encontraron junto a la gran extensión de agua iluminada por la luna. Ella se quedó sin respiración y se deslizó por el flanco de la yegua hasta el suelo.

Los caballos pastaban en el mismo lugar donde los había visto la última vez, cerca de la orilla. Esa vez no huyeron, sino que alzaron las perfectas cabezas y la miraron con aire fantasmagórico, envueltos por la niebla fría de una noche de inicios de otoño. *Pozhar* estiró las orejas y llamó a sus congéneres.

La casa vacía de la bruja era una silueta negra sobre los postes altos, al otro lado del campo. Seguía en ruinas, y la domóvaia quizá se hubiera vuelto a dormir mientras la esperaba en el horno. Vasia se permitió, por un instante, imaginar la casa al calor de un fuego, llena de risas y de su familia mientras los caballos, una gran manada, pastaban fuera a la luz de las estrellas.

Algún día.

Pero esa noche no estaba allí por la casa ni por los caballos.

—¡Ded Grib! —llamó a voces.

El pequeño chert, que en la oscuridad tenía un resplandor verdoso, la esperaba en la sombra del gran roble. Soltó un gritito y corrió hacia ella, pero se detuvo a medio camino. O intentaba parecer muy digno o el Oso le ponía nervioso; Vasia no sabía cuál de las dos era.

—Gracias, amigo —le dijo, y le hizo una reverencia—. Por pedirle a *Pozhar* que acudiese a ayudarme. Entre los dos, me salvasteis la vida.

Ded Grib se mostró orgulloso.

—Creo que le caigo bien —le confesó—. Por eso fue. Le caigo bien porque los dos brillamos en la oscuridad. —*Pozhar* resopló y agitó la crin. Ded Grib añadió—: ¿Por qué has vuelto? ¿Vas a quedarte? ¿Por qué vienes con el que come? —De pronto, el diminuto espíritu se puso fiero—. Que no les dé patadas a mis setas.

—Eso depende —dijo el Oso con tono significativo—. Si mi valiente señora no me da nada mejor que hacer que correr de aquí para allí en la oscuridad, estaré encantado de pisotear todas tus setas.

Ded Grib se ofendió.

—No tocará nada tuyo —le prometió Vasia a Ded Grib, y le clavó una mirada seria al Oso—. Ahora viaja conmigo. Hemos venido a buscarte porque necesito que me ayudes.

—¡Sabía que no podías pasar sin mí! —gritó triunfal Ded Grib—. Aunque ahora tengas aliados más grandes. —Miró al Oso con muy mala cara.

—La guerra va a ser terrible —intervino el Oso—. ¿Qué daño esperas hacer con una seta?

—Ya lo verás —respondió Vasia, y le tendió la mano al pequeño espíritu.

El ejército de Mamái estaba apostado a lo largo del río Don. La vanguardia ya se había instalado en Kulikovo y la reserva había acampado por fases a lo largo de una gran distancia, hacia el sur, lista para marchar a primera hora. A través de la Medianoche, Vasia, la yegua y los dos cherti subieron una colina y avistaron las huestes entre los árboles.

Al ver la magnitud del ejercito durmiente, a Ded Grib se le pusieron los ojos como platos. Se echó a temblar y su resplandor verde titiló. Había hogueras en la orilla hasta donde alcanzaba la vista.

—Cuántos son… —susurró.

Vasia, que estudiaba la enorme extensión de hombres y caballos, dijo:

—Será mejor que nos pongamos a ello. Pero primero…

Pozhar se negaba a llevar silla o alforjas y Vasia había tenido que cargar con una bolsa cruzada que le molestaba al cabalgar deprisa. De dentro sacó pan y tiras de carne ahumada y dura: el regalo de despedida de Dmitri. Mascó un pedazo y, sin pensárselo, les lanzó un poco a sus dos aliados.

Silencio total; cuando levantó la mirada, vio que Ded Grib sostenía el pedazo de pan con cara de alegría. En cambio, el Oso la observaba con la carne en la mano, pero no comía.

—¿Una ofrenda? —masculló al borde de un gruñido—. Ya estoy a tu servicio, ¿quieres algo más de mí?

—Ahora mismo no —respondió Vasia con frialdad—. Es comida, nada más. —Lo miró con mala cara y siguió comiendo.

—¿Por qué? —preguntó él.

Ella no sabía la respuesta. Odiaba su malicia caprichosa, su crueldad, su risa; y las odiaba todavía más porque parte de su naturaleza respondía a esa llamada. Quizá el motivo fuera ese. No podía odiarlo, puesto que hacerlo sería arriesgarse a odiarse a sí misma.

—Todavía no me has traicionado —respondió al final.

—Lo que tú digas —contestó el Oso.

Sin embargo, aún parecía desconcertado. Sin quitarle ojo, comió. Después se sacudió y esbozó una sonrisa escalofriante mientras observaba el campamento durmiente y se lamía los dedos. Vasia se levantó a regañadientes y se acercó a él.

—No sé qué hará el moho, setita —le dijo el Oso a Ded Grib—. Pero el miedo se extiende de hombre en hombre como una enfermedad. Y siendo tantos será aún peor. Vamos, manos a la obra.

Ded Grib miró al Oso con miedo. Se había guardado el trozo de pan.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó a Vasia.

Ella se sacudió las migas de la camisa. Con lo poco que había comido había recuperado las fuerzas, pero tenía por delante el trabajo de toda una noche aterradora.

—Si puedes, echa a perder el pan —dijo, y apartó la mirada de la sonrisa amplia del Oso—. Quiero que pasen hambre.

Bajaron hacia el campamento durmiente, los tres juntos. Vasia se había envuelto unos trapos en los brazos para ocultar el brillo tenue del oro. Con su daga y con las garras del Oso abrían las cajas y los sacos de la comida del ejército, y allí donde Ded Grib hundía las manos, la harina y la carne se reblandecían y empezaba a heder.

Cuando vio que Ded Grib había captado la idea, dejó que el Oso y él se movieran sin ser vistos entre las tiendas de Mamái extendiendo

una estela de terror y podredumbre. Por su parte, fue al río a llamar al vodianói del Don.

—Los cherti han forjado una alianza con el gran príncipe de Moscú —le contó en voz baja.

Cuando le hubo relatado toda la historia, lo convenció de subir el nivel del río para que los tártaros no durmiesen secos.

Tres noches más tarde, el extenso campamento del ejército tártaro era un desbarajuste, y Vasia se odiaba igualmente.

—No puedes matarlos mientras duermen —le advirtió al Oso cuando, sonriente, olisqueaba a un hombre que se revolcaba presa de una pesadilla—. Aunque no nos vean, no es…

Dejó la frase sin terminar, ya que no tenía palabras para expresar la repulsión que sentía. Al encoger los hombros y retroceder, Medved la sorprendió con sus palabras:

—Por supuesto que no, no es así como se hace. Se puede luchar con un asesino que aparece en la oscuridad; puedes encontrarlo y matarlo. Pero el miedo es aún más potente y la gente tiene miedo de lo que no ve y no comprende. Deja que te lo enseñe.

Que Dios la amparase, porque se lo había enseñado. Como si ella fuese aprendiz de las malas artes, había atravesado el campamento tártaro junto al Oso y entre los dos habían sembrado el pánico a su paso. Ella les prendía fuego a las carretas y las tiendas, hacía que los hombres chillasen al entrever las sombras. Aterrorizaba a los caballos, aunque le dolía verlos correr con los ojos desorbitados.

La chica y los dos cherti fueron de un extremo del ejército al otro. No permitieron que Mamái y sus soldados descansaran. Los caballos rompían las cuerdas a las que estaban amarrados y huían. Cuando los tártaros encendían hogueras, las llamas se avivaban sin previo aviso y hacían saltar chispas a la cara de los incautos. Los soldados susurraban que los rondaba una bestia, monstruos que brillaban en la oscuridad, el fantasma de una joven con los ojos demasiado grandes para los rasgos afilados de su rostro.

—Los hombres se asustan solos —le comentó sonriente el Oso—. La imaginación es peor que cualquier cosa que vean. Basta con susurros en la oscuridad. Ven conmigo, Vasilisa Petrovna.

La tercera noche, el Oso se henchía de orgullo como una garrapata llena de sangre. Vasia estaba en las últimas y deseaba con todas sus fuerzas ver el alba.

—Ya es suficiente —les dijo a ambos después de haber vagado por el campo una vez más, con todos los sentidos alertas, medio asustada y medio compartiendo la dicha feroz del Oso por las fechorías cometidas—. Ya es suficiente. Voy a buscar un lugar donde dormir y

después iremos con mi hermano, a plena luz del día.

No soportaba más la oscuridad.

Ded Grib parecía aliviado; el Oso, simplemente saciado.

El aire era fresco, una niebla fría lo blanqueaba. Vasia encontró un hueco resguardado en la parte más densa del bosque, bien lejos del campamento de los soldados. A pesar de abrigarse con la capa y del lecho de hojas de pino, temblaba. Pero no se atrevía a encender una hoguera.

Al Oso el tiempo no le molestaba. Había sembrado el terror en el campamento tártaro como bestia, pero ahora que descansaba, tenía aspecto de hombre. Estaba tumbado felizmente sobre los helechos, mirando el cielo con las manos apoyadas detrás de la cabeza.

Ded Grib se había escondido debajo de una piedra y su resplandor verdoso era tenue. Echar a perder la comida de los tártaros le había dejado cansado y abatido.

—Se beben la leche de los caballos —había dicho—. Eso no lo puedo estropear. No pasarán demasiada hambre.

Vasia no tenía respuesta para Ded Grib; ella misma se sentía enferma. El pánico de los hombres y las bestias parecía resonarle en los huesos, pero aún no sabía si todo ese esfuerzo bastaría para cambiar las tornas de la futura batalla.

—Eres repugnante —le dijo al Oso al verle la dentadura a través de la sonrisa.

Él ni siquiera levantó la cabeza.

—¿Por qué? ¿Porque me divierto?

El oro que le brillaba en las muñecas le recordó a Vasia la alianza que habían acordado y le inquietó. No respondió.

Él se apoyó en el codo para volverse y mirarla con una sonrisa juguetona en los labios.

—¿O es porque tú te has divertido?

¿Debía negarlo? ¿Por qué? Solo serviría para otorgarle poder.

—Sí —contestó ella—. Me ha gustado asustarlos. Han invadido mi país, y Chelubéi ha torturado a mi hermano. Pero también estoy harta de mí misma y avergonzada y muy cansada.

El Oso parecía algo decepcionado.

—Deberías fustigarte un poco más —le dijo, y volvió a tumbarse bocarriba.

Ese camino conducía a la locura: esconderse de las peores partes de su naturaleza hasta que, sin ser vistas, se convirtiesen en tumores monstruosos que devorasen el resto de su persona. Vasia lo sabía y el Oso también.

—Es lo que hizo el padre Konstantín. Y mira cómo acabó él —

replicó ella.

El Oso no respondió.

Desde allí no veían el ejército tártaro, pero estaba a una distancia suficiente para que les llegase el olor. Incluso agotada e irritada por la humedad, Vasia sentía que la mera magnitud de sus huestes la oprimía. Le había prometido magia a Oleg, pero no sabía si había suficiente magia en el mundo para llevar a Dmitri a la victoria.

—¿Sabes qué vas a decirle a mi hermano cuando nieve? —le preguntó el Oso, que seguía contemplando el cielo.

—¿Cómo? —dijo ella, sorprendida.

—Su poder ahora va en aumento, igual que el mío mengua. Habrás obtenido mi servicio con amenazas y promesas, pero pronto —el Oso olisqueó el aire—, muy pronto, tendrás que enfrentarte al rey del invierno. ¿A él también piensas amenazarlo? —Esbozó una sonrisa muy lenta—. Me gustaría ver cómo lo intentas. Ay, cuánto se enfadará. Yo disfruto en este mundo: por su fealdad y su belleza, y me gusta interferir en los actos de los hombres. A Karachún no. — Le guiñó el ojo—. Él agotó todas sus fuerzas por ti, fue a Moscú, se enfrentó a mí en verano, todo en contra de su naturaleza. Y luego vas tú y me liberas. Se enfadará mucho.

—Lo que yo le diga no es asunto tuyo —respondió Vasia con frialdad.

—Y tanto que lo es. Pero puedo esperar. Me gustan las sorpresas.

No había oído ni un murmullo del rey del invierno desde que la había dejado en Moscú. ¿Sabía Morozko que había liberado a su hermano? ¿Entendería los motivos? ¿Los entendía ella?

—Me voy a dormir —le dijo al Oso—. No debes traicionarme, ni llamar la atención, ni usar a otro para llamar la atención, ni despertarme, ni tocarme ni…

El Oso se rio y levantó una mano.

—Ya basta, muchacha, ya me has agotado la imaginación. Vete a dormir.

Ella lo miró con los ojos entornados y después se dio media vuelta. El Oso, cuando era razonable y se reía, era mucho más peligroso que la bestia del claro.

La despertó un chillido poco antes del alba. Se levantó de un salto, con el corazón latiendo con fuerza. El Oso oteaba entre los árboles con ademán despreocupado.

—Me preguntaba cuándo iban a darse cuenta —dijo sin mirarla.

—¿De qué?

—De que hay un pueblo. Supongo que la mayoría de los habitantes habrán cogido lo que hayan podido y habrán huido, por lo cerca que

ha acampado el ejército. Pero hay alguien que no se ha marchado. Y tus tártaros están hartos de leche de yegua.

A Vasia se le hizo un nudo en el estómago y se acercó al sitio desde donde el Oso observaba.

Era una aldea diminuta, escondida detrás de una colina, al abrigo de árboles grandes. Seguramente no lo habrían descubierto de no ser porque los tártaros habían recorrido la zona en busca de comida con la que llenarse la panza. Ni siquiera ella lo había visto.

Se preguntó si el Oso lo sabía.

Sin embargo, ahora el pueblo ardía por un puñado de sitios.

Otro grito, esta vez más bajo y tenue.

—*Pozhar* —llamó.

La yegua se acercó y resopló descontenta; por una vez no objetó cuando Vasia le saltó al lomo.

—No seré yo —dijo el Oso— quien frene esos impulsos tan encantadores que tienes, pero dudo mucho que te guste lo que vas a ver. —Y añadió—: Además, podrían matarte.

—Si pongo a la gente en peligro, lo menos que puedo hacer es…

—Son los tártaros los que ponen a la gente en…

Pero Vasia ya se había ido.

Cuando llegó a la aldea, casi todas las casas estaban quemadas. Si antes había algún animal, no quedaba ninguno. Silencio, vacío. Le asaltó una esperanza reticente. Quizá todos los habitantes hubieran huido nada más ver a los tártaros; quizá el chillido no fuera más que un cerdo moribundo.

Y entonces oyó un gemido ahogado que no llegaba a un lloro.

Pozhar movió las orejas; al mismo tiempo, Vasia vio una silueta oscura y fina, acurrucada junto a una casa en llamas.

Vasia desmontó, agarró a la mujer y la apartó del fuego. Cuando la soltó, vio que se había manchado la mano de sangre. La mujer emitió un gemido suave de dolor, pero no habló. La luz de las casas en llamas la iluminaba sin piedad. Le habían rebanado el pescuezo, pero no lo bastante bien como para matarla al instante.

Además, estaba embarazada. Tal vez estuviera de parto y por eso no había huido con los demás. Si alguien se había quedado a ayudar, Vasia no lo veía. No había nadie más que ella, que tenía las manos arañadas de defenderse de los hombres y sangre, mucha sangre en la falda. Vasia le tocó el vientre y no notó ningún movimiento; allí también tenía una enorme herida abierta…

Daba bocanadas de aire y ya se le azulaban los labios. Buscó el rostro de Vasia con la mirada apagada. Vasia le cogió las manos ensangrentadas.

—¿Mi niña? —susurró la mujer.

—Pronto la verás —prometió Vasia, firme.

—¿Dónde está? —preguntó—. No la oigo llorar. Han venido unos hombres. ¡Ay! —Un grito ahogado—. ¿Le han hecho daño?

—No. Está a salvo, enseguida la verás. Ven, vamos a rezarle a Dios.

Otche nash, el padrenuestro, amable y conocido, reconfortante; la moribunda recitó lo que pudo antes de que sus ojos se quedaran vacíos e inmóviles. Vasia no sabía que se había echado a llorar hasta que le cayó una lágrima en las manos; aún sostenía las de la mujer. Levantó la cabeza y allí vio al dios de la muerte, junto a su caballo blanco.

Se miraron, pero él tenía el rostro vacío de expresión. Ella le cerró los ojos a la muerta, la tendió en la tierra y retrocedió. Él no dijo nada. El cadáver estaba en el suelo; aun así, era como si el dios de la muerte cogiera a la mujer en brazos con mucho cuidado y la subiera al caballo. Vasia se santiguó.

«Podemos compartir este mundo».

Él volvió a mirar a Vasia a los ojos. ¿Era eso una chispa de sentimiento? ¿Enfado? ¿Una pregunta? No. Era solo la indiferencia ancestral del dios de la muerte. Se subió a lomos de la yegua blanca y se marchó en silencio, tal como había llegado.

Vasia, bañada en la sangre de la mujer, ardía de la vergüenza por haber estado durmiendo, por creerse muy astuta mientras eran otros los que pagaban la ira de los tártaros.

—Bueno —dijo el Oso al acercarse—, has puesto fin a la indiferencia de mi hermano, de eso no cabe duda. Pobre necio, ¿está condenado a lamentarse cada vez que cabalgue con una joven muerta en la silla del caballo? —La idea parecía agradarle—. Te felicito —continuó—. Llevo años intentando que sienta algo, sobre todo rabia, pero es tan frío como su estación del año.

Vasia casi ni lo oía hablar.

—Será una maravilla ver qué ocurre cuando lleguen las nieves —añadió.

Ella giró la cabeza despacio.

—No hay ningún sacerdote —se lamentó en voz baja—. No he podido ayudar de ningún modo.

—Ni falta que hace —dijo el Oso con impaciencia—. Su gente saldrá pronto de su escondite y rezarán y llorarán y harán todo lo necesario. Además, está muerta: a ella le da igual.

—Si yo… Si no hubiera…

El Oso la miró con auténtico desdén.

—¿Si no hubieras hecho el qué? Haces lo que haces para todos los

rusos que has visto y los que no, no es solo por la vida de una campesina.

Ella apretó los labios.

—Podrías haberme despertado —dijo—. Podría haberla salvado.

—¿Eso crees? —repuso el Oso con calma—. Puede que sí. Pero me gustaban los gritos. Y me dijiste que no te despertase.

Vasia le dio la espalda y vomitó. Cuando hubo acabado, se levantó y cogió agua del riachuelo. Le lavó la sangre a la joven y compuso el cadáver. Después volvió al riachuelo y se frotó todo el cuerpo a la luz del fuego moribundo, sin hacer caso del fresco que hacía. Se restregó la piel con puñados de arena hasta que se echó a temblar de frío. Entonces se limpió la sangre de la ropa y se la puso mojada.

Cuando hubo terminado, dio media vuelta y vio que el Oso y Ded Grib la observaban. Ninguno de los dos pronunció palabra. Ded Grib tenía un aspecto solemne. Por una vez, el Oso la miraba sin mofa alguna; parecía desconcertado.

Vasia se sacudió el agua del pelo y se dirigió primero al espíritu de las setas:

—Amigo mío, ¿tienes intención de venir a la batalla?

Ded Grib negó despacio con la cabeza.

—No soy más que una seta —susurró—. No me gustan el miedo ni el fuego y me harto de estos hombres que luchan; las cosas que crecen no les importan.

—A mí sí me ha gustado —dijo Vasia, decidida a no ser benevolente consigo misma—. El miedo y el fuego de las últimas noches. Infundiendo miedo a los demás me he sentido libre y fuerte. Otros han pagado el precio de mi disfrute. Ded Grib, te veré en el lago, Dios mediante.

Ded Grib asintió y desapareció entre los árboles. El sol empezaba a despuntar. Vasia respiró hondo.

—Vayamos a buscar a Dmitri Ivánovich y acabemos con esto.

—Es la primera cosa sensata que dices desde que te has despertado —respondió el Oso.

TREINTA Y DOS
KULIKOVO

os rusos llegaron a Kulikovo a caballo al final del tercer día y allí acamparon. Hasta Dmitri guardaba silencio, excepto al dar las órdenes necesarias para instalar a los hombres de cara a la noche y desplegar las tropas al amanecer. Cómo no, había recibido información sobre las cifras. Pero eso no era lo mismo que verlo con sus propios ojos.

Mamái había acabado de agrupar su hueste principal. Estaban dispuestos en una hilera a lo ancho del campo, hasta donde alcanzaba la vista.

—Los hombres tienen miedo —les dijo Sasha a Dmitri y Vladímir. Cabalgaban hacia la desembocadura del Nepriavda, un afluente del río Don, para reconocer el terreno—. Las oraciones no les quitarán el miedo. Podemos insistir en que Dios está de nuestra parte, pero los soldados verán cuántos hay al otro lado del campo. Dmitri Ivánovich, son más del doble que nuestro ejército y hay más en camino.

—Yo también veo cuántos hay al otro lado del campo —intervino Vladímir—. Y no estoy contento.

Sus sirvientes y los de Dmitri cabalgaban algo más atrás y no oían la conversación, pero también miraban el ejército contrario y susurraban entre ellos con la cara pálida.

—Ya no hay nada que hacer —respondió el gran príncipe— aparte de rezar, alimentar bien a los hombres esta noche y llevarlos mañana

a la batalla, antes de que tengan ocasión de pensar demasiado.

—Hay otra cosa que podemos hacer —propuso Sasha.

Sus dos primos se volvieron a mirarlo.

—¿El qué? —preguntó Vladímir. Sospechaba de Sasha desde que se habían reencontrado, recelaba de sus aliados profanos y de la existencia de Vasia, la cuñada con poderes extraños.

—Retarlos a un combate singular.

Se hizo el silencio entre los tres. El combate singular era una suerte de adivinación. No detendría la batalla, pero el vencedor contaría con la preferencia de Dios y todos, en ambos ejércitos, lo sabrían.

—Daría aliento a nuestros hombres —dijo Sasha—. Lo cambiaría todo.

—Si ganase nuestro campeón —contestó Vladímir.

—Si ganase nuestro campeón —admitió Sasha, que no apartaba la vista de Dmitri.

Este no dijo nada. Miraba el barro, los charcos del campo de batalla y también más allá, hacia el lugar donde esperaban los tártaros; sus caballos, incontables hojas otoñales a la luz del sol de poniente. Detrás de ellos, el río Don transcurría como una barra de plata. Durante tres días, la lluvia había caído fría y en abundancia. El cielo se había oscurecido y parecía prometer nevadas antes de tiempo.

Despacio, Dmitri preguntó:

—¿Crees que accederían a algo así?

—Sí —respondió Sasha—, lo creo. No van a dejar que pensemos que los asusta mandarnos a su campeón.

—Si lo propongo y ellos acceden, ¿a quién nombro para luchar por nosotros? —inquirió el gran príncipe, aunque con el tono de alguien que ya conoce la respuesta.

—A mí —contestó Sasha.

—Tengo cien hombres que podrían hacerlo. ¿Por qué a ti?

—Soy el mejor combatiente —afirmó el monje. No era fanfarronería, sino un hecho—. Soy monje, le sirvo a Dios. Soy tu mejor baza.

—Te necesito a mi lado, Sasha, no…

—Primo —dijo feroz Sasha—, cuando me fui de casa siendo aún un niño, le rompí el corazón a mi padre. No he respetado los votos, puesto que no he sido capaz de quedarme tranquilo en el monasterio. En cambio, jamás he traicionado a la tierra que me vio nacer: le he sido fiel y la he defendido. La defenderé ahora, ante nuestra hueste.

—Tiene razón —convino Vladímir—. Podría ser lo que incline la balanza. Los hombres asustados ya están vencidos, lo sabes de sobra, igual que yo. Y Sasha pelea bien —añadió a regañadientes.

Dmitri todavía parecía reticente. Aun así, volvió a mirar el ejército enemigo, que a la luz moribunda del día ya casi no se veía.

—No te lo niego, eres el mejor de todos nosotros. Los hombres lo saben. —Hizo otra pausa—. De acuerdo. Mañana por la mañana —aceptó pesaroso—, si los tártaros quieren. Voy a mandar un mensajero. Pero no debes dejar que te maten, Sasha.

—Jamás. —Él sonrió—. Mis hermanas se enfadarían.

Era casi noche cerrada cuando Sasha se despidió de los príncipes hasta el día siguiente. El mensajero de Dmitri no había regresado, pero necesitaba dormir en previsión de lo que pudiera pasar al llegar la mañana.

No tenía ger: solo una hoguera para él, un pedazo de tierra seca y su caballo, al que había maneado allí cerca. Cuando se acercó, vio que la yegua dorada estaba junto a *Tuman*.

Vasia le había avivado el fuego y se había sentado a su lado.

Parecía cansada y triste. La criatura salvaje y sobrenatural de la noche de Kolomna había desaparecido.

—Vasia —le dijo—, ¿dónde has estado?

—Atormentando a un ejército en compañía del demonio más desagradable que existe —respondió Vasia—. Conociendo de nuevo los límites de mis capacidades. —Se le quebró la voz.

—Creo —dijo afable Sasha— que ya has hecho demasiado.

Ella se frotó la cara, arrellanada en el tronco que había entre las patas de los caballos.

—No sé si es suficiente. Hasta he intentado acercarme al general a hurtadillas para matarlo, pero ahora lo tienen bien vigilado. Aprendió la lección cuando me llevé a Vladímir. No quería…, no quería morir en el intento. Aun así, le he prendido fuego a su tienda.

—Es suficiente —contestó Sasha con firmeza—. Nos has dado una oportunidad cuando no contábamos con ninguna. Es suficiente.

—He intentado prenderles fuego a los hombres —confesó con la voz estrangulada, aunque no podía parar de hablar—. Lo he intentado mientras el Oso se reía. Y no he podido. Él dice que hacer magia con criaturas que tienen sus propias ideas es más difícil y que yo aún no sé lo suficiente.

—Vasia…

—He quemado cosas. Cuerdas de arcos y carretas. Yo misma me reía viéndolas arder. Y han matado a una mujer. Iba a dar a luz. La han matado porque sus provisiones se habían echado a perder y estaban rabiosos y hambrientos.

—Que Dios acoja su alma. Pero, Vasia, déjalo ya. Tenemos una oportunidad. Tu valentía nos la ha proporcionado, tu sangre. Con eso

basta. No te lamentes por algo que no puedes cambiar.

Vasia no dijo nada, si bien, las llamas de la hoguera se avivaron mucho en cuanto su mirada distraída recaló en ellas, a pesar de que casi no había madera que quemar. Apretó tanto los puños que se le clavaron las uñas en la palma de la mano.

—Vasia —le advirtió Sasha con severidad—, ya basta. ¿Desde cuándo no comes?

Ella lo pensó.

—Desde ayer por la mañana. No podía esperar a entrar en la Medianoche para volver directa con *Pozhar* sin que nos viera el ejército de Mamái.

—De acuerdo —dijo Sasha con firmeza—. Voy a preparar una sopa. Sí, aquí. Tengo mis propias provisiones y sé cocinar. En la Lavra no hay sirvientes. Vas a comer y a dormir. Todo lo demás puede esperar.

El hecho de que no le llevara la contraria indicaba lo agotada que estaba.

Mientras el agua hervía, no hablaron mucho; cuando le sirvió la comida, ella pronunció un «gracias» casi inaudible y la engulló. Después de tres cuencos y un pan plano hecho sobre una piedra caliente con agua y harina, Vasia había recuperado algo de color.

Él le dio su capa.

—Duerme —le dijo.

—¿Y tú?

—Esta noche quiero rezar.

En ese momento pensó en contarle lo que les esperaba al día siguiente. Sin embargo, no lo hizo. La veía demasiado agotada, demasiado cansada. Lo último que necesitaba era dormir a ratos, preocupada por él. Y cabía la posibilidad de que los tártaros no aceptasen la propuesta.

—Quédate cerca, por lo menos —le pidió Vasia.

—Por supuesto que me quedo.

Ella asintió una vez con la cabeza, ya le pesaban los párpados. Sasha, que la observaba, se sorprendió a sí mismo al decir:

—Eres igual que nuestra madre.

Vasia abrió los ojos; la alegría repentina le borró las sombras del rostro.

—Por la noche, nuestra madre siempre dejaba pan en el horno.

Para el domovói —añadió él sonriente.

—Yo también, cuando vivía en Lesnaya Zemliá.

—Padre se burlaba de ella por hacerlo. En esa época siempre estaba contento. Se querían mucho.

—Dunia no hablaba a menudo de ella. —Vasia se había incorporado —. No cuando yo ya tenía edad de acordarme. Creo… Creo que Anna Ivánovna se lo había prohibido. Porque nuestro padre no la quería, pero había querido a nuestra madre.

—Se alegraban el uno al otro. Yo lo veía incluso siendo niño.

Hablar de esa época era duro. Había partido de allí el año siguiente a la muerte de su madre. ¿Se habría quedado de haber continuado ella con vida? No lo sabía. Desde que había llegado a la Lavra, había intentado olvidar al chico que había sido: Aleksandr Petróvich, con su fe y su fuerza, su entusiasmo y su orgullo inocente. El chico que adoraba a su madre.

Pero sin darse cuenta se puso a rememorar. Se puso a hablar. Le habló a su hermana sobre los banquetes del solsticio de invierno y de los contratiempos de la niñez, de su primera espada y su primer caballo, de la voz de su madre cuando se reía, caminando por el bosque delante de él. De sus manos, de sus canciones, de sus ofrendas.

Después departió sobre la Lavra en invierno, sobre la intensa calma del monasterio, el repique de campanas en el bosque somnoliento, la ronda pausada de plegarias que marcaba los días fríos, la fe inquebrantable de su maestro, a quien visitaban hombres que acudían de todas partes, después de muchos días de trayecto.

Habló de los días a caballo y de las noches junto a la hoguera; habló de Sarái y de Moscú y de otros lugares entre medio.

Habló de Rusia. No de Moscovia ni Tver ni Vladímir, que eran los principados de los hijos de Kiev, sino de Rusia en sí, de los cielos y la tierra y su pueblo y su orgullo.

Ella escuchó quieta, embelesada, con los ojos grandes y llenos de sombras hasta los bordes.

—Eso es por lo que luchamos —dijo Sasha—. No por Moscú ni por Dmitri; no por el bien de las riñas de ningún príncipe. Luchamos por la tierra que nos vio nacer: tanto los hombres como los demonios.

TREINTA Y TRES
EL UMBRAL DEL INVIERNO

asia despertó con la caricia de los primeros copos de nieve en la cara.

Sasha se había quedado dormido con el profundo silencio de la noche y el murmullo de sus plegarias había cesado. El aire frío cortaba, la tierra tenía un ribete de escarcha. A su alrededor, las voces se habían sumido en el silencio: todos los que podían, dormían para reunir fuerzas antes del amanecer.

Un viento frío recorrió el campamento ruso, hizo ondear los estandartes y formó remolinos de nieve.

Vasia respiró hondo, se levantó y se tomó un minuto para tapar a su hermano con la capa mientras él dormía. Vio al Oso. Tenía forma de hombre y estaba de pie, muy quieto, tras las brasas rojas de la hoguera. Observaba los copos escasos que caían del cielo.

—Es pronto para que nieve —dijo Vasia.

Por una vez, la malicia exaltada del rostro del Oso dejaba entrever un ápice de miedo.

—Es el poder de mi hermano, que crece. Una prueba más, doncella del mar. Y tal vez sea la más difícil.

Vasia enderezó la espalda.

El rey del invierno apareció a caballo de entre las sombras, como si el viento frío se lo hubiera traído a Vasia; los cascos de la yegua no hacían ruido en la tierra escarchada.

Era como si los dos ejércitos no existieran, como si su hermano no durmiese a su lado. Estaban solo ella, el rey del caos y el rey del invierno, envuelto en un remolino de nieve nueva. Morozko no era la criatura delgada y casi informe del punto más álgido del verano, pero tampoco era el señor que vestía terciopelo en el solsticio de invierno. Iba de blanco: el primer aliento cortante de la nueva estación.

Se detuvo y desmontó.

Ella tenía la garganta seca.

—Rey del invierno —dijo.

Él la recorrió de arriba abajo con la vista. No se fijó en el Oso, aunque el hecho de no hacerlo poseía mucha fuerza en sí mismo.

—Sabía que querías luchar, Vasilisa Petrovna —observó al cabo de un momento—. Lo que no sabía era de qué manera escogerías hacerlo.

No fue hasta entonces que miró a su hermano. Entre ambos saltó la chispa de su odio trasnochado.

—Siempre has sido insufrible, Karachún —dijo el Oso—. ¿Qué pensabas que pasaría cuando la dejaste librar a ella sola una guerra que no sabía cómo ganar?

—Pensaba que habías aprendido —replicó Morozko, mirando a Vasia—. Ya has visto de qué es capaz.

—Tú sabías mejor que yo de lo que es capaz —contestó ella—. Y, sin embargo, soltaste al Oso porque estabas desesperado. Yo también lo estaba. Igual que te hizo un juramento, me lo ha hecho a mí.

Levantó las manos. Las dos cuerdas le brillaban en las muñecas, su poder latente en el oro untuoso.

—¿Eso ha hecho? —preguntó Morozko, y los miró a ambos con frialdad—. Y después del juramento, ¿qué hizo? ¿Has estado yendo por ahí, aterrorizando hombres acompañada de él? ¿Le has cogido el gusto a la crueldad?

—¿Acaso no me conoces? Amo el peligro desde que era pequeña. Pero jamás me ha gustado la crueldad.

Morozko le escrutó el rostro, buscó y buscó hasta que ella se enfadó y apartó la mirada.

—¡Mírame! —le espetó él.

—¿Qué buscas? —exigió saber Vasia.

—Locura. Malicia. ¿Crees que todos los peligros que comporta el Oso son tan evidentes? Se te meterá en la cabeza, hasta que un día te rías con el sufrimiento y las matanzas.

—Todavía no me río —respondió ella.

Él volvió a fijarse en el oro de las muñecas. Vasia se preguntó si debía avergonzarse.

—He aprovechado todos los poderes que he podido. Pero no he

recurrido al mal.

—¿Seguro que no? Es astuto. Caerás sin saberlo.

—No he tenido tiempo de caer, sabiéndolo ni sin saberlo. —Estaba muy enfadada—. He corrido de un lado a otro por la oscuridad, intentando salvar a todos los que me necesitan. He hecho el bien y el mal, pero yo no soy ninguna de esas dos cosas. No soy más que yo misma. No vas a avergonzarme, Morozko.

—Odio tener que darle la razón —le dijo el Oso—, pero en realidad deberías sentir cierto cargo de conciencia. Reprenderte a ti misma un poco.

Vasia no hizo caso. Se acercó al rey del invierno hasta que pudo leerle la expresión pese a la oscuridad. Y había emociones que leer: enfado, hambre, miedo y hasta pena; la indiferencia se había hecho añicos.

Se le pasó la rabia. Le cogió la mano. Él no se la negó; el tacto de su piel era frío. Le habló en voz baja:

—He llamado a todos los poderes de esta tierra a la guerra, rey del invierno. No quedaba más remedio. No podemos pelearnos entre nosotros.

—Mató a tu padre —le recordó Morozko.

Ella tragó saliva.

—Lo sé. Y ahora tiene el deber de ayudarme a salvar a mi gente. —Vasia alzó la mano que tenía libre y le tocó la mejilla. Desde tan cerca, lo veía respirar. Le rodeó la cara con las manos e hizo que la mirase. La nieve caía del cielo con más fuerza—. ¿Lucharás mañana con nosotros?

—Estaré allí para los muertos.

Morozko levantó la vista de Vasia y se fijó en el campamento. Se preguntó cuántos verían el atardecer del día siguiente.

—No tienes por qué quedarte. No es demasiado tarde. Has hecho lo que has podido, has sido fiel a tu palabra. Tú y tu hermano podéis…

—Sí es demasiado tarde —atajó ella—. Sasha no abandonaría a Dmitri ahora. Y yo también me he comprometido.

—Estás comprometida con tu orgullo —dijo Morozko—. Quieres contar con la obediencia de los cherti y con la admiración de los príncipes, y por eso corres este riesgo absurdo con Dmitri. Sin embargo, no has visto ninguna batalla.

—Así es —afirmó con la misma frialdad en la voz que él. Bajó las manos, pero no se movió del sitio—. Y sí, es cierto, quiero que Dmitri me admire. Quiero la victoria. Quiero incluso poder sobre príncipes y cherti. Tengo derecho a querer cosas, rey del invierno.

Estaban tan cerca que respiraban el aliento del otro.

—Vasia —dijo él en un susurro—. Piensa más allá de esta batalla.

El mundo es más seguro si el Oso está en su claro, y tú debes vivir. No puedes…

Ella lo interrumpió:

—Ya lo he hecho. Y le juré a tu hermano que no tendría que regresar. Él y yo nos entendemos. A veces hasta me da miedo.

—No me sorprende. Eres un espíritu del mar y del fuego; él es las peores partes de tu naturaleza, pero a lo grande. —La había cogido por los hombros—. Vasia, es un peligro para ti.

—Entonces mantenme a salvo. —Lo miró a los ojos—. Tira de mí cuando me hunda demasiado. Debemos encontrar el equilibrio, Morozko. Entre tú y él, entre los hombres y los cherti. Yo nací para estar en medio, ¿crees que no lo sé?

Él la miró entristecido.

—Sí, yo también lo sé. —Volvió a mirar al Oso y, esa vez, los hermanos guardaron silencio mientras se medían el uno al otro—. Es tu decisión, no la mía, Vasilisa Petrovna.

Vasia oyó que el Oso soltaba aire y se dio cuenta del miedo real que él había pasado.

Por un instante, dejó caer la cabeza hacia delante, sobre la lana y el pelaje del hombro de Morozko; sintió que él le deslizaba las manos por la espalda y la abrazaba un momento, suspendidos entre el día y la noche, entre el orden y el caos. «Llévame a un lugar tranquilo —quería decirle—. No soporto más el ruido y el hedor de los hombres».

Pero la oportunidad de hacer eso había pasado, puesto que había escogido un camino. Levantó la barbilla y retrocedió un paso.

Morozko se metió la mano en la manga y sacó algo pequeño y brillante.

—Te he traído esto —dijo.

Era una joya verde que colgaba de un cordón, más burdo que la perfección formal del collar de zafiro que había llevado en su día. No lo tocó, sino que lo contempló con recelo.

—¿Por qué?

—He ido muy lejos —explicó Morozko—. Por eso no acudí, ni siquiera en tus sueños, cuando sacaste al Oso de su prisión. He ido al sur, a través de las nieves de mi reino, por el camino que lleva al mar. Allí llamé a Chernomor, el rey del mar, a quien nadie ve desde hace muchas vidas de hombres, para que saliese del agua.

—¿Por qué fuiste?

Morozko vaciló.

—Le conté algo que él no sabía: que la bruja del bosque le había

dado hijas.

Vasia lo miró fijamente.

—¿Hijas? ¿Del rey del mar?

Él asintió una vez con la cabeza.

—Mellizas. Y le dije que entre sus nietos había una a la que yo quería. Así que el rey del mar me dio esto. Para ti —dijo casi sonriente —. Ya no tiene magia, no te une a nadie. Es un regalo.

Ella siguió sin coger la joya.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—No desde hace tanto como piensas, aunque me preguntaba de dónde habías sacado la fuerza. Me preguntaba si te venía solo de la bruja, una mortal con magia que le había pasado sus talentos a sus hijas. Pero entonces vi a Varvara y supe que se trataba de más que eso. Chernomor ha concebido algún que otro hijo; muchas veces tienen la magia de su padre y viven más que los hombres comunes. Así que le pedí a Medianoche que me dijese la verdad y ella me lo contó. Eres la bisnieta del rey del mar.

—Entonces ¿viviré mucho tiempo?

—No lo sé. ¿Quién sabe? Eres bruja y chert y también mujer; descendiente de príncipes rusos, la hija de Piotr Vladímirovich. Chernomor quizá lo sepa; me dijo que respondería preguntas, pero solo si tú ibas a verlo.

Era demasiada información. Aun así, aceptó el collar. Su tacto era cálido y notó el aroma suave de la sal. Era como si le hubiese entregado una llave de sí misma, pero una que todavía no podía examinar. Había demasiadas cosas que hacer.

—En ese caso, iré al mar —decidió—. Si sobrevivo al amanecer.

—Estaré en la batalla —le prometió él con pesar—. Pero mi tarea seguirá siendo ocuparme de los muertos, Vasia.

—La mía son los vivos. —El Oso sonrió—. Menuda pareja hacemos, mellizo mío.

TREINTA Y CUATRO
EL ILUMINADOR

ra un día aciago y estaban rodeados del bullicio incipiente del ejército; más allá, a lo lejos, en el amplio llano de Kulikovo, los enemigos ya habían despertado. Los rusos oían los caballos de los tártaros resoplando en el ambiente gélido. Pero no veían nada; el mundo estaba oculto tras una cortina espesa.

—No habrá batalla hasta que el sol disipe la niebla —dijo Sasha.

No tenía apetito para comer, pero bebió un poco de hidromiel y le pasó la botella a Vasia. Al despertar, había visto que ella se le había adelantado; había echado leña a la hoguera y se había sentado sola ante las llamas, con el ceño fruncido y pálida, pero serena.

Hacía frío y el cielo gris que se veía por encima de las brumas prometía más nieve temprana. Entonces el sol le imprimió un ribete frío al horizonte y la niebla empezó a despejar. Sasha respiró hondo.

—Debo ir a ver a Dmitri. Espera el regreso de un mensajero. Pase lo que pase, vendré a verte antes de que empiece la batalla. Mientras tanto, ve con Dios, hermana. Que nadie te vea, y no corras ningún riesgo.

—No —respondió ella, y le ofreció una sonrisa tranquilizadora—. Hoy tengo asuntos pendientes con los cherti. No con las espadas de los hombres.

—Te quiero, Vásochka —dijo él, y se marchó.

El mensajero había regresado y los tártaros habían aceptado el desafío

del gran príncipe. También habían enviado el nombre del campeón de Mamái. Sasha y Dmitri lo oyeron con la misma emoción gélida y rabiosa.

—Entre mis hombres hay decenas dispuestos a ocupar tu puesto —dijo el segundo—. Pero…

—No con este campeón —repuso Sasha—. Si no es para ti, es para mí, hermano.

Dmitri no le llevó la contraria. Estaban juntos en su tienda, mientras sus sirvientes entraban y salían con prisas. A su alrededor se oían relinchos y el ruido metálico del acero y los gritos del ejército que despertaba. El gran príncipe le ofreció pan a su primo y este se obligó a comer un poco.

—Además —añadió el monje, intentando que no se le notase el enfado en la voz—, otro hombre se llevaría el mérito a su ciudad: a Tver o Vladímir o Suzdal. Pero debe ser para la Rus y para Dios, hermano, puesto que en este campo somos un único pueblo.

—Un pueblo —repitió Dmitri, pensativo—. ¿Ha regresado tu hermana? ¿Con sus… seguidores?

—Sí. —Sasha miró a su primo con gesto funesto—. A estas alturas está templada como el acero y es demasiado joven; te culpo a ti por involucrarla en esto.

Dmitri no se mostró arrepentido.

—Sabe tan bien como yo lo que está en juego.

—Dice que avisemos a los hombres de que tengan cuidado con el río. Y también de que confíen en que los árboles los mantendrán ocultos y que no deben temer ni las tormentas ni el fuego.

—No sé si eso es bien recibido o un mal agüero —admitió Dmitri.

—Tal vez las dos cosas —dijo Sasha—. En cuanto a mi hermana, nada es sencillo. Hermano, si yo…

Dmitri negó con la cabeza, convencido.

—No lo digas. Pero sí, también la trataré como a una hermana. Por mi parte, no tiene nada que temer.

Sasha agachó la cabeza y no pronunció palabra.

—Vamos —dijo Dmitri—. Voy a armarte.

Cota de malla y coraza, un escudo, una lanza con forma de hoja y el asta de color rojo. Buenas botas, *cuisses* para los muslos. Un casco puntiagudo. Tardaron solo un momento. Sasha tenía frío en las yemas de los dedos.

—¿Dónde está tu armadura? —le preguntó a Dmitri.

El gran príncipe iba vestido como un boyardo menor, uno de cientos.

Parecía contento, un niño al que han pillado haciendo travesuras.

Sus sirvientes, los que Sasha veía, se mostraban ansiosos y exasperados a la vez.

—Me he cambiado el puesto con uno de mis boyardos —explicó—. ¿Crees que voy a quedarme en lo alto de una colina vestido de color escarlata? No. Voy a luchar como es debido y, si puedo evitarlo, no pienso ser el objetivo perfecto para los arqueros tártaros.

—Si te matan, tu causa estará vencida.

—Mi causa estará vencida si no soy el líder de la hueste —respondió Dmitri—. Si yo no soy su señor, la Rus se desmembrará. Derrotados, los príncipes y los boyardos serán como las hojas que se lleva el viento fuerte; y si ganan, derrocharán orgullo: todos intentarán hacerse con más poder que los demás. No, mi apuesta es por el gran premio. ¿Qué otra cosa hay?

—Y que lo digas —respondió Sasha—. Te he servido a ti como le he servido a Dios, primo. Y ha sido un orgullo para mí. Por todo lo que he hecho o dejado de hacer, te pido que me perdones.

—¿De perdón hablamos, hermano? —preguntó Dmitri—. La mano izquierda no le pide perdón a la mano derecha. —Le dio una palmada en la espalda—. Que Dios te acompañe.

Armados, salieron adonde los esperaba el ejército, apostado en el llano de Kulikovo. Era poco antes del mediodía y apenas quedaba niebla.

—Debo ir a ver a mi hermana —dijo Sasha—. No me he despedido de ella como es debido.

—No hay tiempo —contestó Dmitri. Un hombre le llevó el caballo, y él se subió a la silla. Justo cuando el sol despuntaba entre los restos de niebla, levantó la mano para protegerse los ojos—. Mira, allí está su campeón.

Dmitri tenía razón. El campeón tártaro había aparecido y de cien mil gargantas salió un rugido que resonó por todo el campo. Sasha, con el corazón acelerado, montó a lomos de *Tuman*. La yegua era tan tranquila que, ante aquel ruido, se limitó a mover las orejas.

—Despídete de mi parte, ya que yo no puedo —le pidió.

Cuando Sasha se dirigía a caballo hacia el enorme campo embarrado flanqueado por ambas huestes, creyó ver un destello dorado: *Pozhar* galopando sin ser vista entre el ejército de la Rus. Alzó la mano hacia el resplandor. No podía hacer nada más.

«Con Dios, hermanita».

Vasia se subió a *Pozhar* en cuanto su hermano se fue a ver al gran príncipe. El Oso olisqueaba el aire, contento, pensó Vasia, por la tensión que se respiraba. Se volvió hacia ella enseñando los dientes, sonriente.

—¿Qué hacemos, señora?

Morozko se había despedido justo cuando el amanecer tocaba el cielo. La niebla fría retenía parte de su presencia, unos cuantos copos sueltos flotaban con el viento que hacía ondear los banderines del ejército ruso. Volvió a sentirse atrapada entre ellos: la alegría del Oso ante la batalla y la pena de Morozko ante la destrucción. La presencia del Oso y la ausencia del rey del invierno.

Muy bien; el trabajo de Morozko concernía a los muertos.

El de ella, a los vivos.

Pero todavía no concernía a los hombres.

El primero que vio era como un gran pájaro negro con cara de mujer. Volaba sobre el campo de batalla haciendo ondear los estandartes con las alas y, aunque los hombres no la veían, levantaban la vista como si percibieran que su sombra planeaba sobre ellos y sobre el día.

El siguiente fue el leshi, que se acercó sin hacer ruido al borde del bosque; el bosque lleno de maleza que rodeaba el campo de batalla, el bosque que en ese momento ocultaba a Vladímir Andréyevich y a su caballería, que esperaban la ocasión perfecta para atacar.

Vasia le dio un toque a la yegua dorada, y esta dejó una estela de chispas mientras galopaba entre las filas de soldados y las tiendas para que ella pudiera hablar con el señor del bosque.

—Ocultaré a los hombres —dijo el leshi cuando Vasia le aferró los dedos como ramitas con los suyos ensangrentados—. Y confundiré a los enemigos. Por tus promesas y las del gran príncipe, Vasilisa Petrovna.

Así fue a lo largo y ancho de todo el campo de batalla. Mientras Sasha se armaba y los hombres comían y formaban hilera tras hilera, los cherti se reunían entre la niebla espesa. El vodianói borboteaba en el río; sus hijas, las rusalki, aguardaban en la orilla. A algunos cherti Vasia los conocía de vista, pero a muchos otros no. Pero siguieron llegando hasta que el campo de batalla bullía de cherti, como encantado, y sintió el peso de sus miradas y su confianza.

La niebla espesa empezaba a despejarse. Ella ya sudaba a pesar del frío, por culpa de los nervios y del esfuerzo de cabalgar con *Pozhar* aquí y allá para congregar y disponer y alentar a su gente alrededor de la de Dmitri.

Al final se oyó un único toque de trompeta, y Vasia se centró en el mundo de los hombres. Contempló el gran campo pantanoso. Aún quedaba algún retazo de niebla entre los tártaros y los rusos, pero todos veían al enemigo.

Se le cayó el alma a los pies.

Eran muchísimos. ¿Qué podía hacer un poco de miedo contra una masa humana tan grande como aquella? Las hileras se extendían hasta donde le alcanzaba la vista; los resoplidos de los caballos eran como un retumbo lejano. Al norte se acumulaban las nubes llenas de nieve y de vez en cuando caía algún copo. Dmitri tenía a sus mejores soldados en la vanguardia y a Mijaíl, el gran príncipe de Tver, en el flanco izquierdo. Vladímir, el príncipe de Sérpujov, estaba en el derecho, pero oculto entre la densa arboleda.

En algún lugar, tras la línea de Mamái, Oleg y sus boyardos también esperaban; aguardaban una señal para atacar a los tártaros desde atrás.

Por todas partes había cherti esperando, titilando como la llama de una vela en la periferia de su campo de visión. El Oso, que los observaba a su lado, dijo:

—He vivido mucho tiempo, pero jamás había visto semejante magia: conducir a todo nuestro pueblo, unido, a la guerra.

La expectación le hacía brillar los ojos con una luz infernal.

Vasia no respondió; se limitó a rezar por que lo que había hecho fuese lo correcto. Intentó pensar en qué más podía hacer, pero no se le ocurría nada.

Pozhar estaba inquieta, casi no se dejaba montar. La tensión se mascaba en el ambiente. Con la niebla disipada, no quedaba oscuridad en la que ocultarse. No había manera alguna de esconder que cien mil hombres estaban a punto de matarse unos a otros. La contienda empezaría pronto. ¿Adónde había ido Sasha?

El Oso miró el campo de batalla con alegría.

—Barro y gritos —dijo—. Cherti y hombres luchando juntos. Ay, va a ser glorioso.

—¿Sabes dónde está mi hermano? —preguntó Vasia.

El Oso le ofreció una sonrisa voraz.

—Allí. —Señaló—. Pero ahora no puedes ir con él.

—¿Por qué no?

—Porque tu hermano va a batirse contra el tártaro Chelubéi en combate singular. ¿No lo sabías?

Vasia se volvió de golpe, horrorizada. Pero ya era tarde, era demasiado tarde; los ejércitos estaban en sus puestos y aparecieron dos figuras, una de cada lado, que trotaron al encuentro de la otra, una en un caballo gris y otra en un caballo castaño.

—Lo sabías y has esperado a decírmelo —le reprochó ella.

—Puede que te sirva, puede que lo disfrute. Pero nunca podrás fiarte de mí. Además, en lugar de hablar conmigo, has preferido pasarte la noche discutiendo con mi hermano, que, por muy azules

que tenga los ojos, no conoce al ejército como yo. Peor para ti.

Pozhar alzó la cabeza de golpe al percibir la urgencia repentina de su jinete.

—Tengo que ir con él —dijo Vasia.

Justo en ese momento, el Oso se interpuso gruñendo en su camino.

—¿Cómo eres tan necia? —le recriminó—. ¿Crees que entre todos esos hombres no hay ni uno capaz de verte a ti o al caballo dorado? ¿Confías en ello a pesar de que todas las miradas apuntan a tu hermano? ¿Confías en que ningún tártaro dará la alarma de traición? —Al ver que Vasia lo miraba con expresión pétrea e impasible, añadió —: El monje no te lo agradecerá. Ese tártaro lo torturó; lo hace por Dmitri, por su país, por sí mismo. Es su momento de gloria, no el tuyo.

Ella dio media vuelta, indecisa, atormentada.

Ambos bandos habían formado: los ejércitos de la Rus y los ejércitos de Mamái. Los soldados temblaban en la neblina de la mañana, con las cotas de malla frías y pesadas. Entre ellos había fuerzas que nadie veía. El vodianói del Don esperaba para ahogar a los incautos. El leshi del bosque ocultaba hombres entre las ramas. El sonriente rey del caos. Los cherti menores de las espesuras y las aguas.

Invisible, poderoso, distante, también había acudido el rey del invierno. Estaba en las nubes del norte, en el viento crudo y frío, en los copos de nieve que de vez en cuando le rozaban las mejillas a Vasia. Pero él no iba a bajar y quedarse entre ellos. Él no pensaba luchar en la guerra de Dmitri. Vasia le había visto una sabiduría terrible en los ojos: «Mi tarea es ocuparme de los muertos».

«Podría estar lejos de aquí —pensó Vasia, y vio que le temblaban las manos—. Podría estar lejos, junto al lago o en Lesnaya Zemliá o en un bosque limpio y sin nombre. Pero, en lugar de eso, estoy aquí. Ay, Sasha, Sasha. ¿Qué has hecho?».

Solo, el hermano Aleksandr cabalgó por el campo pantanoso de Kulikovo, pasó entre las lanzas de la vanguardia de Dmitri y salió al espacio que se abría entre los dos ejércitos. No había más ruido que la respiración suave y los resoplidos de *Tuman* y el chapoteo de los cascos en la tierra anegada.

Un hombre trotaba hacia él a lomos de un caballo de pelaje rojizo.

En aquel campo, había más de cien mil y, aun así, el silencio era tal que Sasha oyó que se levantaba el viento, que suspiraba como apenado y derribaba las últimas hojas.

—Hace buena mañana —dijo Chelubéi, cómodo sobre su fornido caballo tártaro.

—Voy a matarte —contestó Sasha.

—No lo creo —repuso Chelubéi—. De hecho, estoy seguro de que

no. Pobre hombre santo, con esas heridas en la espalda y la mano desgarrada.

—Estás restándole mérito al asunto.

Chelubéi se puso muy serio.

—¿Qué es esto para ti? ¿Un juego? ¿Una misión espiritual? No es más que hombres contra hombres y da igual qué bando se imponga, porque en ambos casos habrá mujeres llorando y sangre derramada.

Dicho eso, dio media vuelta con el caballo, trotó hasta cierta distancia, se giró y esperó.

Sasha hizo lo mismo. Todo seguía en silencio. Era extraño, en esa mañana gris, con decenas de miles de soldados esperando. Una vez más, creyó ver un caballo dorado y resplandeciente entre los restos de la niebla, montado por una jinete esbelta; a su lado había una inmensa sombra negra. Recitó una plegaria en silencio.

Entonces Sasha alzó la lanza y gritó; a su espalda se oyó el rugido de sesenta mil gargantas. ¿Cuándo se había unido toda la Rus por última vez? No sucedía desde la época de los grandes príncipes de Kiev. Sin embargo, Dmitri Ivánovich los había reunido a todos a orillas del frío río Don.

Chelubéi respondió con otro grito, su rostro radiante de dicha por el ruido de toda su gente voceando al mismo tiempo que él. *Tuman* aguardaba inalterable bajo su jinete y, cuando este le dio un toque, salió al galope. El tártaro espoleó a su potente castaño, y de repente ambos corrían por el terreno pantanoso levantando lodo y agua a su paso.

Vasia los contempló mientras galopaban y el corazón le latía tan fuerte en la garganta que amenazaba con ahogarla. Los caballos arrojaban barro al aire, zancada tras zancada. Chelubéi bajó la lanza en el último momento para darle a Sasha en el esternón. Sasha desvió el golpe con el escudo; su lanza repiqueteó con las escamas de la hombrera de Chelubéi y se partió.

Vasia se tapó la boca con la mano. Sasha soltó el asta del arma rota y desenvainó la espada justo cuando Chelubéi daba la vuelta con calma gélida. El tártaro conservaba la lanza y el escudo; guio a la yegua con las rodillas. Con su hoja, Sasha contaba con la mitad del alcance que su enemigo.

Segundo asalto. Esa ocasión, en el último instante, Sasha le tocó el flanco a *Tuman*. La yegua, veloz, hizo un amago hacia la izquierda y él golpeó el asta de la lanza de Chelubéi con la espada. Ambos se habían quedado solo con el arma corta y daban la vuelta de nuevo con el caballo.

A partir de ahí, el combate sería cuerpo a cuerpo: golpes con la

espada, amagos, retiradas. A pesar de la distancia, el repique de las hojas de acero le llegaba a Vasia bien claro.

El Oso observaba con una sonrisa de felicidad pura y sincera.

La yegua castaña de Chelubéi era un poco más rápida que *Tuman*. Sasha era algo más fuerte que Chelubéi. A esas alturas, los dos tenían barro en la cara, sus caballos polvo y sangre en el cuello y gruñían con cada choque de las espadas.

El corazón de Vasia amenazaba con salírsele del pecho, pero no podía ayudar a su hermano. Y tampoco quería. Ese era su momento. Sasha enseñaba los dientes y su rostro era pura gloria.

En las palmas de las manos, Vasia se había hecho marcas ensangrentadas con la forma de las uñas.

Una nieve fina le ardió en la cara. Oía las voces de los cherti y también las de los rusos, que animaban a su hermano.

Sasha bloqueó otro ataque, alcanzó a Chelubéi en las costillas y le rasgó la cota de malla. Chelubéi esquivó otro espadazo y, de pronto, se encontraron hombre a hombre, empuñadura contra empuñadura. Sasha no flaqueó; empujó con todas sus fuerzas y desensilló a Chelubéi.

Cuando el tártaro cayó, el Oso rugió y los hombres de los dos bandos rompieron a gritar. Chelubéi y Sasha peleaban en la tierra ya sin espadas, con las manos y los puños. Sasha buscó su daga a tientas y la encontró.

Se la clavó a Chelubéi en la garganta, hasta la empuñadura.

A su alrededor, los Rusos gritaron victoria; los cherti de Vasia igual. Sasha había vencido.

Vasia soltó aire, conmovida.

El Oso suspiró como en un estado de satisfacción profunda.

Sasha se enderezó con la espada ensangrentada en la mano. La besó y la levantó hacia el cielo para saludar a Dios y a Dmitri Ivánovich.

Vasia creyó oír una voz, la de Dmitri Ivánovich, diciéndoles a sus hombres:

—¡Dios está de nuestra parte! ¡La victoria está asegurada! ¡Cabalgad! ¡Ahora! ¡Cabalgad!

Y los rusos salieron a la carga en masa, todos juntos, gritando el nombre del gran príncipe de Moscú y de Aleksandr Peresvet.

Sasha se volvió con la espalda erguida como si fuese a llamar a su caballo y unirse a la carga. Pero no lo llamó.

El Oso miró a Vasia con entusiasmo y decisión. Y entonces ella la vio, la enorme rasgadura en la armadura de cuero de su hermano, donde una estocada había hecho blanco sin que nadie lo viese.

—¡No!

Su hermano movió la cabeza como si la hubiera oído. *Tuman* había vuelto a su lado y él se agarró al borrén de la silla con intención de montar.

Pero cayó de rodillas.

El Oso se rio. Vasia chilló. No sabía que era capaz de emitir semejante sonido. Se inclinó hacia delante; *Pozhar* salió al galope, a toda velocidad por el terreno pantanoso en dirección a Sasha, más deprisa que los dos ejércitos que convergían en el campo de batalla. El Oso la siguió; oía las voces lejanas de los cherti de la Rus, que corrían con los rusos.

Pero ya no pensaba en la victoria. A ambos lados los ejércitos se acercaban; sin embargo, en mitad del llano no había nada más que *Tuman*, loca de miedo, y Chelubéi muerto, bocabajo en el lodo y el agua. Vasia no reparó en ninguno de los dos, puesto que su hermano seguía arrodillado en el barro, dando sacudidas violentas y sangrando por la boca. Sasha levantó la mirada.

—Vasia —murmuró.

—Shhh. No hables.

—Lo siento. Quería vivir. De verdad.

Pozhar se arrodilló en el barro sin hacer ruido.

—Vas a vivir igualmente. Sube al caballo —ordenó Vasia.

No tenía ni idea de cuánto podía dolerle obedecer lo que ella decía. El suelo temblaba con la proximidad de los dos ejércitos. Sasha no podía sentarse erguido, sino que se dejó caer como un peso pesado.

—Va a morir —dijo Medved a su lado—. Es mejor que obtengas venganza.

Sin mediar palabra, Vasia se hizo un corte en la mano con la espada de su hermano. La sangre le cubrió los dedos. Se la esparció al Oso por la cara y, con ella, toda la voluntad que le quedaba.

—Véngate tú por mí —ordenó rotunda.

El Oso se estremeció con fuerza nueva. Se le iluminó el ojo, le brillaba más que *Pozhar* a medianoche. Sin dejar de mirarla, agarró el yelmo de Sasha del barro y se dio un mordisco profundo en la mano. Brotó la sangre, clara como el agua, pero con el olor acre del azufre, y se acumuló en el hueco del cobre.

—A cambio, te doy mi poder. —La miró con aire malicioso—. El de levantar a los muertos.

Con eso, se marchó y desapareció en la refriega, armado solo con el terror que sembraba. Vasia, con el casco en ristre, se subió a *Pozhar* detrás de su hermano. La yegua, con las orejas pegadas a la cabeza, se levantó a pesar de cargar con dos personas, con las patas y el vientre

manchados de lodo. Galopó rauda como una estrella mientras a su alrededor los dos ejércitos chocaban entre sí.

TREINTA Y CINCO
UN CAMINO ILUMINADO POR LAS ESTRELLAS

asia sentía todas las pisadas de *Pozhar* como si ella fuese la que estaba herida de muerte. La yegua hacía giros y virajes para esquivar tanto a los ejércitos como a los cherti; en una ocasión, saltó por encima de un caballo muerto. Mientras tanto, ella se aferraba a su hermano, se aferraba al yelmo y su contenido extraño. Y rezaba.

Por fin salieron de la batalla y dejaron atrás el rugido omnipresente para ocultarse entre los árboles que flanqueaban el río. Encontraron un lugar tranquilo en una pequeña arboleda. No estaban muy lejos de la batalla y el rumor constante parecía hacer jirones la tierra y el cielo. Vasia pensó que oía la risa del Oso.

La arboleda estaba en un terreno un poco más alto que el pantanoso; Vasia desmontó justo a tiempo de atrapar a su hermano al vuelo. Con el peso, estuvo a punto de caer de espaldas en el agua. Necesitó todas sus fuerzas para cogerlo y tumbarlo sobre la tierra mullida. Sasha tenía los labios azules y las manos frías.

Miró el agua que había en el yelmo. «Devolver la vida a los muertos. Pero él no está muerto. Morozko… Morozko, ¿dónde estás?».

Sasha levantó la mirada, aunque no veía a su hermana. Tal vez viera un camino bajo un cielo estrellado: un camino desde el que no había vuelta atrás.

—¿Vasia? —la llamó. Tenía apenas un hilo de voz.

Ella disponía tan solo de sus dos manos. Con la capa de pieles le limpió la sangre y la tierra de la cara, le sostuvo la cabeza en el regazo.

—Estoy aquí —le tranquilizó, y le brotaron lágrimas de los ojos sin su permiso—. Has ganado. El ejército tiene la victoria asegurada.

A él se le iluminó la cara.

—Me alegro —dijo—. Me…

Volvió la cabeza un poco; se le quedó la vista fija. Vasia reparó en hacia dónde miraba y allí estaba el dios de la muerte, esperando.

Iba a pie, su caballo no era más que una silueta tenue a su espalda, pálida como la niebla. Vasia lo observó unos instantes sin que se dijesen nada. Tiempo atrás ella le había suplicado, tiempo atrás le había reprochado que acudiese a llevarse a sus seres queridos.

Pero esa vez se limitó a contemplarlo y vio que su mirada lo atravesaba como una espada.

—¿Podrías haberle salvado la vida? —le susurró.

A modo de única respuesta, Morozko negó con la cabeza de la forma más sutil. Sin embargo, aún sin hablar, se acercó a ella y se arrodilló a su lado. Frunció el ceño y ahuecó las manos. En las palmas se le acumuló agua clara y limpia, y la vertió gota a gota sobre el rostro del hermano de Vasia. Donde caía, los cortes, magulladuras y suciedad desaparecían como si se las hubiera lavado. Vasia, que tampoco hablaba, lo ayudó. Trabajaron despacio pero sin parar. Ella le retiró la armadura rota y manchada, y Morozko dejó correr el agua. Al final, Sasha tenía la cara y el torso limpios e inmaculados; parecía que estuviese dormido, en paz, ileso.

Pero no volvió a la vida.

Ella cogió el yelmo.

Morozko miró lo que hacía con expresión atribulada. A ella le palpitaba la esperanza en la garganta, algo frágil y ardiente.

—¿Es cierto que esto puede devolverle la vida?

Morozko parecía reacio.

—Sí —respondió, y Vasia cogió el yelmo y se lo acercó a su hermano a los labios. Morozko estiró el brazo para que no lo hiciera —. Primero ven conmigo.

No sabía qué quería decir; pero, cuando él le ofreció la mano, se la tomó. Sus dedos se tocaron, se agarraron, y Vasia se encontró en el lugar que está más allá de la vida: el bosque y su camino, la red de estrellas.

Allí la esperaba su hermano; de pie, algo pálido, con la luz de las estrellas en los ojos.

—Sasha…

—Hermanita —la llamó él—. No me he despedido, ¿verdad?

Vasia echó a correr y lo abrazó, pero cuando lo tuvo entre los brazos la sensación fue distante y gélida. Morozko los observaba.

—Sasha —dijo con entusiasmo—, tengo algo para que vuelvas. Puedes seguir viviendo, regresar con nosotros, con Dmitri. —Él miraba hacia la distancia, hacia el camino iluminado por las estrellas, como si lo anhelase. Ella se apresuró a añadir—: Es esto. —Le mostró el yelmo abollado—. Bébetelo y vivirás de nuevo.

—Pero estoy muerto —repuso él.

Ella negó con la cabeza.

—Puedes no estarlo.

Él retrocedió.

—He visto muertos que han vuelto a la vida. No quiero tener nada que ver con eso.

—¡No! —contestó ella—. Esto es diferente. Es… Es como lo de Iván, en el cuento de hadas.

Sin embargo, su hermano continuaba negando con la cabeza.

—Esto no es un cuento, Vasia. No voy a arriesgar la inmortalidad de mi alma volviendo a la vida cuando ya me he ido.

Ella lo contempló. Tenía el rostro tranquilo, triste, inmutable.

—Sasha —susurró—. Sasha, por favor. Puedes volver a vivir. Puedes volver con Sergui y Dimitri y Olga. Por favor.

—No —respondió él—. He… He luchado. He dado mi vida y me alegro de ello. Ahora los demás tienen que hacer que haya valido la pena. Ahora mi muerte es de Dmitri. Y… tuya. Protege esta tierra. Recompónla.

Ella lo miró. No daba crédito. Se le pasaron ideas salvajes por la cabeza. Tal vez, si volviese al mundo de los vivos, podría derramarle el agua entre los labios. Pero entonces… Entonces…

No tenía derecho a decidir por él. Pensó en la rabia que había sentido Olga cuando lo había hecho por ella. Se acordó de lo que le había dicho Morozko: «La decisión no era tuya».

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó, intentando controlarse.

—Lo es.

—En ese caso, que Dios sea contigo. —Se le quebró la voz—. Si ves a nuestro padre. y a nuestra madre, diles que les quiero. Que he ido muy lejos, pero no me olvido. Rezaré por ti.

—Y yo por ti. —Su hermano esbozó una sonrisa repentina—. Volveremos a vernos, hermanita.

Ella asintió, pero no podía hablar. Sabía que estaba derrumbándose por fuera. No obstante, abrazó a su hermano y después se separó de él.

Y entonces Morozko habló en voz baja, aunque no a ella:

—Ven conmigo —le dijo a Sasha—. No tengas miedo.

TREINTA Y SEIS
UN EJÉRCITO DE SEIS

olvió en sí de golpe y se doblegó sollozante sobre el cadáver inmaculado de su hermano. No sabía cuánto tiempo había llorado mientras, cerca de allí, se libraba una batalla feroz. El suave sonido de un casco de caballo junto con una presencia fría a su espalda la trajeron a la realidad.

Volvió la cabeza y vio al rey del invierno, que desmontó de su caballo y la miró.

Ella no tenía nada que decirle. Si él le hubiera hablado con afecto o le hubiese hecho una caricia, se habría partido en pedazos; pero él no le ofreció ninguna de las dos cosas. Vasia le cerró los ojos a su hermano y susurró una plegaria, inclinada sobre su cabeza. Después se levantó con el alma rebosante de violencia inquieta. No podía devolver a su hermano a la vida. Pero lo que él quería, aquello por lo que él se había esforzado, sí lo podía hacer.

—¿Solo te ocupas de los muertos, Morozko? —le preguntó.

Le tendió la mano, manchada de la sangre de su hermano y de la suya propia, de cuando se había cortado para dársela al Oso.

Él vaciló.

Pero su rostro reflejaba la misma ferocidad; ahora tenía el aspecto que lucía la medianoche del solsticio: orgulloso, joven, peligroso. También le quedaban restos de sangre de Sasha en las manos.

—Y de los vivos, los queridos —afirmó en voz baja—. También son

mi gente.

Le cogió la mano ensangrentada y a su alrededor aulló el viento: el grito de la primera tormenta de nieve. El alma de Vasia era un fuego inquieto y, cuando miró a *Pozhar*, la yegua dorada delataba la misma tensión; rascó el suelo. Ambos montaron sus cabalgaduras a la vez, dieron media vuelta y galoparon hacia la batalla en el frente de una tormenta recién nacida.

Ella llevaba llamas en las manos; él blandía el poder del invierno más crudo.

Se oyó un grito que venía del campo de batalla justo cuando el Oso, entre risas, los vio acercarse.

—Debemos buscar a Dmitri —gritó Vasia por encima del ruido.

Mandó a *Pozhar* a toda velocidad hacia un grupo de guerreros tártaros que perseguían a caballo a otro de piqueros rusos. Las bestias se asustaron y se dispersaron; los jinetes renegaron al no llegar al objetivo.

Una ráfaga de viento veloz desvió una flecha que, de otro modo, habría alcanzado a Vasia.

—Allí está su estandarte —dijo Morozko.

Estaba en la cima de una pequeña colina, en primera línea de la batalla. Se dirigieron hacia allá abriéndose camino entre los soldados, con la nieve cayendo cada vez con mayor fuerza. Una lluvia de flechas tenía como objetivo la posición de Dmitri. Una cuña de hombres a caballo iba hacia allí para alcanzar el estandarte vulnerable.

La yegua blanca y *Pozhar*, a paso raudo, atravesaban la batalla más deprisa, pero los tártaros estaban más cerca y se convirtió en una carrera. Con las orejas pegadas a la cabeza, *Pozhar* esquivaba y saltaba y galopaba, mientras que Vasia les gritaba a los caballos de los tártaros. Algunos la oían y titubeaban, pero no lo suficiente. La tierra que pisaban los enemigos se volvió resbaladiza con el hielo, aunque los caballos de los tártaros eran bestias robustas, acostumbradas a galopar en todo tipo de superficies, y ni siquiera eso los perjudicó. La nieve que les caía en la cara cegaba a los jinetes, pero las flechas seguían volando con precisión y destreza.

—¡Medved! —gritó Vasia.

El Oso apareció a su lado, mantenía el matiz de risa estrepitosa al hablar.

—¡Qué alegría! —alardeó.

Era una bestia bañada en sangre humana, una bestia que aullaba de placer; el contraste con Morozko y el silencio que él guardaba al otro lado de Vasia era extremo. Los tres formaban una cuña aparte que arrasaba en el campo de batalla. Vasia encendía fuegos a su paso,

que se apagaban enseguida con la humedad de la tierra y la nevada intensa. Morozko los cegaba y desviaba las flechas con un viento juguetón.

Medved, sencillamente, aterrorizaba a todos a su paso.

Era una carrera entre ella y los tártaros para ver quién alcanzaba antes la posición de Dmitri.

Ganaron los tártaros. Con una lluvia de flechas, arremetieron contra el estandarte de Dmitri como una ola, unos segundos antes de que llegaran Vasia y sus aliados. El estandarte cayó arrugado en el barro. A su alrededor hubo gritos triunfales. Y las flechas seguían cayendo con precisión letal. La yegua blanca estaba cerca del flanco de *Pozhar*; Morozko gastaba casi todas sus fuerzas en evitar que las flechas alcanzasen a Vasia y a los dos caballos.

La guardia de Dmitri quedó hecha pedazos; su montura se encabritó y cayó. Tres tártaros se le echaron encima y le asestaron espadazos.

Vasia gritó, y *Pozhar* arremetió contra ellos con su fuerza bruta. ¿Quién quería una espada cuando cabalgaba con la yegua dorada? Los destrozó a coces y ahuyentó a los caballos. A los pies del enemigo se encendieron fuegos y salieron volando por los aires. Vasia desmontó y se arrodilló junto al gran príncipe.

Tenía la armadura despedazada, sangraba por una docena de heridas. Vasia le quitó el yelmo.

Pero no era el gran príncipe de Moscú. Era un joven moribundo que ella no conocía.

Lo miró fijamente.

—¿Dónde está el gran príncipe? —susurró.

El joven casi no podía hablar, la sangre le burbujeaba en los labios. La miró, pero no la veía. Vasia tuvo que acercarse mucho para entender lo que decía.

—La vanguardia —susurró él—. Primera línea de batalla. Me ha dado su armadura para que los tártaros no lo identificasen. Ha sido un honor. Ha sido…

Se le apagó la luz de los ojos.

Vasia se los cerró y se giró.

—La línea de batalla —exclamó—. ¡Vamos!

Por todas partes había tártaros luchando. Llovían flechas desde todos los lados. Morozko cabalgaba junto a Vasia y le apartaba las flechas con tenacidad y seriedad. Con el Oso atajaban refriegas siempre que podían, con nieve, fuego, terror.

—La línea flaquea —dijo el Oso como si nada. Todavía le brillaba el ojo y tenía el pelaje salpicado de sangre—. Dmitri tendrá que…

Entonces Vasia oyó la voz de Dmitri. Hablaba a pleno pulmón, ileso, rugiendo sobre el bullicio de la batalla.

—¡Atrás! —gritó.

—Eso no es lo ideal —objetó el Oso.

—¿Dónde está? —preguntó Vasia. A duras penas veía con tanta nieve y el barullo de los hombres luchando.

—Allí —dijo Morozko.

Vasia se fijó.

—No lo veo.

—Venga, vamos —dijo el rey del invierno.

Muy juntos, se abrieron paso a golpe de espada a través de la marabunta. De pronto, ella vio a Dmitri, que vestía la armadura de un boyardo cualquiera y empuñaba la espada. Entre gritos, atropelló a un hombre y usó el peso de su caballo para desensillar a otro soldado. Tenía sangre en la mejilla, en el brazo, en la silla y en el cuello del caballo.

—¡Atrás!

Los tártaros avanzaban. A su alrededor, llovían flechas. Una le rozó el brazo a Vasia, pero casi ni lo sintió.

—¡Vasia! —gritó Morozko.

Ella reparó en que le sangraba el brazo.

—El gran príncipe debe vivir —dijo Vasia—. Todo esto habrá sido en vano si él muere.

Y entonces *Pozhar* alcanzó al caballo de Dmitri, levantó las patas delanteras y obligó a otro atacante a retroceder.

Dmitri se volvió y la vio. Le cambió la cara. Se inclinó hacia ella y le cogió el brazo sin fijarse en sus heridas ni en las propias.

—Sasha —dijo—, ¿dónde está Sasha?

La batalla la había dejado entumecida; sin embargo, al oír sus palabras, la bruma que le nublaba la cabeza se despejó un poco y debajo descubrió un dolor horrible. Dmitri se lo adivinó en la cara. Palideció. Apretó los labios. Sin decirle ni una palabra más a Vasia, se dirigió a sus hombres:

—¡Atrás! A la segunda línea del frente. ¡Que avancen!

Habían perdido el orden. Los rusos rompían filas, huían y se refugiaban en la segunda línea, que daba bandazos. Vasia no veía al Oso por ninguna parte y…

Dmitri se volvió de golpe hacia ella.

—Si Oleg pensaba participar, ahora es el momento adecuado.

—Voy a por él —contestó Vasia, y le dijo a Morozko—: No permitas que muera.

Morozko puso cara de querer soltar algún improperio; también la

tenía salpicada de barro y sangre. Un rasguño largo le marcaba el flanco a la yegua. Ya no era el rey del invierno distante, pero se limitó a asentir y ponerse en marcha para alcanzar a Dmitri.

—Si Oleg no nos ha traicionado, dile que ataque el flanco derecho de Mamái —le pidió Dmitri.

Y dio media vuelta para seguir dando órdenes.

Vasia giró con *Pozhar*, intentó sumirse en su invisibilidad y atravesó el avance de la línea tártara en busca de Oleg.

Encontró a los hombres de Riazán bien frescos, esperando sobre una pequeña colina mientras observaban.

—Esto —comentó Vasia al tiempo que se acercaba a caballo— no es lo que se entiende en general cuando le juras al gran príncipe que vas a luchar.

Oleg le sonrió.

—Si lo arriesgas todo a un mazazo, esperas hasta que el golpe vaya a hacer el mayor servicio. —Miró el campo de batalla—. Y ese momento es ahora. ¿Cabalgas conmigo, joven bruja?

—Deprisa —lo instó Vasia.

Él dio una orden; Vasia le dio la vuelta a *Pozhar*. La yegua brillaba al rojo vivo, pero Vasia no notaba el calor.

Los hombres de Riazán corrieron a toda velocidad, dando alaridos. Hacían sonar las cornetas. Vasia se colocó al lado de Oleg y le costó esfuerzo conseguir que *Pozhar* no adelantase a los demás caballos que galopaban con ellos. Vio que los tártaros corrían sorprendidos para responder al ataque en un flanco inesperado y después vio otro movimiento que provenía de los bosques, en el flanco izquierdo de Dmitri. Era la caballería de Vladímir, que salía por fin de entre los árboles en compañía del Oso, que espoleaba a los caballos a la velocidad del terror. Desde allí oía sus risotadas.

Y así atraparon a los tártaros entre ellos, Oleg, Vladímir y Dmitri, e hicieron pedazos el frente.

Aun así, hubo que librar la batalla, una hora sangrienta tras otra, y Vasia no sabía cuánto tiempo había pasado, si días u horas, cuando por fin una voz la hizo volver en sí.

—Vasia —la llamó Morozko—. Ya está. Ya huyen.

Era como si se le hubiese caído un velo de delante. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que se habían reunido en el centro: Oleg, Vladímir y Dmitri, y también ella, el Oso y Morozko.

Dmitri estaba al borde del desmayo por sus heridas; Vladímir lo sostenía. Oleg parecía triunfal. A su alrededor, Vasia no vio más que a sus hombres. Habían ganado.

El viento había amainado y la nieve caía de forma continuada.

Ligera, silenciosa y abundante, cubría por igual los cadáveres amigos y los de los enemigos.

Vasia no podía más que mirar a Morozko, atontada de la impresión y el agotamiento. Una fina cortina de sangre manaba de un rasguño en el cuello de la yegua blanca. Él parecía tan cansado como ella e igual de triste; tenía las manos cubiertas de tierra y sangre. Solo *Pozhar* estaba ilesa: elegante y poderosa, como por la mañana.

Vasia deseó poder decir lo mismo. La herida de flecha del brazo le palpitaba y ese dolor ni siquiera se aproximaba al dolor que tenía en el alma.

Dmitri, pálido como la muerte, se había obligado a levantarse y caminaba hacia ella. Vasia desmontó y fue hacia él.

—Has ganado —le dijo. Hablaba sin emoción alguna en la voz.

—¿Dónde está Sasha? —preguntó el gran príncipe de Moscú.

TREINTA Y SIETE
AGUA DE MUERTE, AGUA DE VIDA

os hombres de Dmitri persiguieron a sus enemigos hasta Mecia: casi cincuenta verstas. Vladímir Andréyevich, Oleg de Riazán y Mijaíl de Tver encabezaban la búsqueda; los príncipes cabalgaban codo con codo, como hermanos, y sus hombres se mezclaban como si fueran agua; a primera vista, no se distinguía quién era de Moscú y quién de Riazán o de Tver, puesto que todos eran rusos. Asaltaron la horda que conformaba la retaguardia de Mamái y mataron al títere que él había impuesto; el general huyó a Caffa, ya que no se atrevía a regresar a Sarái, donde el castigo sería su vida.

El gran príncipe de Moscú y Vasia no participaron en la persecución, sino que Dmitri la siguió hasta una pequeña arboleda resguardada, no muy lejos del río.

Sasha estaba donde lo habían dejado, envuelto en la capa de pieles de Vasia, con el cuerpo limpio e intacto.

Dmitri estuvo a punto de caerse del caballo, pero logró arrodillarse y estrechó a su amigo más querido entre sus brazos. No dijo nada.

Vasia no tenía consuelo que ofrecerle: ella también lloraba.

En la arboleda se hizo un silencio prolongado, al tiempo que terminaba aquel día tan largo y la luz se volvía vaporosa e insustancial. La nieve continuaba cayendo suavemente a su alrededor.

Al final, Dmitri alzó la cabeza.

—Deberíamos llevarlo a la Lavra —dijo con voz ronca—. Para enterrarlo con sus compañeros en tierra sagrada.

—Sergui rezará por su alma —dijo Vasia. Estaba tan ronca como él de tanto gritar y llorar. Se apretó los ojos con la base de las manos —. Recorrió toda esta tierra. La conocía y la amaba. Y pronto será huesos atrapados en la tierra helada.

—Pero habrá canciones —repuso Dmitri—. Te lo juro. No lo olvidaremos.

Vasia no contestó. No sabía qué decir. ¿Qué importaban las canciones? Las canciones no le devolverían a su hermano.

Ya era de noche cuando llegó la carreta que se llevaría el cadáver. Apareció traqueteando en la oscuridad, acompañada de ruido y luz desbordantes y los sirvientes alborotados de Dmitri estaban tan llenos de la victoria que apenas podían rebajar su buen humor por respeto. Vasia no soportaba el ruido ni su alegría; pero, en cualquier caso, Sasha ya no estaba.

Besó la frente de su hermano, se levantó y se adentró en la oscuridad.

No sabía cuándo habían aparecido Morozko y Medved. Tenía la sensación de haber andado sola durante mucho tiempo, sin saber dónde estaba ni hacia dónde se dirigía. Lo único que quería era alejarse del ruido y el hedor, de la sangre y la pena, del triunfalismo salvaje.

Sin embargo, en un momento dado, alzó la mirada y vio que caminaban a su lado.

Los dos hermanos que había conocido en un claro cuando era niña, los dos que le habían marcado la vida y se la habían cambiado. Ambos iban untados en sangre, y al Oso le brillaba el ojo con los restos de la lujuria de la batalla, mientras que Morozko tenía el rostro serio e inescrutable. La enemistad seguía presente entre ellos, pero había cambiado de algún modo, se había transmutado.

«Es porque ya no están en bandos opuestos —pensó, desgastada de tanta pena y agotamiento—. Que Dios me ayude, porque los dos son míos».

Morozko fue el primero en hablar; no a Vasia, sino a su hermano:

—Todavía me debes una vida.

El Oso soltó un resoplido.

—He intentado saldar la deuda. A ella le ofrecí la suya y a su hermano la de él. ¿Es culpa mía que los hombres y las mujeres sean tan necios?

—Quizá no —respondió Morozko—. Pero todavía me debes una vida.

El Oso parecía malhumorado.

—De acuerdo. ¿La de quién?

Morozko se volvió a Vasia con una pregunta en la mirada. Ella lo contempló inexpresiva. ¿Qué vida? Su hermano ya no estaba y en el campo de batalla había incontables cadáveres. ¿Qué vida podía desear en ese instante?

Con mucho cuidado, Morozko se metió la mano en la manga y sacó algo que estaba envuelto en un pañuelo bordado. Lo desenvolvió y se lo ofreció a Vasia con ambas manos.

Era un ruiseñor muerto, con el cuerpo rígido y perfecto que el agua de la vida había mantenido incorrupto. Era como el ruiseñor tallado que había llevado consigo durante noches largas y días duros.

Miró al pájaro y después al rey del invierno, sin palabras.

—¿Es posible? —susurró. Tenía la garganta seca como el polvo.

—Tal vez —respondió Morozko, y miró a su hermano.

Vasia no soportaba mirar. No soportaba escuchar. Se alejó de ellos casi temerosa de las esperanzas que albergaba tan poco tiempo después de la pena. No soportaba verlos conseguirlo y tampoco soportaba verlos fracasar.

No se giró ni siquiera cuando oyó las pisadas de cascos a su espalda. No lo hizo hasta que un hocico suave le rozó con cuidado la mejilla.

Entonces volvió la cara.

Y miró y miró y no podía creérselo. Era incapaz de moverse, incapaz de hablar. Era como si haciendo cualquiera de las dos cosas fuese a romper la ilusión, a hacerla añicos y a quedarse desolada una vez más. Se embebió en la imagen: el pelaje alazán, negro en la penumbra; la estrella de la frente, la mirada oscura y cálida. Lo conocía. Lo quería.

—*Solovéi* —susurró.

—Estaba dormido —dijo el caballo—. Pero esos dos, el Oso y el rey del invierno, me han despertado. Te echaba de menos.

A ella se le partió el corazón de tanto agotamiento y la alegría repentina; se abrazó al cuello del semental alazán y lloró. No era un fantasma. Estaba caliente, vivo, olía como siempre y la textura de su crin al tacto con la piel de su mejilla era tan familiar que le dolió.

—No volveré a separarme de ti —prometió el semental, y la acarició con el hocico.

—Te he echado mucho de menos —le murmuró ella al caballo mientras le derramaba lágrimas calientes en la crin negra.

—Estoy seguro —respondió *Solovéi* con el hocico enterrado en su cuello, y entonces agitó las crines con aires de superioridad—. Pero ya

estoy aquí. ¿Ahora eres la guardiana del lago? Hace mucho tiempo que no tiene señora. Me alegro de que seas tú. Pero deberías haberme tenido a tu lado. Lo habrías hecho todo muchísimo mejor si yo hubiera estado contigo.

—De eso estoy segura —contestó Vasia, y emitió un sonido quebrado que casi era una risa.

Con los dedos enredados en la crin de su caballo, apoyada en su hombro cálido, a duras penas oyó al Oso.

—Bueno, esto es muy conmovedor. Pero yo me largo. Tengo todo un mundo por ver, y ella me prometió la libertad, hermano.

Eso último iba con tono cauteloso, dirigido a su mellizo. Vasia vio al abrir los ojos que el rey del invierno lo contemplaba con sospecha indisimulada.

—Sigues a mi servicio —le recordó Vasia al Oso—. Y debes cumplir tu promesa. Los muertos no revivirán.

—Los hombres crean caos de sobra sin que yo los ayude. Voy a disfrutar de ello, nada más. Y quizá les provoque pesadillas a más de uno.

—Si haces cualquier cosa peor que eso, los cherti me lo dirán. —Vasia levantó las muñecas doradas: una amenaza y una promesa.

—No haré nada peor.

—Te llamaré —dijo—. Si te necesito.

—Lo harás —repuso él—. Y puede que hasta responda.

Le hizo una reverencia. Después se marchó y enseguida desapareció en la penumbra.

El campo de batalla estaba desierto. Había salido la luna, que estaba en algún lugar, detrás de las nubes. La helada había endurecido la tierra. Los muertos yacían con los ojos abiertos, tanto hombres como caballos, y los vivos los sorteaban con la luz de las antorchas; buscaban amigos muertos o robaban lo que podían.

Vasia apartó la mirada.

Los cherti ya se habían esfumado: a sus bosques y riachuelos, aferrados a la promesa de Dmitri y de Sergui y de Vasia.

«Podemos compartir esta tierra. Esta tierra que hemos defendido».

Quedaban tres cherti. Uno era Morozko, de pie y en silencio. El segundo era una mujer, cuyo pelo claro como el amanecer caía sobre la oscuridad de su piel. El tercero era un pequeño espíritu de las setas que resplandecía con una luz verdosa.

Vasia hizo una reverencia ante Ded Grib y Polunochnitsa, solemne y con los hombros rectos, aunque sabía que tenía la cara tan hinchada y llena de manchas que parecía una niña, de tanta pena y alegría dolorosa.

—Amigos míos —dijo—. Habéis vuelto.

—Has conseguido la victoria, señora —contestó Medianoche—. Somos testigos de ello. Hiciste promesas y las has cumplido. Somos tuyos, los cherti, de verdad. He venido a decirte que la anciana… se alegra.

Vasia no podía más que asentir con la cabeza. ¿Qué le importaban las promesas y si las había cumplido o no? El precio había sido demasiado costoso. Pero entonces se lamió los labios y respondió:

—Dile… Dile a mi bisabuela que iré a verla en la Medianoche si me lo permite. Tengo mucho que aprender. Y gracias. A los dos. Por vuestra fe. Y vuestras lecciones.

—Esta noche no —intervino Ded Grib con su voz aguda y su sentido común—. Esta noche no vas a aprender nada. Ve a buscar un lugar limpio. —Le clavó una mirada funesta a Morozko—. Seguro que conocéis algún buen lugar, rey del invierno. Aunque en vuestro reino haga demasiado frío para las setas.

—Sé de un sitio —respondió Morozko.

—Os veré junto al lago, a la luz de la luna —les dijo Vasia a Ded Grib y a Polunochnitsa.

—Allí te esperaremos —prometió Medianoche.

Ded Grib y ella desaparecieron tan rápido como habían aparecido.

Vasia se apoyó en el hombro de *Solovéi*, tan desconcertada por la pena como por la dicha. Morozko ahuecó las manos.

—Vamos —dijo—, por fin.

Sin decir ni una palabra, ella apoyó el pie en sus manos y dejó que la ayudase a montar a lomos de *Solovéi*. No sabía adónde iban, salvo que era en una dirección que para su alma significaba alejarse. Alejarse del ruido y de los olores, de la gloria y la futilidad.

Solovéi la llevaba con cuidado, con el cuello arqueado; y *Pozhar*, que brillaba en la oscuridad, les irradiaba calor a ambos.

Al final, llegaron a la cima de una pequeña loma. Todo el campo de batalla se extendía, empapado de sangre, a sus pies. Vasia desmontó y se acercó a *Pozhar*.

—Gracias, señora —le dijo—. ¿Vas a volar libre, tal como hace tanto que deseas?

Pozhar alzó la cabeza con aire distante y abrió las fosas nasales como si olisqueara el viento del cielo. Pero entonces agachó la cabeza dorada con delicadeza y le mordisqueó el pelo a Vasia.

—Cuando regreses al lago, estaré allí —le dijo—. Dejaré que me prepares un lugar cálido para las noches de tormenta y que me cepilles la crin.

Vasia sonrió.

—Cuenta con ello.

Pozhar echó las orejas un ápice hacia atrás.

—No descuides el lago. Siempre necesitará una guardiana.

—Seré su guardiana —aseguró Vasia—. Y protegeré a mi familia. Y cabalgaré por el mundo, entretanto, por las tierras más alejadas de la oscuridad y del día. Suficiente para una vida. —Hizo una pausa—. Gracias —le dijo a la yegua—. No sé decirte cuánto te lo agradezco.

Entonces retrocedió.

La yegua levantó la quijada; tenía un ribete de llamas pequeñas en las puntas de las crines. Inclinó una oreja hacia *Solovéi*, tal vez con un toque de coquetería. Él soltó un resoplido suave. Después, la yegua se alzó sobre las patas traseras, arriba, arriba. Se le encendieron las alas, brillaban más que el pálido sol de la mañana, y los copos de nieve se tornaron dorados y los remolinos arrojaron sombras suaves. El pájaro de fuego echó a volar, pura gloria. Los hombres que lo vieron desde lejos, más adelante dirían que habían visto un cometa, una señal de la bendición de Dios, volando entre el cielo y la tierra.

Vasia lo observó marcharse con la vista fija en su resplandor y no bajó la mirada hasta que *Solovéi* le rozó la parte baja de la espalda con el hocico. Enterró la cara en la crin de su caballo y respiró su fragancia reconfortante. Él no tenía el mismo olor penetrante y alarmante a humo que *Pozhar*. Durante un segundo, llegó a olvidar el hedor de la sangre y la porquería, del fuego y el hierro.

Sintió frío a su espalda; levantó la cabeza y se volvió.

Morozko tenía las uñas llenas de tierra, una mancha de hollín en la mejilla. La yegua blanca, a su espalda, parecía tan cansada como él y, aunque orgullosa, dejaba colgar la cabeza. Frotó el hocico contra el pelaje de *Solovéi*, su potro, con cuidado.

Morozko parecía cansado, como se cansan los hombres al cabo de una larga jornada de trabajo. Le buscó la mirada.

Ella le cogió las manos.

—¿Siempre va a ser así para ti, mientras vivas? —le preguntó—. ¿Tendrás que estar a nuestro lado y llorar nuestra pérdida?

—No lo sé —respondió él—. Tal vez sí. Pero creo que prefiero sentir dolor que no sentir nada. Quizá me haya convertido en mortal, al final.

Hablaba con sarcasmo, pero entonces la rodeó con el brazo y ella se le abrazó al cuello y le apoyó la cabeza en el hombro. Él olía a tierra y sangre y miedo, a la matanza de ese día. Pero por debajo, como siempre, estaba la fragancia del agua fría y los pinos.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y se lo acercó y lo besó con vehemencia, como si por fin hubiera llegado el momento de dejarse

llevar, de olvidar, con el roce de sus manos, los deberes y también el horror que había atestiguado ese día.

—Vasia —le dijo en voz baja, al oído—, ya casi es medianoche. ¿Adónde quieres ir? —Tenía los dedos enredados en los nudos de su pelo.

—A algún lugar donde haya agua limpia —propuso ella—. Estoy harta de tanta sangre. ¿Y después? Al norte. Para contarle a Olia que… —Dejó la frase sin acabar y necesitó afianzar la voz antes de continuar—. Quizá, después, podríamos cabalgar juntos hasta el mar y ver la luz en el agua.

—Sí —contestó él.

Vasia estuvo a punto de sonreír.

—¿Y después? Bueno, tú tienes un reino en el bosque invernal y yo tengo el mío a orillas de un lago. Quizá podríamos fundar un país en secreto, un país de sombras, por detrás y por debajo de la Rusia de Dmitri. Siempre tiene que haber un lugar para los cherti, para las brujas y los hechiceros, y para los seguidores de los bosques.

—Sí —repitió él—. Pero esta noche: comida y aire fresco, agua limpia y tierra sin mancillar. Ven conmigo, snegurochka. Sé de una casa en un bosque invernal.

—Yo también —dijo ella.

Un pulgar le secó las lágrimas.

Ella habría dicho que estaba demasiado cansada para saltar a lomos de *Solovéi*, pero lo hizo su cuerpo a pesar de todo.

—¿Qué hemos ganado? —le preguntó Vasia a Morozko cuando partieron.

Había dejado de nevar y el cielo brillaba despejado. La estación de las heladas apenas había empezado.

—Un futuro —respondió el demonio de las heladas—. Puesto que dentro de años los hombres dirán que esta fue la batalla que convirtió a la Rus en la nación de todo un pueblo. Y los cherti seguirán viviendo sin desvanecerse.

—Incluso siendo así, el precio ha sido muy alto —repuso ella.

Cabalgaban muy juntos, y él no contestó. La oscuridad salvaje de la Medianoche los rodeaba. Pero en algún lugar, al frente, una luz brillaba entre los árboles.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

asi desde que empecé el borrador de *El oso y el ruiseñor*, sabía que quería acabar la trilogía con la batalla de Kulikovo. Esa batalla siempre me ha parecido un punto natural de reconciliación para muchos de los conflictos que quería tratar a lo largo de las páginas de estos tres libros: la Rus contra los tártaros, los cristianos contra los paganos, Vasia y su intención de reconciliar sus deseos y ambiciones con las necesidades de su familia y de su nación.

El camino que tracé para llegar hasta la batalla ha variado una barbaridad desde el principio. Pero el destino final no ha cambiado.

La batalla de Kulikovo fue una batalla real. En 1380, junto al río Don, el gran príncipe Dmitri Ivánovich se ganó su sobrenombre histórico Donskói, el del Don, cuando lideró un ejército compuesto por diferentes principados rusos contra la hueste que comandaba el témnik tártaro Mamái.

Ganó Dmitri. Era la primera vez que el pueblo ruso unía sus fuerzas bajo el liderazgo de Moscú para derrotar a un adversario extranjero. Algunos dicen que el acontecimiento señala el nacimiento espiritual de la nación rusa. Yo he escogido tratarlo como tal, a pesar de que, en realidad, la importancia histórica de la batalla está sujeta a un debate recurrente. ¿Quién si no una novelista tiene derecho a escoger las interpretaciones históricas que más le convienen?

Mi versión de cuento de hadas de esta batalla no presta atención a la gigantesca maniobra política y militar que condujo hasta el acontecimiento en sí: las amenazas, las refriegas, las muertes, los

matrimonios y las demoras.

No obstante, los principales acontecimientos de mi versión de Kulikovo provienen de la historia:

Un monje guerrero llamado Aleksandr Peresvet se batió de verdad en un combate singular contra un guerrero tártaro llamado Chelubéi y murió pese a resultar vencedor. Dmitri se hizo pasar por uno de sus boyardos menores para poder luchar con sus hombres sin que el enemigo lo identificase. El papel de Oleg de Riazán en la batalla realmente fue ambiguo: quizá traicionase a los rusos, tal vez a los tártaros, o puede que nada más quisiera trazar un camino entre ambos.

Todo eso es verdad.

Y tal vez, aparte de la batalla que ha pasado a los anales de la historia, se librase otra entre hombres santos y cherti en la que se decidió cómo coexistir en esa tierra. ¿Quién sabe? El concepto de dvoieverie, la doble fe, persistió en Rusia hasta la revolución. La ortodoxia coexistía en paz con el paganismo. ¿Puede alguien afirmar que no fuese obra de una chica de ojos verdes y dones extraños?

A fin de cuentas, ¿quién se cree capaz de negar que los tres guardianes de Rusia sean una bruja, un demonio de las heladas y un espíritu del caos?

A mí me parece acertado.

Gracias por leer hasta el final. Empecé la saga en una tienda de campaña, en una playa de Hawái, cuando tenía veintitrés años. Y ahora tú tienes en las manos la última parte de ese trabajo.

Todavía me asombra el trayecto que he recorrido y no tengo palabras para expresar lo agradecida que estoy de haberlo hecho.

NOTA SOBRE LOS NOMBRES RUSOS

as convenciones rusas en cuanto a nombres y tratamiento no son tan complicadas como podría parecer por la acumulación de consonantes, pero son tan diferentes de las convenciones en inglés que vale la pena explicarlo. Los nombres rusos modernos se dividen en tres partes: el nombre, el patronímico y el apellido. En la Rusia medieval, la gente tenía, en general, solo el nombre y, entre los nobles, el nombre y el patronímico.

NOMBRES Y APODOS

En el ruso abundan muchísimo los diminutivos. Cualquier nombre ruso da pie a una larga lista de apodos. Por ejemplo, el nombre Yekaterina deriva en Katerina, Katia, Katiusha o Katenka, entre otros. Estas variaciones se usan a menudo de forma indistinta para referirse a la misma persona, dependiendo del grado de familiaridad del hablante y del capricho del momento.

Aleksandr — Sasha
Dmitri — Mitia
Vasilisa — Vasia, Vasochka
Rodión — Rodia

Yekaterina — Katia, Katiusha

PATRONÍMICOS

El patronímico ruso deriva del nombre del padre de cada uno. Varía dependiendo del género. Por ejemplo, el padre de Vasilisa se llama Piotr. Su patronímico, derivado del nombre de su padre, es Petrovna. Su padre Alekséi usa el masculino: Petróvich.

En ruso, para indicar respeto no se trata de usted a las personas ni de señor o señora como en inglés, sino que se usa el nombre y el patronímico. Al conocer a Vasilisa, un extraño la llamaría Vasilisa Petrovna. Cuando Vasilisa se hace pasar por chico, se hace llamar Vasili Petróvich.

Cuando una mujer de alta cuna se casaba en la Rus medieval, cambiaba su patronímico, si lo tenía, por un nombre derivado del nombre de su marido. Así pues, Olga, que creció siendo Olga Petrovna, se convierte en Olga Vladimírova, mientras que la hija de Olga y Vladímir se llama María Vladímirovna.

GLOSARIO

Baba Yaga: Una vieja bruja que aparece en muchos cuentos rusos. Va por ahí montada en un mortero que dirige con la mano de mortero; a su paso, borra las huellas con una escoba de abedul. Vive en una cabaña que da vueltas sobre un par de patas de gallina. En la trilogía de *El oso y el ruiseñor* es la bisabuela de Vasia.

Bánnik: Habitante de los baños, guardián de esta estancia en el folklore ruso.

Bátiushka: Literalmente «pequeño padre», usado para dirigirse con respeto a los eclesiásticos ortodoxos.

Belye: Boletus, un tipo de seta.

Boyardo: Miembro de la aristocracia de Kiev o, más tarde, de la aristocracia moscovita. Segundo en la jerarquía, superado únicamente por el *kniaz* o príncipe.

Caffa: Una ciudad de Crimea que ahora se conoce como Feodosia. En la era de la trilogía de *El oso y el ruiseñor*, la ciudad estaba bajo el control de los genoveses.

Catedral de la Asunción: Uspenski sobor. También conocida como la catedral de la Dormición. Conmemora la dormición o tránsito de la Virgen. Ubicada en el kremlin del Moscú actual, el edificio original de piedra caliza se empezó a construir en 1326 y se consagró en 1327. El edificio que existe hoy en día en el emplazamiento original data del siglo XVI.

Chelubéi: Los cronistas rusos lo llamaron Chelubéi, mientras que sus paisanos lo llamaban Temir Murza; fue el campeón del bando tártaro al inicio de la batalla de Kulikovo. Lo derrotó Aleksandr Peresvet.

Chernomor: Un viejo hechicero y el rey del mar del folclore ruso, cuyo nombre deriva del nombre del mar Negro. Acompañado de sus treinta y tres hijos, en el cuento del zar Saltán salía del mar para proteger la isla de la doncella cisne.

Cherti (en singular, chert): Demonios. En este caso, es el nombre colectivo que aúna los diferentes espíritus del folclore ruso. Otro término, quizá más acertado, es nechistye sily, que significa fuerzas impuras, pero resulta demasiado complicado de pronunciar para

lectores no rusófonos.

Cruz bizantina: También conocida como la cruz patriarcal, tiene un travesaño horizontal más pequeño encima del principal y a veces también un travesaño inclinado cerca del pie.

Dan: Tributo. En este caso, el tributo que la Rus conquistada le debía a los señores mongoles.

Ded Grib: Abuelo seta. Este personaje no tiene fuentes históricas, es un homenaje inspirado en un personaje de la vieja película soviética *Morozko*.

Dmitri Donskói: En la trilogía de *El oso y el ruiseñor*, se llama Dmitri Ivánovich. Tras la victoria en la batalla de Kulikovo, se ganó el sobrenombre de «el Don».

Domovói: En el folclore ruso, el guardián del hogar, el espíritu de la casa. En *El invierno de la bruja* aparece en femenino, domóvaia. En algunas fuentes, el domovói tenía una esposa que se llamaba kikímora, pero pensé que, en el caso de la casa de una bruja, era más adecuado usar el nombre del principal guardián del hogar, pero en femenino.

Dvor: Patio. El espacio entre los edificios externos de la propiedad de un ruso medieval de alta cuna.

Dvorovói: En el folklore ruso, el guardián del patio.

Escribir iconos: Traducción literal de la expresión rusa. En ruso, cuando se habla de pintar iconos, se usa el verbo *escribir (pisat / napisat)*.

Gamayun: En el folklore ruso, el guardián del patio.

Ger (yurta): Una tienda redonda portátil hecha de fieltro o de pieles que utilizaban los ejércitos mongoles durante las campañas. En general, se montaban y se desmontaban todas las noches, pero la mejor de todas, la que usaba el kan o el líder de la hueste, a menudo se dejaba tal cual y se transportaba de un lugar a otro sobre una plataforma gigante de la que tiraban bueyes.

Gospodín: trato de respeto para dirigirse a un hombre, más formal que la palabra señor. Puede traducirse como señor en el sentido nobiliario que tiene la palabra inglesa *lord*.

Gosudar: su Majestad o Soberano.

Gran kan: Gengis Kan. Sus descendientes gobernaron Rusia durante doscientos años mediante la Horda de Oro.

Gran príncipe *(veliki kniaz)*: título ostentado por el gobernador de un principado como el de Moscú, Tver o Smolensk en la Rusia medieval. El título de zar no se utilizó hasta la coronación de Iván el Terrible en 1547. *Veliki kniaz* se traduce a menudo como gran duque.

Hegúmeno: El hombre al mando de un monasterio ortodoxo, equivalente a un abad en la tradición occidental.

Hermanita: Traducción del término ruso *sestrionka*, que puede aplicarse a hermanas mayores o menores.

Hermanito: Traducción del término ruso *bratishka*, que se usa para referirse cariñosamente a un hermano mayor o menor.

Hermano Aleksandr Peresvet: Un monje y miembro de la Lavra de la Trinidad que vivió en la época de Sergui Rádonezhski. Se batió contra Chelubéi en combate singular al inicio de la batalla de Kulikovo. Ambos murieron, pero según las fuentes rusas, Chelubéi cayó primero del caballo.

Hidromiel: Vino hecho fermentando una solución de miel y agua.

Horda de Oro: Un kanato mongol fundado por el kan Batu en el siglo XII. Adoptó el islam a principios del siglo XIV y en su momento de máximo apogeo llegó a gobernar una gran parte de lo que hoy en día es la Europa del Este, zona que incluía Moscovia.

Horno: El horno ruso, o *pech*, es una construcción enorme cuyo uso se extendió en el siglo XV tanto para cocinar como para calentar la casa. Un sistema de conductos repartía el calor por la casa y, a menudo, familias enteras dormían en la parte superior para aprovechar el calor durante el invierno.

Iconostasio: Una pared de iconos dispuestos en un orden específico que separa la nave del santuario en una iglesia ortodoxa.

Isba: Casa pequeña hecha de madera donde vivían los campesinos. Solían estar decoradas con madera tallada.

Iván: Referencia al cuento de María Morevna, en el que Iván, después de que un hechicero malvado lo haga pedazos, recupera la vida a manos de sus cuñados, los príncipes pájaro, que le consiguen el agua de la muerte (que sana las heridas) y el agua de la vida (que le devuelve la vida).

Kokóshnik: Tocado ruso. Hay varios estilos, dependiendo de la época y de la zona geográfica. La palabra suele referirse al tocado cerrado que llevaban las mujeres casadas, pues los de las doncellas estaban abiertos por atrás. Estaban reservados a la nobleza, mientras que la manera más común de cubrirse la cabeza en la época medieval era con un pañuelo.

Kolomna: Una ciudad de la región moscovita que existe en la actualidad. Es posible que el nombre derive del equivalente en ruso antiguo de la palabra *meandro*. Catalina la Grande le concedió el escudo. Es el lugar donde Dmitri reunió a su ejército ruso antes de marchar hacia Kulikovo.

Kremlin: Complejo fortificado en el corazón de una ciudad rusa.

Aunque en la actualidad muchas lenguas han adoptado la palabra para referirse al ejemplo más famoso de todos, el Kremlin de Moscú, la mayoría de las ciudades antiguas de Rusia cuentan con uno. En sus inicios, toda la ciudad de Moscú estaba contenida en el kremlin, pero con el tiempo se extendió más allá de las murallas.

Kulikovo: Kulikovo Pole, literalmente «el Campo de los Chorlos». Es la ubicación de la historia batalla de Kulikovo, que se libró en 1380.

Lavra de la Trinidad (la Lavra de la Trinidad y San Sergio): El monasterio fundado por san Sergui Rádonezhski en 1337, a unos sesenta y cinco kilómetros al noreste de Moscú.

Lesnaya Zemliá: Literalmente «tierra de bosques». Es el pueblo de donde proceden Vasia, Sasha y Olga, el escenario de gran parte de la acción de *El oso y el ruiseñor* al que se hace referencia múltiples veces en *La chica en la torre*.

Maslenitsa: Viene de la palabra rusa *maslo*, que significa mantequilla. Originalmente se trataba de una festividad pagana que señalaba el final del invierno, pero con el tiempo se incorporó al calendario ortodoxo como una gran fiesta antes de que empezase la cuaresma (más o menos el equivalente del carnaval en occidente). Antes de que empezase la festividad había que consumir todos los alimentos de origen animal y, durante los días festivos, la gente horneaba tortas redondas que simbolizaban el sol naciente con los restos de aceite y mantequilla. Hoy en día, Maslenitsa dura una semana. En *La chica en la torre*, los días festivos son tres. El último día se llama el Día del Perdón y, según marca la tradición, si ese día acudes a suplicarle el perdón a alguien a quien hayas ofendido, esa persona debe concedértelo.

Létnik: Una prenda ligera femenina, de mangas largas y anchas que llega hasta la pantorrilla y se lleva sobre una camisola.

Lisíchki: Rebozuelos, un tipo de setas.

Mátushka: Literalmente, «pequeña madre» para referirse con afecto a una madre.

Metropolitano: Jerarca eclesiástico de la iglesia ortodoxa. En la época medieval, el metropolitano de la iglesia de la Rus era la máxima autoridad ortodoxa de Rusia y lo nombraba el patriarca bizantino.

Monasterio del Arcángel: El nombre completo del monasterio era Monasterio del Arcángel Miguel de Alekséi, también conocido como el monasterio de Chúdov, de la palabra rusa *chudo*, que significa milagro. Estaba dedicada al milagro del arcángel Miguel en Colosas, según el cual se dice que el arcángel le concedió el habla a una chica muda. Lo fundó el metropolitano Alekséi en 1358.

Moscovia: (del latín *Moscovia* a partir del original *Moscov*) Hace

referencia al gran ducado o gran principalidad de Moscú. Durante siglos, Moscovia fue el apelativo habitual en occidente para referirse a Rusia. Originalmente, Moscovia cubría un territorio modesto que se extendía hacia el norte y el este desde Moscú, pero a partir de finales del siglo XIV y a principios del XVI creció de forma exponencial y en 1505 ocupaba dos millones y medio de kilómetros cuadrados.

Moscú (en ruso, Moscova): La capital actual de la Federación de Rusia moderna, fundada por el príncipe Yuri Dolgoruki en el siglo XII. Durante mucho tiempo estuvo a la sombra de ciudades como Vladímir, Tver, Súzdal y Kiev, pero ganó importancia tras la invasión mongola, bajo el liderazgo de una serie de príncipes competentes y emprendedores de la dinastía Rúrika.

Oleg de Riazán: También conocido como Oleg Riazanski, fue el gran príncipe de Riazán durante la segunda mitad del siglo XIV. El papel que desempeñó en el periodo previo a la batalla de Kulikovo y durante la batalla es ambiguo. Hay fuentes que lo sitúan en el bando de los tártaros. Otras dicen que intentó granjearse el favor de ambos bandos a fin de salir beneficiado, ganara quién ganase. Es posible que fuese el primero en comunicarle a Dmitri que las fuerzas de Mamái avanzaban hacia Kulikovo y puede que demorase su llegada a la batalla y desviase a los refuerzos de Mamái para que Dmitri tuviera oportunidad de ganar. Cabe la posibilidad de que permitiese que sus boyardos luchasen en el bando ruso, pero que él mismo se mantuviera al margen.

Otche nash: Frase con la que empieza el padrenuestro en el antiguo eslavo eclesiástico. Hoy en día, es habitual que esta plegaria se memorice y recite en su forma antigua y no en ruso moderno.

Patente: Término empleado en la historiografía rusa para los decretos oficiales de la Horda de Oro. Todos los gobernantes de la Rus debían tener una patente o *yarlik* firmada por el kan que les otorgase autoridad para gobernar. Las pugnas por las patentes de las distintas ciudades fueron una parte importante de las intrigas entre príncipes rusos a partir del siglo XIII.

Patriarca ecuménico: el jefe supremo de la iglesia ortodoxa, con sede en Constantinopla (la actual ciudad de Estambul).

Poludnitsa: La señora del Mediodía, hermana de la señora de la Medianoche, que vaga por los campos de heno y provoca ataques al corazón con una hoz.

Polunochnitsa: Literalmente, la mujer de la medianoche. La señora de la Medianoche, un demonio que solo sale a medianoche y les provoca pesadillas a los niños. Según el folclore, vive en un pantano

y existen muchos ejemplos de canciones que cantan los padres para devolverla a su hogar. En *El invierno de la bruja*, este personaje folclórico se asocia con Noche, la sirvienta de Baba Yaga en el cuento de Vasilisa la Bella.

Posad: Una zona adyacente a las murallas fortificadas de una ciudad rusa, a menudo el lugar donde se hacía el mercado. Con el paso de los siglos, el posad se convertía en un centro administrativo o en una población independiente.

Pozhar: Fuego, hoguera. Es el nombre de la yegua dorada de *El invierno de la bruja*, que también es un pájaro de fuego. El origen del nombre está presente en la palabra rusa que significa pájaro de fuego: *zhar ptitsa*.

Río Moscova: Río en cuya orilla se fundó Moscú.

Río Neglínnaya: En sus inicios, Moscú se construyó en una colina entre el Moscova y el Neglínnaya, dos ríos que formaban un foso natural. Hoy en día, el Neglínnaya es un río subterráneo de la ciudad de Moscú.

Rubakha: Una camisola de manga larga que era la principal prenda de ropa interior de las mujeres rusas medievales y la única que se lavaba con regularidad.

Rus: Los rus eran un pueblo de origen escandinavo. En el siglo IX de la era común, invitados por las tribus enfrentadas de los eslavos y fínicos, establecieron la dinastía Rúrika, que con el tiempo acabó abarcando gran parte de lo que hoy en día es Ucrania, Bielorrusia y la Rusia occidental. El territorio que gobernaban acabó adoptando su nombre, ya que era el pueblo súbdito de la dinastía, que duró desde el siglo IX hasta la muerte de Iván IV en 1584.

Rusia: Entre los siglos XIII y XV no hubo un sistema de gobierno unificado en Rusia. Los rus vivían gobernados por una serie de príncipes rivales (kniazéi) que juraban lealtad a los señores mongoles. La palabra Rusia no se extendió hasta el siglo XVII y, por lo tanto, en un contexto medieval, se refiere a un territorio con una cultura y una lengua comunes, en lugar de a una nación con un gobierno unificado. La frase «todas las rusias» se refiere a esos distintos estados en lugar de a un todo unificado.

Sapoguí: Botas cortas, hechas, en general, con varios trozos de cuero. La puntera era redondeada debido a que, en esta era, el calzado no distinguía entre el pie derecho y el izquierdo.

Sarái: Proviene de la palabra persa que significa palacio y es la capital de la Horda de Oro, que se construyó junto al río Ajtuba y más adelante se trasladó algo más al norte. Varios príncipes de la Rus iban a Sarái a rendir tributo y recibir las patentes del kan para

gobernar sus territorios. En un momento dado, Sarái era una de las ciudades más grandes del mundo medieval y su población rebasaba el medio millón de habitantes.

Sarafán: Un vestido sin mangas y con tirantes que se llevaba sobre una blusa de manga larga. El uso de esta prenda se extendió a principios del siglo XV. Yo lo he usado en *El oso y el ruiseñor* y en esta novela porque para el lector occidental este tipo de vestido evoca una Rusia de cuento.

Sérpujov: En la actualidad es una ciudad situada a unos cien kilómetros al sur de Moscú. Se fundó durante el reino de Dmitri Iványovich para proteger las zonas al sur de Moscú y se le concedió al primo de Dmitri, Vladímir Andréyevich (el marido de Olga en *La chica en la torre*). Sérpujov no se convirtió en ciudad hasta finales del siglo XIV. En esta novela, a pesar de ser la princesa de Sérpujov, Olga vive en Moscú porque en esa época Sérpujov consistía en poco más que árboles, una fortaleza y un puñado de cabañas. Su marido acostumbra a estar fuera, tal como ocurre en esta novela, ocupándose de ese fuerte en nombre del gran príncipe.

Snegurochka: Deriva de la palabra rusa *sneg*, que significa nieve. La doncella de nieve es un personaje que aparece en varios cuentos rusos. En *El invierno de la bruja*, también es el mote que Morozko usa para dirigirse a Vasia.

Solovéi: Ruiseñor, es como se llama el semental alazán de Vasia.

Terem: La palabra hace referencia tanto al lugar específico donde vivían las mujeres de alta cuna de la vieja Rusia (los pisos superiores de una casa, un ala aparte o incluso un edificio separado y conectado por un pasadizo a la parte del palacio habitada por los hombres) como a la costumbre moscovita de recluir a las mujeres de la aristocracia. Se cree que deriva del término griego *teremnon* (vivienda) y que no guarda relación con la palabra árabe *harem*. El origen de la tradición es un misterio, debido a la falta de documentación original de la Moscovia medieval. La tradición del terem alcanzó su auge en los siglos XVI y XVII. Pedro el Grande terminó con esta práctica y devolvió a las mujeres a la esfera pública. El terem significaba que, en la práctica, las mujeres rusas de alta cuna vivían vidas totalmente separadas de los hombres, de modo que las jóvenes se criaban en el terem y no salían de allí hasta que se casaban. Es probable que la princesa cuyo padre la tiene encerrada con tres veces nueve cerrojos, un tema recurrente en los cuentos de hadas rusos, provenga de esta tradición.

Tuman: Niebla, el nombre del caballo gris de Sasha.

Ulus: Nación, tribu, seguidores.

Upyr: La versión eslava de los vampiros. Más monstruosa y menos elegante que la variante occidental europea.

Vazila: En el folklore ruso, el guardián del establo y protector del ganado.

Verst: En ruso, versta; la palabra inglesa deriva del genitivo plural. Unidad de distancia que equivale más o menos a un kilómetro o dos tercios de milla.

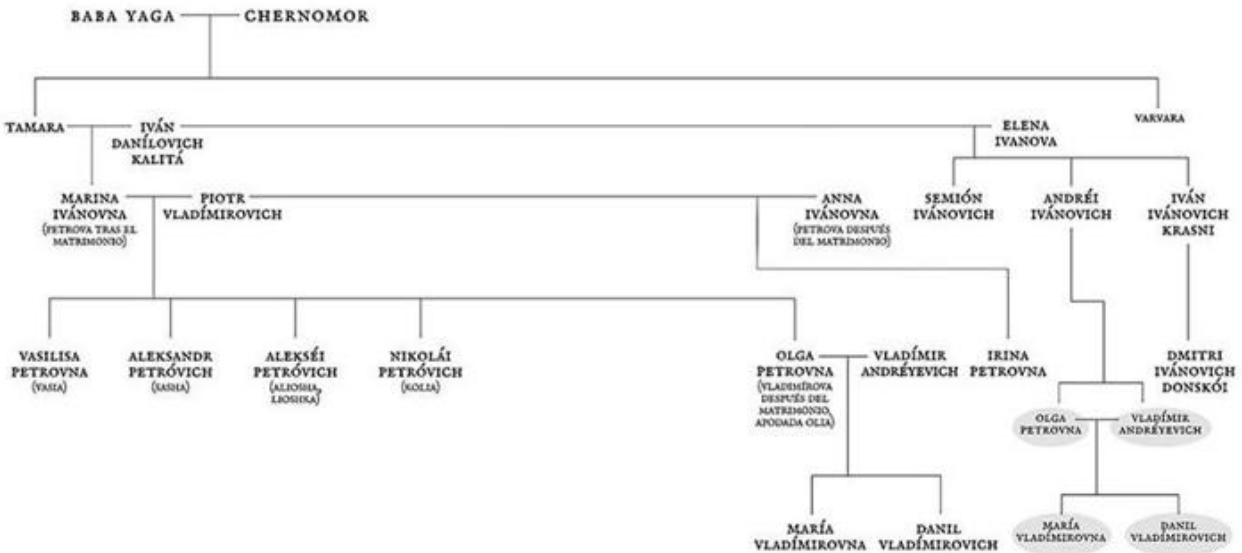
Viedma: Bruja, mujer sabia.

Vladímir: Una de las principales ciudades de la Rus medieval, situada a unos ciento noventa kilómetros al este de Moscú. Se cree que se fundó en 1108 y muchos de sus edificios antiguos continúan intactos.

Vladímir Andréyevich: Llamado el Valiente (krabriy), es el más conocido de los príncipes de Sérpujov. Consiguió el sobrenombre por la valentía que demostró luchando en las guerras de Dmitri Donskói y era, además, primo hermano y consejero de Dmitri. En *El invierno de la bruja*, es el marido de Olga, hermana de Vasia.

Zapona: Una prenda exterior antigua que llevaban las doncellas sobre una camisola de manga larga. Era una tira rectangular de tela que tenía una abertura en el centro para la cabeza y se llevaba sobre los hombros con una parte del rectángulo delante y otra detrás. No se cosía por los costados, sino que se llevaba con un cinturón.

EL LINAJE DE VASILISA PETROVNA



AGRADECIMIENTOS

e invertido siete años de mi vida en la trilogía de *El oso y el ruiseñor* y he contado con la bondad de más personas de las que puedo contar. Escribir un libro es un ejercicio solitario, pero acabarlo y publicarlo es obra de muchos, tanto en lo general como en lo particular. Le doy las gracias a todos los que se adentraron en el bosque conmigo y con Vasia en 2011 y han seguido con nosotras hasta este final agridulce.

Supongo que al departamento de ruso del Middlebury College, tanto el actual como el de entonces, le parecerá que este es un uso poco ortodoxo de mi educación, pero agradezco esos años de historia, gramática y conjugaciones, sin los que no habría abordado la escritura de esta saga. Gracias en particular a Tatiana Smorodinskaya y a Sergei Davydov por ser mentores y amigos y por revisar mi traducción de Pushkin.

Un enorme agradecimiento a mi agente Paul Lucas, que fue la primera persona, aparte de mi madre, en leer este libro y creer en él ya en 2014 y quien, además, ha sido una fuente de buenos consejos y sentido común desde entonces. Y también a todos los de Janklow and Nesbit y los de Cullen Stanley International, sobre todo a Stephanie Koven, Brenna English-Lowb y Suzannah Bentley.

A los de Ebury, que están al otro lado del charco: Gillian Green, Stephanie Naulls y Tess Henderson, muchas gracias por acercar mi trabajo a los lectores del Reino Unido y gracias por vuestra constante hospitalidad y las magdalenas cada vez que os he visitado. Un

agradecimiento especial para Vlad Sever y su equipo de Croacia, que han hecho la edición más preciosa de *El oso y el ruiseñor* que he visto.

A la gente de Del Rey y Ballantine, que durante los últimos años han sido para mí y para mis libros la mejor editorial que podría tener una escritora: gracias a Scott Shannon, Tricia Narwani, Keith Clayton,

Jess Bonet, Melissa Sanford, David Moench, Anne Speyer y Erin Kane.

A Jennifer Hershey, mi brillante editora, gracias por hacerme continuar cuando yo creía que no podría; gracias por cuatro años de buenas ideas, gracias por seguir a mi lado a pesar de algunos borradores cuestionables. Esta saga no existiría sin ti.

A mis compañeros de casa, RJ y Pollaidh (chica, tú eres miembro honorífico), Garret, Camila y Blue: chicos sois la mejor familia que podría haber querido. Teneros en mi vida mientras trasteabais en la cocina, me contabais chistes malos, me hacíais probar la enésima cerveza horrible y os metíais conmigo por las cajas de libros de debajo de la cama es lo que ha hecho que siga estando cuerda y feliz. Os quiero a todos.

A los Johnson: Peter, Carol Anne, Harrison y Gracie, gracias por vuestra hospitalidad y vuestro entusiasmo. A Abhay Morrisey, gracias por llevarme a volar, literalmente, cuando necesitaba un descanso. A los Roxendal: Bjorn, Kim, Josh, David, Eliza, Dana, Mariel, Joel, Hugo y a todos vosotros, gracias por permitirme pasar tantos meses escribiendo en el sofá. A Allie Brudney, gracias por ser maravillosa, por acudir a todos los eventos que puedes, porque las amigas de la universidad son las mejores. A Jenny Lyons y al resto del personal de la librería Vermont Book Shop, gracias por vuestro apoyo constante. A la gente de la Stone Leaf Tea House, gracias por las tardes de invierno que pasé escribiendo un libro en vuestra tetería.

A mi familia: Mike Buls y Beth Fowler, John Burdine y Sterling Burdine y Elizabeth Burdine, os quiero a todos. Gracias por todo.

A Evan Johnson, que me obliga a comer y dormir cuando lo único que yo quiero hacer es escribir; mi compañero de carreras y aventuras, mi compañero de vida y mi mejor amigo: te quiero.

Por último, gracias a todos, a muchísima más gente de la que puedo nombrar, a los libreros y los lectores que leen mis libros o se lo han recomendado a alguien o han escrito alguna reseña. Gracias a todos los que han viajado con Vasia.

Espero que me acompañéis en la próxima aventura.